

2 de Febrero del 2012 - Fiesta de la Presentación

El 2 de Febrero del 2004, el siguiente documento comenzó a ser difundido exclusivamente a Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Religiosas en España y Latinoamérica. Su difusión fue terminada el 15 de Junio del 2007, **Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús**, en deferencia a la suspensión general pedida por el Arzobispo de Trani en Italia. El 1ro de Julio del 2011, **Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús**, la información relevante a la Causa de Beatificación y Canonización de esta alma, que murió en olor de Santidad en 1947, fue actualizada en este documento en vista al **veredicto POSITIVO de los teólogos asignados por la Santa Sede** para la revisión de sus escritos. Los escritos contenidos en este documento fueron hechos accesibles por primera vez por el Vaticano, el **2 de Febrero de 1996**.

Muy queridos hermanos Obispos, Sacerdotes y Religiosos en nuestro Señor Jesucristo:

Es con el amor y gozo de Dios que les envío aquí noticia del más grande Tesoro que el Señor nos quiere manifestar en este momento de la historia de la humanidad, pues **el tiempo se ha cumplido** para que finalmente Su Infinito valor sea conocido.

Aunque este Tesoro es para todos, pues ha sido dado por Nuestro Señor Jesucristo y transmitido **a través de nuestra Santa Madre Iglesia** como podrán verificar más adelante, Él, en Sus Designios, puso en mi corazón la urgencia y responsabilidad de hacer llegar esta comunicación que he tenido el privilegio de recibir, solamente a Obispos, Sacerdotes y Religiosos. Es tan solo en mi confianza absoluta en Dios, que me atrevo a dirigirme a Vosotros.

La importancia de lo que en este Tesoro se encierra es trascendental, y con la Gracia de Dios, les presento lo que en mi pobrísimo modo les puedo compartir como corta introducción y Noticia de Amor al respecto.

Les adjunto a esta, **el contenido total de este Tesoro**. Les introduzco a todo lo que en este Tesoro se encierra, en sintonía y comunión con las siguientes citas de la Sagrada Escritura, orando

*“...para que sus corazones reciban ánimo y, unidos íntimamente en el amor, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y **perfecto conocimiento del Misterio de Dios**, en el Cuál están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”. Colosenses 2: 2, 3.*

*“...hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del **conocimiento pleno del Hijo de Dios**, al estado de hombre perfecto, a la **madurez de la plenitud de Cristo**”. Efesios 4: 13.*

*“...no ceso de dar gracias por vosotros recordándoos en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la Gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación **para conocerle perfectamente**”...Efesios 1: 16, 17.*

*“Y el Dios de la Paz... os disponga con toda clase de bienes **para cumplir Su Voluntad**, realizando Él en nosotros lo que es agradable a Sus ojos, por mediación de Jesucristo, a **Quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén**”. Hebreos 13: 20, 21.*



CONSAGRO ESTA COMUNICACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE DEL VERDADERO DIOS POR QUIEN SE VIVE Y MADRE NUESTRA, PORTADORA DE NUESTRO SEÑOR Y REINA DE SU REINO; LA QUE LE APLASTA LA CABEZA A LA SERPIENTE; LA QUE DARÁ A LUZ A SU HIJO EN CADA ALMA QUE QUIERA RECIBIRLO. LE PIDO A ELLA QUE CON SU AMOR MATERNO INUNDE LOS CORAZONES DE TODAS LAS ALMAS, PARA QUE SE DISPONGAN A ACOGER EL GRANDIOSO DON QUE AHORA EN ESTE TIEMPO DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD ÉL QUIERE DARNOS, Y PARA EL CUÁL, ÉL MISMO NOS ENSEÑÓ A PEDIR Y HA MANTENIDO A TODA SU IGLESIA PIDIENDO POR 2,000 AÑOS:

“PADRE... VENGA TU REINO, HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO”
Mateo 6: 10.

Libro de Cielo

La Buena Noticia de Amor

“...y Yo te estoy preparando una ERA DE AMOR...! ... en la que mi amor se desahogará en modo maravilloso e inaudito..... Yo te quiero junto conmigo preparando esta ERA DE AMOR CELESTIAL Y DIVINO....”

Jesús Nuestro Señor - 8 de febrero de 1921.

En esta comunicación encontrarán por primera vez, todos los escritos que contienen las Verdades y Conocimientos que fueron participados por Jesucristo Nuestro Señor, a la ahora **Sierva de Dios**, Luisa Piccarreta, cuya Causa de Beatificación fue abierta por la Iglesia el **24 de Noviembre de 1994, fiesta Solemnidad de Cristo Rey, como fruto de la directiva dada el Sábado Santo, 2 de abril de 1994** por el entonces **Cardenal, José Ratzinger**, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y con el voto y aprobación de **SS. Juan Pablo II**.

El contenido de estos escritos fue recibido por Luisa directamente del Señor Jesús, y ella, bajo estricta obediencia de sus confesores, lo escribió durante **un período de 40 años**. Estos escritos estuvieron guardados en los Archivos del Vaticano por casi 60 años, hasta que fueron hechos accesible al Tribunal de la Causa de Beatificación el **2 DE FEBRERO DE 1996, Fiesta de la Presentación**.

Antes de 1927, los escritos de Luisa hasta la fecha (los primeros 19 volúmenes y Las Horas de La Pasión), habían ya obtenido un "**Nihil Obstat**" por parte del **ahora Santo, Aníbal María Di Francia** (Censor por parte de la Arquidiócesis), y el **Imprimatur** del Arzobispo del lugar Mons. Giuseppe M. Leo.

En diciembre 18 de 1997, el Rev. Cosimo Reho, Profesor de Teología Dogmática, envió su evaluación de los escritos al **Tribunal de la Causa de Beatificación**, como respuesta a la petición de evaluación que el Tribunal le había hecho. Lo mismo fue previamente realizado por el Rev. Antonio Resta, Rector del Instituto Teológico Pontificio del Sur de Italia, **el 2 de junio de 1997**. Estos dos teólogos, **independientemente comisionados por el Tribunal** para hacer tal evaluación de todos sus escritos, dieron su veredicto **POSITIVO**.

El **29 de octubre de 2005**, S.E Mons. Giovan Battista Pichierri, Archivescovo di Trani, Barletta - Bisceglie e titolare di Nazaret, en Corato, Italia, dando por terminada la investigación diocesana ("Inchiesta diocesana") sobre la fama de santidad, con la recopilación de testimonios y documentos, y con el veredicto POSITIVO de los dos teólogos comisionados por la Diócesis, remitió el juicio definitivo sobre la santidad de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta al Santo Padre.

En comunicado del **30 de Mayo de 2008, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús**, el señor Arzobispo informó "que **la Congregación para la Causa de los Santos**, en espera de emitir el decreto sobre la validez jurídica de la investigación diocesana ("Inchiesta diocesana"), **había sometido los escritos de la Sierva de Dios al examen de otros dos Censores teólogos** (cuyos nombres deben permanecer secretos), en conformidad con la normatividad canónica y la praxis vigente". -Comunicado n.2 (Prot.n.098/08/c3) Acerca del proceso de Beatificación y Canonización de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta. **Trani, 30 de mayo del 2008.**

El Dicasterio ordenó completar este requisito con miras a poder emitir el decreto sobre la validez jurídica de la investigación diocesana y así iniciar el proceso Romano. Los censores teólogos, nombrados por la Iglesia, deben examinar los escritos y comprobar que no hay nada en ellos contrario a la fe y a las costumbres; deben también describir en su dictamen la personalidad y la espiritualidad de la Sierva de Dios. Como ya dicho, **La Congregación para la Causa de los Santos asignó este trabajo a otros dos Censores teólogos**, a quienes pidió su veredicto.

Después de casi tres años, fue recibida la siguiente noticia:

Corato (Italia), 23 de julio 2010.- Sor Assunta Marigliano, Presidenta de la Pía Asociación "Luisa Piccarreta - Piccoli figli del Divino Volere", con sede en Corato, Italia, y responsable de promover la Causa de Beatificación y Canonización de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, dio a conocer el día de hoy, de manera extraoficial, una grandiosa noticia en relación con la Causa de Luisa que nos llena de alegría: **Hoy se ha conocido que TAMBIÉN el segundo teólogo** encargado por la Santa Sede para la revisión de los escritos de la Sierva de Dios, Luisa Piccarreta, ha terminado su trabajo y ha dado su veredicto oficial **POSITIVO.**

La sublime importancia de estos escritos es continuamente manifestada por nuestro Señor a Luisa, y es **a través de Su Iglesia** que esta Noticia llegará a todos. **Con este veredicto POSITIVO de los otros dos teólogos asignados por la Santa Sede, La Iglesia ratifica nuevamente la pureza de la doctrina sobre la Divina Voluntad manifestada en ellos.**

En una de las tantísimas citas sobre **la importancia de estos escritos**, menciono aquí la del **10 de Febrero de 1924**, donde Jesús le dice a Luisa:

*“Yo, en mi Omnividencia veo que **estos escritos serán para mi Iglesia como un nuevo sol que surgirá en medio de Ella....Por lo cuál, RENOVÁNDOSE MI IGLESIA, TRANSFORMARÁN LA FAZ DE LA TIERRA...***

La doctrina sobre mi Voluntad es la más pura, la más bella, no está sometida a sombra de materia ni de interés, tanto en el orden sobrenatural como en el orden natural, por eso será, a la manera de sol, la más penetrante, la más fecunda y la más bienvenida y acogida. Y como es Luz, por sí misma se hará entender y se abrirá camino.

*No estará sometida a dudas o a sospechas de error, y si no se entiende alguna palabra, será por la demasiada Luz que, eclipsando la inteligencia humana, no hará posible comprender toda la plenitud de la verdad, pero **no se podrá encontrar una palabra que no sea verdad, a lo más, no será posible comprenderla completamente.** ...Tú no puedes entender todo el bien, la luz, la fuerza que hay dentro de una palabra, pero tu Jesús lo sabe, y sabe a quién debe servir y el bien que debe hacer”.*

Luisa hablando:

Ahora, mientras decía esto, me ha hecho ver en medio de la Iglesia una mesa y todos los escritos sobre la Divina Voluntad puestos encima, muchas personas venerables rodeaban esa mesa y salían transformadas en luz y divinizadas, y conforme caminaban comunicaban aquella Luz a quien encontraban. **Y Jesús añadió:**

*...Tú lo verás desde el Cielo, verás el gran bien **cuando la Iglesia reciba este Alimento Celestial, que fortificándola, la hará resurgir en SU PLENO TRIUNFO”.***

El Señor le dice el **14 de Agosto de 1926**, poco después de que **los primeros 19 volúmenes** recibieron el Imprimatur y Nihil Obstat de la Iglesia:

*“Has de saber que para que mi Suprema Voluntad sea conocida, he debido preparar las cosas, disponer los medios, arrollar al Obispo... He debido de hacer uno de mis más grandes prodigios. ¿Crees tú que es cosa fácil obtener la aprobación de un Obispo?... ¿No ves tú en la aprobación del Obispo el triunfo de mi Voluntad, y por lo tanto mi gran gloria y **LA NECESIDAD DE QUE LOS CONOCIMIENTOS DEL SUPREMO QUERER SEAN CONOCIDOS...?”***

Vemos por qué a continuación en algunas de las tantas citas al respecto:

Abril 4, 1928

Luisa hablando:

Estaba haciendo mi giro en el Fiat Divino, y en mi mente se formaban tantos pensamientos sobre el Querer Supremo y pensaba entre mí: **“¿CÓMO PUEDE SER QUE SOLAMENTE CON CONOCER LAS CRIATURAS LOS CONOCIMIENTOS SOBRE LA DIVINA VOLUNTAD PUEDA VENIR SU REINO?”**

Si para venir el reino de la Redención hizo tanto, no bastó el sólo conocer, sino que obró, sufrió, murió, hizo milagros, y ahora para el reino del Fiat Divino, que es más que la Redención, **¿BASTARÁN SOLAMENTE LOS CONOCIMIENTOS?** Mientras esto pensaba, mi amable Jesús se ha movido en mi interior y me ha dicho:

*“Hija mía, las criaturas, para formar la más pequeña cosa tienen necesidad de obras, de pasos y de materias primas, pero Dios, tu Jesús, no tiene necesidad de nada para crear y formar las obras más grandes, aun el universo entero; **PARA NOSOTROS LA PALABRA ES TODO, ¿NO FUE CREADO TODO EL UNIVERSO SÓLO CON LA PALABRA?** Y al hombre para gozar de todo este universo sólo le bastó el conocerlo; **SON LOS CAMINOS QUE TIENE NUESTRA SABIDURÍA, QUE PARA DAR NOS SERVIMOS DE LA PALABRA y EL HOMBRE PARA RECIBIR SE DEBE SERVIR DEL CONOCIMIENTO DE LO QUE NOSOTROS HEMOS DICHO Y HECHO CON NUESTRA PALABRA.***

*En efecto, si alguien no conoce todas las variedades de las plantas que están esparcidas por toda la tierra, no goza ni es dueño de los frutos de las plantas que desconoce, **PORQUE EN NUESTRA PALABRA ESTÁ NO SÓLO LA FUERZA CREADORA, SINO QUE UNIDA A ELLA ESTÁ LA FUERZA COMUNICATIVA QUE SIRVE PARA COMUNICAR A LAS CRIATURAS LO QUE HEMOS DICHO Y HECHO, pero SI NO CONOCEN, NADA LES VIENE DADO.***

¿Qué cosa agregó el hombre para gozar la luz del sol y recibir sus efectos? Nada, ni agregó nada al agua que bebe, al fuego que lo calienta y a tantas otras cosas creadas por Mí, pero las necesitaba conocer, de otra manera habría sido para el hombre como si no existieran. **EL CONOCIMIENTO ES EL PORTADOR DE LA VIDA DE NUESTRO ACTO Y EL PORTADOR DE LA POSESIÓN POR EL HOMBRE DE NUESTROS BIENES, así que LOS CONOCIMIENTOS SOBRE MI VOLUNTAD TIENEN VIRTUD DE FORMAR SU REINO EN MEDIO DE LAS CRIATURAS, porque TAL HA SIDO NUESTRA FINALIDAD AL MANIFESTARLOS.**

...POR ESO SE NECESITABAN LOS CONOCIMIENTOS DE MI VOLUNTAD, para hacer que NUESTRA PALABRA CREADORA, que habla y crea, habla y comunica, habla y transforma, habla y vence, habla y hace surgir nuevos horizontes, nuevos soles por cuantos conocimientos manifiesta, de modo que formarán tantos dulces encantos, que la criatura, sorprendida quedará conquistada e investida por la Luz de mi eterno Querer, porque NO SE NECESITA OTRA COSA PARA QUE VENGA SU REINO QUE EL QUE LAS DOS VOLUNTADES SE BESEN, QUE UNA SE PIERDA EN LA OTRA, LA MÍA PARA DAR Y LA VOLUNTAD HUMANA PARA RECIBIR.

Por eso MI PALABRA CREADORA, ASÍ COMO BASTÓ PARA CREAR EL UNIVERSO, ASÍ SERÁ SUFICIENTE PARA FORMAR EL REINO DE MI FIAT, **PERO ES NECESARIO QUE SE CONOZCAN LAS PALABRAS QUE HE DICHO, LOS CONOCIMIENTOS QUE HE MANIFESTADO PARA PODER COMUNICAR EL BIEN QUE CONTIENE MI PALABRA CREADORA, POR ESO INSISTO TANTO EN QUE SEAN CONOCIDOS LOS CONOCIMIENTOS SOBRE MI VOLUNTAD, LA FINALIDAD POR LA CUAL LOS HE MANIFESTADO, PARA PODER REALIZAR MI REINO QUE TANTO SUSPIRO DARLO A LAS CRIATURAS, y Yo arrollaré Cielo y tierra para obtener mi intento.**”

September 16, 1928

*“Ahora, al venir Yo a la tierra a tomar carne humana me serví del germen de la Soberana del Cielo, y se puede decir que junto con Ella trabajamos para formar de nuevo este nuestro reino en las generaciones humanas, por lo tanto **NO QUEDA OTRA COSA QUE CONOCERLO PARA POSEERLO, y por eso estoy manifestando lo que pertenece al reino y a mi Voluntad Divina,** a fin de que la criatura recorra sus caminos, siga nuestros pasos y entre en posesión de Ella, y mi Divina Voluntad con su Calor y Luz repetirá el prodigio de quitar los humores nocivos que posee el germen humano, y para estar segura, pondrá el germen de su Luz y Calor y se constituirá vida del germen y así se intercambiarán la posesión: mi Divina Voluntad tomará posesión del germen para formar en él su Vida de Luz, de Calor y Santidad, y la criatura regresará a tomar de nuevo posesión del reino de mi Fiat Divino.*

*Entonces mira hija mía, todo está preparado, **NO SE NECESITA OTRA COSA QUE HACERLO CONOCER,** y por eso Yo tengo tanta premura de que se conozca lo que respecta a mi Divino Querer, para poner en las criaturas el deseo de poseer un bien tan grande, a fin de que mi Voluntad, atraída por los deseos de ellas, pueda concentrar sus rayos luminosos y con su calor cumplir el prodigio de restituir el derecho de poseer su reino de paz, de felicidad y de santidad.”*

Marzo 19, 1928

“...Hija mía, tú estás contenta y Yo estoy afligido, si tú supieras que peso enorme gravitaba sobre aquellos de Messina, pues mientras tenían interés de tener los escritos, los tenían para dormir; ellos eran reos de una Voluntad Divina, y viendo la inactividad con la cual los tenían he permitido que los regresaran.

*Ahora este peso gravita sobre aquellos que con tanto interés los han hecho venir; si no se ocupan, también ellos serán reos de una Voluntad Divina, y si supieras lo que significa ser reo de una Voluntad tan Santa, significa tenerla trabada, impedida, mientras que Ella anhela, suspira que sean quitados los impedimentos, **Y ÉSTOS SE QUITARÁN CON HACERLA CONOCER.***

...Ella está llena de Vida, se mueve por doquier, envuelve todo, y esta Vida vive como sofocada en medio de las criaturas **PORQUE NO ES CONOCIDA**, y Ella gime porque quiere la libertad de su Vida y está obligada a tener en Ella misma los rayos de su Luz interminable, **PORQUE NO ES CONOCIDA**. Ahora, ¿quién es el culpable de tantas penas de mi Voluntad Divina? Quien debe interesarse en hacerla conocer y no lo hace.

¿Será que tal vez mi finalidad ha sido dar tantas noticias acerca de mi Fiat, sin el fruto deseado de hacerla conocer? No, no, quiero la Vida de lo que he dicho, quiero hacer resplandecer el nuevo Sol, quiero el fruto de tantos conocimientos que he manifestado, quiero que mi trabajo reciba el suspirado efecto.

Mira entonces **CÓMO ES NECESARIO QUE SUS CONOCIMIENTOS SEAN CONOCIDOS Y SE ABRAN CAMINO EN MEDIO DE LAS CRIATURAS**, PARA LLEVAR A CADA UNA LA VIDA DE MI VOLUNTAD CON LA FUENTE DE LOS BIENES QUE ELLA CONTIENE...

...PERO SI A ESTOS CONOCIMIENTOS LOS DEJAN DORMIR SIN PONERLOS EN MEDIO DE LAS CRIATURAS, DEJARÁN SIN FRUTO LOS ACONTECIMIENTOS QUE ESTOY PREPARANDO; ¿qué cuentas me darán? Mientras que CON ESTOS CONOCIMIENTOS ESTOY PREPARANDO LA RENOVACIÓN Y LA RESTAURACIÓN DE LA FAMILIA HUMANA.”

Enero 13, 1929

“HIJA MÍA, CUANDO UN BIEN ES UNIVERSAL Y DEBE Y PUEDE LLEVAR BIEN A TODOS, ES NECESARIO QUE PUEBLOS ENTEROS, Y SI NO EN TODOS, EN GRAN PARTE, SEPAN EL BIEN QUE DEBEN RECIBIR... Cuando un bien que se debe recibir es universal, SE REQUIERE LA FUERZA DEL PUEBLO PARA CONSEGUIRLO...

... SI LA NOTICIA NO SE DIVULGA, MIS MANIFESTACIONES NO HACEN DE HERALDOS, ni vuelan de boca en boca los conocimientos sobre mi Fiat divino que formarán la concepción de él en las mentes, oraciones, suspiros y deseos de las criaturas, **MI QUERER DIVINO NO HARÁ EL INGRESO TRIUNFAL DE VENIR A REINAR SOBRE LA TIERRA.**

CÓMO ES NECESARIO QUE LOS CONOCIMIENTOS SOBRE MI FIAT SE CONOZCAN, Y NO SÓLO ESO, SINO QUE SE HAGA CONOCER QUE MI DIVINA VOLUNTAD YA QUIERE VENIR A REINAR COMO EN EL CIELO ASÍ EN LA TIERRA EN MEDIO A LAS CRIATURAS...

Agosto 7, 1929

*“HIJA MÍA, LOS MEDIOS PRINCIPALES PARA HACER REINAR SOBRE LA TIERRA A MI FIAT DIVINO **SON LOS CONOCIMIENTOS DE ÉL. LOS CONOCIMIENTOS FORMARÁN LOS CAMINOS, DISPONDRÁN LA TIERRA PARA SER REINO SUYO... ...LOS CONOCIMIENTOS DE MI DIVINA VOLUNTAD ARROJARÁN EN LOS CORAZONES LA ESPERANZA, EL DESEO DE RECIBIR TANTO BIEN.***

*Esta es una condición forzosa, **UN BIEN NO SE PUEDE QUERER, NI RECIBIR, SI NO SE CONOCE... ASÍ QUE LOS FUNDAMENTOS, LA ESPERANZA, LA CERTEZA DEL REINO DE MI DIVINA VOLUNTAD, SERÁN FORMADOS POR LOS CONOCIMIENTOS DE ELLA... POR ESO LO QUE NECESITO ES QUE CONOZCAN LOS CONOCIMIENTOS SOBRE MI FIAT, EL RESTO VENDRÁ POR SÍ MISMO.***

Queridos hermanos en el Señor, como ya dicho anteriormente, Él puso en mi corazón la urgencia y responsabilidad de hacerles llegar esta Noticia, así como la totalidad de los escritos. Quizás Él, en Sus designios, quiera llevar a algunos de vosotros a ser **LOS HERALDOS DE ESTA NOTICIA.** A continuación encontrarán algunas citas respecto a este crítico tema para su discernimiento:

Nuestro Señor Jesús a Luisa el 6 de noviembre de 1926:

*“Hija mía... así sucederá para el Reino del FIAT Supremo. Lo haremos juntos hija mía... y cuando todo haya terminado, **CONFIARÉ A MIS MINISTROS MI REINO...** ¿Crees tú que sea casualidad la venida del Padre di Francia, que muestra tanto interés y que ha tomado en serio la publicación de lo que se refiere a mi Voluntad? No, no, lo dispuse Yo, es un acto providencial de la Suprema Voluntad que lo quiere como primer apóstol del Fiat Divino y anunciador de Él, y como es fundador de una obra le es más fácil acercarse a **OBISPOS, SACERDOTES** y personas en su mismo instituto para anunciar el Reino de mi Voluntad...”*

Nuestro Señor a Luisa el 18 de enero de 1928:

*“Porque Yo me sirvo de mis obras del SACERDOCIO, y así como tuve el Sacerdocio para preparar al pueblo antes de mi venida y el Sacerdocio de mi Iglesia para confirmar mi venida y todo lo que Yo hice y dije, **así tendré el SACERDOCIO DEL REINO DE MI DIVINA VOLUNTAD.** ...gozo al ver el interés que toman LOS SACERDOTES por estos escritos que formarán el Reino de mi Voluntad. Esto significa que aprecian el gran bien de ellos y cada uno quisiera tener consigo un tesoro tan grande, para ser los primeros en comunicarlos a los demás... Yo gozo con que otros ministros míos conozcan que existe este tesoro tan grande de hacer conocer el Reino de mi Divino Querer, y Yo me sirvo de esto para formar a LOS PRIMEROS SACERDOTES DE MI FUTURO REINO DE MI FIAT. Hija mía, **es una gran necesidad el formar LOS PRIMEROS SACERDOTES...**”*

Nuestro Señor a Luisa el 10 de Octubre de 1928:

*“Mi Amor reprimido es una pena para Mí de las más grandes, que me vuelve taciturno y triste, porque no teniendo vida mis primeras llamas, no puedo sacar fuera las otras que me devoran y me consumen; y por eso a **AQUELLOS SACERDOTES** que se quieren ocupar en quitarme esta pesadumbre con el hacer conocer mis tantos secretos con publicarlos, Yo les daré tanta gracia sorprendente, fuerza para hacerlo y luz para conocer, ellos por primeros, lo que harán conocer a los demás. Yo estaré en medio a ellos y guiaré todo.”*

Nuestro Señor a Luisa el 13 de enero de 1929:

*“Cómo es necesario que los conocimientos sobre mi Fiat se conozcan, y no sólo eso, sino que se haga conocer que mi Divina Voluntad ya quiere venir a reinar como en el Cielo así en la tierra en medio a las criaturas; y a **los SACERDOTES**, como nuevos profetas, les toca el trabajo, y con la palabra, con lo escrito y con las obras, **HACER DE HERALDOS PARA HACER CONOCER LO QUE CONCIERNE A MI FIAT DIVINO**”.*

Luisa en la hora 24 de los Giros en la Divina Voluntad:

*“Jesús mío, después de haber resucitado no partes de inmediato para el Cielo, esto me confirma que quieres establecer el Reino de la Divina Voluntad en la tierra... Te sigo paso a paso con mi “te amo...” mientras te apareces a tu Mamá..., a Magdalena, a los Apóstoles, y **pides que tu Divina Voluntad sea conocida por todos, PERO EN MODO ESPECIAL POR LOS SACERDOTES, los cuáles a su vez, COMO NUEVOS APÓSTOLES, LA HAGAN CONOCER A TODO EL MUNDO**”.*

Marzo 22, 1929

“Hija mía, ...HASTA EN TANTO QUE NO ENCUENTRE QUIEN TENGA INTERÉS Y TENGA MÁS EN CUENTA QUE A SU PROPIA VIDA EL HACER CONOCER SUS CONOCIMIENTOS, EL REINO DE MI VOLUNTAD NO PUEDE TENER SU PRINCIPIO, NI SU VIDA SOBRE LA TIERRA.”

Agosto 25, 1929

“Hija mía, ...si he llamado a mi ministro a fin de que tú te confiaras con él para hacerle conocer, mi finalidad ha sido para que él tuviese interés de hacer conocer tanto bien, Y SI POR PARTE DE QUIEN DEBIERA OCUPARSE NO EXISTIERA ESTE INTERÉS, EL REINO DE MI VOLUNTAD LO PONDRÍA EN PELIGRO DE HACERLO MORIR EN SU NACER, quedando ellos como reos de todo el bien que puede traer un reino tan santo; también merecerían que haciéndolos a un lado, llamara a otros como pregoneros y propagadores de los conocimientos de mi Fiat Divino. ...SÓLO SE NECESITA QUIÉN SE OFREZCA A HACER DE HERALDO, Y CON ÁNIMO, SIN TEMER NADA, AFRONTE TODO LOS SACRIFICIOS NECESARIOS PARA HACERLO CONOCER”.

Extracto de una carta de Luisa a Federico Abresch:

Corato, Junio 3, 1940.

“Se ve que el demonio se roe de rabia por no querer que se haga conocer la Divina Voluntad... NO ES NECESARIO QUE YO OS MANDE LA OBEDIENCIA, OS MANDARÍA MILES; PERO ES ABSOLUTA VOLUNTAD DE DIOS QUE NOS OCUPEMOS DE HACERLA CONOCER, INCLUSO A COSTA DE LA PROPIA VIDA; Y EN VEZ DE SER PRESUNCIÓN COMO USTED DICE, SERÍA EL MÁS SACROSANTO DEBER, y a quien se ocupa de Jesús lo tendrá como predilecto de su Corazón, dándole el primado en su Reino”.

“¿CÓMO OIRÁN SIN QUE SE LES PREDIQUE? Y ¿CÓMO PREDICARÁN SI NO SON ENVIADOS? COMO DICE LA ESCRITURA: ¿CUÁN HERMOSOS LOS PIES DE LOS QUE ANUNCIAN EL BIEN! PERO NO TODOS OBEDECIERON A LA BUENA NUEVA.” Romanos 10: 14-16.

Es también totalmente evidente en los escritos, que el Señor pide que estos escritos sean leídos **EN EL ORDEN EN QUE FUERON DADOS**, y **SIN OMITIR O CAMBIAR NADA**, y **EN SU TOTALIDAD**, así como pide también, e incesantemente, **QUE SEAN CONOCIDOS**.

El Señor dice a Luisa el 16 de Julio de 1922: “...he aquí por qué mi premura de que se conozca todo lo que te he dicho, y si esto no hicieras, vendrías como a restringir mi *Querer*, a aprisionar en Mí las llamas que me devoran y a hacerme retardar la completa gloria que me debe la Creación. **SOLAMENTE QUIERO QUE LAS COSAS SALGAN ORDENADAS**, porque una palabra que falte, un nexo, una conexión que falte, un capítulo a medias, **EN LUGAR DE ILUMINAR ARROJARÁ TINIEBLAS**, y en vez de hacerme dar gloria y amor, las criaturas quedarán indiferentes, por eso sé atenta, **quiero que lo que Yo he dicho SALGA ENTERO**”.

También le dice el 30 de enero de 1927: “He aquí por qué la necesidad de los conocimientos... *Por esto es necesario que se haga conocer **TODO**, para hacer que mi Reino esté **TODO COMPLETO** y para hacer que **NADA falte...**”.*

En Marzo 25 de 1928 le dice:

“...Por eso, hasta que mi *Voluntad Divina* no sea conocida **CON TODOS SUS CONOCIMIENTOS**, sus pasos estarán obstaculizados, y suspendido el bien que quiere hacer a las criaturas”.

En julio 24 de 1934 también le dice:

“...y cuando **TODAS** las verdades que hemos dispuesto sacar sean manifestadas, **TODAS JUNTAS** estas nobles reinas, nos darán el asalto a nuestro Ser Divino, y como ejército invencible, con nuestras mismas armas divinas nos vencerán, y **obtendrán el triunfo del Reino de la Divina Voluntad sobre la tierra...**”.

Tan solo cuando estos escritos son leídos **en orden, y en el contexto de su totalidad**, y en vista a la Sagrada Escritura, al Catecismo y a la Tradición de la Iglesia, se puede entender y acoger lo que en ellos se encierra. Así como en los Evangelios, en estos escritos se encuentran también aparentes contradicciones, afirmaciones parciales, afirmaciones que aparentan tener otro significado, etc., etc., etc.; por lo tanto, sólo leyéndolos de esta manera, y **en su contexto total**, se puede llegar a una concordancia completa de su contenido, y a entender que estas Verdades y Conocimientos se expanden gradualmente a través de los escritos y se apoyan y concuerdan totalmente entre Ellas, y con la Sagrada Escritura y las enseñanzas de la Iglesia.

Quiero hacer notar que la totalidad de los 36 volúmenes escritos por Luisa que se encuentran en esta comunicación, han sido **traducidos directamente de los manuscritos originales**, y que contienen algunas faltas de ortografía, pobre redacción y pobrísima puntuación, probablemente algunos errores de transcripción, y otros pequeños errores.

Todo esto es mayormente debido a la magnitud tan extraordinaria de este inmenso trabajo, traducido al español del lenguaje italiano en el que fueron manuscrito, lenguaje que está mezclado con el dialecto del área donde Luisa vivía, y realidad que los hace poco fácil de traducir. Esta traducción es preliminar y rudimentaria, **pero preserva la sustancia y esencia del contenido con fidelidad.**

En vista a todo lo que aquí se encierra, he discernido en intensa oración, que es tan críticamente importante que estos escritos sean ya leídos en orden y en su contenido total por Uds., que no puedo esperar antes de enviárselos a tener una versión perfecta, o a que sean corregidos nuevamente. He aquí pues, que con confianza absoluta en el Señor y en nuestra Santísima Madre, se los entrego.

Ahora, **en cuanto a Luisa**, podemos también decir con absoluta certeza y convicción, que ella vivió una vida santa, de oración y sufrimiento, y que hasta hoy ha durado la fama de santidad atestiguada a ella por los contemporáneos de esta **Sierva de Dios**. Ella estuvo siempre bajo la continua custodia y dirección de la Santa Madre Iglesia, como pocos, o ningún otro, jamás ha estado, y fue siempre obediente y sumisa a Ella en todo. Esto ha sido muy precisamente documentado por el cuidado de sus confesores, escogidos por sus Obispos desde el año 1884 hasta su muerte en 1947(**ver corta biografía e información adicional al final de esta introducción**).

Fue precisamente debido a todo esto, que el Arzobispo de Trani, después de recibir de la Santa Sede el “Non Obstare”, abrió su Causa de Beatificación en **Noviembre 24 1994, Fiesta de CRISTO REY**, y Luisa fue designada **Sierva de Dios** por la Santa Iglesia. Todas las investigaciones hasta el día de hoy, verifican y confirman sin duda alguna, todo lo aquí dicho.

Ella escribió todo lo que el Señor le manifestó durante ese período de **40 años**, en simples cuadernos como los de escuela. Escribió un total de 36 cuadernos, los cuales fueron simplemente numerados sucesivamente del 1 al 36. Estos son conocidos ahora como volúmenes.

Es todo un conjunto progresivo de enseñanzas de los Conocimientos y Verdades que el Señor le comunicaba “sorbo a sorbo”, y que Luisa escribía, **meditaba, ponía en práctica y HACÍA VIDA EN ELLA.**

Todo le fue dado en un modo ordenado para su crecimiento progresivo, primero en **santidad humana** (ejercicio de virtudes, etc.,-evidente en los **volúmenes 1 al 10**), y después en **Santidad Divina** (ejercicio de virtudes en modo divino y de “vida en la Divina Voluntad”, como vivida por naturaleza propia por el Señor en su Humanidad como sede de Su Divinidad, y por Gracia por nuestra Santísima Madre – evidente en los **volúmenes 11 al 36**).

El Señor en Sus designios hizo conocer y dio Gracias extraordinarias a Luisa para que pudiera acoger y hacer Vida en ella estas Verdades y Conocimientos sobre la Divina Voluntad, para que por medio de ella, puedan ser comunicadas a todos, y así también nosotros, con Su Gracia, podamos conocerlas, acogerlas y **hacerlas vida en cada uno de nosotros**, a la medida y plenitud que El ha designado para cada uno en nuestra misión terrenal de crecer “*a Imagen y Semejanza de Dios*” (Génesis 1: 26), y de ser “*partícipes de Su Vida Divina*” (2 Pedro 1: 4, Catecismo # 375, L.G. 2, 2), siendo “*UNO en Él*” (Juan 17: 21) “*EN LA TIERRA como en el Cielo*” (Mateo 6: 10), **finalidad para la cuál fuimos creados por Él.**

En estos escritos **NO HAY una “nueva revelación”**, pues todo lo que el Señor nos enseña en ellos, fue ya hecho y vivido por Él. Como ya sabemos: “*TODO LO QUE CRISTO VIVIÓ HACE QUE PODAMOS VIVIRLO EN EL, Y QUE ÉL LO VIVA EN NOSOTROS*” (Catecismo #521) y es “*por Él, con Él, y en Él*”, que todo es y existe. Juan 1: 1-3. “*...porque en Él fueron creadas todas las cosas ...todo fue creado por Él y para Él.*” Col. 1: 16. “*Porque en Él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en Él...*” Col. 2: 9,10. “*Él es el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre si no por Él*”. Juan 14: 6.

Ahora bien, también nos dice el Evangelio que **“Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribiera una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran”**. Juan 21: 25, y también, que **“...el Espíritu de la Verdad os guiará a la verdad completa... porque recibirá de lo Mío y os lo anunciará a vosotros”** Juan 16: 13, 14.

Sabemos también a través del Catecismo, que **“AUNQUE LA REVELACIÓN ESTA ACABADA, NO ESTÁ COMPLETAMENTE EXPLICITADA”** (Catecismo #66). Esto es obvio cuando vemos cómo el Espíritu Santo durante los últimos 2000 años, continúa Su tarea de develarnos **progresivamente** a través de Su Iglesia, todo lo que es necesario para restaurar nuestras vidas en Dios.

Así como la Iglesia nos ha ido proclamando Dogmas y Decretos sobre nuestra Fe a través de los siglos; así como el Señor nos reveló sobre Su Sagrado Corazón a través de Santa Margarita Alacoque, y así como nos reveló a través de Santa Faustina sobre Su Misericordia, así nos manifiesta ahora a través de Luisa sobre Su Divina Voluntad.

En estos escritos, el Señor nos enseña por primera vez, y a través de estos Conocimientos y Verdades, cómo quiere que al conocer lo que en Ellas se encierra, nosotros querramos **voluntariamente** acoger y hacer vida en nosotros este Don de Su Voluntad reinante y obrante en nosotros **como Vida primaria de nuestros actos y de toda nuestra vida**, para que **animados por Ella y obrando en UNIDAD con Ella, podamos así ser restaurados al orden, al puesto y a la finalidad para la cuál fuimos creados**, pues es solamente en Ella reinante y obrante en nosotros, y nosotros en Ella, que podremos ser **“UNO en Dios”** (Juan 17: 21), **“a Imagen y Semejanza de Él”** (Génesis 1: 26), y **“partícipes de Su Vida Divina”** (2 Pedro 1: 4, Catecismo # 375, L.G. 2, 2), **“EN LA TIERRA como en el Cielo”** (Mateo 6: 10”).

Es esta **nuestra naturaleza original** en la que Dios nos creó en total perfección. Solo así podremos dar a Dios el amor, honor y Gloria que de cada uno a El pertenece, tal como era, y tal como hacía nuestro Padre Adán antes de separarse de **la Voluntad Divina** (**“árbol de la Vida”** -Génesis 2: 9), **Vida y Acto primario de su vida y de todos sus actos.**

Por supuesto que no nos podemos separar de la Voluntad Divina COMO FUENTE DE VIDA, ya que es Inmensa, Infinita, etc., y en Ella Dios se encuentra en todo y en todos, **pero sí podemos con nuestro libre albedrío, rechazarla como Vida primaria de nuestra vida y de nuestros actos**, tal y como hizo Luzbel, y después nuestro Padre Adán, de quien heredamos todos nuestra presente condición.

Es en estos escritos que el Señor nos dio a través de Su Iglesia, donde Él nos manifiesta explícitamente el **“Misterio de Su Voluntad”** (*Efesios 1: 9 - Apocalipsis 10: 7*) y no solo nos reitera cómo **hacer** Su Voluntad (ya manifestado en los Mandamientos, Las Escrituras y el Catecismo y Magisterio de la Iglesia), sino que también nos enseña esta dimensión de cómo **“VIVIR EN SU VOLUNTAD” con todo lo que en esto se encierra.**

Esto es tan increíblemente importante, pero también tan increíblemente simple, que pocos lo querrán creer al principio, pues aunque es este el modo en que Dios restaurará todo y todos a su origen, tan solo requiere que **conozcamos** este Don, que **lo querramos libremente**, que **lo acojamos totalmente** y que **lo hagámos vida en nosotros**, y por supuesto, que siempre hagamos en TODO, la Voluntad de Dios, pues sería imposible “vivir en Su Voluntad” si no hacemos siempre Su Voluntad. **Dios hará todo lo demás.**

“Vivir en la Divina Voluntad”, es decir, *“hacer la Voluntad de Dios como en el Cielo así **en la tierra**”*, es el Reino que pide el Señor en el Padre Nuestro (*“... **VENGA** a nosotros Tu Reino, **hágase Tu Voluntad así EN LA TIERRA como en el Cielo**” Mateo 6: 10*), que hemos estado pidiendo por los últimos 2000 años. Es por esto que me atrevo a decir: si Jesús, Verbo Encarnado, lo pidió y dejó a Su Iglesia pidiéndolo, ¿cómo entonces no ha de venir?

Cuando **libremente** acojamos y **hagamos Vida en nosotros** el Don de Su Divina Voluntad reinante y obrante en nosotros que Él ahora nos quiere nuevamente dar, llegaremos finalmente a cumplir en plenitud esta oración, y como fruto de tal cumplimiento, el poder llegar a la **plenitud** de lo que El mismo pide al Padre: **“Padre, que todos sean UNO, como Tú Padre en Mí, y Yo en Ti. Que sean UNO en Nosotros”**. Juan 17: 21.

Es a través de los Conocimientos y Verdades que el Señor nos da ahora en estos escritos **dentro del ámbito de Su Iglesia**, que además de conocer lo que hizo Él en Sus Actos exteriores, conoceremos también lo que hizo en Su interior; no sólo lo que hizo Su Humanidad en Su Divinidad, y de cuyos frutos han vivido los que acogen a Cristo Jesús como Rey y Salvador, sino **también lo que hizo Su Divinidad en Su Humanidad**, para que también ahora “podamos así nosotros vivirlo en Él”, y Él vivirlo en nosotros” (*Catecismo # 521*) en esta otra dimensión que ya nuestro Señor hizo, pero que a nosotros nos falta hacer, pues no es hasta ahora que Él quiso que la conociéramos, ya que todavía **“no había llegado la hora”**.

Este es el **único Reino del que habla La Escritura, que ha de venir antes del fin del mundo**, y en el que ya vivieron en la tierra nuestro Señor Jesucristo y nuestra Santísima Madre, **REY Y REINA DE ESTE REINO**, y que ahora, a través de los Conocimientos y Verdades que el Señor nos manifiesta en estos escritos, progresivamente Reinará **“en la tierra como en el Cielo”**, pues sabemos que **“...en Cristo, Dios nos ha dado a conocer el Misterio de Su Voluntad... para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que TODO tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los Cielos y LO QUE ESTÁ EN LA TIERRA.”** (*Efesios 1: 9, 10*), y que REINARÁ HASTA QUE **“LUEGO, AL FINAL, Cristo entregue a Dios Padre el Reino, DESPUÉS de haber destruido todo principado, dominación y potestad, PORQUE DEBE ÉL REINAR HASTA QUE PONGA TODOS SUS ENEMIGOS BAJO SUS PIES** *1 Cor. 15: 24, 25- Hebreos 10: 13. “...al presente no vemos todavía que le está sometido todo” Hebreos 2: 8.*

Es en vista a todo esto que podemos ahora entender las palabras de **San Bernardo**: **“Sabemos de una triple venida del Señor. Además de la primera y de la última, hay una *venida intermedia*. Aquellas son visible, pero esta no... De manera que, en la primera venida el Señor vino en carne y debilidad; **EN ESTA SEGUNDA EN ESPÍRITU Y PODER**; y en la última en Gloria y Majestad”**. **Liturgia de las Horas-Tiempo de Adviento.**

El Señor le dice a Luisa el **17 de mayo de 1925**:

“...si la Creación se atribuye al Padre, mientras que estamos siempre unidas las Divinas Personas en el obrar, la Redención se atribuye al Hijo, y el “FIAT VOLUNTAS TUA” SE ATRIBUIRÁ AL **ESPÍRITU SANTO. Es precisamente en el “FIAT VOLUNTAS TUA” donde el Espíritu Santo hará completo desahogo de Su obra”**.

Creo que con esto podemos también entender más claramente lo que le dice el Señor el **21 de diciembre de 1937**:

*“Hija mía buena, **está decretado en el consistorio de la Trinidad Sacrosanta que mi Voluntad Divina tendrá su reino sobre la tierra**, y cuantos prodigios se necesiten los haremos, no ahorraremos nada para tener lo que Nosotros queremos. Pero Nosotros en el obrar usamos siempre los modos más simples, pero potentes, tanto, de arrollar Cielo y tierra y todas las criaturas en el acto que queremos.*

*Tú debes saber que en la Creación, para infundir la vida al hombre no se necesitó más que **nuestro Aliento Omnipotente**, ¡pero cuántos prodigios encerrados en aquel Aliento! Creamos al alma dotándola con las tres potencias, verdadera Imagen de nuestra Trinidad adorable...*

Mira hija mía, el hombre con no vivir en nuestro Querer Divino, sus tres potencias han sido obscurecidas, y deformada nuestra Imagen adorable en él, de modo que ha perdido el primer Latido de Amor de Dios en el suyo; ha perdido el Respiro Divino en su respiro humano; más bien, no que lo haya perdido, sino que no lo siente, por eso no siente la circulación de la Vida Divina, el movimiento del bien, el calor del Amor Supremo, la Palabra de Dios en la suya, la vista para poder mirar a su Creador; todo ha quedado obscurecido, entorpecido, debilitado y tal vez también deformado.

*Ahora, ¿qué cosa se necesita para restablecer a este hombre? **VOLVEREMOS A INFUNDIRLE NUESTRO ALIENTO** con más fuerte y creciente amor, le infundiremos el Aliento en el fondo del alma, pondremos nuestro Aliento más fuertemente en el centro de su voluntad rebelde, pero tan fuerte **de sacudirle los males a los cuales está unido; sus pasiones quedarán aterradas y aterrorizadas ante la potencia de nuestro Aliento; se sentirán quemar por nuestro fuego divino, y la voluntad humana sentirá la Vida palpitante de su Creador, al Cual, ella como velo Lo esconderá en sí misma y volverá a ser la portadora de su Creador. ¡Oh, cómo se sentirá feliz! **CON NUESTRO ALIENTO la restauraremos, la sanaremos, la restableceremos...*****

Mira entonces qué se necesita para hacer venir a reinar a nuestra Voluntad sobre la tierra: **LA POTENCIA DE NUESTRO ALIENTO OMNIPOTENTE; CON ÉL RENOVAREMOS NUESTRA VIDA EN EL HOMBRE.** Todas las verdades que he manifestado sobre los grandes prodigios del vivir en mi Querer, serán las propiedades más bellas, más grandes, de las cuales les haré don. También esto es una señal segura de que vendrá el reino de mi Voluntad a la tierra, porque si hablo, primero hago los hechos y después hablo, mi palabra es la confirmación del don, de los prodigios que quiero hacer; por eso, ¿qué finalidad tendría el manifestar mis propiedades divinas, hacerlas conocer, si no debiera venir su reino a la tierra?”

Es este también el Reino de Jesús Eucarístico, pues es **sólo con Su Voluntad Reinante y obrante en nuestras almas como vida y acto primario de todo nuestro ser, de toda nuestra vida y de todos nuestros actos** (nuestra naturaleza original), que podremos acoger en plenitud Su Vida que nos da en este Santísimo Sacramento. Será entonces que podremos verdaderamente “acoger, ver, sentir y vivir” en nuestras almas, Su Presencia real en la Eucaristía, y será entonces que podremos también tener la capacidad para darle verdadera correspondencia a Su Infinito Amor, **con Su misma Vida y con Su mismo Amor que habremos hecho vida en nosotros en Su Voluntad.**

El 25 de septiembre de 1913 Jesús le dice a Luisa:

“¡Pobre de Mí, cómo me tratan en el Santísimo Sacramento! Y tantas almas devotas que me reciben, tal vez todos los días; deberían ser otras tantas santas si bastara el centro de la Eucaristía, y en cambio, cosa de llorar, están siempre en el mismo punto: vanidosas, iracundas, escrupulosas, etc., ¡pobre centro del Santísimo Sacramento, cómo quedo deshonrado!

... te digo que los mismos Sacramentos producen sus frutos **según las almas están sujetas a mi Voluntad, y según la conexión que tienen con mi Querer, así producen sus efectos.** Y si conexión con mi Querer no hay, me comulgarán pero quedarán en ayunas, se confesarán pero quedarán siempre sucias, vendrán a mi Presencia Sacramental, pero si nuestros quereres no se identifican, estaré para ellas como muerto, **porque sólo mi Voluntad en el alma que se hace UNA en Ella, produce todos los bienes y da vida a los mismos Sacramentos en ella....”**

El Señor le dice el 5 de noviembre de 1925:

*“Tu amor no se detenga, recorra todos los Tabernáculos, cada Hostia Sacramental, y en cada Hostia oirás gemir al Espíritu Santo con dolor inenarrable. **El Sacramento de la Eucaristía no es sólo Su Vida a la Gracia lo que reciben las almas, sino es mi misma Vida que se da a ellas,** así que **el fruto de este sacramento es FORMAR MI VIDA EN ELLAS,** y cada Comunión sirve para hacer crecer mi Vida, para desarrollarla, **DE MODO DE PODER DECIR: “YO SOY OTRO CRISTO.”**”*

Pero, ¡ay de Mí! cuan pocos lo aprovechan, es más, cuántas veces desciendo en los corazones y me hacen encontrar las armas para herirme y me repiten la tragedia de mi Pasión, y en cuanto se consumen las especies sacramentales, en vez de incitarme a quedarme con ellas, soy obligado a irme bañado en lágrimas, llorando mi suerte sacramental, y no encuentro quien calme mi llanto y mis gemidos dolientes.

Si tú pudieses romper esos velos de la Hostia que me cubren, me encontrarías bañado en llanto conociendo la suerte que me espera al descender en los corazones”.

El 17 de octubre de 1928 le dice:

*“Yo aquí en este Tabernáculo, ruego continuamente, ¿pero sabes tú cuál es mi primera petición? Que mi Voluntad sea conocida, que Su Imperio que me tiene escondido impere sobre todas las criaturas y reine y domine en ellas, porque **ENTONCES MI VIDA SACRAMENTAL TENDRÁ SU FRUTO COMPLETO...”**”*

ESTA ES LA VERDADERA NUEVA ERA ESPERADA POR TODOS, Y ES NUESTRA SANTÍSIMA MADRE QUIEN HA ESTADO DISPONIENDO A TODAS LAS ALMAS Y A TODOS LOS PUEBLOS PARA RECIBIR ESTE REINO.

ES ELLA LA REINA Y LA PORTADORA DEL REY. Es Ella Quien nos trae el Reino. Me refugio pues en Su Inmaculado Corazón y oro incesantemente pidiendo a Ella, Quien por designio de Dios, es también **Corredentora, Medianera y Abogada nuestra**, que nos ayude a disponernos y a prepararnos a recibir nuevamente este Don de vivir en Su Divina Voluntad, que en Jesús Nuestro Señor y **POR EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO**, nuevamente hará Reinar a Dios, UNO y TRINO, en cada uno de nosotros, pues **repito:** sólo en la Divina Voluntad Reinante y obrante en nosotros, y nosotros obrante en Ella como **Vida** de todos nuestros actos y de todo nuestro ser, **podremos nuevamente ser UNO en Él.**

Entre las tantísimas citas en los escritos sobre nuestra Madre y Reina, les expongo las siguientes:

1ra Solemnidad de la fiesta de Cristo Rey en 1925:

*“Vengo como Rey en medio de los pueblos.....**MI MADRE CELESTIAL OS HARÁ DE MADRE Y REINA.** Ya Ella va girando en medio de los pueblos y las naciones, para disponerlas y prepararlas a recibir el dominio del Reino de mi Voluntad.....**A ELLA LE CONFÍO, A SU AMOR MATERNO, EL QUE ME DISPONGA LAS ALMAS Y LOS PUEBLOS PARA RECIBIR UN DON TAN GRANDE.**”*

Luisa nos dice el 7 de octubre de 1928

*“...así como la Soberana Señora venció a Su Creador y entretejiéndolo con sus cadenas de amor lo atrajo del Cielo a la tierra para hacerle formar el Reino de la Redención, así mismo, **LA CORONA DULCE Y PODEROSA DE SU ROSARIO LA HARÁ DE NUEVO VICTORIOSA**, triunfadora delante de la Divinidad, para conquistar el Reino de la Divina Voluntad....”*

El Señor le dice a Luisa el 19 de mayo de 1931

*“Mi Voluntad es Potencia que debilita todos los males y todas las potencias infernales; es Luz que se hace conocer por todos, y donde Ella Reina hace sentir Su Potencia, que ni siquiera a los mismos demonios les es posible desconocer, por eso **LA REINA DEL CIELO ERA Y ES, EL TERROR DE TODO EL INFIERNO**”.*

Le dice el 13 de marzo de 1932

*“Así que ESTE REINO FUE YA FORMADO POR MÍ Y POR LA CELESTIAL SEÑORA. Ya existe, solo que se debe dar a las criaturas; **PARA DARLO ES NECESARIO CONOCERLO**, y como Ella es la criatura más santa y más grande, y que no conoció otro reino que el de mi Divina Voluntad, Este ocupa el primer lugar en Ella, y por derecho, **LA CELESTIAL REINA SERÁ LA ANUNCIADORA, LA MENSAJERA Y LA CONDUCTORA DE UN REINO TAN SANTO.** Por eso, ruégale e invócala, y Ella te servirá de guía y de maestra...”*

Y también el 14 de julio de 1935

*“Sin embargo, hija mía, el Reino de mi Divina Voluntad infaliblemente llegará. Tú calculas humanamente y por eso su Advenimiento te parece difícil...y además, ¿no está acaso la Reina del Cielo, que con su dulce imperio ruega continuamente que este Reino venga a la tierra? **¿Y CUÁNDO LE HEMOS NEGADO ALGO A ESTA MADRE CELESTIAL?** Ella impetra con pleno derecho este Santo Reino, el cuál indudablemente le será concedido, y por eso, será también llamado: **EL REINO DE LA REINA CELESTIAL.**”*

El 10 de febrero de 1937, La Santísima Virgen le dice a Luisa:

*“Hija de mi materno corazón, **EL REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD SERÁ MI REINO. A mí la Trinidad Sacrosanta me lo confió cuando me confió al Verbo Eterno;** cuando descendió del Cielo a la tierra, así me confió su Reino y el mío.*

Por eso mis suspiros son ardientes, mis oraciones incesantes, no hago mas que asaltar a la Trinidad Santísima con mi amor, con mis derechos de Reina y de Madre que me dio, a fin de que lo que me confió salga a la luz y forme su vida, para que mi Reino triunfe en la faz de la tierra.”

En La Llamada Materna de la Reina del Cielo le dice:

*“Has de saber que yo recorreré todo el mundo, **iré a cada alma, a todas las familias, a todas LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS, a todas las naciones, a todos los pueblos,** y, si es necesario, recorreré siglos enteros, hasta que como Reina, haya formado a mi pueblo, y como Madre, a mis hijos, los cuales conocerán y harán reinar por doquier a la Divina Voluntad”.*

El 8 de diciembre de 1935 el Señor le dice a Luisa:

*“...Mucho más que la Soberana Reina con poseer nuestra Voluntad como vida, tenía siempre qué darnos, siempre qué decir, nos tenía siempre ocupados y Nosotros teníamos siempre qué dar, y siempre nuestros secretos amorosos para comunicarle, tanto que **NADA HACEMOS SIN ELLA**, primero nos entendíamos con Ella, después lo poníamos en su materno corazón, y de su corazón desciende en el afortunado que debe recibir aquel bien.*

ASÍ QUE NO HAY GRACIA QUE DESCIENDA SOBRE LA TIERRA, NO HAY SANTIDAD QUE SE FORME, NO HAY PECADOR QUE SE CONVIERTA, NO HAY AMOR QUE PARTA DE NUESTRO TRONO, QUE PRIMERO NO SEA PUESTO EN SU CORAZÓN DE MADRE, LA CUAL FORMA LA MADURACIÓN DE AQUEL BIEN, LO FECUNDA CON SU AMOR, LO ENRIQUECE CON SUS GRACIAS, Y SI ES NECESARIO CON LA VIRTUD DE SUS DOLORES, Y DESPUÉS LO PONE EN QUIEN LO DEBE RECIBIR, DE MODO QUE QUIEN LO RECIBE SIENTE LA PATERNIDAD DIVINA Y LA MATERNIDAD DE SU MADRE CELESTIAL.

*Podemos hacer sin Ella, pero no queremos, ¿quién tendrá corazón de hacerla a un lado? Nuestro Amor, nuestra Sabiduría infinita, nuestro mismo Fiat se impone sobre Nosotros, y **NO NOS HACE HACER NADA QUE NO DESCIENDA POR MEDIO SUYO**”.*

*“...Nosotros queremos proclamar muy alto, **nuestra certeza de que LA RESTAURACIÓN DEL REINO DE CRISTO POR MARÍA no podrá dejar de realizarse, de manera que, por su poderosa intercesión y su auxilio constante, se realice por fin el Reino de Cristo, “Reino de Verdad y de Vida, Reino de Santidad y Gracia, Reino de Justicia, de Amor y de Paz”.***

S.S. Pío XII - 17 de Septiembre de 1958.

Como conclusión, y pidiendo nuevamente la unción del Espíritu Santo para mí y para Ustedes en este momento, me atrevo a presentarles este diálogo entre Luisa y el Señor, que aunque quizás no sea fácil de entender sin haber leído todos los volúmenes, nos da una luz sobre lo que quiere decir *“...que la Voluntad de Dios se haga en la tierra como en el Cielo”, y “que todos sean UNO en Nosotros”*:

9 de agosto de 1937

Luisa hablando:

“Entonces pensaba entre mí:

“Dios mío, ¿quién podrá corresponderte y pagarte por tanto Amor tuyo? ¡Ah! tal vez sólo la Reina del Cielo puede vanagloriarse de haber correspondido a su Creador en amor, ¿y yo? ¿Y yo?” Y me sentía oprimida, y mi siempre amable **Jesús** haciéndome su breve visita, todo bondad **me ha dicho:**

*“Hija de mi Voluntad, no temas, para quien vive en mi Voluntad hay sumo acuerdo en el amor, porque **MI VOLUNTAD POSEYENDO SU VIDA EN LA CRIATURA**, duplica su Amor, y cuando quiere amar, ama en Sí misma y ama dentro del alma, **porque en ella posee su Vida**; en mi Querer el amor está en sumo acuerdo; los gozos, la felicidad del puro amor están en pleno vigor.*

Nuestra paterna bondad es tanta para quien vive en nuestro Querer, que numeramos los respiros, los latidos, los pensamientos, las palabras, los movimientos, para corresponderlos con los nuestros y llenarlos todos de amor, y en nuestro énfasis de amor le decimos: “Nos ama y la debemos amar.”

*Y mientras la amamos hacemos desahogo de tales dones y gracias, de dejar estupefactos a Cielo y tierra; esto hicimos con nuestra Reina, desahogamos tanto; ¿pero sabes tú qué significa este nuestro desahogar? Nos miramos a Nosotros mismos y queremos dar lo que somos y lo que poseemos, la semejanza nos pondría en pena, y la criatura viéndose semejante de Nosotros, no estaría con Nosotros con aquella confianza de hija y con aquel dominio de cuando se poseen los mismos bienes, los mismos dones; esta disparidad sería un obstáculo para formar **UNA SOLA VIDA** y para amarnos con **un solo amor**, mientras **QUE EL VIVIR EN NUESTRO QUERER DIVINO ES PROPIAMENTE ESTO, UNA SOLA VOLUNTAD, UN SOLO AMOR, BIENES COMUNES, Y TODO LO QUE PODRÍA FALTAR A LA CRIATURA SE LO DAMOS DE LO NUESTRO PARA SUPLIRLA EN TODO Y PODER DECIR:***

“LO QUE QUEREMOS NOSOTROS QUIERE ELLA, NUESTRO AMOR Y EL SUYO ES UNO SOLO, Y ASÍ COMO LA AMAMOS NOSOTROS, ELLA NOS AMA.”

Hija mía, *nos faltaría la fuerza si no eleváramos a la criatura que vive en nuestra Voluntad hasta el nivel de nuestra semejanza y hacerla poseer nuestros bienes, tan es verdad, que mi Madre Celestial, como vivía en mi Voluntad poseía la misma Vida de Ella, nos amamos con un solo amor y amamos a las almas con un amor gemelo”.*

En el siguiente capítulo, el 15 de agosto de 1937 el Señor le dice a Luisa:

*“Hija mía, no hay nada de que maravillarse, lo que te digo es la pura verdad, mi Voluntad es todo y puede todo, y no poner en nuestras condiciones a quien vive en Ella no es de nuestro Ser Supremo, a lo más se puede ver que **EN NOSOTROS ES NATURALEZA, Y PARA QUIEN VIVE EN ELLA ES GRACIA, PARTICIPACIÓN, DESAHOGO DE NUESTRO AMOR, VOLUNTAD NUESTRA QUE QUIERE QUE ASÍ SEA LA CRIATURA.** Por eso queremos que viva en nuestro Querer, para hacer que sus actos y los nuestros estén fundidos juntos y suenen con un mismo sonido, tengan un mismo valor, un solo amor.*

*Resistir a un acto nuestro ni podemos ni queremos, es más, tú debes saber que **EL VIVIR EN NUESTRO QUERER ES UNIDAD**, tanto, que si la criatura ama, Dios está a la cabeza de su amor, así que el amor del uno y de la otra es **UNO SOLO**; si piensa, Dios está a la cabeza de su pensamiento; si habla, Dios es principio de su palabra; si la criatura obra, Dios es el primer actor y obrador de sus obras; si camina, Dios se pone a la cabeza de sus pasos.*

POR ESO EL VIVIR EN MI VOLUNTAD NO ES OTRA COSA QUE LA VIDA DE LA CRIATURA EN DIOS, Y LA DE DIOS EN ELLA; dejar separada de nuestro amor, de nuestra potencia, de nuestros actos a quien vive en nuestro Querer nos resulta imposible, ***SI UNA ES LA VOLUNTAD todo lo demás va junto, unidad de amor, de obras y de todo.***

*He aquí **por eso que el vivir en nuestro Fiat Divino es el prodigio de los más grandes prodigios**, jamás visto ni oído; es nuestro amor exuberante, que no pudiendo contenerlo queríamos hacer este prodigio que sólo un Dios podía hacer en la criatura, pero que ingrata no aceptó; pero Nosotros no hemos cambiado Voluntad a pesar de que hemos sido combatidos, y reprimido nuestro amor en forma que nos hace sentir espasmos; **usaremos tales excesos de amor, tales industrias y estratagemas, que lograremos nuestro intento: QUE UNA SEA NUESTRA VOLUNTAD CON LA DE LA CRIATURA.**”*

A continuación expongo en orden cronológico, algunas otras citas de varios volúmenes, en las cuáles se manifiesta muy claramente, **otros aspectos de la importancia trascendental** de lo que en estos escritos se encierra:

El 29 de enero de 1919 el Señor le dice a Luisa:

*“Hija mía amada, quiero hacerte conocer el orden de mi Providencia. En cada período de dos mil años, he renovado al mundo: en los primeros los renové con el diluvio. En los segundos dos mil años lo renové con mi venida a la tierra, en la cuál manifesté mi Humanidad, de la Cuál como de tantas fisuras, se traslucía mi Divinidad, y los buenos y los mismos Santos de estos terceros dos mil años han vivido de los frutos de mi Humanidad y como a gotas han gozado de mi Divinidad. Ahora estamos cerca del fin de los terceros dos mil años y **habrá una TERCERA RENOVACIÓN.**”*

*He aquí el porqué de la confusión general de todo: no es sino la preparación a la tercera renovación. Y si en la segunda renovación manifesté lo que hacía y sufría mi Humanidad y poquísimamente lo que obraba la Divinidad, ahora, en esta tercera renovación, **DESPUÉS DE QUE LA TIERRA HABRÁ SIDO PURGADA...**, seré aún más magnánimo con las criaturas y llevaré a cabo la renovación con manifestar lo que mi Divinidad hacía en mi Humanidad... Mi amor quiere desahogarse y quiere dar a conocer los excesos que mi Divinidad obraba en mi Humanidad a favor de las criaturas, que **superan por mucho, los excesos que externamente obraba mi Humanidad.**”*

11 de julio de 1923

*“...tres veces la Divinidad decidió obrar “ab-extra”: la primera fue en la Creación.....la segunda fue en la Redención.....y **la tercera es el cumplimiento de mi Voluntad, que se haga COMO EN EL CIELO ASÍ EN LA TIERRA....**”*

14 de julio de 1923

*“....el mundo se encuentra precisamente en el punto como cuando Yo debía venir a la tierra; todos estaban en espera de un gran acontecimiento, de una era nueva, como de hecho, así sucedió; y así ahora, debiendo venir el gran Advenimiento, la **ERA NUEVA en la que LA VOLUNTAD DE DIOS SE HAGA EN LA TIERRA como en el cielo**, todos están en expectativa de esta era nueva, cansados de la presente, pero sin saber cuál es esta novedad...esta expectativa es una señal cierta de que **la hora está cercana**”.*

22 de septiembre de 1924

“...Hija mía, son precisamente los demonios. Quisieran que no escribieras sobre mi Voluntad... **TEMEN MUCHO QUE PUDIERAN PUBLICARSE ESTOS ESCRITOS SOBRE MI VOLUNTAD, PORQUE VEN PERDIDO SU REINO EN LA TIERRA...**Tratan con todo su poder de impedir tan grande Bien.”

14 de Agosto de 1926

“Hija mía, el Reino de mi Divina Voluntad es invencible, **Y EN ESTOS CONOCIMIENTOS HE PUESTO SOBREABUNDANTE LUZ, GRACIA Y ATRACTIVOS PARA HACERLO VICTORIOSO...**Estos conocimientos serán muro altísimo y fortísimo, más que en el Edén terrenal, que **IMPEDIRÁ AL ENEMIGO INFERNAL ENTRAR DENTRO para molestar a aquellos que vencidos por Ella, pasarán a vivir en el Reino de mi Divina Voluntad**”.

18 de septiembre de 1938

“Yo me serviré de todos los medios de amor, de gracias, de castigos; tocaré por todos lados a las criaturas para **hacer Reinan mi Voluntad. Y cuando parezca como si el verdadero bien debiera morir, RESURGIRÁ MÁS BELLO Y MAJESTUOSO. ...Todo lo que he dicho sobre mi Voluntad, puedo decir que es UNA NUEVA CREACIÓN**”.

Después de haber leído todos estos escritos y aunque en mi indigna y pequeñísima capacidad, me atrevo a decir que **el tiempo se ha cumplido**, y que el Reino de Dios **EN LA TIERRA: el Reino de Su Divina Voluntad “EN LA TIERRA (en nosotros) como en el Cielo (como en Dios)”**, ya ha comenzado a establecerse, pues es en cada uno de nosotros que se debe primero constituir este Reino, hasta que **con la Gracia y Poder de Dios** llegue a la plenitud universal, aunque en diversos grados **según Sus Designios, y según la disposición de cada alma** a este Don.

Esto es un decreto Divino y es con toda esta perspectiva que podemos entender con mucha más claridad lo que nos dice **el Catecismo de la Iglesia Católica en los números 671 al 675** (inclusive) sobre este tema, así como en **2 Tesalonicenses 2: 1- 12. CRISTO REY Reinará en cada corazón EN LA TIERRA, como Reina en el Cielo.**

Ahora bien, en orden a poder acoger y hacer Vida en nosotros todo lo que el Señor nos quiere dar a través de estos escritos, es totalmente indispensable escuchar lo que Él nos dice a través de las siguientes citas:

El 8 de Diciembre de 1926 el Señor le dice a Luisa:

*“Hija mía, no sabes tú que estos nuestros escritos **salen del fondo de mi Corazón**, y Yo hago correr en ellos la ternura de él para enternecer a aquellos que los leerán, la firmeza de mi hablar divino para reforzarlos en las verdades de mi Voluntad.*

*En todos los dichos, verdades, ejemplos que te hago poner en el papel, hago correr la dignidad de mi Sabiduría celestial, de modo que aquellos que los leen o leerán, **si están en gracia**, sentirán en ellos mi ternura, la solidez de mi hablar y la luz de mi Sabiduría, y como entre imanes quedarán atrapados en el conocimiento de mi Voluntad.*

***Quienes no estén en gracia**, no podrán negar que es luz, y la luz hace siempre bien, jamás hace mal, ilumina, calienta, hace descubrir las cosas más escondidas y mueve a amarlas, ¿quién puede decir que no recibe bien del sol? Ninguno. En estos escritos estoy poniendo más que un sol salido de mi corazón, a fin de que hagan bien a todos; por eso tengo tanto interés que tú escribas, por el gran bien que quiero hacer a la familia humana, tanto que los miro como **ESCRITOS MÍOS, PORQUE SIEMPRE SOY YO QUIEN DICTA Y TÚ LA PEQUEÑA SECRETARIA DE LA LARGA HISTORIA DE MI VOLUNTAD.**”*

El 2 de Agosto de 1930 el Señor le dice:

*“Hija mía, todas las cosas acá abajo, tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural, están veladas; sólo en el Cielo están develadas, ... Yo mismo, Verbo del Padre, tenía el velo de mi Humanidad, todas mis palabras, mi Evangelio bajo formas de ejemplos y de semejanzas, y sólo me comprendía quien se acercaba a escucharme con la **FE EN EL CORAZÓN, CON LA HUMILDAD, Y CON EL QUERER CONOCER LAS VERDADES QUE YO LES MANIFESTABA PARA PONERLAS EN PRÁCTICA...** Así son mis Verdades que Yo con tanto Amor te he manifestado sobre mi Divina Voluntad... de otra manera quedarán ciegos, y Yo les repetiré el dicho del Evangelio: ‘Tenéis ojos y no miráis, oídos y no escucháis, lengua y sois mudos’.”*

El 19 de mayo de 1938 leemos:

“¿Quién sabe donde irán a terminar estos escritos, en qué manos podrán estar? ¿Quién sabe cuántas cavilaciones, cuántas oposiciones harán, cuántas dudas?

Y me sentía intranquila, mi mente era afligida por tal aprensión que me sentía morir, **y mi dulce Jesús** para tranquilizarme ha regresado **diciéndome:**

*“Hija mía, no te turbes, **ESTOS ESCRITOS SON MÍOS, no tuyos**, y no importa en qué manos puedan estar, ninguno podrá tocarlos para deteriorarlos, Yo los sabré custodiar y defender, porque me pertenecen, y cualquiera que los tome con buena y recta voluntad encontrará en ellos una cadena de luz y de amor, con las cuales amo a las criaturas.*

*Estos escritos los puedo llamar desahogo de mi Amor, locuras, delirios, excesos de mi Amor, con el cual quiero vencer a la criatura, a fin de que regrese en mis brazos para hacerle sentir cuánto la amo. Y para hacerle conocer mayormente cuánto la amo quiero llegar al exceso de **darle el gran don de mi Voluntad como vida**, porque sólo con Ella el hombre podrá ponerse al seguro y sentir las llamas de mi Amor, mis ansias de cuánto la amo.*

*Así que **quien lea estos escritos con la intención de encontrar la verdad, sentirá mis llamas y se sentirá transformado en amor y me amará de más. Ahora, quien los lea para encontrar cavilaciones y dudas, su inteligencia quedará cegada y confundida por mi luz y por mi Amor.***

*Hija mía, el bien, mis verdades, producen dos efectos, uno contrario al otro: **‘Para los dispuestos son luz** para formar el ojo en su inteligencia, y vida para dar la vida de santidad que mis verdades encierran; **a los indispuestos los ciega y les priva del bien que mis verdades encierran.**”*

A continuación expongo algunas pocas de las tantas citas en las que **el Señor** le habla a Luisa de **Su dolor al quedar estos escritos desconocidos:**

10 de octubre de 1928

“Y como todo lo que te he dicho yace en el anonimato, Yo siento una opresión sobre mi Corazón que me comprime e impide que mis llamas de amor se eleven y hagan sus caminos. Por eso en cuanto oía leer y tomar la decisión de ocuparse para publicar estos escritos, me sentía quitar la pesadumbre y quitar el peso que comprimen las llamas de mi Corazón...”

21 de octubre de 1929

*“...frecuentemente parece que hacen rumor, que quieren hacer conocer mi Divina Voluntad con publicarla, ¿pero qué? Quién es presa del temor, quién teme comprometerse, quién no acepta el sacrificarse; ahora con un pretexto y ahora con otro todo termina en palabras, y **mi Divina Voluntad queda exiliada en medio de las criaturas**”.*

17 de mayo de 1938

*“...ocultar una Verdad, que Nosotros con tanto amor dejamos salir de nuestro Seno Paterno, es **el más grande delito, y priva a las generaciones humanas del bien más grande**”*

Queridos hermanos en el Señor, en vista a todo lo que les presento en esta introducción, me atrevo a también exhortarlos a meditar y discernir varias citas de la Santa Biblia que ya vosotros conocéis sobre este tema:

Isaias 11: 2, 4, 6-9, Isaias 65: 17, 19, 20, 25, Daniel 12: 9, Hechos 3: 20, 21, Romanos 8: 19-23, 2 Pedro 3: 13, Apocalipsis 1: 4, 8,19, Apocalipsis 11: 17, Apocalipsis 19: 13, 15, 16, Apocalipsis 21: 3, 4, 7, Apocalipsis 22: 3, 4, 5, 13, 14.

*“**En Cristo, Dios nos ha dado a conocer EL MISTERIO DE SU VOLUNTAD...** para realizarlo **en la plenitud de los tiempos:** hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los Cielos y **LO QUE ESTÁ EN LA TIERRA**”. Efesios 1: 9, 10*

*“**...POR SU VOLUNTAD** TODAS LAS COSAS EXISTEN Y FUERON CREADAS”*

Apocalipsis 4:11

*“**LA VOLUNTAD DE DIOS** ES QUE TODOS LOS HOMBRES SE SALVEN Y LLEGUEN AL CONOCIMIENTO PLENO DE LA VERDAD”*

1 Tim. 2: 4

*“**LA VOLUNTAD DE DIOS** ES VUESTRA SANTIFICACIÓN; ...ASI PUES, EL QUE ESTO DESPRECIA, NO DESPRECIA A UN HOMBRE, SINO A DIOS, QUE OS HACE **DON DE SU ESPIRITU SANTO**”*

1Tes. 4: 3, 8

El 27 de agosto de 1926, el Señor le hacía ver a Luisa al Padre Annibale di Francia cuando Él le decía: “Hijo mío, **el título que darás al libro que publicarás sobre mi Voluntad será este:**

“EL REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD EN MEDIO A LAS CRIATURAS -Libro de Cielo- EL LLAMADO A LA CRIATURA AL ORDEN, AL PUESTO Y AL FIN PARA EL CUAL FUE CREADA POR DIOS”.

“!YA NO HABRÁ DILACIÓN! SINO QUE EN LOS DÍAS EN QUE SE OIGA LA VOZ DEL SÉPTIMO ANGEL, CUANDO SE PONGA A TOCAR LA TROMPETA, SE HABRÁ CONSUMADO **EL MISTERIO DE DIOS, SEGÚN LO HABÍA ANUNCIADO COMO BUENA NUEVA A SUS SIERVOS LOS PROFETAS”.** Apocalipsis 10: 7.

“NADIE HARÁ DAÑO, NADIE HARÁ MAL EN TODO MI SANTO MONTE, PORQUE LA TIERRA ESTARÁ LLENA DE CONOCIMIENTO DE YAHVEH, COMO CUBREN LAS AGUAS EL MAR”. Isaías 11: 9

“...YO SOY DIOS, NO EXISTE NINGÚN OTRO. YO JURO POR MI NOMBRE; DE MI BOCA SALE PALABRA VERDADERA Y NO SERÁ VANA” ...”ASÍ SERÁ MI PALABRA, LA QUE SALGA DE MI BOCA, QUE NO TORNARÁ A MÍ DE VACÍO, SIN QUE HAYA REALIZADO LO QUE ME PLUGO Y HAYA CUMPLIDO AQUELLO A QUE LA ENVIÉ. ...” Isaías 45: 23, 55: 11

“YO SOY DIOS, NO HAY OTRO COMO YO. YO ANUNCIO DESDE EL PRINCIPIO LO QUE VIENE DESPUÉS Y DESDE EL COMIENZO LO QUE AÚN NO HA SUCEDIDO. YO DIGO: MIS PLANES SE REALIZARÁN Y TODOS MIS DESEOS LLEVARÉ A CABO”. Isaías 46: 9-11

«Tienes que PROFETIZAR OTRA VEZ contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.» “...Luego vi a otro Ángel que volaba por lo alto del cielo y tenía UNA BUENA NUEVA ETERNA QUE ANUNCIAR A LOS QUE ESTÁN EN LA TIERRA, A TODA NACIÓN, RAZA, LENGUA Y PUEBLO”. Apocalipsis 10: 11, 14: 6

“Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: «ESTA ES LA MORADA DE DIOS CON LOS HOMBRES. PONDRÁ SU MORADA ENTRE ELLOS Y ELLOS SERÁN SU PUEBLO Y ÉL DIOS - CON - ELLOS, SERÁ SU DIOS. y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.» Entonces dijo el que está sentado en el trono: «Mira que hago un mundo nuevo.» Y añadió: «Escribe: Estas son palabras ciertas y verdaderas.»
Apocalipsis 21: 3-5

«*Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija, o la pone debajo de un lecho, sino que la pone sobre un candelero, para que los que entren vean la luz. Pues nada hay oculto que no quede manifiesto, y nada secreto que no venga a ser conocido y descubierto. Mirad, pues, cómo oís; porque al que tenga, se le dará; y al que no tenga, aun lo que crea tener se le quitará.*» Lucas 8: 16-18

Oremos incesantemente para que la Iglesia pueda pronto publicar la versión oficial de estos escritos y difundirlos en el mundo entero. Con estas citas y por Gracia de Dios, concluyo esta comunicación en el Amor del Señor y de nuestra Santísima Madre. **¡Que vuestros corazones se abran a la Luz del Espíritu Santo para que os ilumine sobre esta comunicación! ¡Que la Paz y la Gracia del Señor sea con vosotros!**

Vuestro hermano en Cristo Jesús.

LES RECUERDO NUEVAMENTE QUE EL SEÑOR PIDE QUE ESTOS ESCRITOS SEAN LEÍDOS **EN EL ORDEN EN QUE FUERON DADOS, Y EN SU TOTALIDAD.**

Les exhorto también a que los hagan llegar a aquellos hermanos Obispos, Sacerdotes y Religiosos a los que el Espíritu Santo les guíe.

Es mi sugerencia que bajen los escritos a un CD, y de este vayan imprimiendo los volúmenes según los lean. Les exhorto a que la lectura de estos escritos sea parte integral de sus lecturas diarias de la Sagrada Escritura, y que también sean **releídos** continuamente.

El 24 de diciembre de 1929 el Señor le dice a Luisa:

*“Si tu supieras cuánta Luz hay en todo lo que te he manifestado acerca de mi Divina Voluntad (**volúmenes 11 al 36**), y cuánta más Luz resplandecería si fueran **leídas y releídas**, tu misma quedarías eclipsada y maravillada por el gran bien que harán.*

*...si mis Verdades manifestadas son puestas en el olvido, y no son puestas en un puesto de honor, quedan como sepultadas, pero los vivos no se sepultan. **ELLAS SON LUZ QUE POSEEN Y LLEVAN VIDA**”...*

SELLO ESTA COMUNICACIÓN CON ESTA CITA DE LOS ESCRITOS DE LUISA:

En junio 6 de 1935 el Señor le dice a Luisa:

*“Hija mía, tú debes saber que amo siempre a mis hijos, a mis amadas criaturas. Me desviviría por no verlas golpeadas, tanto, que **EN LOS TIEMPOS FUNESTOS QUE VENDRÁN, LOS HE PUESTO A TODOS EN LAS MANOS DE MI MAMÁ CELESTIAL, A ELLA LOS HE CONFIADO PARA QUE ME LOS TENGA SEGUROS BAJO SU MANTO”**.*

Luisa hablando:

Ahora, mientras esto decía, mi querido Jesús me hacía ver con hechos, que **LA SOBERANA REINA DESCENDÍA DEL CIELO CON UNA MAJESTAD INDECIBLE Y UNA TERNURA TODA MATERNA, Y GIRABA EN MEDIO A LAS CRIATURAS, EN TODAS LAS NACIONES, Y MARCABA A SUS QUERIDOS HIJOS Y A AQUELLOS QUE NO DEBÍAN SER TOCADOS POR LOS FLAGELOS. A QUIENQUIERA QUE TOCABA MI MAMÁ CELESTIAL, LOS FLAGELOS NO TENÍAN PODER SOBRE DE ELLOS; EL DULCE JESÚS DABA EL DERECHO A SU MAMÁ DE PONER A SALVO A QUIEN ELLA QUERÍA.**

Cómo era conmovedor ver girar en todas las partes del mundo a la Emperatriz Celestial, que los tomaba entre sus manos maternas, se los estrechaba a su pecho, los escondía bajo su manto a fin de que ningún mal pudiera dañar a aquellos que su materna bondad tenía bajo su custodia, custodiados y defendidos. **¡Oh! si todos pudieran ver con cuánto amor y ternura hacía este oficio la Celestial Reina, llorarían de consuelo y amarían a Aquélla que tanto nos ama”**.

“BENDITO SEA AQUEL QUE FÍA EN YAHVEH, PUES NO DEFRAUDARÁ YAHVEH SU CONFIANZA” Jeremías 17: 7

OTROS DOCUMENTOS RELEVANTES

WWW.FIAT-FIAT-FIAT.COM

ORACIÓN A NUESTRA SANTÍSIMA MADRE

Oh Madre Santísima, yo, (vuestro nombre), pobre e indigno(a) pecador(a), renuevo y ratifico hoy en tus manos, los votos de mi Bautismo; renuncio para siempre a Satanás, a sus ostentaciones y maniobras, y me entrego enteramente a Jesucristo, la Sabiduría Encarnada, a cargar mi cruz ante El todos los días de mi vida, y a ser fiel a Él más que nunca lo he sido.

Oh Inmaculada Madre, en presencia de todas las Cortes Celestiales, te elijo en este día por Madre, Maestra y Reina. A Ti consagro TODO mi ser, TODA mi vida, mi voluntad, TODOS mis actos, TODA mi familia, y ABSOLUTAMENTE TODO, para que Tú hagas con ellos según tu Voluntad para la mayor Gloria de Dios.

Oh Madre dulcísima, heme aquí postrado a los pies de tu Trono. Soy tu pequeño hijo(a) y quiero darte TODO mi amor; quiero encerrar en tu Corazón Materno, mis penas, mis temores, mis debilidades y TODO mi ser.

Oh Santísima Madre, Reina y Madre de La Divina Voluntad, a Ti entrego mi voluntad para que Tú me la cambies por la Voluntad Divina. Átala Oh Madre junto con la Tuya a los pies del Trono Celestial, y dame la Voluntad Divina como CENTRO de mi vida. Devélame Oh Madre Su Vida. Te ruego que me mantengas siempre refugiado en tu Inmaculado Corazón y que suplas por todos mis actos, para que sean siempre hechos y vividos en el Divino Querer. Ayúdame Oh Madre a vivir en Su Plenitud. Haz descender el Espíritu Santo a mi alma para que queme todo lo que es humano, y con Su Soplo refrigerante impere sobre mí y me confirme en la Divina Voluntad.

Unido a Ti **oh Santísima Madre**, me ofrezco contigo a la Santísima Trinidad, para restituirles el honor y la gloria de toda la Creación que nosotros le habíamos quitado haciendo nuestra voluntad. Escucha Madre queridísima, para hacer más solemne la consagración de mi voluntad a Ti, llamo a la Trinidad Sacrosanta, a todos los Ángeles, a todos los Santos, y delante de todos prometo, y con juramento, hacer solemne consagración de mi voluntad, de toda mi vida y de todos mis actos a mi Madre Celestial.

Oh Madre Santísima, yo soy TOTUS TUUS y acepto y acojo tu sello en mí. He aquí a tu hijo, llévame a VIVIR en el Reino de la Divina Voluntad, y haz que ELLA sea siempre mi PRIMER ACTO, mi ALIMENTO, mi VIDA.

Oh Madre Santísima, en la Unidad de la Divina Voluntad, yo pido en unión Contigo, con Nuestro Señor Jesucristo, y con todos los Ángeles y Santos: **"Oh Padre Eterno, VENGA TU REINO; HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO" ¡AMEN!**

La Sierva de Dios

LUISA PICCARRETA

Su vida

Nació el 23 de abril de 1865 en la pequeña ciudad de CORATO, en la provincia de Bari, al sur de Italia, ahí vivió siempre y ahí murió en olor de santidad el 4 de marzo de 1947.

Ochenta y dos años de vida, sesenta y cuatro de los cuales, sí, sesenta y cuatro, los pasó en la "celda más pequeña que haya habido en el mundo": su cama. Encima y alrededor de su cama una ligera estructura metálica de la cual por los cuatro costados pendían sendas cortinas que hacían de su cama un claustro de escasos dos metros cuadrados; espacio suficiente para ella y para su Amado: Jesús, que casi a diario la visitaba y la amaestraba para que ella modelara todo su interior a semejanza de Él. Y no sólo para Él, sino que también había espacio para la Mamá, la Santísima Virgen, a quien Luisa así llamaba, la que, con la misma finalidad de hacer de Luisa una copia perfecta del interior de Jesús y del de Ella, la visitaba también con frecuencia.

Luisa estuvo siempre bajo la potestad de la "Señora Obediencia", ante la que siempre se dobló y sometió, y que desde el Obispo le venía por medio del Confesor en turno.

Nuestro Señor intervino para poner a Luisa definitivamente y sin dudas en su estado de víctima de reparación, para lo cual se sirvió de una epidemia de cólera que en 1886 cosechaba muchas víctimas en la región de Corato. Jesús le pidió que aceptara un estado de sufrimientos para poner fin a aquel flagelo, y habiendo aceptado Luisa, después de tres días de sufrimientos desapareció el cólera, que desde meses antes cundía.

Cuando ella tenía 21 años, su nuevo confesor, Don Michele de Benedictis, para conocer, probar y discernir su espíritu, le impuso por primera cosa que, si debía sufrir, debía primero pedirlo a la obediencia.

Un año después, Jesús le pidió ofrecerse a sufrir, pero no ya a intervalos, como en el pasado, sino de modo continuo, y todo para reparar a la Divina Justicia, demasiado airada, y evitar a los hombres tantos castigos que cada vez más merecían y que estaban a punto de llover. Luisa hizo saber estos deseos de Jesús al Confesor y le pidió que le diera la obediencia, pues debía sufrir "por un cierto tiempo" que ella pensaba fueran cuarenta días; el Confesor asintió y Luisa quedó así definitivamente en cama desde los 22 años, en el otoño de 1887. Y aún debió vivir por otros 60 años, sí, 60, en su "celda", pues la obediencia le venía renovada, y los vivió así sin haber estado NUNCA enferma de nada y sin que jamás presentara llaga alguna debido a su estado.

Se inició, entonces, una nueva cadena de gracias singulares. Jesús se hacía ver frecuentísimamente, disponiéndola a los "Desposorios Místicos" y llevándola a una perfecta conformidad con la Voluntad de Dios. Jesús continuó preparándola para otros desposorios, los "Desposorios de la Cruz", y, una mañana, mostrándose crucificado, le comunicó los dolorosísimos estigmas de su Pasión, pero, consintiendo a los deseos de Luisa de dejárselos invisibles, ninguna señal externa le dejó. Desde entonces le era renovada por Jesús mismo la crucifixión. Luisa, que se veía consumir por una hambre insaciable de sufrir, años más tarde debió aprender que todo, voluntad de sufrir y aun el deseo de ver sensiblemente a Jesús, todo debía morir en la Divina Voluntad.

Muerto este Confesor, uno nuevo, Don Gennaro di Gennaro, en 1899, la tomó a su cuidado y así fue durante 24 años. Y por primera cosa le dio la obediencia, dolorisísima para ella, de escribir todo lo que había sucedido, desde el inicio, entre Jesús y ella, y empezó a escribir en febrero de 1899.

Jesús continuó enseñándola y preparándola a su excelsa misión, a la máxima gracia y a un "estado superior": Vivir en y de la Divina Voluntad. En 1900 le habla por primera vez de esto y da a ella por primera esta Gracia de las gracias y la constituye como la Pequeña Hija de la Divina Voluntad, iniciando así con ella, en el silencio y en lo escondido, la nueva era de Gracia, el verdadero REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD EN LA TIERRA, el cumplimiento del *Pater Noster: Fiat Voluntas Tua sicut in Caelo et in terra*. El Hágase Tu Voluntad como en el Cielo en la tierra.

Luisa escribió, a partir de entonces, 36 volúmenes acerca de esta doctrina del vivir en la Divina Voluntad, y otros escritos, entre los cuales: "Las Horas de la Pasión", de las que se publicaron cuatro ediciones, en 1915, 1917 y 1921, y "La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad", de la que se publicaron 3 ediciones, en 1932, 1933 y 1937. Todas con "*Nihil Obstat*" e "*Imprimatur*". La obediencia de escribir cesó y el último capítulo del Vol. 36 lo escribió el 28 de diciembre de 1938.

El P. Gennaro murió en 1922 y lo sucedió el Can. D. Francesco De Benedictis, quien murió 4 años después, en 1926. Y, por último, fue nombrado Confesor por el Arzobispo el Can. D. Benedetto Calvi, quien atendió a Luisa hasta la muerte de ella.

Finalmente, el 4 de marzo de 1947, a las 6 de la mañana, murió, después de una breve pero intensa pulmonía. Después de 4 días de veneración pública de sus restos, tuvo su primera apoteosis: sus triunfales funerales, en los que participaron innumerables personajes de la Iglesia local de Trani, diócesis a la que pertenece Corato, así como de otras partes, según se puede constatar en algunas fotografías de la época. Actualmente sus restos mortales reposan, con autorización de la Iglesia, en el interior del templo parroquial de Corato.

¿Cómo se desarrollaba un día cualquiera de la vida de Luisa? **Su último confesor, Don Benedetto Calvi, ha dejado este testimonio:**

"FENÓMENOS EXTRAORDINARIOS EN SU VIDA"

"Hacia las 6 de la mañana, el Confesor llegaba a la cabecera de su camita. Luisa se encontraba como si fuera un bloque de mármol, contraída tan fuertemente que cuando su hermana o alguna otra persona de casa tenía que sentarla en la cama, en su postura acostumbrada, para obedecer al Confesor o al Obispo, no eran capaces de moverla a causa del peso, como si fuera un gran bloque de plomo, ni extenderle ningún miembro, porque tenía una fuerte rigidez.

Sólo cuando el Confesor (o podía ser en determinadas circunstancias cualquier sacerdote) le devolvía la vida y los movimientos al cuerpo dándole una bendición y haciéndole una señal de la cruz con el pulgar sobre el dorso de la mano, el cuerpo de Luisa entonces se reanimaba, empezaba a moverse, y su hermana podía levantarla y colocarla fácilmente y sin ningún esfuerzo en su sitio y en su acostumbrada y única posición, sentada en su camita."

"Otro fenómeno extraordinario (ya señalado): en 64 años, sin moverse de su cama, nunca sufrió ninguna llaga de la piel".

"A continuación seguía la lectura, hecha solamente por su Confesor a su cabecera, de lo que Luisa había escrito aquella noche acerca de las sublimes verdades de la Divina Voluntad".

"Y otro hecho extraordinario: ¿Cuál era su alimento? Todo lo poco que comía, lo devolvía siempre todo, viviendo en una total inedia, desde que quedó en cama hasta que murió: 64 años. Su único alimento era la Divina Voluntad y Jesús Sacramentado".

"Estos y otros fenómenos los pudieron observar personalmente y controlar escrupulosamente, y además los sometieron a severos exámenes, no pocos doctores o profesores de dogmática, de moral, de ascética y mística, llamados por nuestros superiores diocesanos para emitir un juicio. Menciono un par de ellos: el Dr. P. Doménico Franzé. O. F. M. (Profesor de Fisiología y Medicina en el Colegio Internacional de Roma) y el Dr. P. Consalvo Valls, O. F. M. (asimismo doctor en Teología Moral, Ascética y Mística), y otros más".

"Después de haber despertado a Luisa mediante la santa obediencia, el Confesor, o bien otro sacerdote, celebraba la Santa Misa en su cuartito, delante de su cama. Luego, tras recibir la Santa Comunión, Luisa se quedaba como dormida, extasiada, en íntimo coloquio con el Señor durante dos o tres horas, pero sin quedarse rígida ni con la pérdida completa de sus sentidos. Muchas veces, sin embargo, durante el día le sucedía que Nuestro Señor estaba con ella en modo sensible, y a veces las personas que le hacían compañía lo notaban".

"Cuando volvía en sí, se ponía a trabajar sentada en la cama. Cosía y hacía encajes sobre el "tómbolo" (trabajos finos de tejido, que generalmente eran ornamentos, manteles, etc., para la Iglesia) y diariamente acudían a ella algunas jóvenes y niñas, a quienes enseñaba a hacer estos trabajos, pero sobre todo atraídas por el dulce encanto que emanaba la presencia de Dios en Luisa... Y con Luisa pasaban todo el tiempo en oración, meditaban "Las Horas de la Pasión" como lo hacía Luisa (y muchas de esas jovencitas llegaron a saber de memoria esas "Horas"); hacían horas santas de reparación y otros ejercicios de piedad. Su vida, pues, aparecía exteriormente así, siempre igual: trabajo, silencio, oración".

"Hacia las dos y media o las tres de la tarde le llevaban la pequeña porción de alimento que, como ya se dijo, después de algunos minutos devolvía en un recipiente destinado a este efecto. Por la tarde dedicaba normalmente otra hora a la meditación; a un cierto momento le cerraban la cortina de su cama y durante una hora y media o dos horas la dejaban sola... con la Reina del Cielo, que venía a visitarla. Después de lo cual proseguía el trabajo hasta las diez o las once de la noche. Entonces Luisa se ponía a escribir, cuando había recibido alguna manifestación o comunicación de Nuestro Señor (bien durante el día, bien durante su estado de "dormición" durante la noche), o a medida que se le renovaba la orden de seguir escribiendo. Finalmente, ya hacia la media noche o a la una, Luisa se reclinaba en la cama y entonces la sorprendía la pérdida de los sentidos y su estado de "muerte"; y si esto le sucedía antes de poder extenderse en la cama, se quedaba en aquella postura como una estatua de piedra".

"Y así pasaban los días de toda su vida."

Dejemos la palabra a otro de sus Confesores, si bien sólo Confesor extraordinario por menos de 2 años, pero que estuvo en contacto con ella durante 17 años, hasta la muerte de él en 1927; quien se interesó de tal manera en la persona, en los escritos de Luisa y en la doctrina de la Divina Voluntad, que fue quien publicó las "Horas de la Pasión": ANNIBALE MARIA DI FRANCIA **(ya proclamado Santo)**.

El P. Annibale M. Di Francia llegó a Corato en 1910, iniciando una serie de visitas y un frecuente e íntimo contacto espiritual con Luisa. Conocerla, para él significó un viraje trascendental en su vida, y el conocimiento de la Divina Voluntad fue decisivo en su espiritualidad. El Arzobispo de Trani lo nombró censor eclesiástico en su diócesis y director en lo que se relacionaba con los escritos de Luisa, en vista de la publicación que el Padre deseaba hacer.

Entonces el P. Di Francia se dedicó con todos sus deseos y energías a la publicación de las "Horas de la Pasión", para las cuales escribió una larga introducción, e hizo cuatro ediciones, siempre con el "*Imprimatur*" y el "*Nihil Obstat*". El Padre como censor de los escritos de Luisa otorgó el "*Nihil Obstat*" y obtuvo de S.E. Giuseppe Maria Leo, Arzobispo de Trani el "*Imprimatur*" para los primeros 19 volúmenes escritos por Luisa, que eran los que a la sazón había escrito.

Dejémosle, pues, la palabra a él, transcribiendo parte del válido testimonio que de Luisa dejó escrito:

"Ella quiere vivir solitaria, oculta y desconocida. Por ninguna razón habría puesto por escrito las íntimas y prolongadas comunicaciones con Jesús adorable, desde su más tierna edad hasta hoy, y que continúan quién sabe hasta cuando, si Nuestro Señor mismo no la hubiera obligado, ya sea directamente por Él o por medio de la santa obediencia de sus directores, obediencia a la que siempre se rinde con gran violencia por su parte, junto con una gran fortaleza y generosidad, porque el concepto que ella tiene de la obediencia le haría rehusar aun la entrada al Paraíso..." "Y esto constituye uno de las más importantes caracteres de un espíritu verdadero, de una virtud sólida y probada, y además se trata de cuarenta años en los que con la más fuerte violencia contra sí misma se somete a la gran "Señora Obediencia", la que la domina..."

"Esta Alma Solitaria es una virgen purísima, toda de Dios, objeto de singular predilección del Divino Redentor Jesús, Nuestro Señor, que de siglo en siglo acrecienta cada vez más las maravillas de su amor, parece que de esta virgen, a quien Él llama la más pequeña que haya encontrado en la tierra, desprovista de toda instrucción, ha querido formar un instrumento apto para una misión tan sublime que NINGUNA OTRA se le puede comparar, esto es, para el triunfo de la Divina Voluntad en la tierra, de conformidad con lo que está dicho en el "Pater Noster": "Fiat Voluntas tua sicut in caelo et in terra".

"Esta virgen del Señor, desde hace más de cuarenta años, desde que era adolescente, fue puesta en cama como víctima del amor divino. Y durante todo este tiempo ha vivido una larga serie de dolores naturales y sobrenaturales de embelesamientos de la caridad eterna del Corazón de Jesús. Origen de dolores que exceden todo orden ha sido una casi continua y alternada "privación de Dios..."

"A los sufrimientos del alma se agregan también los del cuerpo, todos originados por el estado místico: sin que ninguna señal aparezca en las manos, en los pies, en el costado o en la frente, ella recibe de Nuestro Señor mismo una frecuente crucifixión... Y si Jesús no lo hiciera así, sería para esta alma un sufrimiento espiritual inmensamente grande... Y esta es otra señal de verdadero espíritu..."

"Después de cuanto hemos dicho acerca de la larga y continua vida de años y años en una cama en calidad de víctima, con participación de tantos dolores espirituales y corporales, podría parecer que la vista de tal desconocida virgen debería ser una cosa dolorosa y afligente, pues sería ver a una persona que yace con todas las señales de los dolores sufridos. Pero aquí hay otra cosa admirable: esta esposa de Jesús Crucificado, que pasa las noches en éxtasis dolorosos y en sufrimientos de todo género, al verla luego en el día, medio sentada en su cama, trabajando en sus bordados, nada, nada se transparenta, ni lo más mínimo, de una que en la noche haya tanto sufrido. Ninguno, ningún aire de extraordinariedad o de sobrenaturalidad. Se ve en todo con el aspecto de una persona sana, alegre y jovial; habla, discute y a veces ríe, si bien recibe a pocas personas amigas..."

"No continúo más. La vida de esta virgen esposa de Jesús es MÁS CELESTIAL QUE TERRENA y quiere pasarla en el mundo ignorada y desconocida, no buscando sino a Jesús y a su Santísima Madre, quien la ha tomado bajo su particular protección"...

Y dijimos que este testimonio es válido porque el Padre Di Francia, que tan bien conoció a Luisa y durante tantos años, y con tanto fervor publicó "Las Horas de la Pasión", **fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 7 de octubre de 1990** y fue por él elogiado y puesto como ejemplo para los sacerdotes de nuestros días.

* * *

Sus escritos

De la vida exterior de Luisa podríamos referir un sinnúmero de anécdotas asombrosas y extraordinarias, como las narran tantas personas que la conocieron, pero correríamos el riesgo de desviarnos a cosas secundarias, reduciendo su vida a una serie de episodios, sin duda milagrosos, piadosos y edificantes, pero dejando a un lado lo más importante de Luisa y que es lo que la distingue de todos los demás y donde encontramos su verdadero retrato, e así como su misión.

Entonces ¿quién es Luisa? ¿Qué hizo en su vida? ¿Cuál es su misión?

Las respuestas a estas preguntas, respuestas asombrosas, se encuentran en sus mismos escritos. No es posible conocer a Luisa sin conocer sus escritos; ellos forman no sólo el conocimiento de su vida interior, sino que son los conductos por los que nos llega a nosotros tanto el conocimiento de ella, como la formación de la LA VIDA DE LA DIVINA VOLUNTAD en ella y en todos los que La quieran acoger.

Pero antes de asomarnos a los escritos, queremos transcribir dos opiniones que dejaron los ya mencionados Padres Doménico Franzé y Consalvo Valls.

Helos aquí:

"Reverendo Padre:

Hace ya casi un año, precisamente el pasado septiembre, que Vuestra Reverencia me entregó, también de parte de un importante personaje, dos ejemplares del libro titulado "EN EL REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD" con el fin de que yo diera un juicio sobre dicha obra, cuyo autor se había atrincherado en el más estricto anonimato.

Pues bien, R. Padre, como sabe, no me he contentado con leer dicho libro, sino que he querido conocer además para poder enjuiciarlo mejor a la persona que lo ha escrito.

Y después de haberlo leído y de haber hablado con quien lo ha escrito, no me he detenido sólo en mi convicción sino que he solicitado asimismo el parecer de algunos de entre mis competentes Hermanos religiosos, de uno de los cuales le incluyo una breve relación; se trata del Padre Consalvo Valls, profesor de Teología en este nuestro Colegio Internacional de San Antonio y examinador delegado para la revisión de nuestros libros (esta relación se incluye más abajo).

En verdad, a quien no tuviera tiempo ni ganas para recorrer el libro, le bastaría ver el índice del mismo para ver cómo un alma llamada por Dios a la perfección se eleva con pasos y subida graduales, por los caminos del desapego y del anonadamiento, de las tentaciones y de las pruebas, entre las cuales hay una durísima, que se prolonga desde hace ya más de 46 años.

A mí, que soy médico, me causa sencillamente estupor el hecho de que en la paciente no haya encontrado ninguna llaga o erosión de la piel, en una persona obligada a estar inmóvil en cama durante un periodo tan largo de años.

A mí, que soy Religioso Regular, me da mucho consuelo haber recibido seguridades de que, durante tan larga serie de años, ni los médicos, ni los Confesores, ni los Arzobispos diocesanos, hayan descubierto jamás engaño alguno, después de haber hecho pruebas exhaustivas.

A mí, finalmente, que soy Sacerdote, se me alegra el alma por haber comprobado que en la paciente hay no sólo toda la delicada integridad de las virtudes cristianas, sino además un alma que tiende a la perfección iluminada por una gracia especial.

Aparte de todo lo que Nuestro Señor parece que se digna obrar en esta alma, para purificarla y hacerla digno instrumento de misericordia para sus semejantes, yo noto en estos escritos una idea predominante, que podría llamar LA IDEA MADRE DE LA EXISTENCIA DE ESTA CRIATURA: LA DIVINA VOLUNTAD.

La pobre paciente llama a todas las almas a que penetren en el mal de cada una de las voluntades personales y quiere hacer constatar que, así como uno es el mal común de todas las voluntades humanas, es decir, el pecado, así una sola es la medicina universal para todos los hombres pecadores, es decir, que LA SANTÍSIMA VOLUNTAD DE DIOS SEA LA VIDA DE LA VOLUNTAD HUMANA.

Si el libro del que hablamos no hiciera más que inculcar en el lector los derechos de Dios y de su Divino Querer y afirmar su poder supremo sobre todas las voluntades humanas y sobre todos los poderes y los reinos de nuestra minúscula tierra, yo diría que eso sería ya mucho para el bien de las almas.

Reverendo Padre, con juicio de médico y de sacerdote le digo que solamente un espíritu tan mortificado y perennemente mortificado, SOLAMENTE UNA VOLUNTAD HUMANA FUNDIDA EN LA VOLUNTAD DIVINA puede llegar a concepciones tan básicas y fundamentales como las que manifiesta esta alma, la cual, sin estudios y sin escuela, estando sola en el lecho de su dolor, con una verdadera cultura literaria, teológica y ascética limitadísima.

HABLA CON VERDADERA COMPETENCIA de los temas más abstrusos, de la solución a los problemas más difíciles y CONDUCE AL ALMA QUE LEE SUS ESCRITOS A LOS CAMPOS MAS PERFUMADOS DE LA VIRTUD.

No es ahora el momento, desde luego, de que yo dé cuenta de las pruebas físicas, psicofísicas y morales que he experimentado en la paciente. Yo tengo la certeza moral, y también porque quien escribe tiene ya 65 años bien maduros y es ajeno a todo lo que sabe a mundo y a todo lo que sabe a inmoderación, yo tengo la certeza moral, repito, por cuanto le es dado al hombre, de que el libro que Vuestra Reverencia me ha presentado podrá hacer un gran bien, sobre todo porque procede de un espíritu recto y sin ficción.

Le doy las gracias por la hermosa ocasión que me ha dado y me encomiendo a sus dignas oraciones, mientras me confirmo de Vuestra Reverencia afectísimo en Jesucristo".

*Fray Doménico Franzé
Médico Cirujano. Profesor de
Fisiología y Medicina misionera
en el Colegio Internacional
San Antonio. Socio de mérito de
la Pontificia Academia Romana de
Misiones. Roma. 20071931"*

De la opinión del P. Valls, que el P. Franzé menciona, transcribimos solamente las afirmaciones principales, y son las siguientes:

"Reverendo P. Franzé:

He leído y estudiado el libro titulado "EN EL REINO DE LA DIVINA VOLUNTAD". Y después de haberlo meditado en algunos de sus puntos, puedo declarar lo siguiente:

***I. Bajo el aspecto dogmático:** Lo he encontrado conforme en todo con las enseñanzas recibidas de la Santa Iglesia y manifestadas en las fuentes de la Revelación, incluso cuando habla sólo de paso de cuestiones dogmáticas, como... (Y sigue una serie de puntos analizados, y los comentarios a los mismos son: "Exactitud teológica sublime y maravillosa...", "Exactísimo también el concepto... sin estridencias y con maravillosa armonía",*

"Nunca se repite, sino siempre encuentra nuevos y bellísimos aspectos, sin separarse ni por un instante del recto concepto de esas verdades de Fe". etc.)

Es cierto que acá y allá se encuentran incertidumbres y a veces incluso cosas raras, que necesitarían alguna explicación; pero es también verdad que por cuanto más se reflexiona en las mismas, más desaparece la aparente disonancia de la primera impresión. Por lo demás, Jesús mismo se lo dice al alma cuando la tranquiliza de los temores que ella siente de escribir disparates...

II. Bajo el aspecto ascético: *Es justísimo en todas sus apreciaciones, bien sea al presentar los medios activos de santificación (oración, trabajo, cumplimiento de los propios deberes, sacramentos, prácticas de piedad, lecturas, mortificación, etc.), bien sea especialmente en las amplias enseñanzas que da sobre las virtudes mismas... Nota: para justificar todos estos puntos (que el autor enumera) haría falta citar todo el libro...*

III. En cuanto a los fenómenos místicos: *El libro parece verdaderamente inspirado (De los numerosos puntos que señala, indicamos, por ejemplo, este: "Diferencia entre el conocimiento abstractivo y el conocimiento intuitivo de Dios y del alma misma. La demostración que hace del intuitivo es una demostración psicológica y experimental de la doctrina teológica acerca del modo de obrar divino de los dones del Espíritu Santo y de los sentidos espirituales, por contraposición al modo de obrar humano de las virtudes, etc.)*

IV. Por lo que se refiere al autorretrato de esta alma: *Se ve que vive intensamente la vida de la gracia, de la cual hace descripciones tan bellas y exactas como solamente los dones del Espíritu Santo pueden darle el conocimiento y además la ciencia de poderlas expresar. De estos dones en plena actividad proviene esa contemplación de Dios en sus atributos y en su vida trinitaria, esa contemplación de Cristo y de la Sma. Virgen en sus misterios, esa visión tan consoladora y maravillosa de la Divina Voluntad que gobierna al mundo... No de otra fuente, más que de la gracia divina, que absorbe todo el ser de esta alma, puede proceder esa resolución y esa generosidad con las que se entrega a los más grandes sacrificios íntimos que le pide su Amado; esa delicadeza y vivacidad de sentimientos...; igualmente la inmensa caridad hacia el prójimo, que brota y tiene por fundamento el amor a Jesús...*

Y sobre todo, sólo de la gracia puede venir ESA SUBSTITUCIÓN DE SU PROPIA VOLUNTAD POR LA VOLUNTAD DEL SEÑOR, que la hace permanecer en paz, segura y contenta en medio de las más grandes tribulaciones, sufrimientos, sequedades, y que constituye la misión particular de esta alma.

Por todas estas observaciones, hechas así, de volada, acá y allá, y cotejando, yo nutro la íntima persuasión de que la persona en cuestión es un alma de Dios y que ES DIVINA LA OBRA QUE SE CUMPLE EN ELLA. No conozco la vida, ni la historia de esta alma, pero para justificar este concepto mío me basta el examen de este libro y el efecto QUE YO MISMO he experimentado con su lectura, la que destilaba en mi espíritu nuevas ansias de mejorar espiritualmente. Sólo Dios tiene las llaves del corazón y lo hace vibrar hacia la santidad..." (etc.).

De Vuestra Reverencia, afectuosísimo hermano."

*Fray Consalvo Valls, O. F. M.
Profesor de Teología Dogmática y
Mística en el Colegio
Internacional de S. Antonio. Roma."*

Que la Paz y la Gracia del Señor Jesús sea con Vosotros!

LES RECUERDO NUEVAMENTE QUE EL SEÑOR PIDE QUE ESTOS ESCRITOS SEAN LEÍDOS EN EL ORDEN EN QUE FUERON DADOS, Y EN SU TOTALIDAD.

INVOCACIÓN

Por intercesión de Nuestra Santísima Madre, Madre del Verdadero Dios por Quien se vive, Reina de la Divina Voluntad y Corredentora, Medianera y Abogada nuestra, y de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, la pequeña hija de la Divina Voluntad, **pido aquí la Unción del Espíritu Santo para todos los que lean estos escritos**; para que vuestros corazones y vuestras inteligencias se abran de par en par a la Luz, Amor y Sabiduría Divina de Dios, y puedan llegar a vivir en la Plenitud de Vida en la Divina Voluntad que Él ha designado para cada uno de nosotros desde toda la Eternidad, para Su Gloria, y para la vuestra en la Suya. ¡**AMEN!**

ÍNDICE

	Página	
NOTICIA DE AMOR	-1-	
INTRODUCCIÓN	i	
VOLUMENES		
1	1	
2	77	Febrero 28, 1899
3	175	Noviembre 1, 1899
4	273	Septiembre 5, 1900
5	424	Marzo 19, 1903
6	448	Noviembre 1, 1903
7	541	Enero 30, 1906
8	599	Junio 23, 1907
9	647	Marzo 10, 1909
10	688	Noviembre 9, 1910
11	734	Febrero 10, 1912
12	857	Marzo 16, 1917
13	1010	Mayo 1, 1921
14	1079	Febrero 4, 1922
15	1174	Diciembre 8, 1922
16	1229	Julio 15, 1923
17	1347	Junio 10, 1924
18	1443	Agosto 9, 1925
19	1501	Febrero 23, 1926
20	1636	Septiembre 17, 1926
21	1775	Febrero 23, 1927
22	1832	Junio 1, 1927
23	1886	Septiembre 17, 1927
24	1983	Marzo 19, 1928
25	2083	Octubre 7, 1928
26	2151	Abril 7, 1928
27	2211	Septiembre 23, 1929
28	2277	Febrero 22, 1930
29	2344	Febrero 13, 1931
30	2442	Noviembre 4, 1931
31	2541	Julio 24, 1932
32	2606	Marzo 12, 1933
33	2671	Noviembre 19, 1933
34	2772	Diciembre 2, 1935
35	2872	Agosto 9, 1937
36	2979	Abril 12, 1938

1

I. M. I.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Por pura obediencia comienzo a escribir.

Tú sabes, oh Señor, el sacrificio que me cuesta hacerlo, y que me sometería a mil muertes antes que escribir una sola línea de las cosas que han pasado entre Tú y yo. ¡Oh mi Dios! Mi naturaleza se estremece, se siente aplastada y casi deshecha al sólo pensarlo. ¡Ah, dame la fuerza, oh Vida de mi vida, a fin de que pueda cumplir la santa obediencia! Tú, que diste la inspiración al confesor, dame la gracia de poder cumplir lo que me es mandado.

¡Oh Jesús, oh Esposo, oh fortaleza mía! A Ti me dirijo, a Ti vengo, en tus brazos me introduzco, me abandono, me reposo. ¡Ah, consuélame en mi aflicción y no me dejes sola y abandonada! Sin tu ayuda estoy cierta que no tendré fuerza de cumplir esta obediencia que tanto me cuesta, me vencerá el enemigo y temo ser repudiada justamente por Ti por mi desobediencia. ¡Ah! Mírame y vuelve a mirarme, oh Esposo santo en estos tus brazos, mira de cuántas tinieblas estoy circundada, son tan densas que no dejan entrar ni siquiera un átomo de luz en mi alma. ¡Oh! mi místico Sol Jesús, resplandezca esta luz en mi mente a fin de que haga huir las tinieblas y pueda libremente recordar las gracias que has hecho a mi alma. ¡Oh! Sol eterno, manda otro rayo de luz a lo íntimo de mi corazón y lo purifique del fango en el cual yace, lo incendie, lo consuma en tu Amor, a fin de que él, que más que todo ha probado las dulzuras de tu Amor, pueda claramente manifestarlas a quien está obligado. ¡Oh! mi Sol Jesús, manda otro rayo de luz aun sobre mis labios para que pueda decir la pura verdad, con la única finalidad de conocer si eres verdaderamente Tú, o bien ilusión del enemigo, pero, ¡oh! Jesús, cuán escasa de luz me veo aun en estos brazos tuyos. ¡Ah! conténtame, Tú que tanto me amas continúa mandándome luz. ¡Oh! mi Sol, mi bello, propiamente quiero entrar en el centro a fin de quedar toda

¹ Todos los libros presentados en la obra "Libro de Cielo" han sido traducidos directamente del original manuscrito de Luisa Piccarreta. En este primer volumen presentamos los primeros cuatro libros escritos por Luisa. El día 28 de Febrero de 1899, ella recibe la orden de su confesor, Don Gennaro Di Gennaro de comenzar a escribir conforme Jesús le habla, y además, escribir todo lo que había pasado entre ellos hasta ese momento, así que el libro N° 1 es el único que no fue escrito conforme Nuestro Señor le hablaba. Aunque es en forma continua, se distinguen varios temas muy bien definidos, pero no queremos marcarlos para no alterar la forma como lo escribió. Al inicio de este volumen se encuentran las dos primeras meditaciones de la novena de navidad, las siete restantes se encuentran al final; por lo dicho anteriormente queremos dejar el orden que ella usó al escribir dicho volumen, por lo que aparentemente queda inconclusa, pero al final se encuentran las meditaciones que faltan. Además, esta novena se pone completa al final del volumen.

abismada en esta luz purísima. Haz, oh Sol divino, que esta luz me preceda delante, me siga junto, me circunde por doquier, se introduzca en los más íntimos escondites de mi interior, a fin de que consumiendo mi ser terreno, lo transformes todo en tu Ser Divino.

Virgen Santísima, Madre amable, ven en mi auxilio, obténme de tu, y mi dulce Jesús, gracia y fuerza para cumplir esta obediencia.

San José, amado protector mío, asísteme en esta circunstancia. Arcángel San Miguel, defiéndeme del enemigo infernal que tantos obstáculos me pone en la mente para hacerme faltar a esta obediencia. Arcángel San Rafael y tú, mi ángel custodio, vengan a asistirme y a acompañarme, a dirigir mi mano a fin de que pueda escribir sólo la verdad.

Sea todo para honor y gloria de Dios, y a mí toda la confusión. ¡Oh, Esposo santo, ven en mi ayuda! Al considerar las tantas gracias que has hecho a mi alma me siento toda espantada, toda llena de confusión y vergüenza al verme aún tan mala e incorrespondente a tus gracias. Pero mi amable y dulce Jesús, perdóname, no te retires de mí, continúa derramando en mí tu Gracia, a fin de que puedas hacer de mí un triunfo de tu Misericordia.

Y ahora comienzo _ Novena de la Santa Navidad. A la edad de diecisiete años me preparé a la fiesta de la Santa Navidad practicando diferentes actos de virtud y mortificación, honrando especialmente los nueve meses que Jesús estuvo en el seno materno con nueve horas de meditación al día, referentes siempre al misterio de la Encarnación.

1º.- Como por ejemplo, en una hora me ponía con el pensamiento en el paraíso y me imaginaba a la Santísima Trinidad: Al Padre que mandaba al Hijo a la tierra, al Hijo que prontamente obedecía al Querer del Padre, y al Espíritu Santo que consentía en ello. Mi mente se confundía tanto al contemplar un misterio tan grande, un amor tan recíproco, tan igual, tan fuerte entre Ellos y hacia los hombres, y en la ingratitud de estos, especialmente la mía, que en esto me habría quedado no una hora sino todo el día, pero una voz interna me decía:

“Basta, ven y mira otros excesos más grandes de mi Amor.”

2º.- Entonces mi mente se ponía en el seno materno y quedaba estupefacta al considerar a aquel Dios tan grande en el Cielo y ahora tan humillado, empequeñecido, restringido, que casi no podía moverse, ni siquiera respirar. La voz interior me decía:

“¿Ves cuánto te he amado? ¡Ah! dame un lugar en tu corazón, quita todo lo que no es mío, porque así me darás más facilidad para poderme mover y respirar.”

Mi corazón se deshacía, le pedía perdón, prometía ser toda suya, me desahogaba en llanto, sin embargo, lo digo para mi confusión, volvía a mis habituales defectos. ¡Oh! Jesús, cuán bueno has sido con esta miserable criatura.

Y así pasaba la segunda hora del día, y después, poco a poco el resto, que decirlo todo sería aburrir. Y esto lo hacía a veces de rodillas y cuando era impedida a hacerlo por la familia, lo hacía aun trabajando, porque la voz interna no me daba ni tregua ni paz si no hacía lo que quería, así que el trabajo no me era impedimento para hacer lo que debía hacer. Así pasé los días de la novena; cuando llegó la víspera me sentía más que nunca encendida por un insólito fervor, estaba sola en la recámara cuando se me presenta delante el niño Jesús, todo bello, sí, pero titiritando, en actitud de quererme abrazar, yo me levanté y corrí para abrazarlo, pero en el momento en que iba a estrecharlo desapareció, esto se repitió tres veces. Quedé tan conmovida y encendida de amor, que no sé explicarlo; pero después de algún tiempo no lo tomé más en cuenta y no se lo dije a nadie; de vez en cuando caía en las acostumbradas faltas. La voz interna no me dejó nunca más, en cada cosa me reprendía, me corregía, me animaba, en una palabra, el Señor hizo conmigo como un buen padre con un hijo que tiende a desviarse, y él usa todas las diligencias, los cuidados para mantenerlo en el recto camino, de modo de formar de él su honor, su gloria, su corona. Pero, ¡oh! Señor, demasiado ingrata te he sido.

Después el divino Maestro da principio, pone su mano para desapegar mi corazón de todas las criaturas, y con voz interior me decía:

“Yo soy el único que merece ser amado; mira, si tú no quitas este pequeño mundo que te rodea, esto es, pensamientos de criaturas, imaginaciones, Yo no puedo entrar libremente en tu corazón, este murmullo en tu mente sirve de impedimento para dejarte oír más clara mi voz, para derramar mis gracias y para hacerte enamorar verdaderamente de Mí. Prométeme ser toda mía y Yo mismo pondré manos a la obra; tú tienes razón en que no puedes nada, no temas, Yo haré todo, dame tu voluntad y eso me basta.”

Y esto sucedía más frecuentemente en la comunión, entonces le prometía ser toda suya y le pedía perdón por que hasta aquel momento no lo había sido, le decía que verdaderamente lo quería amar y le rogaba que no me dejase nunca más sola sin Él. Y la voz continuaba:

“No, no, vendré junto contigo a observar todas tus acciones, movimientos y deseos.”

Todo el día lo sentía sobre de mí, me reprendía de todo, como por ejemplo si me entretenía demasiado platicando con la familia de cosas indiferentes, no necesarias, la voz interna me decía:

“Estas pláticas te llenan la mente de cosas que no me pertenecen a Mí, te circundan el corazón de polvo, de modo que te hace sentir débil mi Gracia, no más viva. ¡Ah! imítame a Mí; cuando estaba en la casa de Nazaret mi mente no se ocupaba de otra cosa que de la gloria del Padre y de la salvación de las almas; mi boca no decía otra cosa que discursos santos, con mis palabras buscaba reparar las ofensas al Padre, trataba de asaetear los corazones y atraerlos a mi amor, y primariamente a mi Madre y a San José, en una palabra, todo nombraba a Dios, todo se obraba por Dios y todo a Él se refería. ¿Por qué no podrías hacer tú otro tanto?”

Yo quedaba muda, toda confundida, trataba por cuanto más podía de estarme sola, le confesaba mi debilidad, le pedía ayuda y gracia para poder hacer lo que Él quería, porque por mí sola no sabía hacer otra cosa que mal. Si durante el día mi mente se ocupaba en pensar en personas a las cuales yo quería, enseguida me reprendía diciéndome:

“¿Esto es lo bien que me quieres? ¿Quién te ha amado como Yo? Mira, si tú no terminas con esto Yo te dejo.”

A veces me sentía dar tales y tantos reproches amargos, que no hacía otra cosa que llorar. Especialmente una mañana, después de la comunión me dio una luz tan clara sobre el gran amor que Él me daba y sobre la volubilidad e inconstancia de las criaturas, que mi corazón quedó tan convencido, que de ahí en adelante ya no ha sido capaz de amar a ninguna persona. Me enseñó el modo de como amar a las personas sin separarme de Él, esto es, con mirar a las criaturas como imagen de Dios, de modo que si recibía el bien de las criaturas, debía pensar que sólo Dios era el primer autor de aquél bien y que se había servido de la criatura para dármelo, entonces mi corazón se unía más a Dios; si recibía mortificaciones debía mirarlas también como instrumentos en las manos de Dios para mi santificación, por esto mi corazón no quedaba resentido con mi prójimo. Entonces, por este modo sucedía que yo miraba a las criaturas todas en Dios, por cualquier falta que viera en ellas jamás les perdía la estima, si se burlaban de mí me sentía obligada con ellas pensando que me hacían hacer nuevas adquisiciones para mi alma; si me alababan, recibía con desprecio estas alabanzas diciendo: “Hoy esto, mañana pueden odiarme, pensando en su inconstancia.” En suma, mi corazón adquirió una libertad que yo misma no sé explicar.

Cuando el divino Maestro me liberó del mundo externo, entonces puso mano a purificar el interior, y con voz interna me decía:

“Ahora hemos quedado solos, no hay ya quien nos disturbe, ¿no estás ahora más contenta que antes que debías contentar a tantos y tantos? Mira, es más fácil contentar a uno solo, debes hacer de cuenta que Yo y tú estamos solos en el mundo, prométeme ser fiel y Yo verteré en ti tales y tantas gracias, que tú misma quedarás maravillada.”

Luego continuó diciéndome: “Sobre ti he hecho grandes designios, siempre y cuando tú me correspondas, quiero hacer de ti una perfecta imagen mía, comenzando desde que nací hasta que morí; Yo mismo te enseñaré un poco cada vez el modo como lo harás.”

Y sucedía así: Cada mañana, después de la comunión me decía lo que debía hacer en el día. Lo diré todo brevemente, porque después de tanto tiempo es imposible poder decirlo todo. No recuerdo bien, pero me parece que la primera cosa que me decía que era necesaria para purificar el interior de mi corazón, era el aniquilamiento de mí misma, esto es, la humildad. Y continuaba diciéndome:

“Mira, para hacer que Yo derrame mis gracias en tu corazón, quiero hacerte comprender que por ti nada puedes, Yo me cuido muy bien de aquellas almas que se atribuyen a ellas mismas lo que hacen, queriéndome hacer tantos hurtos de mis gracias; en cambio con aquellas que se conocen a sí mismas Yo soy generoso en verter a torrentes mis gracias, sabiendo muy bien que nada refieren a ellas mismas, me agradecen y tienen la estima que conviene, viven con continuo temor de que si no me corresponden puedo quitarles lo que les he dado, sabiendo que no es cosa de ellas; todo lo contrario en los corazones que apestan de soberbia, ni siquiera puedo entrar en su corazón, porque inflado de ellos mismos no hay lugar donde poderme poner, las miserables no toman en cuenta mis gracias y van de caída en caída hasta la ruina. Por eso quiero que en este día hagas continuos actos de humildad, quiero que tú estés como un niño envuelto en pañales, que no puede mover ni un pie para dar un paso, ni una mano para obrar, sino que todo lo espera de la madre, así tú te estarás junto a Mí como un niño, rogándome siempre que te asista, que te ayude, confesándome siempre tu nada, en suma, esperando todo de Mí.”

Entonces buscaba hacer cuanto más podía para contentarlo, me empequeñecía, me aniquilaba y a veces llegaba a tanto, de sentir casi deshecho mi ser, de modo que no podía obrar, ni dar un paso, ni siquiera un respiro si Él no me sostenía. Además me veía tan mala que tenía vergüenza de dejarme ver por las personas, sabiendo que soy la más fea, como en realidad lo soy aún, así que por cuanto más podía las rehuía y decía entre mí:

“¡Oh, si supieran cómo soy mala, y si pudieran ver las gracias que el Señor me está haciendo, (porque yo no decía nada a nadie) y que yo soy siempre la misma, oh, cómo me tendrían horror!”

Después, en la mañana cuando iba de nuevo a comulgar, me parecía que al venir Jesús a mí hacía fiesta por el contento que sentía al verme tan aniquilada; me decía otras cosas sobre el aniquilamiento de mí misma, pero siempre de manera diferente a la anterior. Yo creo que no una, sino cientos de veces me ha hablado, y si me hubiera hablado miles de veces tendría siempre nuevos modos para hablar sobre la misma virtud. ¡Oh! mi divino maestro, cuán sabio eres, si al menos te hubiera correspondido.

Recuerdo que una mañana mientras me hablaba sobre la misma virtud, me dijo que por falta de humildad había cometido muchos pecados, y que si yo hubiera sido humilde me habría tenido más cerca a Él y no habría hecho tanto mal. Me hizo entender como era feo el pecado, la afrenta que este miserable gusano había hecho a Jesucristo, la ingratitud horrenda, la impiedad enorme, el daño que le había venido a mi alma. Quedé tan espantada que no sabía qué hacer para reparar, hacía algunas mortificaciones, pedía otras al confesor, pero pocas me eran concedidas, así que todas me parecían sombras y no hacía otra cosa que pensar en mis pecados, pero siempre más estrechada a Él. Tenía tal temor de alejarme de Él y de actuar peor que antes, que yo misma no sé explicarlo. No hacía otra cosa cuando me encontraba con Él que decirle la pena que sentía por haberlo ofendido, le pedía siempre perdón, le agradecía porque había sido tan bueno conmigo y le decía de corazón: “Mira, ¡oh! Señor el tiempo que he perdido, mientras que habría podido amarte.” Entonces no sabía decir otra cosa que el grave mal que había hecho; finalmente, un día reprendiéndome me dijo:

“No quiero que pienses más en esto, porque cuando un alma se ha humillado, convencida de haber hecho mal y ha lavado su alma en el sacramento de la confesión y está dispuesta a morir antes que ofenderme, el pensar en ello es una afrenta a mi Misericordia, es un impedimento para estrecharla a mi Amor, porque siempre busca con su mente envolverse en el fango pasado y me impide hacerle tomar el vuelo hacia el Cielo, porque siempre con aquellas ideas se encierra en sí misma, si es que busca pensar en ellas; y además, mira, Yo no recuerdo ya nada, lo he olvidado perfectamente, ¿ves tú alguna sombra de rencor de parte mía?”

Y yo le decía: “No, Señor, eres tan bueno.” Pero sentía rompérsese el corazón de ternura.

Y Él: “Y bien, ¿querrás mantener delante estas cosas?”

Y yo: “No, no, no quiero.”

Y Él: “Pensemos en amarnos y en contentarnos mutuamente.”

De ahí en adelante no pensé más en eso, hacía cuanto más podía por contentarlo y le pedía que Él mismo me enseñase el modo como debía hacer para reparar el tiempo pasado. Y Él me decía:

“Estoy pronto a hacer lo que tú quieres. Mira, la primera cosa que te dije que quería de ti era la imitación de mi Vida, así que veamos qué cosa te falta.”

“Señor”, le decía, “me falta todo, no tengo nada.”

“Y bien”, me decía, “no temas, poco a poco haremos todo. Yo mismo conozco cuán débil eres, pero es de Mí que debes tomar fuerza.”

(No lo recuerdo en orden, pero como pueda lo diré) Y agregaba: “Quiero que seas siempre recta en tu obrar, con un ojo me debes mirar a Mí y con el otro debes mirar lo que estás haciendo; quiero que las criaturas te desaparezcan del todo. Si te vienen dadas ordenes, no mires a las personas, no, sino debes pensar que Yo mismo quiero que tú hagas lo que te es ordenado, entonces con el ojo fijo en Mí no juzgarás a ninguno, no mirarás si la cosa te es penosa o te gusta, si puedes o no puedes hacerla; cerrando los ojos a todo esto los abrirás para mirarme sólo a Mí, me llevarás junto a ti pensando que te estoy mirando fijamente y me dirás: “Señor, sólo por Ti lo hago, sólo por Ti quiero obrar, no más esclava de las criaturas.” Así que si caminas, si obras, si hablas, en cualquier cosa que hagas, tu único fin debe ser de agradarme sólo a Mí. ¡Oh! cuántos defectos evitarás si haces así.”

Otras veces me decía: “También quiero que si las personas te mortifican, te injurian, te contradicen, la mirada también fija en Mí, pensando que con mi misma boca te digo: “Hija, soy propiamente Yo que quiero que sufras esto, no las criaturas, aleja la mirada de ellas, sino sólo Yo y tú siempre, todas las demás destrúyelas. Mira, quiero hacerte bella por medio de estos sufrimientos, te quiero enriquecer con méritos, quiero trabajar tu alma, volverte similar a Mí. Tú me harás un regalo, me agradecerás afectuosamente, serás agradecida con aquellas personas que te dan ocasión de sufrir, recompensándolas con algún beneficio. Haciendo así caminarás recta ante Mí, ninguna cosa te dará más inquietud y gozarás siempre paz.”

Después de algún tiempo en que traté de ejercitarme en estas cosas, a veces haciendo y a veces cayendo (si bien veo claro que aun me falta este espíritu de rectitud y siempre quedo más confundida pensando en tanta ingratitud mía), Jesús me habló y me hizo entender la necesidad del espíritu de mortificación, (si bien me recuerdo que en todas estas cosas que me decía, me agregaba siempre que todo debía ser hecho por amor suyo, y que las virtudes más bellas, los sacrificios más grandes, se volvían insípidos si no tenían principio en el amor. La Caridad, me decía, es una virtud que da

vida y esplendor a todas las demás, de modo que sin ella todas están muertas y mis ojos no sienten ningún atractivo y no tienen ninguna fuerza sobre mi corazón; estate pues atenta y haz que tus obras, aun las mínimas estén investidas por la Caridad, esto es, en Mí, conmigo y por Mí). Ahora vayamos directamente a la mortificación.

“Quiero”, me decía, “que en todas tus cosas, hasta las necesarias sean hechas con espíritu de sacrificio. Mira, tus obras no pueden ser reconocidas por Mí como mías si no tienen la marca de la mortificación, así como la moneda no es reconocida por los pueblos si no contiene en sí misma la imagen de su rey, es más, es despreciada y no tomada en cuenta, así es de tus obras, si no tienen el injerto con mi cruz no pueden tener ningún valor. Mira, ahora no se trata de destruir a las criaturas, sino a ti misma, de hacerte morir para vivir solamente en Mí y de mi misma Vida. Es verdad que te costará más que lo que has hecho, pero ten valor, no temas, no lo harás tú sino Yo que obraré en ti.”

Entonces recibía otras luces sobre la aniquilación de mí misma y me decía:

“Tú no eres otra cosa que una sombra, que mientras quieres tomarla te huye, tú eres nada.”

Yo me sentía tan aniquilada que habría querido esconderme en los más profundos abismos, pero me veía imposibilitada para hacerlo, sentía tal vergüenza que quedaba muda. Mientras estaba en este reconocimiento de mi nada, Él me decía:

“Ponte junto a Mí, apóyate en mi brazo, Yo te sostendré con mis manos y tú recibirás fuerza. Tú estás ciega, pero mi luz te servirá de guía. Mira, me pondré delante y tú no harás otra cosa que mirarme para imitarme.”

Después me decía: “La primera cosa que quiero que mortifiques es tu voluntad, aquel “yo” se debe destruir en ti, quiero que la tengas sacrificada como víctima ante Mí para hacer que de tu voluntad y de la mía se forme una sola. ¿No estás contenta?”

Sí Señor, pero dame la Gracia, porque veo que por mí nada puedo. Y Él continuaba diciéndome:

“Sí, Yo mismo te contradiré en todo, y a veces por medio de las criaturas.”

Y sucedía así, por ejemplo: Si en la mañana me despertaba y no me levantaba en seguida, la voz interna me decía: “Tú descansas, y Yo no tuve otro lecho que la cruz, pronto, pronto, no tanta satisfacción.”

Si caminaba y mi vista se iba un poco lejos, pronto me reprendía: “No quiero, tu vista no la alejes de ti más allá que la distancia de un paso a otro, para hacer que no tropieces.”

Si me encontraba en el campo y veía flores, árboles, me decía: “Yo todo lo he creado por amor tuyo, tú priva a tu vista de este contento por amor mío.”

Aun en las cosas más inocentes y santas, como por ejemplo los ornamentos de los altares, las procesiones, me decía: “No debes tomar otro placer que en Mí solo.”

Si mientras trabajaba estaba sentada, me decía: “Estás demasiado cómoda, ¿no te acuerdas que mi Vida fue un continuo penar? ¿Y tú? ¿Y tú?”

Enseguida, para contentarlo me sentaba en la mitad de la silla y la otra mitad la dejaba vacía, y algunas veces en broma le decía: “Mira, oh Señor, la mitad de la silla está vacía, ven a sentarte junto a mí.” Alguna vez me parecía que me contentaba, y sentía tanto gusto que yo misma no sé decirlo. Algunas veces que estaba trabajando con lentitud y desganada me decía: “Pronto, apúrate, que el tiempo que ganarás apurándote vendrás a pasarlo junto conmigo en la oración.”

A veces Él mismo me indicaba cuánto trabajo debía hacer, y yo le pedía que viniera a ayudarme. “Sí, sí,” me respondía, “lo haremos juntos a fin de que después que hayas terminado quedemos más libres.” Y sucedía que en una hora o dos hacía lo que debía hacer en todo el día, después me iba a hacer oración y me daba tantas luces y me decía tantas cosas, que el querer decirlas sería demasiado largo. Recuerdo que mientras estaba sola trabajando, veía que no alcanzaba el hilo para completar aquel trabajo y que tendría necesidad de ir con la familia para buscarlo, entonces me dirigía a Él y le decía: “En qué aprovecha amado mío el haberme ayudado, pues ahora veo que tengo necesidad de ir a la familia, y puedo encontrar personas y me impedirán venir de nuevo, y entonces nuestra conversación terminará.” “Qué, qué,” me decía, “¿y tú tienes Fe?” “Sí.” “Pues no temas, te haré terminar todo.” Y así sucedía, y luego me ponía a rezar.

Si llegaba la hora de la comida y comía alguna cosa agradable, súbito me reprendía internamente diciendo: “¿Tal vez te has olvidado que Yo no tuve otro gusto que sufrir por amor tuyo, y que tú no debes tener otro gusto que el mortificarte por amor mío? Déjalo y come lo que no te agrada.” Y yo en seguida lo tomaba y lo llevaba a la persona que ayudaba en el servicio, o bien decía que ya no quería, y muchas veces me la pasaba casi en ayunas, pero cuando iba a la oración recibía tanta fuerza y sentía tal saciedad, que sentía náusea de todo lo demás.

Otras veces para contradecirme, si no tenía ganas de comer me decía: “Quiero que comas por amor mío, y mientras el alimento se une al cuerpo, pídeme que mi Amor se una con tu alma y quedarán santificadas todas las cosas.”

En una palabra, sin ir más lejos, aun en las cosas más mínimas trataba de hacer morir mi voluntad para hacer que viviera sólo para Él. Permitía que hasta el confesor me contradijera, como por ejemplo: Sentía un gran deseo de recibir la comunión, todo el día y la noche no hacía otra cosa que prepararme, mis ojos no se podían cerrar al sueño por los continuos latidos del corazón y le decía: “Señor, apresúrate porque no puedo estar sin Ti, acelera las horas, haz que surja pronto el sol porque yo no puedo más, mi corazón desfallece.” Él mismo me hacía ciertas invitaciones amorosas con las que me sentía despedazar el corazón; me decía: “Mira, Yo estoy solo, no sientas pena de que no puedes dormir, se trata de hacer compañía a tu Dios, a tu Esposo, a tu Todo que es continuamente ofendido, ¡ah! no me niegues este consuelo, que después en tus aflicciones Yo no te dejaré.” Mientras estaba con estas disposiciones, por la mañana iba con el confesor y sin saber por qué, la primera cosa que me decía era: “No quiero que recibas la comunión.” Digo la verdad, me resultaba tan amargo que a veces no hacía otra cosa que llorar; al confesor no me atrevía a decirle nada, porque así quería Jesús que hiciera, de otra manera me reprendía, pero yo iba con Él y le decía mi pena: “Ah Bien mío, ¿para esto la vigilia que hemos hecho esta noche, que después de tanto esperar y desear debía quedar privada de Ti? Sé bien que debo obedecer, pero dime, ¿puedo estar sin Ti? ¿Quién me dará la fuerza? Y además, ¿cómo tendré el valor de irme de esta iglesia sin llevarte conmigo? Yo no sé qué hacer, pero Tú puedes remediar a todo.” Mientras así me desahogaba sentía venir un fuego junto a mí, entrar una llama en el corazón, y lo sentía dentro de mí, y en seguida me decía: “Cálmate, cálmate, heme aquí, estoy ya en tu corazón, ¿de qué temes ahora? No te aflijas más, Yo mismo te quiero enjugar las lágrimas, tienes razón, tú no podías estar sin Mí, ¿no es verdad?” Yo entonces quedaba tan aniquilada en mí misma por esto, y le decía que si yo fuera buena Él no lo habría dispuesto así, y le pedía que no me dejara más, que sin Él no quería estar.

Después de estas cosas, un día, después de la comunión lo sentía en mí todo amor, y que me amaba tanto, que yo misma quedaba maravillada, porque me veía tan mala e incorrespondiente, y decía dentro de mí: “Al menos fuera buena y le correspondiera, tengo temor de que me deje (este temor de que me deje lo he tenido siempre y aún lo tengo, y a veces es tanta la pena que siento, que creo que la pena de la muerte sería menor, y si Él mismo no viene a calmarme no sé darme paz) y en cambio quiere

estrecharse más íntimamente a mí.” Y mientras así me lo sentía dentro de mí, con voz interna me dijo:

“Amada mía, las cosas pasadas no han sido más que un preparativo, ahora quiero venir a los hechos, y para disponer tu corazón para hacer lo que quiero de ti, esto es, la imitación de mi Vida, quiero que te internes en el mar inmenso de mi Pasión, y cuando tú hayas comprendido bien la acerbidad de mis penas, el amor con el que las sufrí, quién soy Yo que tanto sufrí, y quién eres tú, vilísima criatura, ah, tu corazón no osará oponerse a los golpes, a la cruz que Yo, sólo por tu bien le tengo preparada, más bien al sólo pensar que Yo, tu maestro, he sufrido tanto, tus penas te parecerán sombras comparadas con las mías, el sufrir te será dulce y llegarás a no poder estar sin sufrimientos.”

Mi naturaleza temblaba al solo pensar en los sufrimientos, le pedía que Él mismo me diera la fuerza, porque sin Él, me habría servido de sus mismos dones para ofender al donador. Entonces me puse toda a meditar la Pasión, y esto hizo tanto bien a mi alma, que creo que todo el bien me ha venido de esta fuente. Veía la Pasión de Jesucristo como un mar inmenso de luz, que con sus innumerables rayos me herían toda, esto es, rayos de paciencia, de humildad, de obediencia y de tantas otras virtudes; me veía toda rodeada por esta luz y quedaba aniquilada al verme tan desemejante de Él. Aquellos rayos que me inundaban eran para mí otros tantos reproches que me decían:

“Un Dios paciente, ¿y tú? Un Dios humilde y sometido aun a sus mismos enemigos, ¿y tú? Un Dios que sufre tanto por amor tuyo, y tus sufrimientos por amor suyo, ¿dónde están?”

A veces Él mismo me narraba las penas sufridas por Él, y quedaba tan conmovida que lloraba amargamente. Un día, mientras trabajaba, estaba considerando las penas acerbísimas que sufrió mi buen Jesús, mi corazón me lo sentía tan oprimido por la pena, que me faltaba la respiración; temiendo que me sucediera algo quise distraerme asomándome al balcón, vi hacia la calle, pero, ¿qué veo? Veo la calle llena de gente y en medio a mi amante Jesús con la cruz sobre la espalda – quien lo empujaba por un lado y quien por el otro, todo agitado, con el rostro chorreando sangre – que levantaba los ojos hacia mí en actitud de pedirme ayuda. ¿Quién podrá decir el dolor que sentí, la impresión que hizo sobre mi alma una escena tan lastimera? Rápidamente entré en mi habitación, yo misma no sabía donde me encontraba, el corazón me lo sentía despedazar por el dolor, gritaba y llorando le decía: “¡Jesús mío, si al menos te pudiera ayudar, te pudiese liberar de esos lobos tan enfurecidos! ¡Ay! al menos quisiera sufrir esas

penas en lugar tuyo para dar alivio a mi dolor. Ah, mi Bien, dame el sufrir, porque no es justo que Tú sufras tanto y yo, pecadora, esté sin sufrir.”

Desde entonces, recuerdo que se encendió en mí tanto deseo de sufrir que no se ha apagado hasta ahora. Recuerdo también que después de la comunión le pedía ardientemente que me concediera el sufrir, y Él a veces, para contentarme, me parecía que tomaba las espinas de su corona y las clavaba en mi corazón; otras veces sentía que tomaba mi corazón entre sus manos y lo estrechaba tan fuerte, que por el dolor sentía que perdía los sentidos. Cuando advertía que las personas se podrían dar cuenta de algo y a Él dispuesto a darme estas penas, pronto le decía: “Señor, ¿qué haces? Te pido que me des el sufrir pero que nadie se dé cuenta.” Durante algún tiempo me contentó, pero mis pecados me hicieron indigna de sufrir ocultamente, sin que nadie se diera cuenta.

Recuerdo que muchas veces después de la comunión me decía: “No podrás verdaderamente asemejarte a Mí sino por medio de los sufrimientos. Hasta ahora he estado junto a ti, ahora quiero dejarte sola un poco, sin hacerme sentir. Mira, hasta ahora te he llevado de la mano, enseñándote y corrigiéndote en todo, y tú no has hecho otra cosa que seguirme. Ahora quiero que hagas por ti misma, pero más atenta que antes, pensando que te estoy mirando fijamente, pero sin hacerme sentir, y que cuando vuelva a hacerme sentir vendré, o para premiarte si me has sido fiel, o para castigarte si has sido ingrata.”

Quedaba tan espantada y abatida por esta noticia, que le decía: “Señor, mi todo y mi Vida, ¿cómo podré subsistir sin Ti, quién me dará la fuerza? Cómo, después que me has hecho dejar todo, de modo que siento como si nadie existiera para mí, ¿me quieres dejar sola y abandonada? ¿Qué, te has tal vez olvidado de cuán mala soy, y que sin Ti nada puedo?” Y por esta recriminación, tomando un aspecto más serio, agregaba:

“Es que te quiero hacer comprender bien quién eres tú. Mira, lo hago por tu bien, no te entristezcas, quiero preparar tu corazón a recibir las gracias que he diseñado sobre ti. Hasta ahora te he asistido sensiblemente, ahora será menos sensible, te haré tocar con la mano tu nada, te cimentaré bien en la profunda humildad para poder edificar sobre ti muros altísimos, así que en vez de afligirte deberías alegrarte y agradecerme, pues cuanto más pronto te haga pasar el mar tempestuoso, tanto más pronto llegarás a puerto seguro; a cuantas más duras pruebas te sujetaré, tantas gracias más grandes te daré. Así que, ánimo, ánimo, y después pronto vendré.”

Y al decirme esto me parecía que me bendecía y se fue. ¿Quién podrá decir la pena que sentía, el vacío que dejaba en mi interior, las amargas lágrimas que derramé? Sin embargo me resigné a su Santa Voluntad,

parecía que de lejos le besaba la mano que me había bendecido diciéndole: “Adiós, oh Esposo santo, adiós.”

Veía que todo para mí había terminado, ya que sólo lo tenía a Él, y faltándome Él no me quedaba ningún otro consuelo, sino que todo se convertía en amarguísimas penas; es más, las mismas criaturas me recrudescían la pena, de modo que todas las cosas que veía, parecía que me decían: “Mira, somos obras de tu amado, y Él, ¿dónde está?” Si miraba agua, fuego, flores, hasta las mismas piedras, en seguida el pensamiento me decía: “Ah, estas son obras de tu Esposo, ellas tienen el bien de verlo y tú no lo ves.” ¡Ah! obras de mi Señor, denme noticias, díganme, ¿dónde se encuentra? Me dijo que pronto volvería, pero quién sabe cuando.”

A veces llegaba a tan amarga desolación que me sentía faltar la respiración, me sentía helar toda y sentía un escalofrío por toda mi persona, a veces se daba cuenta la familia y lo atribuían a algún mal físico y querían ponerme en tratamiento, llamar a médicos; a veces insistían tanto que lo lograban, pero yo, sin embargo, hacía cuanto más podía para quedarme sola, así que pocas veces lo advertían. Recordaba también todas las gracias, las palabras, las correcciones, las reprensiones, veía claramente que todo lo obrado hasta ahí, todo, todo había sido obra de su Gracia y que de mí no quedaba más que la pura nada y la inclinación al mal; tocaba con la mano que sin Él no sentía más el amor tan sensible, aquellas luces tan claras en la meditación, de modo que permanecía hasta dos o tres horas, hacía cuanto más podía por hacer lo que hacía cuando lo sentía, porque oía repetir aquellas palabras: “Si mi eres fiel vendré para premiarte, si ingrata para castigarte.”

Así pasaba a veces dos días, a veces cuatro, más o menos como a Él le agradaba, mi único consuelo era recibirlo en el sacramento. Ah, sí, ciertamente ahí lo encontraba, no podía dudar, y recuerdo que pocas veces no se hacía oír, porque tanto le pedía y volvía a pedir y lo importunaba, que me contentaba, pero no amoroso y amable, sino severo.

Después que pasaban aquellos días en aquel estado descrito arriba, especialmente si le había sido fiel, me lo sentía regresar dentro de mí, me hablaba más claramente, y como en los días pasados no había podido concebir dentro de mí ni una palabra, ni oír nada, entonces entendí que no era mi fantasía, como muchas veces lo pensaba antes, tanto que de lo dicho hasta aquí no decía nada ni al confesor ni a ninguna otra alma viviente. Sin embargo hacía cuanto más podía para corresponderle, porque de otra manera me hacía tanta guerra que no tenía paz. ¡Ah Señor, has sido tan bueno conmigo, y yo tan mala aún!

Siguiendo con lo que había comenzado, me lo sentía dentro de mí, lo abrazaba, me lo estrechaba, le decía: “Amado Bien, mira cuán amarga me ha resultado nuestra separación.” Y Él me decía: “Es nada lo que has pasado, prepárate a pruebas más duras; por esto he venido, para disponer tu corazón y fortificarlo. Ahora me dirás todo lo que has pasado, tus dudas y temores, todas tus dificultades, para poderte enseñar el modo de como comportarte en mi ausencia.”

Entonces le hacía la narración de mis penas diciéndole: “Señor, mira, sin Ti no he podido hacer nada bien, la meditación la he hecho toda distraída, fea, tanto que no tenía ánimo de ofrecértela. En la comunión no he podido estar las horas enteras como cuando te sentía, me veía sola, no tenía con quien entenderme, me sentía toda vacía, la pena de tu ausencia me hacía probar agonías mortales, mi naturaleza quería despacharse pronto para huir de esa pena, mucho más que me parecía que no hacía otra cosa que perder el tiempo, y el temor de que al regresar Tú me castigaras por no haber sido fiel, entonces no sabía qué hacer. Además, la pena de que Tú eres continuamente ofendido, y que yo no sabiendo cuando, como antes me enseñabas, hacer esos actos de reparación, esas visitas al santísimo sacramento por las ofensas que Tú recibes. Entonces dime, ¿cómo debo hacer?” Y Él, instruyéndome benignamente me decía:

1º.- “Has hecho mal al estarte tan turbada, ¿no sabes tú que Yo soy espíritu de paz? Y la primera cosa que te recomiendo es no disturbar la paz del corazón; cuando en la oración no puedes recogerte, no quiero que pienses en esto o aquello, como es o como no es, haciendo así tú misma llamas a la distracción. Más bien, cuando te encuentres en ese estado, la primera cosa es que te humilles, confesándote merecedora de esas penas, poniéndote como un humilde corderillo en manos del verdugo, que mientras lo mata le lame las manos; así tú, mientras te ves golpeada, abatida, sola, te resignarás a mis santas disposiciones, me agradecerás de todo corazón, besarás la mano que te golpea, reconociéndote indigna de esas penas, después me ofrecerás aquellas amarguras, angustias y tedios, pidiéndome que los acepte como un sacrificio de alabanza, de satisfacción por tus culpas, de reparación por las ofensas que me hacen. Haciendo así tu oración subirá ante mi trono como incienso olorosísimo, herirá mi corazón y atraerá sobre ti nuevas gracias y nuevos carismas. El demonio viéndote humilde y resignada, toda abismada en tu nada, no tendrá fuerza de acercarse. He aquí que donde tú creías perder, harás grandes adquisiciones.

2º.- Respecto a la comunión no quiero que te aflijas de que no sabes estar, debes saber que es una sombra de las penas que sufrí en el Getsemaní, ¿qué será cuando te haga partícipe de los flagelos, de las espinas y de los

clavos? El pensamiento de las penas mayores te hará sufrir con más ánimo las penas menores; entonces, cuando en la comunión te encuentres sola, agonizante, piensa que te quiero un poco en mi compañía en la agonía del huerto. Por tanto ponte junto a Mí y haz una comparación entre tus penas y las mías, mira, tú sola y privada de Mí, y Yo también solo, abandonado por mis más fieles amigos que están adormilados, dejado solo hasta por mi Divino Padre, y además en medio de penas acerbísimas, rodeado de serpientes, de víboras y de perros enfurecidos, los cuales eran los pecados de los hombres, y donde estaban también los tuyos, que hacían su parte, que me parecía que me querían devorar vivo, mi corazón sintió tanta opresión que me lo sentí como si estuviera bajo una prensa, tanto que sudé viva sangre. Dime, tú ¿cuándo has llegado a sufrir tanto? Entonces, cuando te encuentres privada de Mí, afligida, vacía de todo consuelo, llena de tristezas, de afanes, de penas, ven junto a Mí, límpiame esa sangre, ofréceme esas penas como alivio de mi amarguísima agonía. Haciendo así encontrarás el modo de entretenerte conmigo después de la comunión; no que no sufras, porque la pena más amarga que puedo dar a mis almas queridas es el privarlas de Mí, pero tú, pensando que con tu sufrir me das consuelo, estarás contenta.

3º.- En cuanto a las visitas y actos de reparación, tú debes saber que todo lo que hice en el curso de los treinta y tres años, desde que nací hasta que morí, lo continué en el sacramento del altar, por eso quiero que me visites treinta y tres veces al día, honrando todos mis años y uniéndote conmigo en el sacramento, con mis mismas intenciones, esto es, de reparación, de adoración. Esto lo harás en todos los momentos del día, el primer pensamiento de la mañana de inmediato vuela ante el sagrario, donde estoy por amor tuyo, y me visites, el último pensamiento de la tarde, mientras duermes por la noche, antes y después de comer, al principio de cada acción tuya, caminando, trabajando.”

Mientras así me decía, me sentía toda confundida, y no sabiendo si podría lograr hacerlo le dije: “Señor, te pido que estés junto a mí hasta que tenga la costumbre de hacerlo, porque conozco que contigo todo puedo, pero sin Ti, ¿qué puedo hacer yo, miserable?” Y Él benignamente agregaba:

“Sí, sí, te contentaré, ¿cuándo te he faltado? Quiero tu buena voluntad, y cualquier ayuda que quieras te la daré.”

Y así lo hacía. Después de que hubo pasado algún tiempo, a veces con Él, a veces privada de Él, un día, después de la comunión me sentí más íntimamente unida a Él, me hacía varias preguntas, como por ejemplo, si lo quería, si estaba dispuesta a hacer lo que Él quería, aun el sacrificio de la vida por amor suyo, y me decía:

“Y tú dime qué quieres, si tú estás pronta a hacer lo que quiero, también Yo haré lo que quieras tú.”

Yo me sentía toda confundida, no comprendía su modo de obrar, pero con el tiempo he entendido que ese modo de obrar lo usa cuando quiere disponer al alma a nuevas y más pesadas cruces, y la sabe atraer tanto a Él con esas estratagemas, que el alma no se atreve a oponerse a lo que Él quiere. Entonces le decía: “Sí, te amo, pero dime Tú mismo, ¿puedo encontrar objeto más bello, más santo, más amable que Tú? Además, ¿por qué me preguntas si estoy dispuesta a hacer lo que quieres, si desde hace tanto tiempo te entregué mi voluntad y te pedí que no evitaras ni aun el hacerme pedazos con tal que te pudiera dar gusto? Yo me abandono en Ti. Oh Esposo santo, obra libremente, haz de mí lo que quieras, dame tu Gracia, pues por mí nada soy y nada puedo.” Y Él me decía:

“¿Verdaderamente estás dispuesta a todo lo que quiero?”

Yo entonces me sentía más confundida y anonadada, y decía: “Sí, estoy dispuesta.” Pero casi temblando, y Él compadeciéndome, seguía diciendo: “No temas, seré tu fuerza, no sufrirás tú, sino seré Yo quien sufrirá y combatirá en ti. Mira, quiero purificar tu alma de todo mínimo defecto que pudiera impedir mi Amor en ti, quiero probar tu fidelidad, ¿pero cómo puedo ver si esto es verdad si no es poniéndote en medio de la batalla? Debes saber que quiero ponerte en medio de los demonios, les daré libertad de atormentarte y de tentarte a fin de que cuando hayas combatido los vicios con las virtudes opuestas, te encontrarás ya en posesión de esas mismas virtudes que creías perder, y después tu alma purificada, embellecida, enriquecida, será como un rey que regresa vencedor de una ferocísima guerra, que mientras creía perder lo que tenía, vuelve en cambio más glorioso y lleno de inmensas riquezas. Y entonces vendré Yo, formaré en ti mi morada y estaremos siempre juntos. Es verdad que será doloroso tu estado, los demonios no te darán paz, ni de día ni de noche, estarán siempre en acto de hacerte ferocísima guerra, pero tú ten siempre en la mira lo que quiero hacer de ti, esto es, hacerte semejante a Mí, y que no podrás llegar a esto sino por medio de muchas y grandes tribulaciones, y así tendrás más ánimo para soportar las penas.”

¿Quién puede decir cómo quedé asustada ante tal anuncio? Me sentí helar la sangre, erizar los cabellos y mi imaginación quedó llena de negros espectros que parecía que me querían devorar viva. Me parecía que el Señor, antes de ponerme en este estado doloroso, daba libertad a todo lo que debía sufrir, y me veía rodeada por todo eso, entonces me dirigí a Él y le dije: “Señor, ¡ten piedad de mí! Ah, no me dejes sola y abandonada, veo que es tanta la rabia de los demonios que no dejarán de mí ni siquiera el

polvo, ¿cómo podré resistirles? Para Ti es bien conocida mi miseria y cuán mala soy, por eso dame nueva gracia para no ofenderte. Señor mío, la pena que más desgarras mi alma es ver que también Tú debes dejarme. Ah, ¿a quién podré decir alguna palabra, quién me debe enseñar? Pero sea hecha siempre tu Voluntad, bendigo tu santo Querer.” Y Él benignamente continuó diciéndome:

“No te aflijas tanto, debes saber que jamás permitiré que te tienten más allá de tus fuerzas; si esto lo permito es para tu bien, jamás pongo a las almas en la batalla para hacer que perezcan, primero mido sus fuerzas, les doy mi Gracia y después las introduzco, y si alguna alma se precipita es porque no se mantiene unida a Mí con la oración, y no sintiendo más la sensibilidad de mi Amor, van mendigando amor de las criaturas, mientras que sólo Yo puedo saciar el corazón humano; no se dejan guiar por el camino seguro de la obediencia, creyendo más en el juicio propio que en quien las guía en mi lugar, entonces, ¿qué maravilla si se precipitan? Por eso lo que te recomiendo es la oración, aunque debieras sufrir penas de muerte jamás debes descuidar lo que acostumbras hacer, es más, cuanto más te veas en el precipicio, tanto más invocarás la ayuda de quien puede liberarte. Además quiero que te pongas ciegamente en las manos del confesor, sin examinar lo que te viene dicho, tú estarás circundada de tinieblas y serás como uno que no tiene ojos y que necesita de una mano que lo guíe, el ojo para ti será la voz del confesor que como luz te iluminará las tinieblas, la mano será la obediencia que te será guía y sostén para hacerte llegar a puerto seguro. La última cosa que te recomiendo es el valor, quiero que con intrepidez entres en la batalla, la cosa que más hace temer a un ejército enemigo es ver el coraje, la fortaleza, el modo con el cual desafían los más peligrosos combates sin temer nada. Así son los demonios, nada temen más que a un alma valerosa, toda apoyada en Mí, que con ánimo fuerte va en medio a ellos no para ser herida, sino con la resolución de herirlos y exterminarlos, los demonios quedan espantados, aterrados y quisieran huir, pero no pueden, porque atados por mi Voluntad están obligados a estarse para su mayor tormento. Así que no temas de ellos, que nada pueden hacerte sin mi Querer. Y además, cuando te vea que no puedes resistir más y estés a punto de desfallecer, si me eres fiel inmediatamente vendré y pondré a todos en fuga y te daré Gracia y fortaleza. ¡Ánimo, ánimo!”

Ahora, ¿quién puede decir el cambio que sucedió en mi interior? Todo era horror para mí, aquel amor que antes sentía en mí, ahora lo veía convertido en odio atroz, qué pena el no poderlo amar más. Me desgarraba el alma el pensar en aquel Señor que había sido tan bueno conmigo, y ahora

verme obligada a aborrecerlo, a blasfemarle como si fuese el más cruel enemigo, el no poderlo mirar ni siquiera en sus imágenes, porque al mirarlas, al tener rosarios entre las manos, al besarlos, me venían tales ímpetus de odio y tanta fuerza en contra, que hacerlo y reducirlos a pedazos era lo mismo, y a veces hacía tanta resistencia, que mi naturaleza temblaba de pies a cabeza. ¡Oh Dios, qué pena amarguísima!” Yo creo que si en el infierno no hubiera otras penas, la sola pena de no poder amar a Dios formaría el infierno más horrible. Muchas veces el demonio me ponía delante las gracias que el Señor me había hecho, ahora como un trabajo de mi fantasía y por eso poder llevar una vida más libre, más cómoda; y ahora como verdaderas, y me decían: “¿Esto es lo bien que te quería? Esta es la recompensa, que te ha dejado en nuestras manos; eres nuestra, eres nuestra, para ti todo ha terminado, no hay más que esperar.” Y en mi interior me sentía poner tales ímpetus de aversión contra el Señor y de desesperación, que algunas veces teniendo alguna imagen entre las manos, era tanta la fuerza del desprecio que las rompía, pero mientras esto hacía lloraba y las besaba, pero no sé decir como era obligada a hacerlo. ¿Quién puede decir el desgarrar de mi alma? Los demonios hacían fiesta y reían, unos hacían ruido desde un lugar, otros lo hacían desde otro, unos hacían estrépitos, otros me ensordecían con gritos diciendo: “Mira como eres nuestra, no nos queda otra cosa más que llevarte al infierno, alma y cuerpo, verás que lo haremos.” A veces me sentía jalar, ahora los vestidos, ahora la silla donde estaba arrodillada y tanto la movían y hacían ruido que no podía rezar; a veces era tanto el temor, que creyendo librarme me iba a acostar en la cama, (porque estos escándalos sucedían la mayor parte en la noche) pero también ahí seguían jalándome la almohada, las cobijas. ¿Pero quién puede decir el espanto, el temor que sentía? Yo misma no sabía donde me encontraba, si en la tierra o en el infierno; era tanto el temor de que en verdad me llevaran, que mis ojos no podían cerrarse al sueño, estaba como uno que tiene un cruel enemigo que ha jurado que a cualquier costo le debe quitar la vida, y creía que esto me sucedería en cuanto cerrara los ojos, así que sentía como si alguien me pusiera algo dentro de los ojos, de modo que estaba obligada a tenerlos abiertos para ver cuando me debían llevar, tal vez podría oponerme a lo que querían hacer, entonces me sentía erizar los cabellos sobre mi cabeza, uno por uno, un sudor frío en todo mi cuerpo que me penetraba hasta los huesos y me sentía desunir los nervios y los huesos, y se agitaban juntos por el miedo. Otras veces me sentía incitar a tales tentaciones de desesperación y de suicidio, que alguna vez habiéndome encontrado cerca de un pozo, o bien de un cuchillo, me sentía jalar para conducirme dentro o bien tomar el cuchillo y matarme, y era tanta la fuerza que debía hacer para

huir, que sentía penas de muerte, y mientras huía sentía que iban junto conmigo y oía sugerirme que para mí era inútil el vivir después de haber cometido tantos pecados, que Dios me había abandonado porque no había sido fiel; es más, veía que había hecho tantas infamias, que jamás alma alguna en el mundo había cometido, que para mí no había más misericordia que esperar. En el fondo de mi alma oía repetir: “¿Cómo puedes vivir siendo enemiga de Dios? ¿Sabes tú quién es ese Dios a quien tanto has ultrajado, blasfemado, odiado? Ah, es ese Dios inmenso que por todas partes te circundaba, y tú ante sus ojos te has atrevido a ofenderlo. Ah, perdido el Dios de tu alma, ¿quién te dará paz? ¿Quién te librá de tantos enemigos?” Era tanta la pena que no hacía otra cosa que llorar; a veces me ponía a rezar, y los demonios para acrecentar mi tormento, los sentía venir encima de mí, y quien me golpeaba, quien me pinchaba, y quien me apretaba la garganta. Recuerdo que una vez mientras rezaba, me sentí jalar los pies desde abajo, abrirse la tierra y salir las llamas, y que yo caía dentro; fue tal el espanto y el dolor que quedé medio muerta, tanto que para recuperarme de aquel estado tuvo que venir Jesús y me reanimó, me hizo entender que no era verdad que había puesto la voluntad en ofenderlo, y que yo misma lo podía saber por la pena amarguísima que sentía, que el demonio era un mentiroso y que no debía hacerle caso, que por ahora debía tener paciencia en sufrir esas molestias, y que después debía venir la paz. Esto sucedía de vez en cuando, cuando llegaba a los extremos, y a veces para ponerme en más duros tormentos. En el momento de ese consuelo el alma se convencía, porque ante esa luz es imposible que el alma no aprenda la verdad, pero después cuando me encontraba en la lucha me encontraba en el mismo estado de antes.

Me tentaba también a no recibir la comunión, persuadiéndome de que después de que había cometido tantos pecados, era un atrevimiento acercarme, y que si me atrevía, no Jesucristo habría venido sino el demonio, y que tantos tormentos me habría de dar que me daría la muerte, pero la obediencia la vencía, es verdad que a veces sufría penas mortales, así que trabajosamente podía recuperarme después de la comunión, pero como el confesor quería absolutamente que la recibiera, no podía hacer de otro modo. Recuerdo que varias veces no la recibí.

También recuerdo que a veces mientras rezaba en la noche, me apagaban la lámpara; a veces hacían tales rugidos de dar miedo; otras veces voces débiles, como si fueran moribundos, ¿pero quién puede decir todo lo que hacían?

Ahora, esta dura batalla, aunque no recuerdo muy bien, duró tres años, aunque había días o semanas de intervalo, no que cesaran del todo, sino que empezaron a disminuir.

Recuerdo que después de una comunión, el Señor me enseñó el modo como debía hacer para ponerlos en fuga, y era el despreciarlos y no prestarles ninguna atención, y que debía hacer de cuenta como si fueran tantas hormigas. Me sentí infundir tanta fuerza que no sentía más aquel temor de antes, y hacía así: Cuando hacían estrépito, rumores, les decía: “Se ve que no tenéis nada qué hacer, y que para pasar el tiempo estáis haciendo tantas tonteras; hagan, hagan, que después cuando os canséis, lo terminaréis.” A veces cesaban, otras veces se enojaban tanto que hacían ruidos más fuertes. Me los sentía junto a mí haciéndose más fuertes y hacían violencia para llevarme, olía la horrible peste, sentía el calor del fuego. Es verdad que en mi interior sentía un estremecimiento, pero me forzaba y les decía: “Mentirosos que sois, si esto fuera cierto desde el primer día lo habríais hecho, pero como es falso es que no tenéis ningún poder sobre mí, sino sólo aquél que os viene dado de lo alto, por eso digan, digan, y después cuando os canséis, reventareis.” Si emitían lamentos y gritos les decía: “Qué, ¿no os han salido las cuentas hoy?” Es decir, “¿os lamentáis porque os ha sido quitada alguna alma?” Pobrecitos, no se sienten bien, sin embargo quiero también yo haceros lamentar otro poco.” Y me ponía a rezar por los pecadores, o bien a hacer actos de reparación. A veces me reía cuando empezaban a hacer las acostumbradas cosas y les decía: “¿Cómo puedo temeros, raza vil? Si fuerais seres serios no habríais hecho tantas tonterías. Ustedes mismos, ¿no os avergonzáis? No hagáis que os tome a burla.” Después, si me ponían tentaciones de blasfemar o de odio contra Dios, ofrecía aquella pena amarguísima, aquella violencia que me hacía – porque mientras veía que el Señor merecía todo el amor, todas las alabanzas, yo era forzada a hacer lo contrario – en reparación de tantos que libremente lo blasfeman y que ni siquiera se recuerdan que existe un Dios, que están obligados a amarlo. Si me incitaban a desesperación, en mi interior decía: “No pongo atención ni del paraíso ni del infierno, lo único que me apura es amar a mi Dios, este no es tiempo de pensar en otra cosa, sino que es tiempo de amar cuanto más pueda a mi buen Dios, el paraíso y el infierno los dejo en sus manos, Él, que es tan bueno me dará lo que más me conviene y me dará un lugar donde pueda glorificarlo más.”

Jesucristo me enseñó que el medio más eficaz para hacer que el alma quede libre de toda vana aprehensión, de toda duda, de todo temor, era el declarar delante al Cielo, a la tierra y ante los mismos demonios, no querer ofender a Dios, aun a costa de la propia vida, no querer consentir a cualquier

tentación del demonio, y esto en cuanto el alma advierte que viene la tentación, si puede en el momento de la batalla, y apenas se empieza a sentir libre, y también durante el curso del día. Haciendo así, el alma no perderá tiempo en pensar si consintió o no, porque el sólo recordar la promesa le restituirá la calma, y si el demonio busca inquietarla, podrá responderle que si hubiera tenido intención de ofender a Dios, no habría declarado lo contrario, y así quedará libre de todo temor.

Ahora, ¿quién puede decir la rabia del demonio, pues actuando de este modo todas sus astucias resultaban para su confusión y donde creía ganar perdía, ya que de sus mismas tentaciones y artificios el alma se servía para poder hacer actos de reparación y amor a su Dios?

El otro modo que me enseñó para alejar las tentaciones fue el siguiente: Si me tentaban a suicidio yo debía responder: “No tenéis ningún permiso de Dios, es más, para vuestro despecho quiero vivir para poder amar más a mi Dios.” Si me golpeaban, yo me debía humillar, arrodillarme y agradecer a mi Dios porque esto sucedía como penitencia de mis pecados, y no sólo eso, sino ofrecer todo como actos de reparación por todas las ofensas hechas a Dios en el mundo.

Finalmente, una fea tentación que me duró poco, fue que debido al contacto continuo por cerca de año y medio con los tan feos demonios, yo debía quedar encinta y parir luego un pequeño demonio con cuernos. Mi fantasía crecía tanto, que yo me veía delante una confusión horrible, por lo que se habría dicho de mí por tan espantoso suceso.

Después de cerca de año y medio de esta lucha, finalmente terminaron las crueldades de los demonios y comenzó una vida toda nueva, pero los demonios no dejaron de molestarme de vez en cuando, pero no eran tan frecuentes, no tan feroz la batalla, y yo me acostumbré a despreciarlos.

La vida nueva que comenzó fue en la casa de campo llamada “Torre Disperata.” Un día, en que más que nunca había sido atormentada por el demonio, tanto que sentí perder las fuerzas y desmayar, por la tarde, mientras así estaba sentí venirme una cosa mortal y perdí los sentidos, en este estado vi a Jesucristo rodeado de muchos enemigos, quien lo golpeaba, quien lo abofeteaba, quien le clavaba las espinas en la cabeza, quien le rompía las piernas, quien los brazos. Después que lo redujeron casi en pedazos lo pusieron en los brazos de la Virgen, y esto sucedía un poco lejos de mí. Después que la Virgen Santísima lo tomó entre sus brazos, se acercó a mí y llorando me dijo:

“Hija, mira como es tratado mi Hijo por los hombres, las horribles ofensas que cometen jamás le dan tregua, míralo como sufre.”

Yo trataba de verlo y lo veía todo sangre, todo llagas, y casi despedazado, reducido a un estado mortal, sentía tales penas que hubiera querido morir mil veces antes que ver sufrir tanto a mi Señor, me avergonzaba de mis pequeños sufrimientos. La Santísima Virgen agregó, pero siempre llorando:

“Acércate a besar las llagas de mi Hijo, Él te escoge como víctima, y si tantos lo ofenden, tú ofreciéndote a sufrir lo que Él sufre le darás un alivio en tanto sufrir, ¿no lo aceptas?”

Yo me sentía tan aniquilada, me veía tan mala (como lo soy todavía) e indigna, que no osaba decir “sí”, mi naturaleza temblaba, me sentía tan débil por las penas pasadas que apenas me quedaba un hilo de vida. Además, no sé como, de lejos veía a los demonios que alborotaban tanto, hacían mucho ruido y veía que todo lo que había visto que le habían hecho al Señor debían hacérmelo a mí si aceptaba. En mí misma sentía tales penas, dolores, estiramientos de nervios, que creí que dejaría la vida. Finalmente me acerqué y le besé las llagas; parecía que al hacerlo aquellos miembros tan lacerados se curaban, y el Señor que antes parecía casi muerto empezaba a reanimarse a nueva vida. Internamente recibía tales luces sobre las ofensas que se cometen, atracciones para aceptar ser víctima aunque debiese sufrir mil muertes, porque el Señor todo merecía y que yo no podría oponerme a lo que Él quería. Esto sucedía mientras estábamos en silencio, pero aquellas miradas que mutuamente nos dábamos eran tantas invitaciones, tantas saetas ardientes que me traspasaban el corazón. Especialmente la Santísima Virgen me incitaba a aceptar, ¿pero quién puede decir todo lo que pasé? Finalmente el Señor mirándome benignamente me dijo:

“Tú has visto cuánto me ofenden y cuántos caminan por los caminos de la iniquidad, y sin advertirlo se precipitan en el abismo; ven a ofrecerte ante la divina Justicia como víctima de reparación por las ofensas que se hacen y por la conversión de los pecadores, que a ojos cerrados beben en la fuente envenenada del pecado. Un inmenso campo se abre ante ti, de sufrimientos, sí, pero también de gracias; Yo no te dejaré más, vendré en ti a sufrir todo lo que me hacen los hombres, haciéndote participar de mis penas. Como ayuda y consuelo te doy a mi Madre.”

Y parecía que me entregaba a Ella, y Ella me aceptaba. Yo también me ofrecí toda a Él y a la Virgen, dispuesta a hacer lo que Él quería, y así terminó la primera vez. Después de que me recobré de aquél estado, sentía tales penas, tal aniquilamiento de mí misma, que me veía como un miserable gusano que no sabía hacer más que arrastrarse por tierra, y decía al Señor: “Ayuda, tu omnipotencia me aterra, veo que si Tú no me levantas, mi nada se deshace y va a dispersarse. Dame el sufrir, pero te ruego me des la

fuerza, porque me siento morir.” Y así empezó un alternarse de visitas de Nuestro Señor y de tormentos por parte de los demonios; por cuanto más me resignaba, tanto más aumentaba su rabia.

Pocos días después de lo dicho anteriormente sentí de nuevo perder los sentidos, (recuerdo que al principio, cada vez que me sucedía esto creía que debía dejar la vida). Mientras perdí los sentidos se hizo ver otra vez Nuestro Señor con la corona de espinas en la cabeza, todo chorreando sangre, y dirigiéndose a mí dijo:

“Hija, mira lo que me hacen los hombres; en estos tristes tiempos es tanta su soberbia que han infestado todo el aire, y es tanta la peste que por todas partes se esparce, tanto, que ha llegado hasta mi trono en el empíreo. Hacen de tal modo que ellos mismos se cierran el Cielo; miserables, no tienen ojos para ver la verdad porque están ofuscados por el pecado de la soberbia, con el cortejo de los demás vicios que llevan consigo. Ah, dame un alivio a tan acerbos dolores y una reparación a tantas ofensas que me hacen.”

Diciendo esto se quitó la corona, que no parecía corona sino toda una madeja, de modo que ni siquiera una mínima parte de la cabeza quedaba libre, sino que toda era traspasada por aquellas espinas. Mientras se quitó la corona se acercó a mí y me preguntó si la aceptaba. Yo me sentía tan aniquilada, sentía tales penas por las ofensas que se le hacen, que me sentía destrozar el corazón y le dije: “Señor, haz de mí lo que quieras.” Y así lo hizo y me la hundió sobre mi cabeza y despreció.

¿Quién puede decir el dolor que sentí al volver en mí misma? A cada movimiento de la cabeza creía expirar, tantos eran los dolores, las pinchaduras que sentía en la cabeza, en los ojos, en las orejas, detrás en la nuca; aquellas espinas me las sentía penetrar hasta en la boca, y ésta se me apretaba de tal modo que no podía abrirla para tomar el alimento, y estaba a veces dos y a veces tres días sin poder tomar nada. Cuando de algún modo se mitigaban, sentía sensiblemente una mano que me oprimía la cabeza y me renovaba las penas, y a veces eran tantos los dolores que perdía los sentidos. Al principio esto sucedía algunos días sí y otros no, de vez en cuando se repetía tres o cuatro veces al día, a veces duraba un cuarto de hora, otras veces media hora y otras una hora, y después quedaba libre, sólo que me sentía muy débil y sufriente, en la medida en que en aquel estado de adormecimiento me habían sido comunicadas las penas, así quedaba más o menos sufriente.

Recuerdo también como algunas veces por los sufrimientos de la cabeza, como dije arriba, no podía abrir la boca para tomar el alimento, y como la familia sabía que no tenía ganas de estar en el campo, cuando veían

que no comía lo atribuían a un capricho mío, y naturalmente se enojaban, se inquietaban y me reprendían. Mi naturaleza quería resentirse por esto, porque veía que no era verdad lo que ellos decían, pero el Señor no quería este resentimiento, y he aquí como sucedió:

Una noche, mientras estábamos a la mesa y yo en este estado de no poder abrir la boca, la familia empezó a inquietarse, yo lo sentía tanto que comencé a llorar y para no ser vista me levanté y me fui a otra habitación para seguir llorando y le pedía a Jesucristo y a la Virgen Santísima que me dieran ayuda y fuerza para soportar esa prueba, pero mientras esto hacía sentí que empezaba a perder los sentidos. ¡Oh Dios, qué pena el solo pensar que la familia me vería, siendo que hasta entonces no lo había advertido! Mientras estaba en esto le decía: “Señor, no permitas que me vean.” Y yo tenía tal vergüenza de que me vieran, aunque no sé decir por qué, y trataba por cuanto más podía de esconderme en lugares donde no podía ser vista. Cuando era sorprendida imprevistamente por ese estado, de modo que no tenía tiempo de esconderme o al menos de arrodillarme, porque en la posición en que me encontraba así quedaba, y podrían decir que estaba rezando, entonces me descubrían. Mientras perdí los sentidos se hizo ver Nuestro Señor en medio de muchos enemigos que le lanzaban toda clase de insultos, especialmente lo agarraban y lo pisoteaban bajo los pies, lo blasfemaban, le jalaban los cabellos; me parecía que mi buen Jesús quería huir de debajo de aquellos fétidos pies e iba buscando una mano amiga que lo liberara, pero no encontraba a nadie. Mientras esto veía, yo no hacía otra cosa que llorar sobre las penas de mi Señor, hubiera querido ir en medio de esos enemigos, tal vez podría liberarlo, pero no me atrevía y le decía: “Señor, hazme participar en tus penas. ¡Ah, si pudiera aliviarte y liberarte!” Mientras esto decía, aquellos enemigos, como si hubieran entendido, se venían contra mí, pero tan enfurecidos que empezaron a golpearme, a jalarme los cabellos, a pisotearme; yo tenía gran temor, sufría, sí, pero dentro de mí estaba contenta porque veía que daba al Señor un poco de tregua. Después aquellos enemigos desaparecían y yo quedé sola con mi Jesús. Traté de compadecerlo pero no me atrevía a decirle nada, y Él rompiendo el silencio me dijo:

“Todo lo que tú has visto es nada en comparación de las ofensas que continuamente me hacen, es tanta su ceguera, el entregarse a las cosas terrenas, que llegan a volverse no sólo crueles enemigos míos, sino también de ellos mismos, y como sus ojos están fijos en el fango, por eso llegan a despreciar lo eterno. ¿Quién me reparará por tanta ingratitud? ¿Quién tendrá compasión de tanta gente que me cuesta sangre y que vive casi sepultada en la mugre de las cosas terrenas? Ah, ven y reza, llora junto

conmigo por tantos ciegos que son todo ojos para todo lo que sabe a tierra, y desprecian y pisotean mis gracias bajo sus inmundos pies, como si éstas fueran fango. Ah, elévate sobre todo lo que es tierra, aborrece y desprecia todo lo que a Mí no pertenece, no te importen las burlas que recibas de la familia después de que me has visto sufrir tanto, sólo te importe mi honor, las ofensas que continuamente me hacen y la pérdida de tantas almas. Ah, no me dejes solo en medio de tantas penas que me destrozan el corazón, todo lo que tú sufres ahora es poco en comparación con las penas que sufrirás, ¿no te he dicho siempre que lo que quiero de ti es la imitación de mi Vida? Mira cuán desemejante eres de Mí, por eso ánimo y no temas.”

Después de esto volví en mí misma y me di cuenta que estaba rodeada por la familia, todos lloraban y estaban alarmados y tenían tal temor de que se repitiera ese estado, pensando que moriría, que decidieron volver a Corato lo más pronto posible para hacerme observar por los médicos. No sé decir por qué sentía tanta pena al pensar que debía ser examinada por los médicos, muchas veces lloraba y me lamentaba con el Señor diciéndole: “Cuántas veces, oh Señor, te he rogado que me hagas sufrir ocultamente, esto era mi único contento, y ahora también de esto estoy privada. ¡Ah! dime, ¿cómo haré? Sólo Tú puedes ayudarme y consolarme en mi aflicción, ¿no ves tantas cosas que dicen? Unos piensan de un modo y otros de otro; quien quiere aplicarme un remedio y quien otro, son todo ojos sobre mí, de modo que no tengo más paz. Ah, socórreme en tantas penas, porque me siento faltar la vida.” Y el Señor benignamente agregó:

“No quieras afligirte por esto; lo que quiero de ti es que te abandones como muerta entre mis brazos. Hasta en tanto tú tengas los ojos abiertos para ver lo que Yo hago y lo que hacen y dicen las criaturas, Yo no puedo libremente obrar sobre ti. ¿No quieres fiarte de Mí? ¿No sabes cuánto te amo y que todo lo que permito, o por medio de las criaturas o por medio de los demonios, o por medio mío directamente, es para tu verdadero bien y no sirve para otra cosa que para conducir a tu alma al estado al que la he elegido? Por eso quiero que a ojos cerrados te estés entre mis brazos, sin mirar ni investigar esto o aquello, fiándote enteramente de Mí y dejándome obrar libremente; si en cambio quieres hacer lo contrario, perderás tiempo y llegarás a lo opuesto de lo que quiero hacer de ti. Respecto a las criaturas usa un profundo silencio, sé benigna y dócil con todos; haz que tu vida, tu respiro, tus pensamientos y afectos sean continuos actos de reparación que aplaquen mi Justicia, ofreciéndome también las molestias que te dan las criaturas, que no serán pocas.”

Después de esto hice cuanto más pude para resignarme a la Voluntad de Dios, si bien muchas veces era puesta en tales aprietos por parte de las

criaturas, que a veces no hacía otra cosa que llorar. Llegó el momento de recibir la visita del médico y juzgó que mi estado no era otra cosa que un problema nervioso, por lo que recetó medicinas, distracciones, paseos, baños fríos; recomendó a la familia que me cuidaran bien cuando era sorprendida por aquel estado, porque, les decía, si la mueven, la pueden lastimar en vez de ayudarla, porque yo cuando era sorprendida por ese estado quedaba petrificada.

Entonces empezó una guerra por parte de la familia: Me impedían ir a la iglesia, no me daban ya la libertad de quedarme sola, era observada continuamente, por lo que frecuentemente advertían que caía en ese estado. Muchas veces me lamentaba con el Señor diciéndole: “Mi buen Jesús, cuánto han aumentado mis penas, hasta de las cosas más amadas estoy privada, como son los sacramentos. Jamás pensé que debía llegar a esto, quién sabe donde iré a terminar. ¡Ah! dame ayuda y fuerza, porque mi naturaleza desfallece.” Muchas veces se dignaba bondadosamente decirme algunas palabras, por ejemplo:

“Yo soy tu ayuda, ¿de qué temes? ¿No recuerdas que también Yo sufrí de parte de toda clase de gente? Unos pensaban de Mí de un modo, y otros de otro; las cosas más santas que Yo hacía eran juzgadas por ellos como defectuosas, malas, hasta me dijeron que era un endemoniado, tanto que me veían con ojos siniestros, me tenían entre ellos pero de mala gana y maquinaban entre ellos quitarme la vida lo más pronto posible, porque mi presencia se había vuelto intolerable para ellos. Entonces, ¿no quieres que te haga semejante a Mí haciéndote sufrir por parte de las criaturas?”

Y así pasé algunos años sufriendo por parte de las criaturas, de los demonios y directamente de Dios; a veces llegaba a tanta amargura por parte de las criaturas y por el modo como pensaban, que tenía vergüenza de que me viera cualquier persona, tanto, que mi más grande sacrificio era aparecer en medio a las personas; tanta era la vergüenza y la confusión que me sentía atontada. Hubo otras visitas de otros médicos, pero no sirvieron para nada; a veces derramando amargas lágrimas le decía con todo el corazón: “Señor, como se han vuelto públicos mis sufrimientos, ahora no sólo la familia lo sabe sino también los extraños, me veo toda cubierta de confusión, me parece que todos me señalan con el dedo, como si estos sufrimientos fueran las más malas acciones; yo misma no sé decir qué cosa me sucede. ¡Ah! sólo Tú puedes liberarme de tal publicidad y hacerme sufrir ocultamente. Te lo pido, te lo suplico, escúchame favorablemente.”

A veces también el Señor mostraba no escucharme y aumentaban mis penas, otras veces me compadecía diciéndome:

“Pobre hija, ven a Mí que te quiero consolar, tú tienes razón en que sufres, pero es que no recuerdas que también Yo, oh, cuánto más sufrí; hasta cierto momento mis penas fueron ocultas, pero cuando llegó la Voluntad del Padre de sufrir en público, rápidamente salí a encontrar confusiones, oprobios, desprecios, hasta ser despojado de mis vestidos y estar desnudo en medio a un pueblo numerosísimo, ¿podrías tú imaginar confusión más grande que ésta? Mi naturaleza sentía mucho esta clase de sufrimientos, pero tenía los ojos fijos a la Voluntad del Padre y ofrecía esas penas en reparación de tantos que cometen las más nefandas acciones públicamente, ante los ojos de muchos y vanagloriándose sin la más mínima vergüenza, y le decía: “Padre, acepta mis confusiones y mis oprobios en reparación de tantos que tienen la desfachatez de ofenderte tan libremente sin el mínimo disgusto; perdónalos, dales luz a fin de que vean la fealdad del pecado y se conviertan.” También a ti te quiero hacer partícipe de esta clase de sufrimientos; ¿no sabes tú que los más bellos regalos que puedo dar a las almas que amo son las cruces y las penas? Tú eres niña aún en el camino de la cruz, por eso te sientes demasiado débil, cuando hayas crecido y hayas conocido cuán precioso es el sufrir, entonces te sentirás más fuerte. Por eso apóyate en Mí, repósate, porque así adquirirás fuerza.”

Después de que pasé algún tiempo en este estado descrito arriba, cerca de seis o siete meses, los sufrimientos se acrecentaron más, tanto que me vi obligada a estarme en la cama; frecuentemente se multiplicaba aquel estado de perder los sentidos, y casi no tenía ni siquiera una hora libre, me reduje a un estado de extrema debilidad, la boca se apretaba de tal modo que no la podía abrir y en algún momento libre que tenía, apenas algunas gotas de algún líquido podía tomar, si es que lo conseguía, y después era obligada a devolverlo por los continuos vómitos que he tenido siempre. Después de que estuve como dieciocho días en este estado continuo se mandó llamar al confesor para confesarme. Cuando vino el confesor me encontró en ese estado de letargo. Cuando me recuperé me preguntó qué cosa tenía, solamente le dije, callando todo el resto, y como continuaban las molestias de los demonios y las visitas de Nuestro Señor, entonces le dije: “Padre, es el demonio.” Él me dijo que no tuviera miedo porque no es el demonio, y si es él, el sacerdote te libera. Así, dándome la obediencia y persignándome con la cruz y ayudándome a mover los brazos, porque sentía todo el cuerpo petrificado como si se hubiera convertido todo en una sola pieza, logró que los brazos recobraran el movimiento, logró hacer que la boca se abriera, luego de que estaba inmóvil para todo. Esto lo atribuí a la santidad de mi confesor, que en verdad era un santo sacerdote, lo consideré casi un milagro, tanto que decía entre mí misma: “Mira, estabas a punto de morir.” Porque

en realidad me sentía mal, y si hubiese durado aquel estado yo creo que habría dejado la vida. Si bien recuerdo que estaba resignada y cuando me vi liberada sentí un cierto pesar porque no había muerto. Después de que el confesor se fue y yo quedé libre, volví al mismo estado de antes. Así sucedía que pasaba, a veces semanas, a veces quince días y hasta meses en que era sorprendida de vez en cuando por aquel estado durante el día, pero por mí misma lograba liberarme; después, cuando era sorprendida con más frecuencia, como dije más arriba, entonces los familiares mandaban llamar al confesor, pues habían visto que la primera vez había quedado liberada por él, cuando todos creían que no me habría de recuperar más de aquel estado y en cambio hasta pude ir a la iglesia. Debido a esto llamaban al confesor y entonces quedaba libre. Nunca me pasó por la mente que para tal estado se necesitara el sacerdote para liberarme, ni que mi mal fuera una cosa extraordinaria; es cierto que cuando perdía los sentidos veía a Jesucristo, pero esto lo atribuía a la bondad de Nuestro Señor, y decía para mí misma: “Mira cuán bueno es el Señor hacia mí, que en este estado de sufrimientos viene a darme la fuerza, ¿de otra manera cómo podría sostenerme, quién me daría la fuerza?” También es cierto que cuando debía caer en ese estado, en la mañana, en la comunión Jesús me lo decía, y cayendo en ese estado, de Él mismo me venían los sufrimientos, pero no le daba importancia a nada. Con sólo pensar alguna vez en decirlo al confesor, yo creía ser el alma más soberbia que existiera en el mundo si me atrevía a hablar de estas cosas de ver a Jesucristo; y sentía tal vergüenza que fue imposible decir algo a ese confesor a pesar de lo bueno y santo que era. Tan es verdad que no creía que se necesitara al sacerdote para liberarme y que esto sucedía por la santidad del confesor, que cuando llegó el tiempo, él se fue al campo, entonces una mañana, después de la comunión el Señor me hizo entender que debía ser sorprendida por ese estado, me invitó a hacerle compañía con participar en sus penas, pero yo súbito le dije: “Señor, ¿cómo haré? El confesor no está, ¿quién me debe liberar? ¿Quieres acaso hacerme morir?” Y el Señor me dijo solamente:

“Tu confianza debe estar sólo en Mí, estate resignada, pues la resignación hace al alma luminosa, hace estar en su lugar a las pasiones, de modo que Yo, atraído por esos rayos de luz voy al alma y la uniformo toda en Mí y la hago vivir de mi misma Vida.”

Yo me resigné a su Santa Voluntad, ofrecí aquella comunión como la última de mi vida y le di el último adiós a Jesús en el sacramento; y si bien estaba resignada, pero mi naturaleza lo sentía tanto, que todo aquel día no hice otra cosa que llorar y pedir al Señor que me diese la fuerza. En verdad me resultó demasiado amargo todo ese hecho, y sin pensarlo ni saberlo me

encontré con una nueva y pesada cruz, que creo que haya sido la más pesada que he tenido en mi vida. Mientras estaba en aquel estado de sufrimientos, yo no pensaba en otra cosa más que en morir y en hacer la Voluntad de Dios. Los familiares, que también sufrían al verme en aquel estado, trataron de llamar algún sacerdote, pero ninguno quiso venir, uno por una cosa, y otro por otra; después de diez días vino el sacerdote que me confesaba cuando era pequeña, y sucedió que también él me hizo salir de ese estado, y entonces me di cuenta de la red en la que el Señor me había envuelto.

De aquí me vino una guerra por parte de los sacerdotes: quien decía que era fingimiento, quien que se necesitaban los palos, otros que quería pasar por santa, quien agregaba que estaba endemoniada y muchas otras cosas, que decir las todas sería hacer demasiado larga la historia. Con estas ideas en sus mentes, cuando sucedían los sufrimientos y la familia mandaba llamar a alguno, no querían venir, diciendo todas aquellas cosas, y la pobre familia ha sufrido mucho, especialmente mi pobre mamá, cuántas lágrimas ha derramado por mí, ¡ah! Señor, recompénsala Tú. ¡Oh mi buen Señor, cuánto he sufrido desde entonces, sólo Tú sabes todo!

¿Quién puede decir cuán amargo me resultó este hecho, que para liberarme de ese estado de sufrimientos se necesitaba al sacerdote? ¡Cuántas veces he pedido, derramando lágrimas amarguísimas, que me libere de esto! Muchas veces hice positivas resistencias al Señor cuando Él quería que me ofreciera como víctima y aceptara las penas, y le decía: “Señor, prométeme que Tú mismo me liberarás, y entonces acepto todo, de otra manera no, no quiero aceptar.” Y resistía el primer día, el segundo, el tercero, ¿pero quién puede resistir a Dios? Me insistía tanto que al fin me veía obligada a someterme a la cruz. Otras veces le decía de corazón y con confianza: “Señor, ¿cómo es que haces esto? ¿Cómo es que entre Tú y yo has querido poner a un tercero? Y este tercero no quiere prestarse. Mira, podríamos estar muy contentos Tú y yo solos; cuando me querías para sufrir, yo inmediatamente aceptaba, porque sabía que Tú mismo me debías liberar, pero ahora no, se necesita otra mano, te ruego, libérame, pues así estaremos ambos más contentos.”

A veces fingía no escucharme y no me decía nada, otras veces me decía:

“No temas, Yo soy quien da las tinieblas y la luz, vendrá el tiempo de la luz. Es mi costumbre que mis obras las manifiesto por medio de los sacerdotes.”

Así pasé tres o cuatro años de estas contradicciones por parte de los sacerdotes, muchas veces me sujetaban a pruebas durísimas, llegaban a dejarme en ese estado de sufrimientos, esto es, petrificada, incapaz de

cualquier mínimo movimiento, ni siquiera de poder tomar una gota de agua, hasta dieciocho días cuando así lo querían. Sólo el Señor sabe lo que yo pasaba en ese estado, y luego cuando venían no tenía ni siquiera el bien de oír un “ten paciencia, haz la Voluntad de Dios”, sino que era reprendida como una caprichosa y desobediente. ¡Oh Dios, qué pena! Cuántas lágrimas he derramado, cuántas veces pensaba que era desobediente y decía entre mí: “Cómo esa virtud de la obediencia que para el Señor es la más agradable está tan lejana de mí, ¿qué cosa puede hacer y esperar de bien un alma desobediente?” Muchas veces me lamentaba con Nuestro Señor y a veces llegaba hasta resentirme, y cuando Él quería que aceptara los sufrimientos yo resistía cuanto más podía. Pero el Señor cuando veía que empezaba a resistir hacía ver que no me ponía atención y no me decía nada más, pero luego de improviso venía a sorprenderme. Lo que después decía el confesor es porque no quería que cayera en aquel estado, pero esto no estaba en mi poder. Es verdad que he sido desobediente y que jamás he sido buena para nada, pero recuerdo también que la pena más dolorosa para mí era el no poder obedecer.

En este periodo de tiempo recuerdo que hubo una epidemia de cólera, y que un día que pedía a mi buen Jesús que hiciera cesar ese flagelo, Él me dijo:

“Te contentaré con tal que aceptes ofrecerte a sufrir lo que Yo quiera.”

Yo le dije: “Señor, no, no puedo, Tú sabes como la piensan; a menos que todo pase sólo entre Tú y yo, sólo así estaría dispuesta a aceptar todo.”

Y Él me dijo: “Hija mía, si Yo hubiera pensado en lo que los hombres pensaban y en lo que querían hacer de Mí, no habría hecho la Redención del género humano, pero yo tenía mi mirada fija en su salvación, y el amor grande que me devoraba me hacía hacer que cuando veía personas que pensaban mal de Mí y que daban ocasión de hacerme sufrir más, Yo ofrecía esas mismas penas que ellos me daban por su misma salvación. ¿Te has olvidado que lo que quiero de ti es la imitación de mi Vida, y que quiero que participes en todo lo que sufrí? ¿No sabes tú que el acto más bello, más heroico y más agradable a Mí y que debes ofrecerme, es el de ofrecerte por aquellos mismos que te son contrarios?”

Yo quedé muda, no supe qué responderle, acepté todo lo que el Señor quería, y así hasta la tarde fui sorprendida por ese estado de sufrimientos en el que estuve tres días continuos, y después que volví en mí no oí más que hubiera cólera.

Después de esto me vino otra mortificación y fue la de tener que cambiar confesor, porque siendo él religioso, fue llamado al convento. Yo estaba contenta con él, y la mayor parte de las contradicciones dichas arriba

sucedían cuando él estaba en el campo, especialmente el último año que fue mi confesor, pues por el cólera que había en la ciudad permaneció seis meses en el campo, por eso no participó tanto en esas contradicciones, él me hacía estar un día en ese estado de sufrimientos y venía.

Después de volver del campo no pasó ni un mes cuando supo que debía irse. Esto fue doloroso para mí, no porque estuviera apegada a él, sino por la necesidad que tenía. Entonces dije al Señor mi pena y Él me dijo:

“No te aflijas por esto, Yo soy el dueño de los corazones y puedo moverlos como a Mí me parece y me place. Si él te ha hecho el bien, no ha sido más que un instrumento que recibía de Mí y te lo daba a ti, así haré con los demás, ¿de qué temes entonces? Amada mía, mientras tú tengas tu mirada puesta, ahora a la derecha, ahora a la izquierda, y la dejes que se pose ahora en una cosa, ahora en otra, y no la mantengas fija en Mí, no podrás caminar libremente el camino del Cielo, sino que irás siempre tropezando y no podrás seguir el influjo de la Gracia. Por eso quiero que con santa indiferencia mires todas las cosas que suceden en torno a ti, estando toda atenta solamente a Mí.”

Después de estas palabras mi corazón adquirió tanta fuerza, que poco o nada sufrí por la pérdida de ese confesor que tanto bien había hecho a mi alma. Así fue como cambié confesor y volví al que me confesaba cuando era pequeña. Sea siempre bendito el Señor que se sirve de esos mismos caminos, que a nosotros nos parecen contrarios y que casi como que deberían llevar un daño a nuestra alma, para nuestro mayor bien y para su gloria. Así sucedió que comencé a abrirle a él mi alma, porque hasta ese momento no había dicho nada a ninguno, por cuanto me dijeran no lo lograba, más bien más impotente me veía para decir las cosas de mi interior, era tanta la vergüenza que sentía al solo pensar en decir estas cosas, que me era más fácil decir los más feos pecados. ¿De dónde procedía esto? No sé decirlo; por parte del confesor creo que no, porque él era muy bueno, me inspiraba confianza, era dulce y paciente para escuchar, tomaba cuidado detallado de mi alma, tenía la mirada en todo para que se pudiera caminar derecho. Por parte mía tampoco, porque sentía un obstáculo en mi alma y tenía toda la voluntad de vencerlo y de saber al menos como pensaba el confesor, pero me sentía imposibilitada para hacerlo. Yo tengo para mí que fue una permisión del Señor.

Entonces, encontrándome con el nuevo confesor empecé poco a poco a abrir mi interior, el Señor muchas veces me ordenaba que manifestara al confesor lo que Él me decía, y cuando yo no lo hacía, el Señor me reprendía severamente y a veces llegaba a decirme que si no lo hacía Él no vendría más; esto es para mí la pena más amarga, ante la cual todas las demás penas

no me parecen más que hilos de paja; por eso, tanto era el temor de que no volviera más, que hacía cuanto más podía para manifestar mi interior. Es verdad que a veces me costaba mucho, pero el temor de perder a mi amado Jesús me hacía superar todo. Por parte del confesor también me veía empujada a decirle de donde procedía tal estado mío, qué cosa me sucedía cuando estaba en aquel adormecimiento y cuál era la causa; ahora me ordenaba manifestarlo, ahora me obligaba con precepto de obediencia y luego me ponía delante el temor de que pudiese vivir en la ilusión y en el engaño, viviendo para mí misma, mientras que si lo manifestaba al sacerdote podría estar más segura y tranquila, y que el Señor no permite jamás que el sacerdote se engañe cuando el alma es obediente. Así, Jesucristo me empujaba por una parte y el confesor por la otra; a veces me parecía que se ponían de acuerdo entre ellos. Así pude llegar a manifestar mi interior. Esto no lo hacía el confesor anterior, no me hacía ninguna pregunta, no trataba de saber qué cosas me sucedían en aquel estado de adormecimiento, por lo que yo misma no sabía como empezar a hablar de estas cosas. El único cuidado que tomaba era que estuviese resignada, uniformada al Querer de Dios, que soportara la cruz que el Señor me había dado, tanto que si a veces me veía un poco fastidiada, experimentaba gran disgusto.

Después sucedió que pasé cerca de otro año con este confesor, en el mismo estado dicho arriba, pero como sabía de donde provenía ese estado de sufrimiento, me decía que cuando Jesucristo quisiera que me vinieran los sufrimientos, fuera a pedirle a él la obediencia para sufrir. Recuerdo que una mañana después de la comunión, el Señor me dijo:

“Hija, son tantas las iniquidades que se cometen, que la balanza de mi Justicia está por desbordarse. Has de saber que pesados flagelos haré caer sobre los hombres, especialmente una feroz guerra en la cual haré masacre de la carne humana.” “Ah sí”, prosiguió casi llorando, “Yo he dado los cuerpos a los hombres a fin de que fueran tantos santuarios donde debía ir a deleitarme, pero los han cambiado en cloacas de inmundicias, y es tanta la peste que me obligan a estar lejos de ellos. Ve la recompensa que recibo ante tanto amor y tantas penas que he sufrido por ellos. ¿Quién ha sido tratado como Yo? Ah, ninguno, ¿pero quién es la causa? Es el tanto amor que les tengo. Por eso probaré con los castigos.”

Yo me sentía romper el corazón por el dolor, me parecía que eran tantas las ofensas que le hacían, que para huir quería esconderse en mí como para encontrar refugio. Sentía también tal pena porque los hombres debían ser castigados, que me parecía que no ellos, sino yo misma debía sufrir, es más, me parecía que si yo hubiese podido, me habría sido más soportable sufrir yo todos aquellos castigos antes que ver sufrir a los demás. Traté de

compadecerlo cuanto más pude y con todo el corazón le dije: “Oh Esposo santo, evita los flagelos que tu Justicia tiene preparados; si la multiplicidad de las iniquidades de los hombres es grande, está el mar inmenso de tu sangre donde puedes sepultarlas, y así tu Justicia quedará satisfecha; si no tienes donde ir para deleitarte ven en mí, te doy todo mi corazón para que reposes y te deleites con él, es verdad que también yo soy una sentina de vicios, pero Tú me puedes purificar y hacerme como Tú me quieres; pero aplácate, si es necesario el sacrificio de mi vida, ah, de buena gana lo haré con tal de ver a tus mismas imágenes libradas.” Y el Señor interrumpiendo mi hablar continuó diciéndome:

“Precisamente esto es lo que quiero, si tú te ofreces a sufrir, no ya como hasta ahora, de vez en cuando, sino continuamente cada día y por un corto tiempo, Yo libraré a los hombres; mira como lo haré: Te pondré entre mi Justicia y las iniquidades de las criaturas, y cuando mi Justicia se vea llena de las iniquidades, de modo que no pueda contenerlas y se vea obligada a mandar los flagelos para castigar a las criaturas, encontrándote tú en medio, en vez de golpearlos a ellos quedarás golpeada tú. Sólo de este modo podré contentarte en librar a los hombres, de otro modo, no.”

Yo quedé toda confundida y no sabía qué decirle, mi naturaleza hacía su parte, se espantaba y temblaba, pero veía a mi buen Jesús que esperaba una respuesta, si aceptaba o no; entonces, viéndome casi obligada a hablar le dije: “Oh Divinísimo Esposo mío, por parte mía estaría pronta a aceptar, ¿pero cómo se arreglará por parte del confesor? Si no quiere venir de vez en cuando, ¿cómo será posible que quiera venir todos los días? Libérame de esta cruz de necesitar al confesor para liberarme, y entonces todo quedará arreglado entre Tú y yo.” Entonces el Señor me dijo:

“Ve con el confesor y pídele la obediencia, si quiere le dirás todo lo que te he dicho y harás lo que él diga. Mira, no será solamente para bien de las criaturas por lo que quiero estos sufrimientos continuos, sino también para tu bien, en este estado de sufrimientos purificaré muy bien tu alma, de modo de disponerte a formar conmigo un místico desposorio, y después de esto haré la última transformación, de modo que los dos seremos como dos velas que puestas en el fuego, una se transforma en la otra y se forma una sola, así transformaré a Mí en ti, y tú quedarás crucificada conmigo. Ah, ¿no estarías contenta si pudieras decir: “El Esposo crucificado, pero también la esposa está crucificada? Ah sí, no hay ninguna cosa que me haga semejante de Él.”

Entonces cuando pude hablar con el confesor le dije todo lo que el Señor me había dicho, y como aquella palabra que el Señor me dijo: “Por un cierto tiempo”, sin decirme el tiempo preciso que debía estar

continuamente sufriendo, yo la tomé como por cuarenta días, más o menos, pero ya han pasado cerca de doce años que continúo así, pero siempre sea bendito Dios y sean adorados siempre sus inescrutables juicios; yo creo que si el Señor bendito me hubiera hecho entender con claridad el tiempo que debía estar en cama, mi naturaleza se habría espantado mucho y difícilmente hubiera aceptado, si bien recuerdo que he estado siempre resignada, pero entonces no conocía la preciosidad de la cruz como el Señor me la ha hecho conocer en el transcurso de estos doce años, ni el confesor hubiera accedido a darme la obediencia. Entonces así le dije al confesor, que por cuarenta días el Señor quería que me diera la obediencia de estar continuamente sufriendo y también le dije lo demás. Con gran sorpresa mía, porque yo lo creía imposible, el confesor me dijo que si era verdaderamente Voluntad de Dios, él me daba la obediencia, que en realidad no era que él no pudiera venir sino más bien un poco de respeto humano. Mi alma se alegró mucho porque podía contentar al Señor y también librar a las criaturas, pero mi naturaleza se afligió mucho al recibir esta obediencia, tanto que por algunos días estuve muy afligida; también el alma la sentía pensativa porque debía estar tanto tiempo sin poder recibir a Jesús en el sacramento, mi único consuelo. A veces sentía una guerra tan feroz en mí, que yo misma no sabía qué cosa me había sucedido, muchas cosas las agregaba el demonio, pero mi buen Jesús puso remedio a todo, y he aquí como sucedió.

Pero antes de continuar, por orden del confesor actual debo manifestar los varios modos con los cuales el Señor me ha hablado: A mí me parece que los modos con los que Dios me habla sean cuatro, pero estos cuatro modos de hablar de Jesús son muy diferentes de las inspiraciones.

1.- El primer modo es cuando el alma sale fuera de sí. Pero antes quiero explicar lo mejor que pueda este salir fuera de mí misma. Esto sucede de dos modos: El primero es instantáneo, casi como relámpago y es tan repentino que me parece que el cuerpo se eleva un poco de la cama para seguir al alma, pero después queda en la cama y a mí me parece que el cuerpo queda muerto, y el alma en cambio sigue a Jesús girando por todo el universo, la tierra, el aire, los mares, los montes, el purgatorio y el Cielo, donde muchas veces me ha hecho ver el lugar donde yo estaré después de muerta.

El otro modo de salir el alma es más tranquilo, parece que el cuerpo se adormece insensiblemente y queda como petrificado ante la presencia de Jesucristo, pero el alma permanece con el cuerpo y éste no siente nada de las cosas externas, aunque se trastornara todo el universo, aunque me quemaran o me redujeran en pedazos.

Estos dos modos tan diferentes de salir fuera de mí misma yo los he notado sensiblemente, porque en el primer modo, debiendo yo obedecer al confesor que venía a despertarme, lo he visto desde el lugar a donde me conducía Jesús, es decir, desde los confines de la tierra, o del aire, o de los montes, o del mar, o del purgatorio, o aun desde el mismo paraíso, es más, me parecía que no tenía tiempo de poder volver para que el confesor encontrara mi alma en el cuerpo y poder obedecer, y como me encontraba con el alma tan lejos, me ajetreaba toda, me angustiaba y me afligía pensando que no tendría tiempo de volver al cuerpo para que el confesor me encontrara y por tanto no tener tiempo de obedecer. Sin embargo debo confesar que siempre me he encontrado a tiempo, y me parecía que el alma entrase al cuerpo antes de que el confesor comenzase a darme la obediencia de despertar. Es más, digo la verdad, muchas veces yo veía de lejos al confesor que venía, pero para no dejar a Jesús, parecía que no pensara en él y entonces Jesús mismo me apresura a volver con el alma al cuerpo para poder obedecer al confesor, y entonces yo sentía una gran repugnancia por tener que dejar a Jesús, pero la obediencia vencía, y dejando a Jesús, Él mismo, o me besaba o me abrazaba o hacía otra cosa para despedirse de mí, y yo dejando a mi amado Jesús le decía: “Voy con el confesor, pero Tú mi buen Jesús, vuelve pronto, en cuanto el confesor se vaya.”

Estos son los dos modos con los cuales el alma parecía que saliese del cuerpo, y en estos dos modos de salir el alma, Dios me habla. Este modo de hablar, Él mismo lo llama hablar intelectual, y trataré de explicarlo: El alma salida del cuerpo y encontrándose delante a Jesús, no tiene necesidad de palabras para entender lo que el Señor le quiere decir, ni el alma tiene necesidad de hablar para hacerse entender, sino que todo es por medio del intelecto, ¡oh, qué bien nos entendemos cuando nos encontramos juntos! De una luz que de Jesús me viene a la inteligencia siento imprimir en mí todo lo que mi Jesús quiere hacerme entender. Este modo es muy alto y sublime, tanto que la naturaleza difícilmente sabe explicarlo con palabras, apenas puede decir alguna idea; este modo en que Jesús se hace entender es rapidísimo, en un simple instante se aprenden muchas más cosas sublimes que leyendo libros enteros. ¡Oh, qué maestro ingeniosísimo es Jesús, que en un simple instante enseña muchas cosas, mientras que cualquier otro necesitaría años enteros, si es que lo logra, porque el maestro terreno no tiene potencia para poder atraer la voluntad del discípulo, ni de poderle infundir en la mente, sin esfuerzos ni fatigas lo que le quiere enseñar, pero con Jesús no es así, tanta es su dulzura, la amabilidad de su trato, la suavidad de su hablar, y además es tan bello que el alma apenas lo ve se siente tan atraída, que a veces es tanta la velocidad con la que corre al lado de Jesús,

que casi sin advertirlo se encuentra transformada en el objeto amado, de modo que el alma no sabe discernir más su ser terreno, tanto queda identificada con el Ser Divino. ¿Quién puede decir lo que el alma experimenta en este estado? Se necesitaría a Jesús mismo, o bien a un alma separada perfectamente del cuerpo, porque el alma encontrándose otra vez circundada por los muros de este cuerpo y perdiendo esa luz que antes la tenía abismada, mucho pierde y queda oscurecida, de tal modo que si quisiera decir algo lo diría burdamente. Para dar una idea digo que me imagino a un ciego de nacimiento que nunca ha tenido el bien de ver lo que hay en el universo entero, y que por pocos minutos tuviese el bien de abrir los ojos a la luz y pudiese ver todo lo que contiene el mundo: el sol, el cielo, el mar, las tantas ciudades, las tantas máquinas, las variedades de las flores y las tantas otras cosas que hay en el mundo, y después de aquellos pocos minutos de luz volviera a la ceguera de antes. ¿Podría él decir claramente todo lo que ha visto? Solamente podría hacer un esbozo, decir alguna cosa confusamente. Esto es una semejanza de lo que sucede cuando el alma se encuentra separada y después en el cuerpo; no sé si digo desatinos; así como a aquel pobre ciego le quedaría la pena de la pérdida de la vista, así el alma, vive gimiendo y casi en un estado violento, porque el alma se siente violentada siempre hacia el sumo Bien, es tanta la atracción que Jesús deja en el alma de Sí, que el alma quisiera estar siempre abstraída en su Dios, pero esto no puede ser, y por eso se vive como si se viviese en el purgatorio. Agregó que el alma no tiene nada de lo suyo en este estado, todo es operación que hace el Señor.

Ahora trataré de explicar el segundo modo que tiene Jesús para hablar, y es que el alma encontrándose fuera de sí misma ve la persona de Jesucristo, como por ejemplo de niño, o crucificado, o en cualquier otro aspecto, y el alma ve que el Señor con su boca pronuncia las palabras y el alma con su boca responde, a veces sucede que el alma se pone a conversar con Jesús como harían dos íntimos esposos. Si bien el hablar de Jesús es poquísimo, apenas cuatro o cinco palabras y a veces aun una sola, rarísimas veces se extiende más, pero en ese poquísimo hablar, ¡ah, cuánta luz pone en el alma! Me parece ver a primera vista un pequeño arroyo, pero viendo bien, en vez de un arroyo se ve un vastísimo mar; así es una sola palabra dicha por Jesús, es tanta la inmensidad de la luz que queda en el alma, que rumiándola muy bien descubre tantas cosas sublimes y provechosas que queda asombrada.

Yo creo que si se juntaran todos los sabios, quedarían todos confundidos y mudos ante una sola palabra de Jesús. Ahora, este modo es más accesible a la naturaleza humana y fácilmente se sabe manifestar,

porque el alma entrando en sí misma se lleva consigo lo que ha oído decir de la boca de Nuestro Señor y lo comunica al cuerpo; no resulta tan fácil cuando es por medio del intelecto. Yo considero que Jesús tiene este modo de hablar para adaptarse a la naturaleza humana, no que tenga necesidad de la palabra para hacerse entender, sino porque de este modo el alma más fácilmente comprende y puede manifestarlo al confesor. En suma, Jesús hace como un maestro doctísimo, sabio, inteligente, que posee en grado eminentísimo todas las ciencias y que nadie puede igualarlo, pero como se encuentra entre discípulos que no han aprendido aún las primeras letras del alfabeto, reteniendo todos los otros conocimientos en sí, enseña a los discípulos sólo el a, b, c, etc. ¡Oh, cómo es bueno Jesús! Se adapta a los doctos y les habla de modo altísimo, de modo que para entenderlo deben estudiar muy bien lo que les dice; se adapta a los ignorantes y se finge también Él ignorante, y habla en modo bajo, de manera que nadie puede quedar en ayunas de las lecciones de este divino Maestro.

El tercer modo con el que Jesús me habla es cuando hablando participa al alma su misma sustancia. A mí me parece como cuando el Señor creó el mundo, con una sola palabra fueron creadas las cosas, así, siendo su palabra creadora, en el acto mismo en que dice la palabra crea en el alma aquella misma cosa que dice, como por ejemplo, Jesús dice al alma: “Mira como son bellas las cosas, por cuanto tus ojos puedan recorrer la tierra o el cielo, jamás encontrarán belleza similar a Mí.” En este hablar de Jesús el alma siente entrar en ella un algo divino y queda muy atraída hacia esta belleza, y al mismo tiempo pierde el atractivo de todas las otras cosas, por cuán bellas y preciosas fueran no le causan ninguna impresión, lo que le queda fijo y casi transmutado en sí es la belleza de Jesús, en eso piensa, de esa belleza se siente investida y queda tan enamorada, que si el Señor no obrara otro milagro se le rompería el corazón, y de puro amor por esta belleza de Jesús expiraría el alma para volar al Cielo a gozar de esta belleza de Jesús. Yo misma no sé si digo desatinos.

Para explicar mejor este hablar sustancial de Jesús digo otra cosa, Jesús dice: “Mira cuán puro soy, también en ti quiero pureza en todo.” En estas palabras el alma siente entrar en sí una pureza divina, esta pureza se trasmuta en ella misma y llega a vivir como si no tuviera más cuerpo, y así de las otras virtudes. ¡Oh, cómo es deseable este hablar de Jesús! Yo daría todo lo que está sobre la tierra, si fuera la dueña de todo, con tal de tener una sola de estas palabras de Jesús.

El cuarto modo en que Jesús me habla es cuando me encuentro en mí misma, esto es en el estado natural, y este hablar es también de dos modos: El primero es cuando encontrándome en mí misma, recogida, en el interior

del corazón, sin articulación de voz o sonidos al oído del cuerpo, Jesús internamente habla. El segundo es como hacemos nosotros y esto sucede a veces estando aun distraída o bien hablando con otras personas. Pero una sola de estas palabras basta para recogerme si estoy distraída, o para darme la paz si estoy turbada, para consolarme si estoy afligida.

Ahora continúo narrando desde donde me quedé, y he aquí como puso remedio: En la mañana fui a comulgar y en cuanto recibí a Jesús, súbito le dije: “Señor mío, mira en qué tempestad me encuentro, debería agradecerte porque le has dado luz al confesor para darme la obediencia de sufrir, en cambio mi naturaleza lo siente tanto, que yo misma quedo confundida al verme tan mala. Pero todo esto es nada, porque Tú que quieres el sacrificio me darás también la fuerza. Pero la razón de más peso en mí es tener que estar tanto tiempo sin poderte recibir en el sacramento, ¿quién podrá resistir sin Ti? ¿Quién me dará la fuerza? ¿Dónde podré encontrar un consuelo en mis aflicciones?” Y mientras esto decía sentía tales penas en el corazón por esta separación de Jesús Sacramentado, que lloraba copiosamente. Entonces el Señor compadeciendo mi debilidad me dijo:

“No temas, Yo mismo sostendré tu debilidad, tú no sabes qué gracias te he preparado, por eso temes tanto. ¿No soy Yo omnipotente? ¿No podré Yo suplir a la privación de que me recibas en el sacramento? Por eso resígnate, ponte como muerta en mis brazos, ofrécete víctima voluntaria para repararme las ofensas, por los pecadores y para evitarles a los hombres los merecidos flagelos, y Yo te doy en prenda mi palabra de no dejar ni siquiera un solo día sin verte a visitar. Hasta ahora tú has venido a Mí, de ahora en adelante vendré Yo a ti. ¿No estás contenta?”

Así me resigné a la santa Voluntad de Dios y fui sorprendida por este estado de sufrimientos. ¿Quién puede decir las gracias que el Señor empezó a darme? Es imposible poder decirlo todo detalladamente, podré decir alguna cosa confusamente, pero por cuanto pueda y para cumplir la santa obediencia que así lo quiere, me esforzaré en decir por cuanto me sea posible.

Recuerdo que desde el principio de este estar continuamente en la cama, mi amante Jesús muy frecuentemente se hacía ver, lo que no había hecho en el pasado. Desde el principio me dijo que quería que llevara un nuevo sistema de vida para disponerme a aquel místico desposorio que me había prometido, me decía:

“Amada de mi corazón, te he puesto en este estado a fin de poder venir más libremente y conversar contigo. Mira, te he liberado de todas las ocupaciones externas a fin de que no sólo el alma, sino también el cuerpo

esté a mi disposición, y así tú puedas estar en continuo holocausto ante Mí. Si no te hubiese puesto en esta cama, debiendo tú desempeñar los deberes de familia y sujetarte a otros sacrificios, no podría Yo venir tan frecuentemente y hacerte partícipe de las ofensas conforme las recibo, a lo más debería esperar a que cumplieras tus deberes, pero ahora no, ahora hemos quedado libres, no hay ya nadie que nos moleste y que interrumpa nuestra conversación. De ahora en adelante mis aflicciones serán tuyas, y las tuyas, mías; mis sufrimientos tuyos, y los tuyos míos; mis consolaciones tuyas, y las tuyas mías; uniremos todas las cosas juntas y tú tomarás interés de mis cosas como si fuesen tuyas, y así haré Yo de las tuyas. No habrá más entre nosotros dos, esto es mío y esto es tuyo, sino que todo será común por ambas partes.

¿Sabes cómo he hecho contigo? Como un rey cuando quiere hablar con su esposa reina y esta se encuentra con sus damas en otras ocupaciones. El rey, ¿qué hace? La toma y la lleva dentro de su habitación, cierra las puertas para que ninguno pueda entrar a interrumpir su conversación y oír sus secretos, y así estando solos se comunican recíprocamente sus aflicciones y sus consuelos. Ahora, si algún imprudente fuera a tocar la puerta, a gritar tras ella y no los dejara gozar en paz su conversación, ¿el rey no lo tomaría a mal? Así he hecho Yo contigo, y si alguien te quisiera distraer de este estado, también me disgustaría.”

Y continuó diciéndome: “Quiero de ti perfecta conformidad a mi Voluntad, de tal modo de deshacer tu voluntad en la mía; desapego absoluto de toda cosa, tanto que todo lo que es tierra quiero que sea tenido por ti como estiércol y podredumbre que da horror al sólo mirarlo, y esto porque las cosas terrenas, aunque no se tuviera apego a ellas, sólo con tenerlas en torno y mirarlas ensombrecen las cosas celestiales e impiden realizar ese místico desposorio que te he prometido. Además quiero que así como Yo fui pobre, también me imites en la pobreza, debes considerarte en esta cama como una pobrecita, los pobres se contentan con lo que tienen y me agradecen primero a Mí y luego a sus benefactores, así tú conténtate con lo que te es dado, sin pedir ni esto ni aquello, porque podría ser un estorbo en tu mente y con santa indiferencia, sin pensar si eso te haría bien o mal, sométete a la voluntad de los demás.”

Esto me costó mucho al principio, especialmente por las obediencias que me daba el confesor, no sé por qué, pero quería que tomara quinina y tenía impuesta la obediencia de que cada vez que volviera el estómago, otras tantas debía volver a tomar alimento. Ahora, la quinina me estimulaba el apetito y a veces sentía mucha hambre, tomaba el alimento y en cuanto lo tomaba, y a veces en el momento mismo de tomarlo, por los continuos

conatos de vómito estaba obligada a devolverlo y permanecía con la misma hambre de antes. La palabra “pobre” que Jesús me había dicho no me dejaba atreverme a pedir nada, y yo misma tenía vergüenza de pedir, pensaba entre mí: “¿Qué dirá la familia, ha vuelto el estómago y quiere comer? Si me dan alguna cosa la tomo, si no, el Señor se ocupará.” Así me la pasaba contenta de poder ofrecer alguna cosa a mi amado Jesús. Esto no duró mucho tiempo, sino aproximadamente cuatro meses. Un día el Señor me dijo:

“Pide al confesor que te dé la obediencia de no tomar quinina y de no hacerte tomar el alimento tantas veces, Yo le daré luz.”

Después vino el confesor y se lo dije, y él me dijo: “Para no mostrar singularidades, de ahora en adelante quiero que tomes el alimento una sola vez al día y suspendió también la quinina.” Así quedé más tranquila y se me pasó el hambre, pero el vómito no cesó, esa única vez que tomaba el alimento era obligada a devolverlo; el Señor a veces me decía que pidiera la obediencia de no comer, pero el confesor no me ha dado jamás esta obediencia, me decía: “No importa que vomites, es otra mortificación.” Yo entonces se lo decía al Señor y Él me decía:

“Quiero que hagas la petición, pero con santa indiferencia, quiero que estés a lo que te dice la obediencia.”

Y así continué haciéndolo. Cuando hubieron pasado cerca de cuarenta días, que yo consideraba por las palabras que me había dicho el Señor (por un cierto tiempo) y que yo así había dicho al confesor, los sufrimientos continuaban sorprendiéndome diariamente y él se veía obligado a venir todos los días; entonces el confesor empezó a darme la obediencia de no deber estar más en aquel estado, y agregaba que si caía en los sufrimientos él no vendría. Por mi parte me sentía dispuesta a obedecer, especialmente mi naturaleza quería liberarse de aquel estar continuamente en la cama, que por cuán bello fuera, era siempre cama; aquél tener que sujetarse a todos, aun en las cosas más repugnantes y necesarias a la naturaleza, y estar obligada a decirlas a los demás es un verdadero sacrificio. Por eso la naturaleza hizo su oficio, toda se consoló al sentirse dar esta obediencia, mi alma estaba dispuesta a obedecer o a permanecer en cama si el Señor así lo quería, porque había empezado a experimentar cuán bueno había sido el Señor conmigo y que la verdadera resignación sabe cambiar la naturaleza a las cosas, y lo amargo lo convierte en dulce.

Cuando me dio la obediencia de no tener que estar más en la cama, yo comencé a resistir y decía al Señor: “¿Qué quieres de mí? No puedo más, porque la obediencia no quiere, pero si Tú quieres dale luz al confesor, entonces yo estoy dispuesta a hacer lo que quieres.” Y pasé toda una noche

discutiendo con el Señor; cuando venía le decía: “Mi amado Jesús, ten paciencia, no vengas, porque la obediencia no permite que me hagas participar en tus sufrimientos.” Hasta en la mañana yo vencí, me sentía en mí misma y libre de sufrimientos, cuando en un instante vino el Señor y me atrajo de tal manera a Él que no pude resistirle, perdí los sentidos y me encontré junto con Él, pero tan estrechamente que por cuanta oposición hacía no pude separarme de Jesús. Estando con Jesús yo me sentía toda aniquilada y tenía una cierta vergüenza por las tantas oposiciones que le había hecho durante la noche y le dije: “Esposo santo, perdóname, es el confesor que así lo quiere.” Y Él me dijo:

“No temas, cuando es la obediencia Yo no me ofendo.” Y continuó: “Ven, ven a Mí, hoy es año nuevo, quiero darte tu regalo.”

(Justo aquella mañana era el primer día del año). Entonces acercó sus purísimos labios a los míos y vertió una leche dulcísima, me besó y tomó un anillo de dentro de su costado y me dijo:

“Hoy quiero hacerte ver el anillo que te he preparado para cuando te desposes.” Después me dijo: “Dile al confesor que es Voluntad mía que continúes estando en la cama, y como señal de que soy Yo dile que hay guerra entre Italia y África, y que si él te da la obediencia de hacerte continuar sufriendo, no dejaré hacer nada a ambas partes, se pondrán en paz.”

En el mismo instante de decir estas palabras me sentí circundada por sufrimientos como por un vestido, y por mí misma no pude liberarme. Pensaba entre mí: “¿Qué dirá el confesor?” Pero no estaba más en mi poder. Aquella leche que Jesús vertió en mí me producía tal amor hacia Él que me sentía languidecer, y sentía tanta saciedad y dulzura, que después de que vino el confesor y me hizo volver de aquel estado, y la familia me llevó alimento, me sentía tan satisfecha que el alimento no bajaba, pero para cumplir la obediencia que así quería tomé un poco, pero pronto fui obligada a devolverlo, mezclado con aquella leche dulce que me había dado Jesús. y Él como bromeando me dijo:

“¿No te bastó lo que te he dado? ¿No estás contenta aún?” Yo me ruborice toda, pero súbito le dije: “¿Qué quieres de mí? Es la obediencia.” Cuando vino el confesor se empezó a intranquilizar y a decirme que era desobediente, o bien me decía: “Es una enfermedad. Si fuera cosa de Dios te habría hecho obedecer, por eso en vez de llamar al confesor debes llamar a los médicos.” Cuando él terminó de hablar yo le dije todo lo que me había dicho el Señor, como he dicho arriba, y él me dijo que era verdad que había guerra entre África e Italia, y dijo: Veremos si no pasa nada.” Y así quedó persuadido de hacerme continuar sufriendo.

Después de cerca de cuatro meses, un día vino el confesor y me dijo que habían llegado noticias de que la guerra que había entre África e Italia, sin hacerse ningún daño entre ellas, había terminado, firmando la paz.

Entonces mi dulce Jesús no hacía otra cosa que disponerme a aquel místico desposorio que me había prometido, se hacía ver estando yo en ese estado, a veces tres o cuatro veces al día, según le placía; y a veces era un continuo ir y venir, me parecía un enamorado que no sabe estar sin su esposa, así hacía Jesús conmigo, y a veces llegaba a decírmelo:

“Mira, te amo tanto que no sé estar si no vengo, me siento casi inquieto pensando que tú estás sufriendo por Mí y que estás sola, por eso he venido para ver si tienes necesidad de alguna cosa.”

Y mientras así decía, Él mismo me levantaba la cabeza, ponía su brazo detrás de mi cuello y me abrazaba, y mientras así me tenía me besaba, y si era tiempo de verano y hacía calor, de su boca mandaba un aliento refrescante, o bien tomaba alguna cosa en su mano y me abanicaba y después me preguntaba:

“¿Cómo te sientes? ¿No te sientes mejor?”

Yo le decía: “En cualquier modo que se está contigo se está siempre bien.” Otras veces venía y si me veía muy débil por el continuo estar en aquellos sufrimientos, especialmente si el confesor venía en la noche, mi amante Jesús venía, y viéndome en aquel estado de extrema debilidad, tanto que a veces me sentía morir, se acercaba a mí y de su boca vertía en la mía aquella leche, o bien me hacía ponerme a su costado y yo chupaba torrentes de dulzuras, de delicias y de fortaleza, y Él me decía:

“Quiero ser propiamente Yo tu todo, y también tu alimento del alma y del cuerpo.”

¿Quién puede decir lo que yo experimentaba, tanto en el alma como en el cuerpo por estas gracias que Jesús me hacía? Si yo lo quisiera decir me extendería demasiado. Recuerdo que a veces cuando no venía pronto, me lamentaba con Él diciéndole: “Ah, Esposo santo, como me has hecho esperar, tanto que no podía resistir más, me sentía morir sin Ti.” Y mientras así decía era tanta la pena que sentía, que lloraba y Él toda me compadecía, me enjugaba las lágrimas, me besaba, me abrazaba y decía:

“No quiero que llores. Mira, ahora estoy contigo, dime qué quieres.”

Yo le decía: “No quiero otra cosa que a Ti, y sólo dejaré de llorar cuando me prometas que no me harás esperar tanto.”

Y Él me decía: “Sí, sí, te contentaré.”

Un día, mientras estábamos en esto y era tanta la pena que yo sentía que no podía dejar de llorar, mi buen Jesús me dijo:

“Quiero contentarte en todo. Me siento tan atraído hacia ti que no puedo hacer menos que hacer lo que tú quieres. Si hasta ahora te he quitado la vida exterior y me he manifestado a ti, ahora quiero atraer tu alma hacia Mí a fin de que dondequiera que Yo vaya puedas venir junto conmigo, así podrás gozarme más y estrecharte más íntimamente a Mí, lo que no has hecho en el pasado.”

Una mañana, no recuerdo muy bien, creo que habían pasado cerca de tres meses desde que empecé a estar continuamente en la cama, mientras estaba en mi acostumbrado estado vino mi dulce Jesús con un aspecto todo amable, como un joven como de dieciocho años, ¡oh cómo era bello! Con su cabellera dorada y toda rizada, parecía que encadenaba los pensamientos, los afectos, el corazón. Su frente serena y amplia, donde se miraba como dentro de un cristal el interior de su mente y se descubría su infinita sabiduría, su paz imperturbable. ¡Oh cómo me sentía tranquilizar mi mente, mi corazón, es más, mis mismas pasiones ante Jesús caían por tierra y no se atrevían a darme la mínima molestia. Yo creo, no sé si me equivoco, que no se puede ver a este Jesús tan bello si no se está en la calma más profunda, tanto que el mínimo asomo de intranquilidad impide tener una vista tan bella. ¡Ah sí! al solo ver la serenidad de su frente adorable, es tanta la infusión de paz que se recibe en el interior, que creo que no hay desastre, guerra más feroz que ante Jesús no se calme. Oh mi todo y bello Jesús, si por pocos momentos que te manifiestas en esta vida comunicas tanta paz, de modo que se pueden sufrir los más dolorosos martirios, las penas más humillantes con la más perfecta tranquilidad, me parece una mezcla de paz y de dolor, ¿qué será en el Paraíso? Oh, cómo son bellos sus ojos purísimos, centellantes de luz; no es como la luz del sol que queriendo mirarla daña nuestra vista, no, en Jesús mientras es luz, se puede muy bien fijar la mirada, y con sólo mirar el interior de su pupila, de un color celeste oscuro, oh, cuántas cosas me decía. Es tanta la belleza de sus ojos que una sola mirada suya basta para hacerme salir fuera de mí misma y hacerme correr tras Él por caminos y por montes, por la tierra y por el cielo, basta una sola mirada para transformarme en Él y sentir descender en mí algo de divino. ¿Quién puede decir además la belleza de su rostro adorable? Su piel blanca, parecida a la nieve teñida de un color de rosas de las más bellas; en sus mejillas sonrosadas se descubre la grandeza de su persona, con un aspecto majestuosísimo y todo divino, que infunde temor y reverencia y al mismo tiempo da tanta confianza, que en cuanto a mí, jamás he encontrado persona alguna que me dé al menos una sombra de la confianza que da mi amado Jesús, ni en mis papás, ni en los confesores, ni en mis hermanas. Ah sí, ese rostro santo, mientras es tan majestuoso, al mismo tiempo es tan amable, y

esa amabilidad atrae tanto que el alma no tiene la mínima duda de ser acogida por Jesús, por cuán fea y pecadora se vea. Bella es también su nariz afilada, proporcionada a su sacratísimo rostro. Graciosa es su boca, pequeña, pero extremadamente bella, sus labios finísimos de un color escarlata, mientras habla contiene tanta gracia que es imposible poderlo describir. Es dulce la voz de mi Jesús, es suave, es armoniosa, mientras habla sale de su boca un perfume tal que parece que no se encuentra sobre la tierra, es penetrante, en modo que penetra todo, se siente descender por el oído al corazón, y oh, cuántos afectos produce, ¿pero quién puede decirlo todo? Además es tan agradable que creo que no se pueden encontrar otros placeres como los que se pueden encontrar en una sola palabra de Jesús. La voz de mi Jesús es potentísima, es obrante, y en el mismo acto que habla obra lo que dice. Ah sí, es bella su boca, pero muestra más su hermosa gracia en el acto de hablar, entonces se ven sus dientes tan nítidos y bien alineados, y exhala su aliento de amor que incendia, saetea, consume el corazón. Bellas son sus manos, suaves, blancas, delicadísimas, con sus dedos proporcionados y que mueve con una maestría tal, que es un encanto. ¡Oh, cómo eres bello, todo bello, oh mi dulce Jesús! Lo que he dicho de tu belleza es nada, es más, me parece que he dicho muchos desatinos, ¿pero qué quieres de mí? Perdóname, es la obediencia que así lo quiere, por mí no me hubiera atrevido a decir ni una palabra, conociendo mi incapacidad.

Ahora, mientras veía a Jesús con el aspecto ya descrito, de su boca me envió un aliento que me investía toda el alma, y me parecía que me atraía con ese aliento tras Él y comencé a sentir que el alma salía del cuerpo, me la sentía realmente salir de todas partes, de la cabeza, de las manos y hasta de los pies. Siendo ésta la primera vez que me sucedía, dentro de mí comencé a decir: “Ahora muero, el Señor ha venido a llevarme.” Cuando me vi fuera del cuerpo, el alma tenía la misma sensación del cuerpo, con esta diferencia, que el cuerpo contiene carne, nervios y huesos, el alma no, es un cuerpo de luz; entonces sentí un temor, pero Jesús continuaba enviándome ese aliento y me dijo:

“Si tanto te da pena el estar privada de Mí, ahora ven junto conmigo porque quiero consolarte.”

Y Jesús tomó su vuelo y yo tomé el mío junto a Él, giramos por toda la bóveda del cielo, ¡oh! Cómo era bello pasear junto con Jesús, ahora apoyaba la cabeza sobre su hombro y con un brazo detrás de su espalda y con la otra mano en su mano, ahora se apoyaba Jesús en mí. Cuando llegábamos a ciertos lugares donde la iniquidad más abundaba, ¡oh, cuánto sufría mi buen Jesús! Yo veía con más claridad los sufrimientos de su corazón adorable, lo

veía casi desfallecer y le decía: “Apóyate en mí y hazme partícipe de tus penas, pues no resiste mi alma el verte sufrir solo.” Y Jesús me decía:

“Amada mía, ayúdame que no puedo más.”

Y mientras así decía acercaba sus labios a los míos y vertía una amargura tal, que sentía penas mortales cuando entraba en mí ese licor tan amarguísimo; sentía entrar como tantos cuchillos, puntas, saetas que me traspasaban de lado a lado, en suma, en todos mis miembros se formaba un dolor atroz y volviendo el alma al cuerpo le participaba estos sufrimientos al cuerpo; ¿quién puede decir las penas? Sólo Jesús mismo que era testigo, porque los demás no podían mitigar mis penas estando en aquel estado de pérdida de los sentidos, y se esperaba cuando estaba presente el confesor, porque también con la obediencia se mitigaban. Sólo Jesús me podía ayudar cuando veía que mi naturaleza no podía más y que llegaba propiamente a los extremos y no me quedaba más que dar el último respiro. ¡Oh, cuántas veces la muerte se ha burlado de mí, pero vendrá un día en que yo me burlaré de ella! Entonces venía Jesús, me tomaba entre sus brazos, me acercaba a su corazón y oh, como me sentía regresar la vida; después, de sus labios vertía un licor dulcísimo y así se mitigaban las penas. Otras veces mientras me llevaba junto con Él girando, si eran pecados de blasfemias, contra la caridad y otros, vertía ese amargo venenoso; si eran pecados de deshonestidad, vertía una cosa de podredumbre apestosa, y cuando volvía en mí misma sentía tan bien aquella peste, y era tanto el hedor que me revolvía el estómago y me sentía desfallecer, y a veces tomando el alimento, cuando lo devolvía, sentía que salía de mi boca aquella podredumbre mezclada con el alimento. Alguna vez me llevaba a las iglesias y también ahí mi buen Jesús era ofendido, oh, como llegaban mal a su corazón aquellas obras, santas, sí, pero descuidadamente hechas, aquellas oraciones vacías de espíritu interior, aquella piedad fingida, aparente, parecía que más bien insultaban a Jesús en vez de darle honor. ¡Ah! sí, aquel corazón santo, puro, recto, no podía recibir esas obras tan mal hechas. ¡Oh! cuántas veces se lamentaba diciendo:

“Hija, también la gente que se dice devota, mira cuántas ofensas me hacen, aun en los lugares más santos, al recibir los mismos sacramentos, en vez de salir purificados salen más enfangados.”

¡Ah! sí, cuánta pena daba a Jesús ver gente que comulgaba sacrílegamente, sacerdotes que celebraban el santo sacrificio de la misa en pecado mortal, por costumbre, y algunos, da horror decirlo, por fines de interés. ¡Oh! cuántas veces mi Jesús me ha hecho ver estas escenas tan dolorosas, cuántas veces mientras el sacerdote celebraba el sacrosanto misterio, Jesús es obligado a bajar, porque era llamado por la potestad

sacerdotal, a las manos del sacerdote, se veían aquellas manos que goteaban podredumbre, sangre, o bien estaban sucias de fango. ¡Oh! como daba compasión el estado de Jesús, tan santo, tan puro, en aquellas manos que daban horror el sólo mirarlas; parecía que Jesús quería huir de aquellas manos, pero era obligado a permanecer hasta que se consumían las especies del pan y del vino. A veces, mientras permanecía ahí con el sacerdote, al mismo tiempo se venía apresuradamente a mí y se lamentaba, y antes de que yo se lo dijera Él mismo me decía:

“Hija, déjame derramar en ti, porque no puedo más; ten compasión de mi estado que es demasiado doloroso, ten paciencia, suframos juntos.”

Y mientras esto decía derramaba de su boca en la mía, ¿pero quién puede decir lo que derramaba? Parecía un veneno amargo, una podredumbre hedionda mezclada con un alimento tan duro, repugnante y nauseante, que a veces no podía yo tragar, ¿quién puede decir los sufrimientos que me producía este derramar de Jesús? Si Él mismo no me hubiese sostenido, ciertamente habría muerto víctima de ello, sin embargo sólo derramaba en mí la mínima parte, ¿qué será de Jesús que contiene tanto y tanto? ¡Oh, como es feo el pecado! ¡Ah! Señor, hazlo conocer a todos, a fin de que todos huyan de este monstruo tan horrible. Pero mientras veía estas escenas tan dolorosas, otras veces me hacía ver también escenas tan consoladoras y bellas que raptaban, y éstas eran ver a buenos y santos sacerdotes que celebraban los sacrosantos misterios. ¡Oh Dios, como es alto, grande, sublime su ministerio! Como era bello ver al sacerdote que celebraba la misa y a Jesús transformado en él, parecía que no el sacerdote, sino que Jesús mismo celebraba el divino sacrificio, y a veces hacía desaparecer del todo al sacerdote y Jesús solo celebraba la misa y yo la escuchaba. ¡Oh, como era conmovedor ver a Jesús recitar aquellas oraciones, hacer todas aquellas ceremonias y movimientos que hace el sacerdote! ¿Quién puede decir cuán consolador me resultaba ver estas misas junto con Jesús? ¡Cuántas gracias recibía, cuántas luces, cuántas cosas comprendía! Pero como son cosas pasadas y no las recuerdo claramente, por eso las paso en silencio.

Pero mientras esto decía, Jesús se ha movido en mi interior, me ha llamado y no quiere que deje esto en silencio. ¡Ah, Señor, cuánta paciencia se necesita contigo! Pues bien, te contentaré. ¡Oh! dulce amor, diré alguna pequeña cosa, pero dame tu Gracia para poder manifestarlo, porque por mí no me atrevería a poner ni una palabra sobre misterios tan profundos y sublimes.

Ahora, mientras veía a Jesús o al sacerdote que celebraba el divino sacrificio, Jesús me hacía entender que en la misa está todo el fundamento

de nuestra sacrosanta religión. ¡Ah! sí, la misa nos dice todo y nos habla de todo. La misa nos recuerda nuestra Redención, nos habla detalladamente de las penas que Jesús sufrió por nosotros, nos manifiesta también su Amor inmenso que no estuvo contento con morir sobre la cruz, sino que quiso continuar el estado de víctima en la santísima Eucaristía. La misa nos dice también que nuestros cuerpos deshechos, reducidos a cenizas por la muerte resurgirán en el día del juicio junto con Cristo a vida inmortal y gloriosa. Jesús me hacía comprender que la cosa más consoladora para un cristiano y los misterios más altos y sublimes de nuestra santa religión son: Jesús en el sacramento y la resurrección de nuestros cuerpos a la gloria. Son misterios profundos que los comprenderemos sólo más allá de las estrellas. Pero Jesús en el sacramento nos lo hace casi tocar con la mano en varios modos: En primer lugar su Resurrección, en segundo su estado de aniquilamiento bajo de aquellas especies, pero también es cierto que está en ellas vivo y verdadero, pero consumidas esas especies su real presencia no existe más; después, consagradas las especies de nuevo, Jesús adquiere nuevamente su estado Sacramental. Así, Jesús en el sacramento nos recuerda la resurrección de nuestros cuerpos a la gloria, y así como Jesús, cesando su estado Sacramentado reside en el seno de Dios, su Padre, así nosotros, cesando nuestra vida, nuestras almas van a hacer su morada en el Cielo, en el seno de Dios, y nuestros cuerpos quedan consumidos, así que se puede decir que no existen más, pero después con un prodigio de la omnipotencia de Dios, nuestros cuerpos adquirirán nueva vida y uniéndose con el alma irán juntos a gozar la bienaventuranza eterna. ¿Se puede dar cosa más consoladora para el corazón humano, que no sólo el alma sino también el cuerpo debe complacerse en los eternos contentos? A mí me parece que en aquel gran día sucederá como cuando el cielo está estrellado y sale el sol, ¿qué sucede? El sol con su inmensa luz absorbe las estrellas y las hace desaparecer, pero las estrellas existen. El sol es Dios y todas las almas bienaventuradas son estrellas, Dios con su inmensa luz nos absorberá a todos en Sí, de modo que existiremos en Dios y nadaremos en el mar inmenso de Dios. ¡Oh, cuántas cosas nos dice Jesús en el sacramento! ¿Pero quién puede decirlas todas? Ciertamente me extendería demasiado; si el Señor lo permite reservaré para otra ocasión decir alguna otra cosa.

Ahora, en estas salidas del cuerpo que el Señor me hacía hacer, a veces me renovaba la promesa del desposorio ya dicho. ¿Quién puede decir los encendidos deseos que el Señor infundía en mí de que se efectuara este místico desposorio? Muchas veces le rogaba diciéndole: “Esposo dulcísimo, hazlo pronto, no retrases más mi íntima unión contigo, ah, estrechémonos con vínculos más fuertes de amor, de modo que nadie nos

pueda separar ni por pocos instantes.” Y Jesús ahora me corregía de una cosa, ahora de otra. Recuerdo que un día me dijo:

“Todo lo que es terreno, todo, todo debes quitar, no sólo de tu corazón sino también de tu cuerpo; tú no puedes entender cuan dañino es y qué impedimentos son a mi Amor aun las mínimas sombras terrenas.”

Yo en seguida le dije: “Si tengo alguna otra cosa que quitar, dímelo, porque estoy dispuesta a hacerlo.” Pero mientras esto decía, yo misma advertí que tenía un anillo de oro en el dedo que representaba la imagen del crucificado, e inmediatamente le dije: “Esposo santo, ¿quieres que me lo quite?” Y Él me dijo:

“Debiéndote dar Yo un anillo más precioso, más bello, y en el que a lo vivo estará impresa mi imagen, tanto que cada vez que lo veas nuevas flechas de amor recibirá tu corazón, por eso este anillo no es necesario.”

Y yo prontamente me lo quité. Finalmente llegó el suspirado día, después de no poco sufrir. Recuerdo que faltaba poco para cumplir el año de estar continuamente en la cama, era día de la Pureza de María Santísima. La noche precedente de ese día mi amante Jesús se hizo ver en actitud festiva, se acercó a mí y tomó mi corazón entre sus manos, lo miró y miró, lo desempolvó y después me lo restituyó de nuevo. Después tomó una vestidura de inmensa belleza, me parecía que el fondo era como de oro vetado de varios colores y me vistió con ella, después tomó dos gemas como si fueran aretes y los puso en mis orejas, luego me adornó el cuello y los brazos y me ciñó la frente con una corona de inmenso valor, adornada de piedras y gemas preciosas, toda resplandeciente de luz, y me parecía que esas luces eran tantas voces que resonaban entre ellas y a claras notas hablaban de la belleza, potencia, fuerza y de todas las otras virtudes de mi esposo Jesús. ¿Quién puede decir lo que comprendí y en qué mar de consuelo nadaba mi alma? Es imposible poderlo decir. Ahora, mientras Jesús me ciñó la frente me dijo:

“Esposa dulcísima, esta corona te la pongo a fin de que nada falte para hacerte digna de ser mi esposa, pero después de que se realice nuestro desposorio me la llevaré al Cielo para reservártela para el momento de la muerte.”

Finalmente tomó un velo y con él me cubrió toda, desde la cabeza hasta los pies y así me dejó. ¡Ah! me parecía que en ese velo hubiera un gran significado, porque los demonios al verme cubierta con él quedaban tan espantados y sentían tal miedo de mí, que huían aterrados. Los mismos ángeles estaban a mi alrededor con tal veneración que yo misma quedaba confundida y toda llena de vergüenza. La mañana de ese día, Jesús se hizo ver de nuevo todo afable, dulce y majestuoso, junto con su Madre Santísima

y santa Catalina. Primero los ángeles cantaron un himno, santa Catalina me asistía, la Mamá me tomó la mano y Jesús puso en mi dedo el anillo, después nos abrazamos y me besó, y así hizo también la Mamá. Después tuvimos un coloquio todo de amor, Jesús me hablaba del gran amor que me tenía, y yo le decía a Él también del amor con el que lo quería. La Santísima Virgen me hizo comprender la gran gracia que había recibido y la correspondencia que debía dar al Amor de Jesús.

Mi esposo Jesús me dio nuevas reglas para vivir más perfectamente, pero como ha pasado mucho tiempo no las recuerdo muy bien, por eso no las digo, y así terminó aquel día.

¿Quién puede decir las finezas de amor que Jesús hacía a mi alma? Eran tales y tantas que es imposible describirlas, pero lo poco que recuerdo trataré de decirlo. A veces transportándome con Él me llevaba al paraíso, y ahí escuchaba los cánticos de los bienaventurados, veía a la Divinidad, a los diversos coros de los ángeles, las órdenes de los santos, todos inmersos, absorbidos e identificados en la Divinidad de Dios. Me parecía que en torno al trono había muchas luces, como si fueran más que soles resplandecientes y a claras notas estas luces denotaban todas las virtudes y los atributos de Dios. Los bienaventurados reflejándose en una de estas luces quedaban raptados, pero no llegaban a penetrar toda la inmensidad de aquella luz, de modo que pasaban a una segunda luz sin comprender a fondo la primera. Así que los bienaventurados en el Cielo no pueden comprender perfectamente a Dios, porque es tanta la inmensidad, la grandeza, la Santidad de Dios, que mente creada no puede comprender a un Ser increado. Ahora, los bienaventurados reflejándose en estas luces, me parecía que venían a participar en las virtudes de estas luces, así que el alma en el Cielo se asemeja a Dios, con esta diferencia: Que Dios es aquel Sol grandísimo, y el alma es un pequeño sol. ¿Pero quién puede decir todo lo que en esa beata morada se comprende? Mientras el alma se encuentra en esta cárcel del cuerpo es imposible, mientras en la mente se escucha algo, los labios no encuentran palabras para poderse explicar; me parece como un niño que empieza a balbucear, que quisiera decir tantas y tantas cosas, pero al fin resulta que no sabe decir ni una palabra clara, por eso pongo punto sin ir más allá. Sólo diré que a veces mientras me encontraba en aquella bienaventurada patria, paseaba junto con Jesús en medio de los coros de los ángeles y de los santos, y como yo era nueva esposa todos los bienaventurados se unían con nosotros para participar en las alegrías de nuestro desposorio, me parecía que olvidaban sus contentos para ocuparse de los nuestros, y Jesús me mostraba a los santos diciéndoles:

“Vean, esta alma es un triunfo de mi Amor, mi Amor todo ha superado en ella.”

Otras veces me hacía ponerme en el lugar que me tocaba y me decía: “Este es tu lugar, nadie te lo puede quitar.” Y a veces yo llegaba a creer que no debía volver más a la tierra, pero en un simple instante me encontraba encerrada en el muro de este cuerpo. ¿Quién puede decir cuán amargo me resultaba este regresar? A mí me parecía, por las cosas del Cielo, que las de esta tierra todo era podredumbre, insípido, fastidioso; las cosas que tanto deleitan a los demás, para mí resultaban amargas, las personas más amadas, más respetables, que los demás quién sabe qué hubieran hecho para entretenerse con ellas, a mí me resultaban indiferentes y hasta fastidiosas, sólo viéndolas como imágenes de Dios me parecía que podía soportarlas, pero mi alma había perdido toda satisfacción, ninguna cosa le daba la menor sombra de contento, y era tanta la pena que sentía que no hacía más que llorar y lamentarme con mi amado Jesús. ¡Ah! mi corazón vivía inquieto, entre continuas ansias y deseos, me lo sentía más en el Cielo que en la tierra; sentía en mi interior una cosa que me roía continuamente, tanto, que me resultaba amargo y doloroso tener que continuar viviendo. Pero la obediencia puso un freno a estas penas mías, mandándome absolutamente que no deseara morir y que sólo debía morir cuando el confesor me diera la obediencia. Entonces para cumplir esta santa obediencia hacía cuanto más podía para no pensar en eso, porque mi interior era una continua jaculatoria de deseos de quererme ir. Así, en gran parte mi corazón se tranquilizó, pero no del todo. Confieso la verdad, mucho falté en esto, ¿pero qué podía hacer? No sabía frenarme, para mí era un verdadero martirio. Mi benigno Jesús me decía:

“Cálmate, ¿cuál es la cosa que tanto te hace desear el Cielo?”

Y yo le decía: “Porque quiero estar siempre unida contigo, mi alma no resiste más estar separada de Ti, no sólo por un día, ni siquiera por un momento, por eso a cualquier costo quiero irme.”

“Pues bien.” Me decía. “Si es por Mí te quiero contentar, vendré a estarme contigo.”

Yo le decía: “Pero luego me dejas y yo te pierdo de vista, en cambio en el Cielo no es así, allá jamás te perderé de vista.”

A veces también Jesús quería bromear, y he aquí como: Mientras estaba con estas ansias, venía todo de prisa y me decía: “¿Quieres venir?” Y yo le decía: “¿A dónde?” Y Él: “Al Cielo.” Y yo: “¿Me lo dices de verdad?” Y Él: “Apresúrate, ven, no tardes.” Y yo: “Está bien, vayamos, pero temo que quieres bromear conmigo.” Y Jesús: “No, no, de verdad quiero llevarte conmigo.” Y mientras así decía sentía salir mi alma del

cuerpo y junto con Jesús tomaba el vuelo al Cielo. ¡Oh, cómo me sentía contenta entonces, creyendo que debía dejar la tierra; la vida me parecía un sueño, el sufrir poquísimos! Mientras llegábamos a un punto alto del Cielo oía el canto de los bienaventurados, yo apresuraba a Jesús a que me introdujera en esa bienaventurada morada, pero Jesús lo tomaba con calma. En mi interior comenzaba a sospechar que no era cierto y decía: “¿Quién sabe si no es una broma que me ha hecho?” De vez en cuando le decía: “Jesús mío, amado, hazlo pronto.” Y Él me decía: “Espera otro poco, descendamos otra vez a la tierra, mira, ahí está por perderse un pecador, vayamos, tal vez se convierta. Pidamos juntos al Eterno Padre que tenga misericordia de él. ¿No quieres tú que se salve? ¿No estás dispuesta a sufrir cualquier pena por la salvación de una sola alma?” Y yo: “Sí, cualquier cosa que Tú quieras que sufra, estoy dispuesta con tal de que la salves.” Así íbamos a ese pecador, tratábamos de convencerlo, poníamos ante su mente las más poderosas razones para rendirlo, pero en vano. Entonces Jesús todo afligido me decía: “Esposa mía, vuelve otra vez a tu cuerpo, toma sobre ti las penas que le son merecidas, así la divina Justicia, aplacada, podrá usar con él misericordia. Tú has visto, las palabras no lo han sacudido, ni siquiera las razones, no queda otra cosa que las penas, que son los medios más poderosos para satisfacer a la Justicia y para rendir al pecador.” Así me llevaba de nuevo al cuerpo. ¿Quién puede decir los sufrimientos que me venían? Lo sabe sólo el Señor que de ellos era testigo. Después de algunos días me hacía ver aquella alma convertida y salvada, oh, como estaba contento Jesús y yo también.

¿Quién puede decir cuántas veces Jesús ha hecho estos juegos? Cuando se llegaba al punto de entrar al Cielo, y a veces aun después de haber entrado, ahora decía que no tenía la obediencia del confesor y por eso era conveniente volver a la tierra, y yo le decía: “Mientras he estado con el confesor estaba obligada a obedecerlo, pero ahora que estoy contigo debo obedecerte a Ti, porque Tú eres el primero de todos. Y Jesús me decía: “No, no, quiero que obedezcas al confesor.” Entonces, para no alargarme demasiado, ahora por un pretexto, ahora por otro, me hacía regresar a la tierra.

Muy dolorosos me resultaban estos juegos, basta decir que me hice tan impertinente, que el Señor para castigar mis impertinencias no permitía tan frecuentemente estas bromas.

En este estado que he mencionado pasé cerca de tres años, y continuaba estando en la cama. Cuando una mañana Jesús me hizo entender que quería renovar el desposorio, pero no ya en la tierra como la primera vez sino en el Cielo, ante la presencia de toda la corte celestial, así que estuviese

preparada para una gracia tan grande. Yo hice cuanto más pude para disponerme, pero qué, siendo yo tan miserable e insuficiente para hacer ninguna sombra de bien, se necesitaba la mano del Artífice divino para disponerme, porque por mí jamás habría logrado purificar mi alma.

Una mañana, era la víspera de la natividad de María Santísima, mi siempre benigno Jesús vino Él mismo a disponerme. No hacía más que ir y venir continuamente, ahora me hablaba de la Fe y me dejaba, yo me sentía infundir en el alma una vida de Fe; mi alma, tosca como la sentía antes, ahora, después del hablar de Jesús me la sentía ligerísima, en modo de penetrar en Dios, y ahora miraba la Potencia, ahora la Santidad, ahora la Bondad y demás, y mi alma quedaba estupefacta, en un mar de asombro y decía: “Potente Dios, ¿qué potencia ante Ti no queda deshecha? Santidad inmensa de Dios, ¿qué otra santidad, por cuán sublime sea, osará comparecer ante tu presencia?” Después me sentía descender en mí misma y veía mi nada, la nulidad de las cosas terrenas, como todo es nada delante de Dios. Yo me veía como un pequeño gusano todo lleno de polvo que me arrastraba para dar algún paso, y que para destruirme no se necesitaba sino que alguien me pusiera el pie encima y con eso quedaba deshecha. Entonces, viéndome tan fea casi no me atrevía a ir ante Dios, pero ante mí me se presentaba su bondad y me sentía atraída como por un imán para ir hacia Él y decía entre mí: “Si es santo, también es misericordioso; si es potente, contiene también en Sí plena y suma bondad.” Me parecía que la bondad lo circundaba por fuera y lo inundaba por dentro. Cuando miraba la bondad de Dios me parecía que sobrepasaba a todos los demás atributos, pero después mirando los demás, los veía todos iguales en sí mismos, inmensos, inconmensurables e incomprensibles a la naturaleza humana. Mientras mi alma estaba en este estado, Jesús regresaba y hablaba de la Esperanza.

Recuerdo algo confusamente, porque después de tanto tiempo es imposible recordar claramente, pero para cumplir la obediencia que así quiere, diré por cuanto pueda.

Entonces decía Jesús, regresando a la Fe: “Para obtenerla se necesita creer. Así como a la cabeza sin la vista de los ojos todo es tinieblas, todo es confusión, tanto que si quisiera caminar, ahora caería en un punto, ahora en otro y terminaría con precipitarse del todo, así el alma sin Fe no hace otra cosa que ir de precipicio en precipicio, porque la Fe sirve de vista al alma y como luz que la guía a la vida eterna. Ahora, ¿de qué es alimentada esta luz de la Fe? Por la Esperanza. ¿Y de que sustancia es esta luz de la Fe y este alimento de la Esperanza? La Caridad. Estas tres virtudes están injertadas entre ellas, de modo que una no puede estar sin la otra.”

En efecto, ¿de qué le sirve al hombre creer en las inmensas riquezas de la Fe si no las espera para él? Las verá, sí, pero con mirada indiferente porque sabe que no son suyas, pero la Esperanza suministra las alas a la luz de la Fe, y esperando en los méritos de Jesucristo las mira como suyas y viene a amarlas.

“La Esperanza,” decía Jesús, “suministra al alma una vestidura de fuerza, casi de hierro, de modo que todos los enemigos con sus flechas no pueden herirla, y no sólo herirla, sino que ni siquiera causarle la mínima molestia. Todo es tranquilidad en ella, todo es paz. ¡Oh! es bello ver a esta alma investida por la Esperanza, toda apoyada en su amado, toda desconfiada de sí y toda confiada en Dios desafía a los enemigos más fieros, es reina de sus pasiones, regula todo su interior, sus inclinaciones, los deseos, los latidos, los pensamientos, con una maestría tal, que Jesús mismo queda enamorado porque ve que esta alma obra con tal coraje y fortaleza, pero ella los toma y lo espera todo de Él, tanto que Jesús viendo esta firme Esperanza, nada sabe negar a esta alma.”

Ahora, mientras Jesús hablaba de la Esperanza se retiraba un poco, dejándome una luz en la inteligencia. ¿Quién puede decir lo que comprendía sobre la Esperanza? Si las otras virtudes, todas sirven para embellecer al alma, pero nos pueden hacer vacilar y volvernos inconstantes, en cambio la Esperanza vuelve al alma firme y estable, como aquellos montes altos que no se pueden mover ni un poco. A mí me parece que al alma investida por la Esperanza le sucede como a ciertos montes altísimos, que todas las inclemencias del aire no les pueden hacer ningún daño, sobre de estos montes no penetra ni nieve, ni vientos, ni calor, cualquier cosa se podría poner sobre ellos, y se puede estar seguro que aunque pasaran cientos de años, que ahí donde se puso ahí se encuentra. Así es el alma vestida por la Esperanza, ninguna cosa la puede dañar, ni la tribulación, ni la pobreza, ni todos los accidentes de la vida, a lo más la desaniman un instante, pero dice entre sí: “Yo todo puedo obrar, todo puedo soportar, todo sufrir esperando en Jesús, que es el objeto de todas mis esperanzas.” La Esperanza vuelve al alma casi omnipotente, invencible y le suministra la perseverancia final, tanto que sólo cesa de esperar y perseverar cuando ha tomado posesión del reino del Cielo, entonces deja la Esperanza y toda se arroja en el océano inmenso del Amor divino. Mientras mi alma se perdía en el mar inmenso de la Esperanza, mi amado Jesús regresaba y hablaba de la Caridad diciéndome:

“A la Fe y a la Esperanza se une la Caridad, y ésta une todo lo de las otras dos, de modo de formar una sola mientras que son tres. He aquí, oh

esposa mía, simbolizada en las tres virtudes teologales a la Trinidad de las Divinas Personas.”

Luego prosiguió: “Si la Fe hace creer, la Esperanza hace esperar, la Caridad hace amar. Si la Fe es luz y sirve de vista al alma, la Esperanza que es el alimento de la Fe suministra al alma el valor, la paz, la perseverancia y todo lo demás, la Caridad que es la sustancia de esta luz y de este alimento es como aquel unguento dulcísimo y olorosísimo que penetrando por todas partes aplaca, endulza las penas de la vida. La Caridad vuelve dulce el sufrir y hace llegar al alma aun a desear este sufrimiento. El alma que posee la Caridad expande olor por todas partes, sus obras hechas todas por amor despiden olor gratísimo, ¿y cuál es este olor? Es el olor de Dios mismo. Las otras virtudes vuelven al alma solitaria y casi rustica con las criaturas; la Caridad en cambio, siendo sustancia que une, une los corazones, ¿pero en dónde? En Dios. La Caridad siendo unguento olorosísimo se expande por todas partes y por todos. La Caridad hace sufrir con alegría los más despiadados tormentos, y llega a no saber estar sin el sufrir, y cuando se ve privada de él dice a su esposo Jesús: “Sostenme con los frutos, como es el sufrir, porque languidezco de amor, ¿y en qué otra manera puedo mostrarte mi amor sino en el sufrir por Ti? La Caridad quema, consume todas las otras cosas y aun las mismas virtudes y convierte todo en ella. En suma, es como reina que quiere reinar en todas partes y que no quiere ceder este reinar a ninguno.”

¿Quién puede decir lo que me quedó después de este hablar de Jesús? Digo sólo que se encendió en mí tal deseo de sufrir, y no sólo deseo, sino que siento en mí como una infusión, como una cosa natural, tanto, que tengo para mí como la más grande desgracia el no sufrir. Después de esto, aquella mañana, Jesús para disponer mayormente mi corazón habló sobre el aniquilamiento de mí misma, también me habló sobre el deseo grandísimo que debía cultivar para disponerme a recibir la gracia. Me decía que el deseo suple a las faltas e imperfecciones que puedan existir en el alma, que es como un manto que cubre todo. Pero esto no era un hablar simplemente, era un infundir en mí lo que decía.

Mientras mi alma estaba excitándose en encendidos deseos de recibir la gracia que Jesús mismo me quería hacer, Él regresó y me transportó fuera de mí misma, hasta el paraíso, y ahí, ante la presencia de la Santísima Trinidad y de toda la corte celestial renovó los desposorios. Jesús sacó el anillo adornado con tres piedras preciosas, blanca, roja y verde y lo entregó al Padre quien lo bendijo y lo devolvió al Hijo, el Espíritu Santo me tomó la

mano derecha y Jesús me puso el anillo en el dedo anular. Después fui admitida al beso de la Tres Divinas Personas y me bendijeron.

¿Quién puede decir mi confusión cuando me encontré delante de la Santísima Trinidad? Sólo digo que en cuanto me encontré ante su presencia caí rostro en tierra y ahí habría permanecido si no hubiera sido por Jesús que me animó para ir a su presencia, tanta era la luz, la Santidad de Dios. Sólo digo esto, las otras cosas las dejo porque las recuerdo confusamente.

Después de esto recuerdo que pasaron pocos días, y al recibir la comunión perdí los sentidos y vi a la Santísima Trinidad que había visto en el Cielo presente ante mí, en seguida me postré ante su presencia, la adoré, confesé mi nada. Recuerdo que me sentía tan abismada en mí misma que no me atrevía a decir una sola palabra, cuando una voz salió de en medio de Ellos y dijo:

“No temas, date ánimo, hemos venido para confirmarte como nuestra y tomar posesión de tu corazón.”

Mientras esta voz así decía, vi que la Santísima Trinidad descendió en mi corazón y se posesionaron de él y ahí formaron su sede. ¿Quién puede decir el cambio que sucedió en mí? Me sentía divinizada, no más vivía yo sino Ellos vivían en mí. A mí me parecía que mi cuerpo fuera como una habitación, y que dentro habitase el Dios viviente, porque yo sentía la presencia real sensiblemente en mi interior, oía su voz clara que salía de dentro de mi interior y resonaba en los oídos del cuerpo. Sucedió precisamente como cuando hay gente dentro de una habitación, que hablan y sus voces se oyen claras y distintas aun desde fuera.

Desde entonces no tuve más la necesidad de ir en su busca a otros lugares para encontrarlo, sino que lo encontraba dentro de mi corazón. Y cuando algunas veces se ocultaba y yo he ido en busca de Jesús girando por el cielo y por la tierra, buscando a mi sumo y único Bien, mientras me encontraba en la hoguera de las lágrimas, en la intensidad de los deseos, en las penas inenarrables por haberlo perdido, Jesús salía de dentro de mi interior y me decía:

“Estoy aquí contigo, no me busques en otra parte.”

Yo, entre el asombro y el contento de haberlo encontrado le decía: “Mi Jesús, ¿cómo toda esta mañana me has hecho tanto girar y girar para encontrarte y estabas aquí? Me lo podrías haber dicho, así no me hubiera afanado tanto. Dulce Bien mío, amada Vida mía, mira como estoy cansada, no tengo más fuerzas, me siento desfallecer, ah, sostenme entre tus brazos porque me siento morir. Y Jesús me tomaba entre sus brazos y me hacía reposar, y mientras reposaba me sentía restituir las fuerzas perdidas.

Otras veces, en este ocultamiento que Jesús hacía y yo que iba en busca de Él, cuando se hacía oír dentro de mí y que después salía de dentro de mí no sólo Jesús, sino las Tres Divinas Personas, las encontraba ahora en forma de tres niños graciosos y sumamente bellos, ahora un solo cuerpo y tres cabezas distintas, pero de una misma semejanza, las tres igual de atractivas. ¿Quién puede decir mi contento? Especialmente cuando veía a los tres niños y que yo los contenía a los tres entre mis brazos, ahora besaba a uno, ahora al otro, y Ellos me besaban a mí, ahora uno se apoyaba en un hombro mío y otro en el otro y uno me quedaba de frente, y mientras me gozaba en ellos, con gran asombro hacía por mirar, y de tres encontraba a uno sólo.

Otra cosa que me maravillaba cuando me encontraba a estos tres niños era que lo mismo pesaba uno que los tres juntos. Tanto amor sentía yo por uno de estos niños como por los tres, y los tres me atraían del mismo modo.

Para terminar de hablar de estos desposorios tuve que pasar por alto algunas cosas para seguir el hilo, pero ahora me dispongo a decirlas.

Regresando al principio, cuando Jesús se dignaba venir, frecuentemente me hablaba de su Pasión y ponía atención a disponer mi alma a la imitación de su Vida y de sus penas, diciéndome que además del desposorio ya descrito quedaba otro por hacer, y este era el desposorio de la cruz. Recuerdo que me decía:

“Esposa mía, las virtudes se vuelven débiles si no son corroboradas, fortificadas por el injerto de la cruz. Antes de mi venida a la tierra, las penas, las confusiones, los oprobios, las calumnias, los dolores, la pobreza, las enfermedades, especialmente la cruz, eran consideradas como oprobios, pero desde que fueron llevados por Mí, todos quedaron santificados y divinizados por mi contacto, así que todos han cambiado aspecto y se han vuelto dulces, gratos, y el alma que tiene el bien de tener alguno de ellos queda honrada, y esto porque ha recibido la divisa de Mí, Hijo de Dios. Y sólo experimenta lo contrario quien sólo ve y se detiene en la corteza de la cruz, y encontrando lo amargo se disgusta, se lamenta y parece que le haya llegado una desgracia, pero quien penetra dentro, encontrando lo sabroso, ahí forma su felicidad. Hija mía amada, no deseo otra cosa que el crucificarte en el alma y en el cuerpo.”

Y mientras esto decía me sentía infundir tales deseos de ser crucificada con Jesucristo, que frecuentemente iba repitiendo: “Jesús mío, Amor mío, hazlo pronto, crucifícame contigo.” Y cuando regresaba Jesús, las primeras peticiones que le hacía y que me parecían más importantes eran estas: El dolor de mis pecados y la gracia de que me crucificara con Él; me parecía que si obtenía esto habría obtenido todo.

Entonces, una mañana, mi amantísimo Jesús se presentó ante mí crucificado y me dijo que quería crucificarme con Él, y mientras esto decía vi que de sus santísimas llagas salieron rayos de luz, y dentro de estos rayos los clavos que venían hacia mí. Mientras estaba en esto, no sé por qué, mientras deseaba tanto que me crucificara, tanto que me sentía consumir, fui sorprendida por un gran temor que me hacía temblar de la cabeza a los pies; sentía tal aniquilamiento de mí misma, me veía tan indigna de recibir esta gracia que no me atrevía a decir: “Señor, crucifícame contigo.” Parecía que Jesús estaba en suspenso esperando mi querer. ¿Quién puede decir cómo en lo íntimo de mi alma lo deseaba ardientemente pero a la vez me veía indigna? Mi naturaleza se espantaba y temblaba. Mientras me encontraba en esto, mi amado Jesús intelectualmente me pedía que aceptara, entonces con todo el corazón le dije: “Esposo santo, crucificado por mí, te pido que me concedas la gracia de crucificarme, y al mismo tiempo te pido que no hagas aparecer ninguna señal externa. Sí, dame el dolor, dame las llagas, pero haz que todo quede oculto entre Tú y yo.”

Y así, aquellos rayos de luz junto con los clavos me traspasaron las manos y los pies, y el corazón fue traspasado con un rayo de luz junto con una lanza. ¿Quién puede decir el dolor y el contento? Por cuanto antes fui sorprendida por el temor, otro tanto después mi alma nadaba en el mar de la paz, del contento y del dolor. Era tanto el dolor que sentía en las manos, en los pies y en el corazón, que me sentía morir; los huesos de las manos y de los pies sentía que me los hacían pequeñísimos pedazos, sentía como si estuviera un clavo dentro, pero al mismo tiempo me causaba tal contento que no sé explicar, y me suministraba tal fuerza, que mientras me sentía morir por el dolor, esos mismos dolores me sostenían para hacer que no muriera. Pero en la parte externa del cuerpo nada aparecía, pero sentía los dolores corporalmente, tan es verdad, que cuando venía el confesor para llamarme a la obediencia y me soltaba los brazos y las manos contraídos, cada vez que me tocaba en ese punto de las manos donde había traspasado el rayo de luz junto con el clavo, sentía penas mortales. Sin embargo cuando el confesor ordenaba por obediencia que cesaran esos dolores, muchos se mitigaban, porque esos dolores eran tan fuertes que me hacían perder los sentidos, y si no se hubieran mitigado ante la obediencia, difícilmente me hubiera prestado a obedecer. ¡Oh prodigio de la santa obediencia, tú has sido todo para mí! Cuántas veces me he encontrado en contraste con la muerte, tanta era la fuerza de los dolores, y la obediencia me ha casi restituido la vida. Sea siempre bendito el Señor, sea todo para gloria suya.

Ahora, mientras me sentía en mí misma, nada veía, pero cuando perdía los sentidos veía las partes marcadas por las llagas de Jesús, me parecía que

las llagas de Jesús mismo se habían trasladado a mis manos. Esta fue la primera vez que Jesús me crucificó, porque de estas crucifixiones ha habido tantas, que es imposible numerarlas todas, diré solamente las cosas principales relacionadas con esto.

Ahora, regresando Jesús le decía: “Amado, mi Jesús, dame el dolor de mis pecados, así, mis pecados consumidos por el dolor, por el arrepentimiento de haberte ofendido, pueden ser borrados de mi alma y también de tu memoria. Sí, dame tanto dolor por cuanto he osado ofenderte. Es más, haz que el dolor supere esto, así podré estrecharme más íntimamente contigo.”

Recuerdo que una vez mientras estaba diciendo esto, mi siempre benigno Jesús me dijo:

“Ya que tanto te disgusta haberme ofendido, quiero Yo mismo disponerte a hacerte sentir el dolor de tus pecados, y así veas cuán feo es el pecado y qué acerbo dolor sufrió mi corazón. Por eso di junto conmigo: “Si paso el mar, en el mar Tú estás aunque no te veo; piso la tierra y estás bajo mis pies, pequé.”

Luego Jesús, en voz baja agregó casi llorando: “Sin embargo te amé y al mismo tiempo te conservé.”

Mientras Jesús decía esto y yo lo repetía junto con Él, fui sorprendida por tal dolor por las ofensas hechas que caí rostro a tierra y Jesús desapareció.

Pocas fueron las palabras, pero yo entendí tantas cosas que es imposible decir todo lo que comprendí. En las primeras palabras comprendí la inmensidad, la grandeza, la presencia de Dios en cada cosa presente, sin que pueda escapar de Él ni siquiera la sombra de nuestro pensamiento; comprendí también mi nada en comparación de una Majestad tan grande y santa. En la palabra “pequé”, comprendía la fealdad del pecado, la malicia, la osadía que yo había tenido al ofenderlo. Ahora, mientras mi alma estaba considerando esto, al oír decir a Jesucristo: “Y sin embargo te amé y al mismo tiempo te conservé”, mi corazón fue tomado por tal dolor que me sentía morir, porque comprendía el amor inmenso que el Señor me tenía en el acto mismo en que yo buscaba ofenderlo, y aun matarlo. ¡Ah Señor, cómo has sido bueno conmigo, y yo siempre ingrata y tan mala aún!

Recuerdo que cada vez que venía era un alternarse, ahora le pedía el dolor de mis pecados y ahora la crucifixión, y también otras cosas, como una mañana mientras me encontraba en mis acostumbrados sufrimientos, mi amado Jesús me transportó fuera de mí misma y me hizo ver a un hombre que era asesinado a balazos, y que en cuanto expiraba iba al infierno. ¡Oh,

cuánta pena daba a Jesús la pérdida de aquella alma! Si todo el mundo supiera cuánto sufre Jesús por la pérdida de las almas, no digo por ellas, sino al menos para ahorrar esa pena a nuestro Señor, usarían todos los medios posibles para no perderse eternamente. Ahora, mientras junto con Jesús me encontraba en medio de las balas, Jesús acercó sus labios a mi oído y me dijo:

“Hija mía, ¿quieres tú ofrecerte víctima por la salvación de esta alma y tomar sobre ti las penas que merece por sus grandísimos pecados?”

Yo respondí: “Señor, estoy dispuesta, pero con el pacto de que lo salves y le restituyas la vida.” ¿Quién puede decir los sufrimientos que me llegaron? Fueron tales y tantos que yo misma no sé como quedé con vida. Ahora, mientras me encontraba en este estado de sufrimientos desde hacía más de una hora, vino mi confesor para llamarme a la obediencia, y encontrándome muy sufriente, con dificultad pude obedecer, por eso me preguntó la razón de tal estado, yo le dije el hecho así como lo describí arriba, diciéndole el punto de la ciudad donde me parecía que había sucedido. El confesor me dijo que era cierto el hecho y que lo daban por muerto, pero después se supo que estaba gravísimo y que poco a poco se restableció y vive todavía. Sea siempre bendito el Señor.

Recuerdo que siguiendo con mi petición de la crucifixión y transportándome Jesús fuera de mí misma, me llevó a los lugares santos de Jerusalén, donde Nuestro Señor padeció su dolorosa Pasión, y ahí encontramos muchas cruces y mi amado Jesús me dijo:

“Si tú supieras que bien contiene en sí la cruz, como vuelve preciosa al alma, que gema de inestimable valor adquiere quien tiene el bien de poseer los sufrimientos, basta decirte solamente que viniendo a la tierra no escogí las riquezas, los placeres, sino que tuve como amadas e íntimas hermanas a la cruz, a la pobreza, a los sufrimientos e ignominias.”

Mientras así decía mostraba un gusto tal, una alegría por el sufrimiento, que esas palabras me traspasaban el corazón como tantos dardos ardientes, tanto que me sentía faltar la vida si el Señor no me concedía el sufrir, y con toda la fuerza y la voz que tenía no hacía otra cosa que decirle: “Esposo santo, dame el sufrir, dame las cruces. Sólo con esto conoceré que me amas, si me contentas con las cruces y con los sufrimientos.” Y entonces tomaba una de aquellas cruces más grandes que veía, me ponía sobre ella y rogaba a Jesús que viniera a crucificarme, y Él se complacía en tomar mi mano y comenzaba a traspasarla con el clavo, de vez en cuando el bendito Jesús me preguntaba:

“Qué, ¿te duele mucho? ¿Quieres que no continúe?”

Y yo: “No, no, amado mío, continúa, me duele, sí, pero estoy contenta.” Y tenía tal temor que no terminara de crucificarme, que no hacía otra cosa que decirle: “Hazlo pronto, oh Jesús, hazlo pronto, no tardes tanto.” Pero qué, cuando tenía que clavar la otra mano, los brazos de la cruz se encontraban cortos, mientras que antes me habían parecido suficientes para poder crucificarme. ¿Quién puede decir cómo quedaba mortificada? Esto se repetía en muchas ocasiones, y a veces si los brazos de la cruz eran adecuados, la largura del asta no alcanzaba para poder distender los pies, en una palabra, faltaba siempre alguna cosa para no poderse cumplir del todo la crucifixión. ¿Quién puede decir la amargura de mi alma y los lamentos que hacía con Nuestro Señor porque no me concedía el verdadero sufrir? Le decía: “Amado mío, todo termina en burla, me decías que querías llevarme al Cielo y luego de nuevo me hacías volver a la tierra; me dices que quieres crucificarme y jamás llegamos a la completa crucifixión.” Y Jesús de nuevo me prometía que me iba a crucificar.

Septiembre 14, 1899

Una mañana, era el día de la exaltación de la cruz, mi dulce Jesús me transportó a los lugares santos, pero antes me dijo tantas cosas de la virtud de la cruz, no lo recuerdo todo, apenas alguna cosa:

“Amada mía, ¿quieres ser bella? La cruz te dará los rasgos más bellos que se puedan encontrar tanto en el Cielo como en la tierra, tanto, de enamorar a Dios que contiene en Sí todas las bellezas.”

Y continuaba Jesús: “¿Quieres tú estar llena de inmensas riquezas, no por breve tiempo sino por toda la eternidad? Pues bien, la cruz te suministrará todas las especies de riquezas, desde los más pequeños centavos, como son las pequeñas cruces, hasta las sumas más grandes, que son las cruces más pesadas; sin embargo los hombres que son tan ávidos por ganar dinero temporal que pronto deberán dejar, no se preocupan por adquirir un centavo eterno, y cuando Yo, teniendo compasión de ellos, viendo su despreocupación por todo lo que se refiere a lo eterno, benignamente les llevo la ocasión, en vez de tomarlo a bien se indignan y me ofenden, ¡qué locura humana, parece que la entienden al revés! Amada mía, en la cruz están todos los triunfos, todas las victorias y las más grandes adquisiciones. Para ti no debe haber otra mira más que la cruz, y esta te bastará por todo. Hoy quiero contentarte, aquella cruz que hasta ahora no bastaba para poderte extender y crucificarte completamente, es la cruz que tú has llevado hasta ahora, entonces, debiéndote crucificar completamente, tienes necesidad de que haga descender nuevas cruces sobre ti, entonces

aquella cruz que hasta ahora has llevado me la llevaré al Cielo para mostrarla a toda la corte celestial como prenda de tu amor, y otra más grande haré descender del Cielo para poder satisfacer mis ardientes anhelos que tengo sobre ti.”

Mientras Jesús decía esto, se presentó ante mí aquella cruz que había visto las otras veces, yo la tomé y me extendí sobre ella, mientras estaba así se abrió el Cielo y de él descendió el evangelista san Juan, y traía la cruz que Jesús me había indicado; la Reina Madre y muchos ángeles, cuando llegaron junto a mí me quitaron de sobre aquella cruz y me pusieron sobre la que me habían traído, mucho más grande, un ángel tomó aquella cruz de antes y se la llevó al Cielo. Después de esto, Jesús con sus propias manos comenzó a clavarme sobre aquella cruz, la Mamá Reina me asistía, los ángeles y san Juan proporcionaban los clavos. Mi dulce Jesús mostraba tal contento y alegría al crucificarme, que sólo por darle ese contento a Jesús, no sólo habría sufrido la cruz, sino otras penas aun. ¡Ah, me parecía que el Cielo hacía nueva fiesta por mí al ver el contento de Jesús! Muchas almas del purgatorio fueron liberadas emprendiendo el vuelo hacia el Cielo, y algunos pecadores fueron convertidos, porque mi divino Esposo a todos hizo partícipes del bien de mis sufrimientos. ¿Quién puede decir además los dolores intensos que sufrí al estar bien extendida sobre la cruz y ser traspasadas las manos y los pies con los clavos? Pero especialmente en los pies era tanta la atrocidad de las penas, que no pueden describirse. Cuando terminaron de crucificarme y yo me sentía nadar en el mar de las penas y de los dolores, la Mamá Reina dijo a Jesús: “Hijo mío, hoy es día de gracia, quiero que le participes todas tus penas, no queda más que le traspases el corazón con la lanza y le renueves la corona de espinas.” Entonces Jesús tomó la lanza y me traspasó el corazón de lado a lado, los ángeles tomaron una corona de espinas muy tupida, se la dieron en la mano a la Santísima Virgen, y Ella misma me la clavó en la cabeza.

¡Qué memorable día fue para mí! De dolores, sí, pero también de contentos, de penas indecibles, pero también de alegrías. Basta decir que era tanta la fuerza de los dolores, que Jesús todo ese día no se movió de mi lado para sostener mi naturaleza que desfallecía por la intensidad de las penas. Aquellas almas del purgatorio que habían volado al Cielo, descendían junto con los ángeles y rodeaban mi cama recreándome con sus cánticos y agradeciendo afectuosamente que por mis sufrimientos las había liberado de aquellas penas.

Luego sucedió que habiendo pasado cinco o seis días de aquellas penas tan intensas, con gran aflicción mía comenzaron a disminuir y entonces solicitaba a mi amado Jesús que de nuevo me renovara la

crucifixión, y Él, a veces pronto y a veces no, se complacía en transportarme a los lugares santos y me participaba las penas de su dolorosa Pasión. Ahora la corona de espinas, ahora la flagelación, ahora llevaba la cruz al calvario y ahora la crucifixión. A veces un misterio al día y a veces todo en un día, según a Él le placía, y esto era a mi alma de sumo dolor y contento. Pero me resultaba amarguísimo cuando se cambiaba la escena, y en vez de sufrir yo era espectadora de ver sufrir a mi amadísimo Jesús las penas de la dolorosa Pasión. ¡Ah, cuántas veces me encontraba en medio de los judíos junto con la Mamá Reina para ver sufrir a mi amado Jesús! ¡Ah, sí, cómo es verdad que resulta más fácil sufrir uno mismo que ver sufrir a la persona amada! Otras veces, renovando mi dulce Jesús estas crucifixiones, recuerdo que me dijo:

“Amada mía, la cruz hace distinguir a los réprobos de los predestinados. Así como en el día del juicio los buenos se alegrarán al ver la cruz, así desde ahora se puede ver si alguno se salvará o se perderá, si al presentarse la cruz el alma la abraza, la lleva con resignación, con paciencia y besa y agradece a la mano que la envía, es señal de que es salvo; si al contrario, al presentarse la cruz se irritan, la desprecian y llegan hasta ofenderme, puedes decir que es una señal de que esa alma se encamina por la vía del infierno; así harán los réprobos en el día del juicio, que al ver la cruz se afligirán y blasfemarán. La cruz dice todo, la cruz es un libro que sin engaño y a claras notas te dice y te hace distinguir al santo del pecador, al perfecto del imperfecto, al fervoroso del tibio. La cruz comunica tal luz al alma, que desde ahora no sólo hace distinguir al bueno del reo, sino hace conocer quién debe ser más o menos glorioso en el Cielo, quién debe ocupar un puesto superior o un puesto menor. Todas las otras virtudes están humildes y reverentes ante la virtud de la cruz, e injertándose con ella reciben mayor lustre y esplendor.”

¿Quién puede decir qué llamas de deseos ardientes ponía en mi corazón este hablar de Jesús? Me sentía devorar por el hambre de sufrir, y Él para satisfacer mis ansias, o bien, para decirlo mejor, lo que Él mismo me infundía, me renovaba la crucifixión.

Recuerdo que a veces, después de renovadas estas crucifixiones me decía:

“Amada de mi corazón, deseo ardientemente no sólo crucificarte el alma y comunicarte los dolores de la cruz al cuerpo, sino deseo sellarte también el cuerpo con el sello de mis llagas, y quiero enseñarte la oración para obtener esta gracia, la oración es esta: “Yo me presento ante el trono supremo de Dios, bañada en la sangre de Jesucristo, pidiéndole que por el

mérito de sus preclarísimas virtudes y de su Divinidad, me conceda la gracia de crucificarme.”

Y yo, a pesar de que siempre he tenido aversión a todo lo que puede aparecer exteriormente, como aún la tengo, en el acto en que Jesús decía esto me sentía infundir tal anhelo de satisfacer el deseo que Él mismo decía, que también yo me atrevía a decir a Jesús que me crucificara en el alma y en el cuerpo, y algunas veces le decía: “Esposo santo, cosas exteriores no quisiera, y si alguna vez me atrevo a decirlo es porque Tú mismo me lo dices, y también para dar una señal al confesor de que eres Tú quien obra en mí. Por lo demás no quisiera otra cosa, sino que aquellos dolores que me haces sufrir cuando me renuevas la crucifixión fuesen permanentes, no quisiera esa disminución después de algún tiempo, y sólo eso me basta, y que de la apariencia externa, por cuanto más lo puedas mantener oculto, tanto más me contentarás.”

Recuerdo confusamente que como le pedía frecuentemente, cuando me encontraba junto con Nuestro Señor, el dolor de mis pecados y la gracia de que me perdonara todo lo que de mal había hecho, y a veces llegaba a decirle que estaría contenta cuando de su propia boca me dijera: “Te remito todos tus pecados.” Y Jesús bendito, que nada sabe negar cuando es para nuestro bien, una mañana se hizo ver y me dijo:

“Esta vez quiero hacer Yo mismo el oficio de confesor, y tú me confesarás a Mí todas tus culpas, y en el momento en que hagas esto te haré comprender uno por uno los dolores que has dado a mi corazón al ofenderme, a fin de que comprendiendo tú, por cuanto puede una criatura, qué cosa es el pecado, tomes la resolución de preferir morir que ofenderme. Mientras tanto tú entra en tu nada y recita el yo pecador.”

Yo, entrando en mí misma, advertía toda mi miseria y mis maldades y ante su presencia temblaba toda y me faltaba la fuerza de pronunciar las palabras del yo pecador, y si el Señor no hubiese infundido en mí nueva fuerza diciéndome: “No temas, si bien soy juez soy también tu padre, ánimo, sigamos adelante.” Ahí habría permanecido sin decir ni siquiera una palabra. Entonces dije el yo pecador toda llena de confusión y de humillación; y como me veía toda cubierta por mis culpas, dando una mirada descubrí que la culpa que más había ofendido a Nuestro Señor era la soberbia y por eso dije: “Señor, me acuso ante tu presencia de que he pecado de soberbia.” Y Él:

“Acércate a mi corazón, pon tu oído y oirás el desgarró cruel que has hecho a mi corazón con este pecado.”

Toda temblando puse mi oído sobre su corazón adorable, ¿pero quién puede decir lo que oí y comprendí en aquel instante? Pero después de tanto tiempo diré sólo alguna cosa confusamente. Recuerdo que su corazón latía tan fuerte que parecía que quería romperle el pecho, luego me parecía que se despedazaba y por el dolor quedaba casi destruido. ¡Ah, si hubiera podido habría llegado a destruir al Ser Divino con la soberbia! Pongo una semejanza para hacerme entender, de otra manera no tengo palabras para expresarme. Imaginad un rey y a sus pies un gusano que elevándose e inflándose se comienza a creer alguna cosa y que llega a tal atrevimiento que elevándose poco a poco, llega a la cabeza del rey y le quiere quitar la corona para ponérsela sobre su cabeza, luego lo despoja de sus vestiduras reales, lo arroja del trono y finalmente trata de matarlo. Pero lo peor de este gusano es que él mismo no conoce su propio ser, se engaña a sí mismo, pues para deshacerse de él sólo se necesita que el rey lo ponga bajo los pies y lo aplaste, y así terminarían sus días. Esto causa enojo y compasión, y al mismo tiempo ridiculiza el orgullo de este gusano, si esto se pudiera dar. Así me veía yo ante Dios, cosa que me llenó de tal confusión y dolor que me sentí renovar en mi corazón el desgarró que sufría el bendito Jesús.

Después de esto me dejó, y yo sentía tal pena y comprendía que tan feo es este pecado de soberbia, que es imposible describirlo. Cuando hube meditado bien todo esto en mí misma, mi buen Jesús regresó y me dijo que continuara la confesión de mis culpas, y yo temblando toda seguí acusándome de los pensamientos, palabras, obras, causas y omisiones, y cuando veía que yo no podía seguir haciendo la confesión por la pena que sentía de haberlo ofendido tanto, porque tenía una claridad tan viva delante a aquel Sol divino, especialmente porque en Él descubría la pequeñez, la nulidad de mi ser y quedaba asombrada de como había tenido yo tanta osadía, de donde había tomado yo ese valor de ofender a un Dios tan bueno que en el acto mismo en que lo ofendía, Él me asistía, me conservaba, me alimentaba, y si tenía algún rencor conmigo era hacia el pecado que yo hacía y que odiaba sumamente, en cambio a mí me amaba inmensamente, me excusaba ante la divina Justicia y se ocupaba todo para quitar aquel muro de división que había producido el pecado entre el alma y Dios. ¡Oh, si todos pudiesen ver quién es Dios y quién es el alma en el momento en que se peca, todos morirían de dolor y creo que el pecado sería exiliado de la tierra!

Entonces, cuando Jesús bendito veía que por la pena no podía más, se retiraba y me dejaba para que comprendiera muy bien el mal que había hecho, y después regresaba de nuevo y yo continuaba acusando mis culpas.

¿Pero quién puede decir todo lo que comprendí, y explicar una por una las diversas afrentas y los dolores especiales que con mis culpas había

ocasionado a Nuestro Señor? Me siento casi imposibilitada para explicarme y también porque no lo recuerdo muy bien. Cuando terminé mi acusación, que duró cerca de siete horas, el amable Jesús tomó el aspecto de padre amorosísimo, y como yo me encontraba agotada de fuerzas por el dolor, y mucho más porque veía que no era un dolor suficiente para dolerme como convenía a mis culpas, Él para animarme me dijo:

“Quiero suplir Yo por ti, y aplico a tu alma el mérito del dolor que tuve en el huerto del Getsemaní. Sólo esto puede satisfacer a la divina Justicia.”

Después de que aplicó a mi alma su dolor, entonces me pareció estar dispuesta para recibir la absolución. Toda humillada y confundida como estaba y postrada a los pies del buen padre Jesús, con los rayos que enviaba a mi mente trataba de excitarme mayormente al dolor diciendo, si bien no recuerdo todo:

“Grande, sumo ha sido el mal que he hecho hacia Ti. Estas potencias mías y estos sentidos del cuerpo debían haber sido tantas lenguas para alabarte, ah, en cambio han sido como tantas víboras venenosas que te mordían y buscaban aun el matarte. Pero, Padre Santo, perdóname, no quieras arrojarme de Ti por el gran mal que te he hecho pecando.”

Y Jesús: “Y tú, ¿prometes no pecar más y alejar de tu corazón cualquier sombra de mal que pudiera ofender a tu Creador?”

Y yo: “Ah sí, con todo el corazón te lo prometo. Más bien quiero mil veces morir que volver a pecar, nunca más, nunca más.”

Y Jesús: “Y Yo te perdono y aplico a tu alma los méritos de mi Pasión y quiero lavarla en mi sangre.”

Y mientras esto decía, levantó su bendita mano derecha y pronunció las palabras de la absolución, exactas a las palabras que dice el sacerdote cuando da la absolución, y en el acto en que esto hacía, de su mano corría un río de sangre y mi alma quedaba toda inundada por ella. Después de esto me dijo:

“Ven, oh hija, ven a hacer penitencia por tus pecados besándome mis llagas.”

Toda temblando me levanté y le besé sus sacratísimas llagas y después me dijo:

“Hija mía, sé más atenta y vigilante, porque hoy te doy la gracia de no caer más en el pecado venial voluntario.”

Después me hizo otras exhortaciones que no recuerdo bien y desapareció. ¿Quién puede decir los efectos de esta confesión hecha a Nuestro Señor? Me sentía toda empapada en la gracia, y me quedó tan grabada que no puedo olvidarla, y cada vez que me acuerdo, siento correr un

escalofrío en los huesos y a la vez siento horror al pensar cuál es mi correspondencia a tantas gracias que el Señor me ha hecho.

Otras veces el Señor se ha dignado darme Él mismo la absolución, a veces tomando el aspecto de sacerdote, y yo me confesaba como si fuese sacerdote, si bien sentía diversos efectos, y después de terminada se hacía conocer que era Jesús; y a veces abiertamente venía haciéndose conocer que era Jesús; también algunas veces tomaba el aspecto del confesor, tanto que yo creía que hablaba con el confesor y le decía todos mis temores, mis dudas, pero por el modo de responderme, por la suavidad de la voz, entrelazada ahora como la voz del confesor y ahora como la de Jesús, por su trato amable y por los efectos internos, descubría yo quién era. ¡Ah, si yo quisiera decir todo acerca de estas cosas me extendería demasiado! Por eso termino y pongo punto.

Recuerdo que hubo una segunda guerra entre África e Italia, y el bendito Jesús, un día, cerca de nueve meses antes, me transportó fuera de mí misma y me hizo ver un camino larguísimo, lleno de cadáveres inmersos en la sangre que a ríos inundaba ese camino. Daba horror ver esos cadáveres expuestos al aire libre, sin tener ni siquiera quien los sepultara. Yo, toda asustada le dije a Nuestro Señor: “¿Qué cosa es esto?”

Y Él: “El año que viene habrá guerra. Se sirven de la carne para ofenderme, y Yo sobre la carne quiero hacer mi justa venganza.”

Dijo otras cosas, pero ha pasado tanto tiempo que no las recuerdo.

Ahora, sucedió que pasado aquel periodo de tiempo se empezó a oír que entre Italia y África había guerra. Yo le rogaba al buen Jesús que librara a muchas víctimas y que tuviera piedad de tantas almas que iban al infierno. Una mañana, según lo acostumbrado me transportó fuera de mí misma y veía que casi todas las gentes estaban convencidas de que debía vencer Italia, me pareció encontrarme en Roma y veía a los diputados que tenían consejo ente ellos acerca del modo como debían conducir la guerra para estar seguros de hacer vencer a Italia. Estaban tan inflados de ellos mismos que daban piedad, pero lo que más me impresionó fue el ver que estos tales, casi todos eran sectarios, almas vendidas al demonio. ¡Qué tristes tiempos! Parecía que propiamente reinaba el reino satánico, y su confianza en vez de ponerla en Dios la ponían en el demonio. Ahora, mientras estaban deliberando, mi bendito Jesús me dijo:

“Vayamos a oír que se dicen.”

Entonces me pareció entrar en su círculo junto con Jesús. Jesús se paseaba en medio de ellos y derramaba lágrimas sobre su miserable estado. Cuando terminaron de deliberar sobre el modo de como debían hacer,

vanagloriándose de estar seguros de la victoria, Jesús se dirigió a ellos y les dijo amenazándolos:

“Confíaís en vosotros mismos y por eso os humillaré, esta vez perderá Italia.”

+ + + +

Ahora, para obedecer regreso a decir lo que dejé en la página 6 de este primer volumen, esto es, la novena de Navidad, en que de la segunda meditación pasaba a la tercera y una voz interior me decía:

3°.- “Hija mía, apoya tu cabeza sobre el seno de mi Mamá, mira dentro de él a mi pequeña Humanidad. Mi Amor me devoraba, los incendios, los océanos, los mares inmensos del Amor de mi Divinidad me inundaban, me incineraban, levantaban tan alto sus llamas que se elevaban y se extendían por doquier, a todas las generaciones, desde el primero hasta el último hombre, y mi pequeña Humanidad era devorada en medio de tantas llamas, ¿pero sabes tú qué cosa me quería hacer devorar mi eterno Amor? ¡Ah, a las almas! Y sólo estuve contento cuando las devoré todas, quedando todas concebidas conmigo; era Dios, debía obrar como Dios, debía tomarlas a todas; mi Amor no me habría dado paz si hubiera excluido a alguna. Ah hija mía, mira bien en el seno de mi Mamá, fija bien los ojos en mi Humanidad recién concebida y en Ella encontrarás a tu alma concebida conmigo y también las llamas de mi Amor que te devoraron. ¡Oh, cuánto te he amado y te amo!”

Yo me perdía en medio a tanto amor, no sabía salir de ahí, pero una voz me llamaba fuerte diciéndome:

“Hija mía, esto es nada aún, estréchate más a Mí, dale tus manos a mi amada Mamá a fin de que te tenga estrechada sobre su seno materno, y tú da otra mirada a mi pequeña Humanidad concebida y mira el cuarto exceso de mi Amor.”

4°.- “Hija mía, del amor devorante pasa a mirar mi amor obrante. Cada alma concebida me llevó el fardo de sus pecados, de sus debilidades y pasiones, y mi Amor me ordenó tomar el fardo de cada uno, y no sólo concebí a las almas sino las penas de cada una, las satisfacciones que cada una de ellas debía dar a mi Celestial Padre. Así que mi Pasión fue concebida junto conmigo. Mírame bien en el seno de mi Celestial Mamá, oh como mi pequeña Humanidad era desgarrada, mira bien como mi pequeña cabecita está circundada por una corona de espinas, que ciñéndome fuerte las sienes me hace derramar ríos de lágrimas de los ojos, y no puedo moverme para

secarlas. Ah, muévete a compasión de Mí, sécame los ojos de tanto llanto, tú que tienes los brazos libres para podérmelo hacer. Estas espinas son la corona de los tantos pensamientos malos que se agolpan en las mentes humanas, oh, como me pinchan más estos pensamientos que las espinas que produce la tierra, pero mira qué larga crucifixión de nueve meses, no podía mover ni un dedo, ni una mano, ni un pie, estaba aquí siempre inmóvil, no había lugar para poderme mover un poquito, qué larga y dura crucifixión, con el agregado de que todas las obras malas, tomando forma de clavos, me traspasaban manos y pies repetidamente.” Y así continuaba narrándome pena por pena todos los martirios de su pequeña Humanidad, y que quererlas decir todas sería demasiado extenso. Entonces yo me abandonaba al llanto, y oía decir en mi interior:

“Hija mía, quisiera abrazarte pero no lo puedo hacer, no hay espacio, estoy inmóvil, no lo puedo hacer; quisiera ir a ti pero no puedo caminar. Por ahora abrázame y ven tú a Mí, y después cuando salga del seno materno iré Yo a ti.”

Pero mientras con mi fantasía me lo abrazaba, me lo estrechaba fuertemente a mi corazón, una voz interior me decía:

“Basta por ahora hija mía, y pasa a considerar el quinto exceso de mi Amor.”

5°.- Entonces la voz interior seguía: “Hija mía, no te alejes de Mí, no me dejes solo, mi Amor quiere compañía, este es otro exceso de mi Amor, el no querer estar solo. ¿Pero sabes tú de quién quiere esta compañía? De la criatura. Mira, en el seno de mi Mamá, conmigo están todas las criaturas concebidas junto conmigo. Yo estoy con ellas todo amor, quiero decirles cuánto las amo, quiero hablar con ellas para decirles mis alegrías y mis dolores, para decirles que he venido en medio de ellas para hacerlas felices, para consolarlas, y que estaré en medio de ellas como un hermanito dando a cada una todos mis bienes, mi reino, a costa de mi muerte; quiero darles mis besos, mis caricias; quiero entretenerme con ellas, pero, ay, cuántos dolores me dan, quien me huye, quien se hace la sorda y me reduce al silencio, quien desprecia mis bienes y no se preocupan de mi reino y corresponden mis besos y caricias con el descuido y el olvido de Mí, y mi entretenimiento lo convierten en amargo llanto. ¡Oh, cómo estoy solo a pesar de estar en medio de tantos! ¡Oh, cómo me pesa mi soledad! No tengo a quién decir una palabra, con quién hacer un desahogo de amor; estoy siempre triste y taciturno porque si hablo no soy escuchado. ¡Ah, hija mía, te pido, te suplico que no me dejes solo en tanta soledad! Dame el bien de hacerme hablar con escucharme, presta oídos a mis enseñanzas, Yo soy el maestro de

los maestros. Cuántas cosas quiero enseñarte, si me escuchas me harás dejar de llorar y me entretendré contigo. ¿No quieres tú entretenerme conmigo?”

Y mientras me abandonaba en Él, compadeciéndolo en su soledad, la voz interior continuaba: “Basta, basta, pasa a considerar el 6º exceso de mi Amor.”

6º.- “Hija mía, ven, ruega a mi amada Mamá que te haga un lugarcito en su seno materno, a fin de que tú misma veas el estado doloroso en el cual me encuentro.”

Entonces me parecía con el pensamiento, que nuestra Reina Mamá, para contentar a Jesús me hacía un pequeño lugar y me ponía dentro. Pero era tal y tanta la oscuridad que no lo veía, sólo oía su respiro y Él en mi interior seguía diciéndome:

“Hija mía, mira otro exceso de mi Amor. Yo soy la luz eterna, el sol es una sombra de mi luz, pero ve adonde me ha conducido mi Amor, en qué oscura prisión estoy, no hay ni un rayo de luz, siempre es noche para Mí, pero noche sin estrellas, sin reposo, siempre despierto, ¡qué pena!, la estrechez de la prisión, sin poderme mínimamente mover, las tinieblas tupidas; hasta el respiro, respiro por medio del respiro de mi Mamá, ¡oh, cómo es cansado! Y además agrega las tinieblas de las culpas de las criaturas, cada culpa era una noche para Mí, las que uniéndose juntas formaban un abismo de oscuridad sin confines. ¡Qué pena! ¡Oh exceso de mi Amor, hacerme pasar de una inmensidad de luz, de amplitud, a una profundidad de densas tinieblas y de tales estrechuras, hasta faltarme la libertad del respiro, y esto, todo por amor de las criaturas!”

Y mientras esto decía gemía con gemidos sofocados por falta de espacio, y lloraba. Yo me deshacía en llanto, le agradecía, lo compadecía, quería hacerle un poco de luz con mi amor como Él me decía, ¿pero quién puede decirlo todo? La misma voz interna agregaba:

“Basta por ahora. Pasa al séptimo exceso de mi Amor.”

7º.- La voz interior continuaba: “Hija mía, no me dejes solo en tanta soledad y en tanta oscuridad, no salgas del seno de mi Mamá para que veas el séptimo exceso de mi Amor. Escúchame, en el seno de mi Padre Celestial Yo era plenamente feliz, no había bien que no poseyera, alegría, felicidad, todo estaba a mi disposición; los ángeles reverentes me adoraban y estaban a mis órdenes. Ah, el exceso de mi Amor, podría decir que me hizo cambiar fortuna, me restringió en esta tétrica prisión, me despojó de todas mis alegrías, felicidad y bienes para vestirme con todas las infelicidades de las criaturas, y todo esto para hacer el cambio, para dar a ellas mi fortuna, mis

alegrías y mi felicidad eterna. Pero esto habría sido nada si no hubiera encontrado en ellas suma ingratitud y obstinada perfidia. Oh, cómo mi Amor eterno quedó sorprendido ante tanta ingratitud y lloró la obstinación y perfidia del hombre. La ingratitud fue la espina más punzante que me traspasó el corazón desde mi concepción hasta el último instante de mi vida, hasta mi muerte. Mira mi corazoncito, está herido y gotea sangre. ¡Qué pena! ¡Qué dolor siento! Hija mía, no seas ingrata; la ingratitud es la pena más dura para tu Jesús, es cerrarme en la cara las puertas para dejarme afuera, aterido de frío. Pero ante tanta ingratitud mi Amor no se detuvo y se puso en actitud de amor suplicante, orante, gimiente y mendigante, y este es el octavo exceso de mi Amor.”

8°.- “Hija mía, no me dejes solo, apoya tu cabeza sobre el seno de mi amada Mamá, porque también desde afuera oirás mis gemidos, mis súplicas, y viendo que ni mis gemidos ni mis súplicas mueven a compasión de mi Amor a la criatura, me pongo en actitud del más pobre de los mendigos y extendiendo mi pequeña manita, pido por piedad, al menos a título de limosna sus almas, sus afectos y sus corazones. Mi Amor quería vencer a cualquier costo el corazón del hombre, y viendo que después de siete excesos de mi Amor permanecía reacio, se hacía el sordo, no se ocupaba de Mí ni se quería dar a Mí, mi Amor quiso ir más allá, debería haberse detenido, pero no, quiso salir más allá de sus límites y desde el seno de mi Mamá Yo hacía llegar mi voz a cada corazón con los modos más insinuantes, con los ruegos más fervientes, con las palabras más penetrantes. ¿Pero sabes qué les decía? “Hijo mío, dame tu corazón, todo lo que tú quieras Yo te daré con tal de que me des a cambio tu corazón, he descendido del Cielo para tomarlo, ¡ah, no me lo niegues! ¡No defraudes mis esperanzas!” Y viéndolo reacio y que muchos me volteaban la espalda, pasaba a los gemidos, juntaba mis pequeñas manitas y llorando, con voz sofocada por los sollozos le añadía: “¡Ay, ay! soy el pequeño mendigo, ¿ni siquiera de limosna quieres darme tu corazón?” ¿No es esto un exceso más grande de mi Amor, que el Creador para acercarse a la criatura tome la forma de un pequeño niño para no infundirle temor, y pida al menos como limosna el corazón de la criatura, y viendo que ella no se lo quiere dar ruega, gime y llora?”

Después me decía: “¿Y tú no quieres darme tu corazón? ¿Tal vez también tú quieres que gima, que ruegue y llore para que me des tu corazón? ¿Quieres negarme la limosna que te pido?”

Y mientras esto decía oía como si sollozara, y yo le dije: “Mi Jesús, no llores, te dono mi corazón y toda yo misma.” Entonces la voz interna continuaba: “Sigue más adelante, y pasa al noveno exceso de mi Amor.”

9º.- “Hija mía, mi estado es siempre más doloroso; si me amas, tu mirada tenla fija en Mí para que veas si puedes dar a tu pequeño Jesús algún consuelo, una palabrita de amor, una caricia, un beso, que dé tregua a mi llanto y a mis aflicciones. Escucha hija mía, después de haber dado ocho excesos de mi Amor, y que el hombre tan malamente me correspondió, mi Amor no se dio por vencido, y al octavo exceso quiso agregar el noveno, y este fueron las ansias, los suspiros de fuego, las llamas de los deseos de que quería salir del seno materno para abrazar al hombre, y esto reducía a mi pequeña Humanidad aun no nacida a una agonía tal, que estaba a punto de dar mi último respiro. Y mientras estaba por darlo, mi Divinidad que era inseparable de Mí me daba sorbos de vida, y así retomaba de nuevo la vida para continuar mi agonía y volver a morir nuevamente. Este fue el noveno exceso de mi Amor, agonizar y morir continuamente de amor por la criatura. ¡Oh, qué larga agonía de nueve meses! ¡Oh, cómo el amor me sofocaba y me hacía morir! Y si no hubiera tenido la Divinidad conmigo, que me daba continuamente la vida cada vez que estaba por morir, el amor me habría consumado antes de salir a la luz del día.” Después agregaba:

“Mírame, escúchame como agonizo, como mi pequeño corazón late, se afana, arde; mírame, ahora muero.”

Y hacía un profundo silencio. Yo me sentía morir, se me helaba la sangre en las venas y temblando le decía: “Amor mío, Vida mía, no mueras, no me dejes sola. Tú quieres amor y yo te amaré, no te dejaré más, dame tus llamas para poderte amar más y consumarme toda por Ti.”

Novena completa de la Santa Navidad

Novena de la Santa Navidad. A la edad de diecisiete años me preparé a la fiesta de la Santa Navidad practicando diferentes actos de virtud y mortificación, honrando especialmente los nueve meses que Jesús estuvo en el seno materno con nueve horas de meditación al día, referentes siempre al misterio de la Encarnación.

1º.- Como por ejemplo, en una hora me ponía con el pensamiento en el paraíso y me imaginaba a la Santísima Trinidad: Al Padre que mandaba al Hijo a la tierra, al Hijo que prontamente obedecía al Querido del Padre, y al Espíritu Santo que consentía en ello. Mi mente se confundía tanto al contemplar un misterio tan grande, un amor tan recíproco, tan igual, tan

fuerte entre Ellos y hacia los hombres, y en la ingratitud de estos, especialmente la mía, que en esto me habría quedado no una hora sino todo el día, pero una voz interna me decía:

“Basta, ven y mira otros excesos más grandes de mi Amor.”

2º.- Entonces mi mente se ponía en el seno materno y quedaba estupefacta al considerar a aquel Dios tan grande en el Cielo y ahora tan humillado, empequeñecido, restringido, que casi no podía moverse, ni siquiera respirar. La voz interior me decía:

“¿Ves cuánto te he amado? ¡Ah! dame un lugar en tu corazón, quita todo lo que no es mío, porque así me darás más facilidad para poderme mover y respirar.”

Mi corazón se deshacía, le pedía perdón, prometía ser toda suya, me desahogaba en llanto, sin embargo, lo digo para mi confusión, volvía a mis habituales defectos. ¡Oh! Jesús, cuán bueno has sido con esta miserable criatura.

3º.- “Hija mía, apoya tu cabeza sobre el seno de mi Mamá, mira dentro de él a mi pequeña Humanidad. Mi Amor me devoraba, los incendios, los océanos, los mares inmensos del Amor de mi Divinidad me inundaban, me incineraban, levantaban tan alto sus llamas que se elevaban y se extendían por doquier, a todas las generaciones, desde el primero hasta el último hombre, y mi pequeña Humanidad era devorada en medio de tantas llamas, ¿pero sabes tú qué cosa me quería hacer devorar mi eterno Amor? ¡Ah, a las almas! Y sólo estuve contento cuando las devoré todas, quedando todas concebidas conmigo; era Dios, debía obrar como Dios, debía tomarlas a todas; mi Amor no me habría dado paz si hubiera excluido a alguna. Ah hija mía, mira bien en el seno de mi Mamá, fija bien los ojos en mi Humanidad recién concebida y en Ella encontrarás a tu alma concebida conmigo y también las llamas de mi Amor que te devoraron. ¡Oh, cuánto te he amado y te amo!”

Yo me perdía en medio a tanto amor, no sabía salir de ahí, pero una voz me llamaba fuerte diciéndome:

“Hija mía, esto es nada aún, estréchate más a Mí, dale tus manos a mi amada Mamá a fin de que te tenga estrechada sobre su seno materno, y tú da otra mirada a mi pequeña Humanidad concebida y mira el cuarto exceso de mi Amor.”

4º.- “Hija mía, del amor devorante pasa a mirar mi amor obrante. Cada alma concebida me llevó el fardo de sus pecados, de sus debilidades y

pasiones, y mi Amor me ordenó tomar el fardo de cada uno, y no sólo concebí a las almas sino las penas de cada una, las satisfacciones que cada una de ellas debía dar a mi Celestial Padre. Así que mi Pasión fue concebida junto conmigo. Mírame bien en el seno de mi Celestial Mamá, oh cómo mi pequeña Humanidad era desgarrada, mira bien como mi pequeña cabecita está circundada por una corona de espinas, que ciñéndome fuerte las sienes me hace derramar ríos de lágrimas de los ojos, y no puedo moverme para secarlas. Ah, muévete a compasión de Mí, sécame los ojos de tanto llanto, tú que tienes los brazos libres para podérmelo hacer. Estas espinas son la corona de los tantos pensamientos malos que se agolpan en las mentes humanas, oh, como me pinchan más estos pensamientos que las espinas que produce la tierra, pero mira qué larga crucifixión de nueve meses, no podía mover ni un dedo, ni una mano, ni un pie, estaba aquí siempre inmóvil, no había lugar para poderme mover un poquito, qué larga y dura crucifixión, con el agregado de que todas las obras malas, tomando forma de clavos, me traspasaban manos y pies repetidamente.” Y así continuaba narrándome pena por pena todos los martirios de su pequeña Humanidad, y que quererlas decir todas sería demasiado extenso. Entonces yo me abandonaba al llanto, y oía decir en mi interior:

“Hija mía, quisiera abrazarte pero no lo puedo hacer, no hay espacio, estoy inmóvil, no lo puedo hacer; quisiera ir a ti pero no puedo caminar. Por ahora abrázame y ven tú a Mí, y después cuando salga del seno materno iré Yo a ti.”

Pero mientras con mi fantasía me lo abrazaba, me lo estrechaba fuertemente a mi corazón, una voz interior me decía:

“Basta por ahora hija mía, y pasa a considerar el quinto exceso de mi Amor.”

5º.- Entonces la voz interior seguía: “Hija mía, no te alejes de Mí, no me dejes solo, mi Amor quiere compañía, este es otro exceso de mi Amor, el no querer estar solo. ¿Pero sabes tú de quién quiere esta compañía? De la criatura. Mira, en el seno de mi Mamá, conmigo están todas las criaturas concebidas junto conmigo. Yo estoy con ellas todo amor, quiero decirles cuánto las amo, quiero hablar con ellas para decirles mis alegrías y mis dolores, para decirles que he venido en medio de ellas para hacerlas felices, para consolarlas, y que estaré en medio de ellas como un hermanito dando a cada una todos mis bienes, mi reino, a costa de mi muerte; quiero darles mis besos, mis caricias; quiero entretenerme con ellas, pero, ay, cuántos dolores me dan, quién me huye, quién se hace la sorda y me reduce al silencio, quién desprecia mis bienes y no se preocupan de mi reino y corresponden mis besos y caricias con el descuido y el olvido de Mí, y mi entretenimiento lo

convierten en amargo llanto. ¡Oh, cómo estoy solo a pesar de estar en medio de tantos! ¡Oh, cómo me pesa mi soledad! No tengo a quien decir una palabra, con quien hacer un desahogo de amor; estoy siempre triste y taciturno porque si hablo no soy escuchado. ¡Ah, hija mía, te pido, te suplico que no me dejes solo en tanta soledad! Dame el bien de hacerme hablar con escucharme, presta oídos a mis enseñanzas, Yo soy el maestro de los maestros. Cuántas cosas quiero enseñarte, si me escuchas me harás dejar de llorar y me entretendré contigo. ¿No quieres tú entretenerme conmigo?”

Y mientras me abandonaba en Él, compadeciéndolo en su soledad, la voz interior continuaba: “Basta, basta, pasa a considerar el 6º exceso de mi Amor.”

6º.- “Hija mía, ven, ruega a mi amada Mamá que te haga un lugarcito en su seno materno, a fin de que tú misma veas el estado doloroso en el cual me encuentro.”

Entonces me parecía con el pensamiento, que nuestra Reina Mamá, para contentar a Jesús me hacía un pequeño lugar y me ponía dentro. Pero era tal y tanta la oscuridad que no lo veía, sólo oía su respiro y Él en mi interior seguía diciéndome:

“Hija mía, mira otro exceso de mi Amor. Yo soy la luz eterna, el sol es una sombra de mi luz, pero ve adonde me ha conducido mi Amor, en qué oscura prisión estoy, no hay ni un rayo de luz, siempre es noche para Mí, pero noche sin estrellas, sin reposo, siempre despierto, ¡qué pena!, la estrechez de la prisión, sin poderme mínimamente mover, las tinieblas tupidas; hasta el respiro, respiro por medio del respiro de mi Mamá, ¡oh, cómo es cansado! Y además agrega las tinieblas de las culpas de las criaturas, cada culpa era una noche para Mí, las que uniéndose juntas formaban un abismo de oscuridad sin confines. ¡Qué pena! ¡Oh exceso de mi Amor, hacerme pasar de una inmensidad de luz, de amplitud, a una profundidad de densas tinieblas y de tales estrechuras, hasta faltarme la libertad del respiro, y esto, todo por amor de las criaturas!”

Y mientras esto decía gemía con gemidos sofocados por falta de espacio, y lloraba. Yo me deshacía en llanto, le agradecía, lo compadecía, quería hacerle un poco de luz con mi amor como Él me decía, ¿pero quién puede decirlo todo? La misma voz interna agregaba:

“Basta por ahora. Pasa al séptimo exceso de mi Amor.”

7º.- La voz interior continuaba: “Hija mía, no me dejes solo en tanta soledad y en tanta oscuridad, no salgas del seno de mi Mamá para que veas el séptimo exceso de mi Amor. Escúchame, en el seno de mi Padre Celestial

Yo era plenamente feliz, no había bien que no poseyera, alegría, felicidad, todo estaba a mi disposición; los ángeles reverentes me adoraban y estaban a mis órdenes. Ah, el exceso de mi Amor, podría decir que me hizo cambiar fortuna, me restringió en esta tétrica prisión, me despojó de todas mis alegrías, felicidad y bienes para vestirme con todas las infelicidades de las criaturas, y todo esto para hacer el cambio, para dar a ellas mi fortuna, mis alegrías y mi felicidad eterna. Pero esto habría sido nada si no hubiera encontrado en ellas suma ingratitud y obstinada perfidia. Oh, como mi Amor eterno quedó sorprendido ante tanta ingratitud y lloró la obstinación y perfidia del hombre. La ingratitud fue la espina más punzante que me traspasó el corazón desde mi concepción hasta el último instante de mi Vida, hasta mi muerte. Mira mi corazoncito, está herido y gotea sangre. ¡Qué pena! ¡Qué dolor siento! Hija mía, no seas ingrata; la ingratitud es la pena más dura para tu Jesús, es cerrarme en la cara las puertas para dejarme afuera, aterido de frío. Pero ante tanta ingratitud mi Amor no se detuvo y se puso en actitud de amor suplicante, orante, gimiente y mendigante, y este es el octavo exceso de mi Amor.”

8°.- “Hija mía, no me dejes solo, apoya tu cabeza sobre el seno de mi amada Mamá, porque también desde afuera oírás mis gemidos, mis súplicas, y viendo que ni mis gemidos ni mis súplicas mueven a compasión de mi Amor a la criatura, me pongo en actitud del más pobre de los mendigos y extendiendo mi pequeña manita, pido por piedad, al menos a título de limosna sus almas, sus afectos y sus corazones. Mi Amor quería vencer a cualquier costo el corazón del hombre, y viendo que después de siete excesos de mi Amor permanecía reacio, se hacía el sordo, no se ocupaba de Mí ni se quería dar a Mí, mi Amor quiso ir más allá, debería haberse detenido, pero no, quiso salir más allá de sus límites y desde el seno de mi Mamá Yo hacía llegar mi voz a cada corazón con los modos más insinuantes, con los ruegos más fervientes, con las palabras más penetrantes. ¿Pero sabes qué les decía? “Hijo mío, dame tu corazón, todo lo que tú quieras Yo te daré con tal de que me des a cambio tu corazón, he descendido del Cielo para tomarlo, ¡ah, no me lo niegues! ¡No defraudes mis esperanzas!” Y viéndolo reacio y que muchos me volteaban la espalda, pasaba a los gemidos, juntaba mis pequeñas manitas y llorando, con voz sofocada por los sollozos le añadía: “¡Ay, ay! soy el pequeño mendigo, ¿ni siquiera de limosna quieres darme tu corazón?” ¿No es esto un exceso más grande de mi Amor, que el Creador para acercarse a la criatura tome la forma de un pequeño niño para no infundirle temor, y pida al menos como

limosna el corazón de la criatura, y viendo que ella no se lo quiere dar ruego, gime y llora?”

Después me decía: “¿Y tú no quieres darme tu corazón? ¿Tal vez también tú quieres que gima, que ruegue y llore para que me des tu corazón? ¿Quieres negarme la limosna que te pido?”

Y mientras esto decía oía como si sollozara, y yo le dije: “Mi Jesús, no llores, te dono mi corazón y toda yo misma.” Entonces la voz interna continuaba: “Sigue más adelante, y pasa al noveno exceso de mi Amor.”

9º.- “Hija mía, mi estado es siempre más doloroso; si me amas, tu mirada tenla fija en Mí para que veas si puedes dar a tu pequeño Jesús algún consuelo, una palabrita de amor, una caricia, un beso, que dé tregua a mi llanto y a mis aflicciones. Escucha hija mía, después de haber dado ocho excesos de mi Amor, y que el hombre tan malamente me correspondió, mi Amor no se dio por vencido, y al octavo exceso quiso agregar el noveno, y este fueron las ansias, los suspiros de fuego, las llamas de los deseos de que quería salir del seno materno para abrazar al hombre, y esto reducía a mi pequeña Humanidad aun no nacida a una agonía tal, que estaba a punto de dar mi último respiro. Y mientras estaba por darlo, mi Divinidad que era inseparable de Mí me daba sorbos de vida, y así retomaba de nuevo la vida para continuar mi agonía y volver a morir nuevamente. Este fue el noveno exceso de mi Amor, agonizar y morir continuamente de amor por la criatura. ¡Oh, qué larga agonía de nueve meses! ¡Oh, cómo el amor me sofocaba y me hacía morir! Y si no hubiera tenido la Divinidad conmigo, que me daba continuamente la vida cada vez que estaba por morir, el amor me habría consumado antes de salir a la luz del día.” Después agregaba:

“Mírame, escúchame como agonizo, como mi pequeño corazón late, se afana, arde; mírame, ahora muero.”

Y hacía un profundo silencio. Yo me sentía morir, se me helaba la sangre en las venas y temblando le decía: “Amor mío, Vida mía, no mueras, no me dejes sola. Tú quieres amor y yo te amaré, no te dejaré más, dame tus llamas para poderte amar más y consumarme toda por Ti.”

+ + + +

Nihil obstat
Canonico Annibale
M. Di Francia
Eccl.

Imprimatur
Arzobispo Giuseppe M. Leo
Octubre de 1926

2

I. M. I.

Febrero 28, 1899

Por orden del confesor empiezo a escribir lo que pasa entre Nuestro Señor y yo día por día. Año 1899, mes de Febrero, día 28.

Confieso la verdad, siento una gran repugnancia, es tanto el esfuerzo que debo hacer para vencerme, que sólo el Señor puede saber el desgarramiento de mi alma. Pero, ¡oh santa obediencia, qué atadura tan potente eres! Sólo tú podías vencerme y superar todas mis repugnancias, que son como montes insuperables y me atas a la Voluntad de Dios y del confesor. Pero, ¡oh! Esposo santo, por cuán grande es el sacrificio, otro tanto tengo necesidad de ayuda, no quiero otra cosa sino que me introduzcas en tus brazos y me sostengas. Así, asistida por Ti podré decir sólo la verdad, sólo por tu gloria y para confusión mía.

Esta mañana, habiendo celebrado la misa el confesor, he recibido también la comunión. Mi mente se encontraba en un mar de confusión por causa de esta obediencia que me viene dada por el confesor de escribir todo lo que pasa en mi interior. Apenas he recibido a Jesús he comenzado a decirle mis penas, especialmente mi insuficiencia y tantas otras cosas, pero parecía que Jesús no daba importancia a lo mío y no respondía a nada. Me ha venido una luz a mi mente y he dicho: “Tal vez soy yo misma la causa de que Jesús no se muestre según su costumbre.” Entonces con todo el corazón le he dicho: “¡Ah! mi Bien y mi todo, no te muestres conmigo tan indiferente, me despedazas el corazón por el dolor; si es por lo escrito, venga, que venga, aunque me cueste el sacrificio de la vida te prometo hacerlo.” Entonces Jesús ha cambiado aspecto y todo benigno me ha dicho:

“¿De qué temes? ¿No te he asistido las otras veces? Mi luz te circundará por todas partes y así tú podrás manifestarlo.”

Mientras así decía, no sé como he visto al confesor junto a Jesús, y el Señor le ha dicho: “Mira, todo lo que haces pasa al Cielo, por eso ve la pureza con la cual debes obrar, pensando que todos tus pasos, palabras y obras vienen a mi presencia, y si son puros, esto es, hechos por Mí, Yo siento por ello un gozo grandísimo y los siento en derredor mío como tantos mensajeros que me recuerdan continuamente de ti; pero si son hechos por fines bajos y terrenos, siento fastidio.” Y mientras así decía, parecía que le

² Este libro ha sido traducido directamente del original manuscrito de Luisa Piccarreta

tomaba las manos y levantándolas hacia el Cielo le decía: “Los ojos siempre en alto; eres del Cielo, obra para el Cielo.”

Mientras veía al confesor y a Jesús que así le decía, en mi mente me parecía que si se obrara así, sucedería como cuando una persona debe desalojar una casa para mudarse a otra, ¿qué hace? Primero manda todas las cosas y todo lo que ella tiene, y después se va ella. Así nosotros, primero mandamos nuestras obras a tomar el lugar para nosotros en el Cielo, y después, cuando llegue nuestro tiempo iremos nosotros. ¡Oh, qué hermoso cortejo nos harán!

Ahora, mientras veía al confesor, me acordé que me había dicho que debía escribir sobre la Fe, el modo como Jesús me había hablado sobre esta virtud. Mientras en esto pensaba, en un instante el Señor me ha atraído de tal forma a Sí, que me he sentido fuera de mí misma, en el Cielo, junto con Jesús, y me ha dicho estas precisas palabras:

“La Fe es Dios.”

Pero estas dos palabras contenían una luz inmensa, que es imposible explicarlas, pero como pueda lo diré: En la palabra ‘Fe’ comprendía que la Fe es Dios mismo. Así como el alimento material da vida al cuerpo para que no muera, así la Fe da la vida al alma, sin la Fe el alma está muerta. La Fe vivifica, la Fe santifica, la Fe espiritualiza al hombre y lo hace tener fijos los ojos en un Ser Supremo, de modo que nada aprende de las cosas de acá abajo, y si las aprende, las aprende en Dios. ¡Oh! la felicidad de un alma que vive de Fe, su vuelo es siempre hacia el Cielo, en todo lo que le sucede se mira siempre en Dios, y he aquí como en la tribulación la Fe la eleva en Dios y no se aflige, ni siquiera un lamento, sabiendo que no debe formar aquí su contento, sino en el Cielo. Así si la alegría, la riqueza, los placeres, la circundan, la Fe la eleva en Dios y dice entre sí: ‘¡Oh, cuánto más contenta y más rica seré en el Cielo!’ Así que de estos bienes terrenos toma fastidio, los desprecia y se los pone bajo los pies. A mí me parece que a un alma que vive de Fe le sucede como a una persona que posee millones y millones de monedas y hasta reinos enteros, y otra persona le quiere ofrecer un centavo. Ahora, ¿qué diría aquella? ¿No se indignaría, no se lo arrojaría a la cara? Y agregó: ¿Y si ese centavo estuviera todo enlodado, como son las cosas terrenas, y además le fuera dado sólo en préstamo? Entonces ella diría: ‘Inmensas riquezas gozo y poseo, ¿y tú osas ofrecerme este vil centavo tan enlodado y por poco tiempo?’ Yo creo que voltearía en seguida la mirada y no aceptaría el don. Así hace el alma que vive de Fe respecto a las cosas terrenas.

Ahora vayamos otra vez a la idea del alimento: El cuerpo tomando el alimento no sólo se sostiene, sino que participa de la sustancia del alimento,

la que se transforma en el mismo cuerpo. Ahora, así el alma que vive de Fe, como la Fe es Dios mismo, el alma viene a vivir del mismo Dios, y alimentándose del mismo Dios viene a participar de la sustancia de Dios, y participando viene a semejarse a Él y a transformarse con el mismo Dios; por lo tanto, al alma que vive de Fe le sucede que: santo es Dios, santa es el alma; potente Dios, potente el alma; sabio, fuerte, justo Dios, sabia, fuerte, justa el alma, y así de todos los demás atributos de Dios; en suma, el alma llega a ser un pequeño dios. ¡Oh, la bienaventuranza de esta alma en la tierra, para ser luego más bienaventurada en el Cielo!

Comprendí también que lo que significan esas palabras que el Señor dice a sus almas predilectas: ‘Te desposaré en la Fe’, es que el Señor en este místico desposorio viene a dotar a las almas de sus mismas virtudes. Me parece como dos esposos que uniendo sus propiedades, no se disciernen más las cosas del uno y las del otro, y ambos se hacen dueños de todo; pero en nuestro caso, el alma es pobre, todo el bien es por parte del Señor que la vuelve partícipe de sus sustancias.

Vida del alma es Dios, la Fe es Dios, y el alma poseyendo la Fe viene a injertar en sí todas las demás virtudes, de manera que la Fe está como rey en el corazón y las demás virtudes están a su alrededor como súbditas sirviendo a la Fe; así que las mismas virtudes, sin la Fe, son virtudes que no tienen vida.

Me parece a mí que Dios en dos modos comunica la Fe al hombre: La primera es en el santo bautismo; la segunda es cuando Dios bendito, depositando una partecita de su sustancia en el alma, le comunica la virtud de hacer milagros, como la de poder resucitar a los muertos, sanar a los enfermos, detener el sol y demás. ¡Oh, si el mundo tuviera Fe, se cambiaría en un paraíso terrestre!

¡Oh! cuán alto y sublime es el vuelo del alma que se ejercita en la Fe. A mí me parece que el alma, ejercitándose en la Fe, hace como aquellos tímidos pajaritos, que temiendo ser tomados presos por los cazadores o bien por cualquier otra insidia, hacen su morada en la cima de los árboles, o bien en las alturas; cuando después son obligados a tomar el alimento, descienden, toman el alimento y rápidamente vuelan a su morada, y alguno, más prudente, toma el alimento y ni siquiera se lo come en la tierra, para estar más seguro se lo lleva a la cima de los árboles y allá se lo come. Así el alma que vive de Fe, es tan tímida de las cosas terrenas que por temor de ser asechada, ni siquiera les dirige una mirada, su morada está en lo alto, encima de todas las cosas de la tierra, y especialmente en las llagas de Jesucristo, y desde dentro de aquellas beatas moradas gime, llora, reza y sufre junto con su esposo Jesús sobre la condición y miseria en que yace el

género humano. Mientras ella vive en esas moradas de las llagas de Jesús, el Señor le da una partecita de sus virtudes y el alma siente en sí aquellas virtudes como si fueran suyas, pero sin embargo advierte que si bien las ve suyas, el poseerlas le es dado, que han sido comunicadas por el Señor. Sucede como a una persona que ha recibido un don que ella no poseía, ahora, ¿qué hace? Lo toma y se hace dueña de él, pero cada vez que lo mira dice entre sí: 'Esto es mío, pero me fue dado por esa persona.' Así hace el alma a la cual el Señor, desprendiendo de Sí una partecita de su Ser divino, la transmuta en Sí mismo.

Ahora, esta alma, cómo aborrece el pecado, pero al mismo tiempo compadece a los demás, ruega por aquél que ve que camina en el camino del precipicio; se une junto con Jesucristo y se ofrece víctima para sufrir y así aplacar la divina Justicia y para librar a las criaturas de los merecidos castigos, y si fuese necesario el sacrificio de su vida ¡oh! de buena gana lo haría para la salvación de una sola alma.

Habiéndome dicho el confesor que le explicara como veo la Divinidad de Nuestro Señor, le he respondido que era imposible saberle decir algo, pero en la noche se me apareció el bendito Jesús y casi me reprendió por esta negación mía y entonces me hizo relampaguear como dos rayos luminosísimos. Con el primero comprendí en mi inteligencia que la Fe es Dios y Dios es la Fe, ya intenté decir alguna cosa sobre la Fe, ahora trataré de decir como veo a Dios, y éste fue el segundo rayo.

Ahora, mientras me encuentro fuera de mí misma y encontrándome en lo alto de los cielos, me ha parecido ver a Dios dentro de una luz, y Él mismo parecía también luz, y en esta luz se encontraba belleza, fuerza, sabiduría, inmensidad, altura, profundidad sin límites ni confines; así que también en el aire que respiramos es Dios mismo que se respira, así que cada uno lo puede hacer como vida propia, como de hecho lo es; así que ninguna cosa le escapa y ninguna le puede escapar. Esta luz parece que sea toda voz sin que hable; toda obrante mientras siempre reposa; se encuentra por todas partes sin estorbar en nada, y mientras se encuentra en todas partes tiene también su centro. ¡Oh Dios, cómo eres incomprensible! Te veo, te siento, eres mi Vida, te restringes en mí mientras quedas siempre inmenso y nada pierdes de Ti; sin embargo me siento balbuceante y me parece no saber ni decir nada.

Para poderme explicar mejor según nuestro lenguaje humano, diré que veo una sombra de Dios en todo lo creado, porque en todo lo creado, donde ha arrojado la sombra de su belleza; donde sus perfumes; donde su luz, como en el sol, donde yo veo una sombra especial de Dios, lo veo como delineado en este astro, que es como rey de los planetas. ¿Qué cosa es el

sol? No es otra cosa que un globo de fuego; uno es el globo, pero muchos son los rayos, de modo que entonces podemos comprender fácilmente:

1° El globo es Dios; los rayos, los inmensos atributos de Dios.

2°. El sol es fuego, pero al mismo tiempo es luz y es calor, así que la Santísima Trinidad está representada en el sol: El fuego es el Padre, la luz es el Hijo, el calor es el Espíritu Santo, pero uno es el sol; y así como no se puede dividir el fuego de la luz y del calor, así una es la Potencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que entre Ellos no se pueden realmente separar. Y así como el fuego en el mismo instante produce la luz y el calor, así que no se puede concebir el fuego sin concebirse también la luz y el calor, así no se puede concebir al Padre antes del Hijo y del Espíritu Santo y así recíprocamente, tienen los Tres el mismo principio eterno.

Agrego que la luz del sol se expande por todas partes; así Dios, con su inmensidad dondequiera penetra, sin embargo recordemos que no es más que una sombra, porque el sol no llegaría a donde no puede penetrar con su luz, pero Dios penetra dondequiera. Dios es Espíritu purísimo y nosotros lo podemos simbolizar en el sol que hace penetrar sus rayos dondequiera, sin que ninguno los pueda tomar entre las manos, y más, Dios mira todo, las iniquidades, las infamias de los hombres y Él queda siempre lo que es, puro, santo, inmaculado. Sombra de Dios es el sol que manda su luz sobre las inmundicias y queda inmaculado, expande su luz en el fuego y no se quema, en el mar, en los ríos y no se ahoga; da luz a todos, fecunda todo, da vida a todo con su calor y no empobrece de luz ni pierde nada de su calor; y mucho más, mientras hace tanto bien a todos, él de ninguno tiene necesidad y queda siempre lo que es, majestuoso, resplandeciente, sin cambiarse jamás. ¡Oh! cómo se representan bien en el sol las cualidades divinas, Dios, con su inmensidad se encuentra en el fuego y no arde, en el mar y no se ahoga, bajo nuestros pasos y no lo pisamos, da a todos y no empobrece y de nadie tiene necesidad; ve todo, más bien es todo ojos y no hay cosa que no sienta, está al día de cada fibra de nuestro corazón, de cada pensamiento de nuestra mente, y siendo Espíritu purísimo no tiene ni oídos, ni ojos, y pase lo que pase no cambia jamás. El sol, invistiendo al mundo con su luz no se fatiga; así Dios, dando vida a todos, ayudando y rigiendo al mundo, no se fatiga. Para no gozar más la luz del sol y sus benéficos efectos, el hombre puede esconderse, puede poner obstáculos, pero al sol nada le hace, permanece como es, el mal caerá todo sobre el hombre. Así el pecador, con el pecado puede alejarse de Dios y no gozar más sus benéficos influjos, pero a Dios nada le hace, todo el mal es suyo.

También la redondez del sol me simboliza la eternidad de Dios, que no tiene ni principio ni fin. La misma luz penetrante del sol, que nadie puede

contener en su ojo, y que si alguien quisiera mirarlo fijamente en pleno mediodía quedaría deslumbrado, y si el sol se quisiera acercar al hombre, éste quedaría reducido a cenizas, así del Sol divino, ninguna mente creada puede restringirlo en su pequeña mente para comprenderlo en todo lo que es, y si quisiera esforzarse quedaría deslumbrada y confundida; y si este Sol divino quisiera hacer ostentación de todo su Amor, haciéndoselo sentir al hombre mientras está aun en carne mortal, el hombre quedaría incinerado. Por lo tanto, Dios ha puesto una sombra de Sí y de sus perfecciones en todo lo creado, así que parece que lo vemos y lo tocamos y por Él quedamos tocados continuamente.

Además de esto, después de que el Señor dijo aquellas palabras: “La Fe es Dios.” Yo le dije: “Jesús, ¿me quieres?”

Y Él ha agregado: “Y tú, ¿me quieres?”

Yo en seguida he dicho: “Sí, Jesús, y Tú lo sabes, que sin Ti siento que me falta la vida.”

“Pues bien.” Ha añadido Jesús. “Tú me quieres, Yo también; por lo tanto amémonos y estémonos siempre juntos.”

Así ha terminado por esta mañana. Ahora, ¿quién puede decir cuánto ha comprendido mi mente de este Sol divino? Me parece verlo y tocarlo por todas partes, es más, me siento revestida por Él dentro y fuera de mí misma, pero mi capacidad es pequeña, pequeña, que mientras parece que comprende alguna cosa de Dios, al verlo parece que no he comprendido nada, más bien me parece haber dicho desatinos; espero que Jesús me los perdone.

+ + + +

Marzo 10, 1899

El Señor le hace ver muchos castigos.

Estando en mi habitual estado se ha hecho ver mi siempre amable Jesús, todo amargado y afligido y me ha dicho:

“Hija mía, mi Justicia se ha vuelto muy pesada, y son tantas las ofensas que me hacen los hombres que no puedo sostenerlas más. Por lo tanto la guadaña de la muerte está a punto de matar a muchos, de improviso y de enfermedades, y además son tantos los castigos que verteré sobre el mundo, que serán una especie de juicio.”

¿Quién puede decir los tantos castigos que me ha hecho ver, y el modo como yo he quedado aterrorizada y espantada? Es tanta la pena que siente mi alma, que creo es mejor pasarla en silencio.

Continúo diciendo porque la obediencia lo quiere; entonces me parecía ver las calles llenas de carne humana y la sangre que inundaba la tierra; ciudades sitiadas por enemigos que no perdonaban ni siquiera a los niños; me parecían como tantos animales salidos del infierno, no respetaron ni iglesias ni sacerdotes. Parecía que el Señor mandaba un castigo del Cielo; cuál sea no sé decirlo, sólo me parecía que todos recibiremos un golpe mortal, y quien quedará víctima de la muerte y quien se repondrá. Me parecía también ver las plantas secas y muchos otros males que deben venir sobre las cosechas. ¡Oh Dios, qué pena, ver estas cosas y estar obligada a manifestarlas! ¡Ah Señor, aplácate, yo espero que tu sangre y tus llagas sean nuestro remedio, o bien viértelos sobre esta pecadora, pues los merezco; de otra manera tómame y entonces estarás libre de hacer lo que quieras, pero mientras viva haré cuanto pueda para oponerme.

+ + + +

Marzo 13, 1899

**La Caridad no es otra cosa que el desahogo
del Ser Divino. Todo lo creado habla del
amor de Dios hacia el hombre, y le enseña
el modo como debe amar a Dios.**

Esta mañana el amado Jesús no se hacía ver según lo acostumbrado, todo amabilidad y dulzura, sino severo; mi mente me la sentía en un mar de confusión y mi alma tan afligida y aniquilada, especialmente por los castigos vistos en los días pasados; viéndolo en aquel aspecto no me atrevía a decirle nada; nos mirábamos pero en silencio. ¡Oh Dios, qué pena! Cuando de pronto he visto también al confesor, y Jesús haciendo salir un rayo de luz intelectual ha dicho estas palabras:

“Caridad, la Caridad no es otra cosa que un desahogo del Ser Divino, y este desahogo lo he difundido sobre todo lo creado, de modo que todo lo creado habla del amor que le tengo al hombre y todo lo creado le enseña el modo como debe amarme. Mira, comenzando desde el ser más grande hasta la más pequeña florecita del campo dice al hombre: ‘Con mi suave perfume y con estarme siempre dirigida hacia el cielo, intento enviar un homenaje a mi Creador; también tú, haz que todas tus acciones sean olorosas, santas, puras, no hagas que el mal olor de tus acciones ofenda a mi Creador.’ ‘¡Ah, hombre!’ Repite la florecita, ‘no seas tan insensato de tener los ojos fijos a la tierra, sino elévalos al Cielo, mira, allá arriba está tu destino, tu patria; allá arriba está el Creador mío y tuyo que te espera.’ El agua que continuamente

corre bajo nuestros ojos nos dice también: ‘Mira, de las tinieblas he salido y tanto debo correr y correr hasta que llegue a sepultarme en el lugar de donde salí, también tú, ¡oh hombre! corre, pero corre al seno de Dios de donde saliste; ¡ah! te pido que no corras los caminos torcidos, los caminos que conducen al precipicio, de otra manera, ¡ay de ti!’ También las bestias más salvajes nos repiten: ‘Mira, ¡oh! hombre, como debes ser selvático para todo lo que no es Dios; mira, cuando nosotros vemos que alguien se acerca a nosotros, con nuestros rugidos ponemos tanto espanto que ninguno se atreve a acercarse más a perturbar nuestra soledad; también tú, cuando el hedor de las cosas terrenas, o sea tus pasiones violentas estén por enfangarte y hacerte caer en el precipicio de las culpas, con los rugidos de tu oración y con retirarte de las ocasiones en las cuales te encuentras, estarás a salvo de cualquier peligro.’ Así todos los demás seres, que decirlos todos sería demasiado largo, con voz unánime resuenan entre ellos y nos repiten: ‘Mira, ¡oh! hombre, por amor tuyo nos ha creado nuestro Creador y todos estamos a tu servicio, tú no seas tan ingrato, ama, te repetimos, ama a nuestro Creador!’”

Después de esto mi amable Jesús me dijo: “Esto es todo lo que quiero: ‘Amar a Dios y al prójimo por amor mío.’ Ve cuánto he amado al hombre, y él es tan ingrato; ¿cómo quieres tú que no lo castigue?”

En el mismo instante me parecía ver una granizada terrible y un terremoto que debe hacer notable daño, hasta destruir las plantas y los hombres. Entonces, con toda la amargura de mi alma le he dicho: “Mi siempre amable Jesús, ¿por qué estás tan indignado? Si el hombre es ingrato, no es tanto por malicia sino por debilidad. ¡Oh! si te conocieran un poco como serían humildes y amorosos, por eso, cálmate, al menos te encomiendo Corato y a aquellos que me pertenecen.”

En el momento de decir esto, me parecía que también en Corato debía suceder algo, pero en comparación con lo que sucederá en los demás lugares será nada.

+ + + +

Marzo 14, 1899

**Jesús se refugia en el corazón y llora
la suerte de las criaturas. El alma
hace de todo para consolarlo y
llora junto con Jesús.**

Esta mañana mi dulcísimo Jesús, transportándome junto con Él, me hacía ver la multiplicidad de los pecados que se cometen, y eran tales y tantos, que es imposible describirlos; veía también en el aire una estrella de desmesurado tamaño, y en su circunferencia contenía fuego negro y sangre; infundía tal temor y espanto al mirarla, que parecía que fuera menor mal la muerte que vivir en tiempos tan tristes. En otros lugares se veían los volcanes, que abriendo otros tantos cráteres debían inundar aun los pueblos vecinos; se veían también gentes sectarias que irán favoreciendo los incendios, etc. Mientras esto veía, mi amable pero afligido Jesús me dijo:

“¿Has visto cuánto me ofenden y lo que tengo preparado? Yo me retiro del hombre.”

Y mientras esto decía nos retiramos los dos en la cama, y veía que en este retirarse de Jesús, los hombres se ponían a hacer acciones más feas, más homicidios, en una palabra me parecía ver gente contra gente. Cuando nos retiramos, parecía que Jesús se metía en mi corazón y comenzó a llorar y a sollozar diciendo:

“¡Oh hombre, cuánto te he amado! ¡Si tú supieras cuánto me duele tener que castigarte! Pero a esto me obliga mi Justicia. ¡Oh hombre, oh hombre, cuánto lloro y me duele tu suerte!”

Después daba desahogo al llanto y de nuevo repetía las palabras. ¿Quién puede decir la pena, el temor, el desgarró que se hacía en mi alma, especialmente al ver a Jesús tan afligido y llorando? Hacía cuanto más podía para esconder mi dolor, y para consolarlo le decía: “¡Oh Señor, no sea jamás que castigues a los hombres! Esposo santo, no llores, tal como habéis hecho otras veces, así harás ahora, derramarás en mí, me harás sufrir a mí, y así vuestra Justicia no os obligará a castigar a las gentes.” Y Jesús continuaba llorando y yo repetía: “Pero escúchame un poco, ¿no me habéis puesto en esta cama para que sea víctima por los demás? ¿Acaso no he estado dispuesta a sufrir las otras veces para evitar los castigos a las criaturas? ¿Por qué ahora no queréis hacerme caso?” Pero con todo y mis pobres palabras Jesús no se calmaba de llorar, entonces no pudiendo resistir más, también yo rompí en llanto diciéndole: “Señor, si vuestra intención es de castigar a los hombres, no me da el ánimo ver sufrir tanto a las criaturas, por eso, si verdaderamente queréis mandar los flagelos y mis pecados no me hacen merecer más el sufrir yo en vez de los demás, quiero irme al Cielo, no quiero estar más sobre esta tierra.”

Después ha venido el confesor y habiéndome llamado a la obediencia, Jesús se ha retirado y así ha terminado.

La siguiente mañana continuaba viendo a Jesús retirado en mi corazón, y veía que las personas venían hasta dentro de mi corazón y lo

pisoteaban, lo ponían bajo los pies. Yo hacía cuanto más podía por liberarlo y Jesús dirigiéndose a mí me ha dicho:

“¿Ves hasta dónde llega la ingratitud de los hombres? Ellos mismos me obligan a castigarlos, sin que pueda hacer de otra manera. Y tú, querida mía, después de que me has visto sufrir tanto, te sean más amadas las cruces y sientas como deleites las penas.”

+ + + +

Marzo 18, 1899

**Continúa viendo a Jesús retirado
en su corazón. Él le dice como
le es querida la caridad.**

Esta mañana mi querido Jesús seguía haciéndose ver desde dentro de mi corazón, y viéndolo un poco más amable, me armé de valor y empecé a pedirle que no mandara tantos castigos, y Jesús me dijo:

“¿Qué te mueve, oh hija mía, a pedirme que no castigue a las criaturas?”

Yo en seguida respondí: “Porque son tus imágenes y debiendo las criaturas sufrir, vendrías Tú mismo a sufrir.” Entonces Jesús dando un suspiro me dijo:

“Me es tan querida la caridad, que tú no puedes comprenderlo. La Caridad es simple, como mi Ser, que si bien es inmenso, es también simplísimo, tanto que no hay parte en la cual no penetre. Así la Caridad, siendo simple se difunde por todas partes, no tiene deferencia por ninguno, amigo o enemigo, vecino o forastero, a todos ama.”

+ + + +

Marzo 19, 1899

**Temores. Jesús la tranquiliza.
El demonio puede hablar de virtud,
pero no puede infundirla en el alma.**

Esta mañana, mientras Jesús se hacía ver, yo temía que no fuese verdaderamente Jesús, sino el demonio que me quisiera engañar; después de que hice las acostumbradas protestas Jesús me ha dicho:

“Hija, no temas, no soy el demonio, y además, ése, si habla de las virtudes es una virtud pintada, no verdadera virtud, ni tiene poder para

infundirla en el alma, sino solamente de hablar de ella, y si alguna vez muestra que quiere hacer practicar un poco de bien, no es perseverante y en el mismo acto en que el alma hace ese poco bien, el alma está desganada y agitada; sólo Yo tengo la potencia de infundirme en el corazón y de hacer practicar las virtudes y hacer sufrir con ánimo, tranquilidad y con perseverancia. Además, ¿cuándo el demonio ha ido en busca de virtud? Su búsqueda son los vicios. Por eso no temas, estate tranquila.”

+ + + +

Marzo 20, 1899

Jesús vierte sus amarguras y le dice la causa de los males del mundo.

Esta mañana Jesús me ha transportado fuera de mí misma y me ha hecho ver mucha gente, toda en discordia. ¡Oh, cuánta pena daba a Jesús! Yo, viéndolo sufrir mucho le he pedido que vertiera en mí sus amarguras, pero como continuaba queriendo castigar al mundo, Jesús no quería derramarlas en mí, pero después de haberle pedido y vuelto a pedir, para contentarme ha derramado un poco. Entonces, habiéndose aliviado un poco me ha dicho:

“La causa por la que el mundo se ha reducido a este triste estado es por haber perdido la subordinación a las cabezas, y como la primera cabeza es Dios, al cual se han rebelado, como consecuencia ha sucedido que han perdido toda sujeción y dependencia a la Iglesia, a las leyes y a todos los demás que se dicen cabezas. ¡Ah! hija mía, ¿qué será de tantos miembros infectados por este mal ejemplo dado por aquellos mismos que se dicen cabezas, esto es, por superiores, por padres y por tantos otros? ¡Ah, llegarán a tanto, que no se reconocerán más ni padres, ni hermanos, ni reyes ni príncipes, estos miembros serán como tantas víboras que recíprocamente se envenenarán, por eso mira como son necesarios los castigos en estos tiempos y que la muerte casi destruya a esta gente, a fin de que los pocos que queden aprendan a costa de los demás a ser humildes y obedientes. Por eso déjame hacer, no quieras oponerte a que castigue a las gentes.”

+ + + +

Marzo 31, 1899

Jesús habla de la virtud de la cruz.

Esta mañana mi adorable Jesús se hizo ver crucificado, y después de haberme comunicado sus penas me ha dicho:

“Muchas son las llagas que me hicieron sufrir en mi pasión, pero una fue la cruz; esto significa que muchos son los caminos por los cuales atraigo a las almas a la perfección, pero uno es el Cielo en el cual estas almas deben unirse, así que equivocado aquel Cielo, no hay algún otro que pueda volverlas bienaventuradas para siempre.”

Después ha agregado: “Mira un poco, una es la cruz, pero de varios leños fue formada dicha cruz; esto quiere decir que uno es el Cielo, pero varios los lugares que este Cielo contiene, más o menos gloriosos, y a medida de los sufrimientos sufridos acá abajo, más o menos pesados, serán distribuidos estos lugares. ¡Oh!, si todos conocieran la preciosidad del sufrir, harían competencia a ver quien quisiera sufrir más, pero esta ciencia no es conocida por el mundo, por eso aborrecen todo lo que puede volverlos más ricos in eterno.”

+ + + +

Mes de Abril, 1899

**Como la humildad es la pequeña planta.
La humildad sin confianza es virtud falsa.**

Después de haber pasado algunos días de privación y de lágrimas, yo me encontraba toda confundida y aniquilada en mí misma, en mi interior iba diciendo continuamente: “Dime, oh mi Bien, ¿por qué te has alejado de mí, en qué te he ofendido que no te dejas ver más, y si te muestras es casi ensombrecido y en silencio? ¡Ah, no más me hagas esperar y esperar, que mi corazón no puede más!”

Finalmente Jesús se ha mostrado un poco más claro, y viéndome tan aniquilada me ha dicho:

“¡Si tú supieras cuánto me agrada la humildad! La humildad es la planta más pequeña que se pueda encontrar, pero sus ramas son tan altas que llegan hasta el Cielo, están en torno a mi trono y penetran hasta dentro de mi corazón. La pequeña planta es la humildad, las ramas que produce esta planta es la confianza; así que no se puede dar verdadera humildad sin confianza. La humildad sin confianza es virtud falsa.”

Por las palabras de mi Jesús se ve que mi corazón no sólo estaba aniquilado, sino también un poco desanimado.

+ + + +

Abril 5, 1899

Jesús tiene a Luisa cubierta en su Amor.

Mi alma continuaba en su aniquilamiento y con temor de perder al dulce Jesús, cuando en un instante, de golpe se ha hecho ver y me ha dicho:

“Te tengo cubierta bajo la luz de mi Caridad. Entonces, así como la luz penetra por todas partes, así mi Amor te tiene cubierta por todas partes y en todo. ¿De qué temes entonces? ¿Y cómo puedo Yo dejarte mientras te tengo tan abismada en mi Amor?”

Mientras Jesús así decía, yo quería preguntarle por qué no se hacía ver según su costumbre, pero Jesús en seguida desapareció y no me ha dado tiempo de decirle ni siquiera una palabra. ¡Oh Dios, qué pena!

+ + + +

Abril 7, 1899

**Luisa consuela a Jesús. Él le dice:
Quiero hacer de ti un objeto
de mis complacencias.**

Continúa el mismo estado, pero especialmente esta mañana la he pasado amarguísima, casi había perdido la esperanza de que Jesús viniera. ¡Oh, cuántas lágrimas he tenido que derramar! Era propiamente la última hora y Jesús no venía aún. ¡Oh Dios! ¿qué hacer? Mi corazón estaba con un dolor tan fuerte y en un continuo palpitar, tan fuerte que sentía una agonía mortal. En mi interior le decía: “Mi buen Jesús, ¿no ves Tú mismo que me siento faltar la vida? ¿Al menos dime cómo se puede hacer para estar sin Ti? ¿Cómo se puede vivir? Si bien soy ingrata ante tantas gracias, sin embargo te amo y te ofrezco esta pena amarguísima de tu ausencia para repararte por mi ingratitud; pero ven, Jesús ten paciencia, eres tan bueno, no me hagas esperar, ven. ¡Ah! tal vez no sabes Tú mismo qué cruel tirano es el amor, y por eso no tienes compasión de mí?” Mientras estaba en este estado tan doloroso, Jesús ha venido y todo compasión me ha dicho:

“He aquí que he venido; no llores más, ven a Mí.”

En un instante me he encontrado fuera de mí misma junto con Él, y yo lo miraba, pero con tal temor que de nuevo pudiera perderlo, que a ríos me escurrían las lágrimas de los ojos. Jesús ha continuado diciéndome:

“No, no llores más; mira un poco cuánto estoy sufriendo; mírame la cabeza, las espinas han penetrado tan adentro que no queda nada afuera.

¿Ves cuántos desgarros y sangre cubren mi cuerpo? Acércate, dame un alivio.”

Ocupándome de las penas de Jesús he olvidado un poco las mías, y así he comenzado por su cabeza, ¡oh! como era desgarrador ver aquellas espinas tan metidas dentro, que apenas se podían jalar. Mientras esto hacía, Jesús se lamentaba, tanto era el dolor que sufría. Después que he sacado aquella corona de espinas, toda despedazada, la uní de nuevo, y conociendo que el mayor placer que se pueda dar a Jesús es el sufrir por Él, la he tomado y la he hundido sobre mi cabeza.

Después, una por una se ha hecho besar las llagas y en algunas de ellas quería que chupara la sangre. Yo trataba de hacer todo lo que Él quería, pero en mudo silencio, cuando se ha presentado la Virgen Santísima y me ha dicho:

“Pregunta a Jesús qué cosa quiere hacer de ti.”

Yo no me atrevía, pero la Mamá me incitaba a hacerlo; para contentarla he acercado los labios al oído de Jesús, y quedito quedito le he dicho: “¿Qué cosa quieres hacer de mí?” Y Él ha respondido:

“Quiero hacer de ti un objeto de mis complacencias.”

Y en el acto mismo de decir estas palabras desapareció y yo me he encontrado en mí misma.

+ + + +

Abril 9, 1899

**Jesús lleva a Luisa fuera de sí misma,
unida a Él; no quiere dejarla y Jesús
la tiene consigo en la custodia.**

Esta mañana Jesús se ha hecho ver y me ha transportado dentro de una iglesia, allí he oído la Santa Misa y recibí la comunión de las manos de Jesús. Después de esto me abracé a los pies de Él, tan fuertemente que no podía separarme. El pensamiento de las penas de los días pasados, esto es, de la privación de Jesús, me hacía temer tanto el perderlo de nuevo, que estando a sus pies lloraba y le decía: “Esta vez, oh Jesús, no te dejaré más, porque Tú cuando te vas de mí me haces sufrir y esperar mucho.”

Entonces Jesús me dijo: “Ven entre mis brazos que quiero aliviarte de las penas pasadas en estos días.”

Yo casi no me atrevía a hacerlo, pero Jesús extendió las manos y me levantó de sus pies, me abrazó y dijo:

“No temas, que no te dejo, esta mañana quiero contentarte, ven a estarte conmigo en la custodia.”

Y los dos nos retiramos en la custodia. ¿Quién puede decir lo que hicimos? Ahora me besaba y yo a Él, ahora yo me reposaba en Él y Jesús en mí, ahora veía las ofensas que recibía y yo hacía actos de reparación por las diferentes ofensas. ¿Quién puede decir la paciencia de Jesús en el sacramento? Es tal y tanta que da terror el solo pensarlo. Pero mientras estaba haciendo esto, Jesús me hizo ver al confesor que venía a llamarme en mí misma y me ha dicho:

“Basta por ahora, ve, que la obediencia te llama.”

Y así me parecía que mi alma regresaba al cuerpo, y en efecto el confesor me llamaba a la obediencia.

+ + + +

Abril 12, 1899

**Jesús dice a Luisa: Tú eres mi tabernáculo,
es más, me siento más contento en ti porque
te participo mis penas.**

Hoy sin hacerme esperar tanto, Jesús ha venido pronto y me ha dicho:

“Tú eres mi tabernáculo, para Mí es lo mismo estar en el sacramento que en tu corazón, es más, en ti se encuentra otra cosa de más, que es el poderte participar mis penas y tenerte junto conmigo como víctima viviente ante la divina Justicia, lo que no encuentro en el sacramento.”

Y mientras decía estas palabras se encerró dentro de mí. Estando en mí Jesús me hacía sentir ahora las pinchaduras de las espinas, ahora los dolores de la cruz, los afanes y los sufrimientos del corazón. En torno a su corazón veía un trenzado de puntas de hierro que hacía sufrir mucho a Jesús. ¡Ah, cuánta pena me daba verlo sufrir tanto, hubiera querido sufrir todo yo antes que hacer sufrir a mi dulce Jesús, y de corazón le pedía que a mí me diera las penas, a mí el sufrir. Entonces Jesús me dijo:

“Hija, las ofensas que más me traspasan el corazón son las misas dichas sacrílegamente y las hipocresías.”

¿Quién puede decir lo que comprendí en estas dos palabras? A mí me parece que externamente se hace ver que se ama, se alaba al Señor, pero internamente se tiene el veneno listo para matarlo; externamente se hace ver que se quiere la gloria, el honor de Dios, pero internamente se busca el honor, la estima propia. Todas las obras hechas con hipocresía, aun las más santas, son obras todas envenenadas que amargan el corazón de Jesús.

+ + + +

Abril 16, 1899

**Jesús quiere girar junto con Luisa y le
hace ver como es tratado por las almas.**

Estando en mi habitual estado, Jesús me invitó a girar para ver qué cosa hacían las criaturas. Yo le dije: “Mi adorable Jesús, esta mañana no tengo ganas de girar y ver las ofensas que te hacen; estémonos aquí los dos juntos.” Pero Jesús insistía en que quería girar, entonces para contentarlo le dije: “Si quieres salir, vamos, pero vamos dentro de alguna iglesia, pues ahí son pocas las ofensas que te hacen.”

Y así hemos ido dentro de una iglesia, pero también ahí era ofendido, y más que en otros lugares, no porque en las iglesias se hagan más pecados que en el mundo, sino porque son ofensas hechas por sus más amados, por aquellos mismos que deberían poner alma y cuerpo para defender el honor y la gloria de Dios, por eso resultan más dolorosas a su corazón adorable. Entonces veía almas devotas, que por bagatelas de nada no se preparaban bien a la comunión; su mente en vez de pensar en Jesús pensaba en sus pequeñas disturbios, en tantas cosas de nada, y esta era su preparación. Cuánta pena daban estas almas a Jesús y cuánta compasión daban ellas, porque daban importancia a tantas pajitas, a tantas ociosidades y en cambio no se dignaban dirigirle una mirada a Jesús. Entonces Él me ha dicho:

“Hija mía, cuánto impiden estas almas que mi Gracia se derrame en ellas, Yo no me fijo en las menudencias sino en el amor con el cual se acercan, y ellas al contrario, más se fijan en las pajitas que en el amor, es más, el amor destruye las pajitas, pero con muchas pajitas no se acrecienta ni un poquito el amor, más bien lo disminuye. Pero lo que es peor de estas almas es que se disturbaban mucho, pierden mucho tiempo; quisieran estar con los confesores horas enteras para decir todas estas menudencias, pero jamás ponen manos a la obra con una buena y valiente resolución para extirpar estas pajitas.

¿Qué decirte además, ¡oh! hija mía, de ciertos sacerdotes de estos tiempos? Se puede decir que obran casi satánicamente, llegando a hacerse ídolos de las almas. ¡Ah! sí, mi corazón es más traspasado por mis hijos, porque si los otros me ofenden más, ofenden las partes de mi cuerpo, pero los míos me ofenden las partes más sensibles y tiernas, hasta en lo más íntimo de mi corazón.”

¿Quién puede decir la amargura de Jesús? Al decir estas palabras lloraba amargamente. Yo hacía cuanto más podía por compadecerlo y repararlo, pero mientras esto hacía nos retiramos juntos en el lecho.

+ + + +

Abril 21, 1899

**Ve a Jesús como niño mientras se encuentra sola.
Temor de que fuera alguien para hacerle mal.
Pregunta quién es, y Jesús le dice que es el pobre
de los pobres y que quisiera estar con ella.**

Esta mañana, estando en mi habitual estado, en un momento me he encontrado en mí misma, pero sin poderme mover, cuando de pronto sentí que alguien entraba en mi recámara, después ha cerrado de nuevo la puerta y he oído que se acercaba a mi cama. En mi mente pensaba que alguien había entrado furtivamente sin que nadie de la familia lo hubiera visto y había penetrado hasta mi recámara. ¿Quién sabe qué cosa me pueda hacer? Era tanto el temor que me sentí helar la sangre en las venas y temblaba toda. ¡Oh Dios! ¿Qué hacer? Decía entre mí: “La familia no lo ha visto, yo me siento toda inmóvil y no puedo defenderme ni puedo pedir ayuda; Jesús, María, Mamá mía, ayúdenme, San José, defiéndeme de este peligro.” Cuando he sentido que subía a la cama y se acurrucaba junto a mí ha sido tanto el temor, que he abierto los ojos y le he dicho: “Dime, ¿quién eres tú?”

Él ha respondido: “Yo soy el pobre de los pobres, no tengo donde estar; he venido a ti para ver si me quieres tener contigo en tu recámara, mira, soy tan pobre que ni siquiera tengo vestidos, pero tú pensarás en todo.”

Yo lo miré bien, era un niño de cinco o seis años, sin vestidos, sin calzado, pero sumamente bello y gracioso; en seguida le respondí: “Por mí con gusto te tendría, ¿pero qué dirá mi papá? No soy persona libre que pueda hacer lo que quiera, tengo mis padres que lo impiden. Vestirte sí puedo hacerlo con mis pobres trabajos, haré cualquier sacrificio, pero tenerte conmigo es imposible. Y además, ¿no tienes padre, no tienes madre, no tienes dónde quedarte?”

Pero el niño amargamente respondió: “No tengo a nadie; ¡ah, no me hagas vagar más, déjame estar contigo!”

Yo misma no sabía qué hacer, como tenerlo. Un pensamiento me pasó por la mente: “¿Quién sabe, a lo mejor es Jesús, o bien será algún demonio para disturbarme?” Así que de nuevo le dije: “Pero dime la verdad, ¿quién eres tú?” Y Él repitió:

“Yo soy el pobre de los pobres.”

Yo repliqué: “¿Has aprendido a santiguarte?”

“Sí.” Respondió.

Pues entonces hazlo, quiero ver como lo haces.

Él se persignó con la señal de la cruz.

Yo agregué: “¿Y el Ave María la sabes decir?”

“Sí, pero si quieres que la diga, digámosla juntos.”

Yo empecé el Ave María y Él la decía junto conmigo, en ese momento una luz purísima se ha desprendido de su frente adorable y he conocido que el pobre de los pobres era Jesús. En un instante, con aquella luz que Jesús me enviaba me ha hecho perder de nuevo los sentidos y me sacó fuera de mí misma. Yo estaba toda confundida delante de Jesús, especialmente por tantos rechazos y rápidamente le dije:

“Querido mío, perdóname, si te hubiese conocido no te habría prohibido la entrada. Además, ¿por qué no me lo has dicho, que eras Tú? Tengo tantas cosas que decirte, te las habría dicho, no habría perdido el tiempo en tantas inutilidades y temores. Para tenerte a Ti no tengo necesidad de los míos, puedo tenerte libremente porque Tú no te dejas ver por ninguno.” Pero mientras esto decía, Jesús ha desaparecido y así ha terminado todo, dejándome una pena por no haberle dicho nada de lo que quería decirle.

+ + + +

Abril 23, 1899

Las alabanzas y desprecios de los demás

Hoy he meditado acerca del daño que puede venir a nuestras almas por las alabanzas que nos dan las criaturas. Mientras me lo aplicaba a mí misma para ver si había en mí la complacencia por las alabanzas humanas, Jesús se ha acercado a mí y me ha dicho:

“Cuando el corazón está lleno del conocimiento de sí mismo, las alabanzas de los hombres son como aquellas olas del mar, que se elevan y desbordan pero jamás salen de sus límites. Así las alabanzas humanas, hacen estrépito, alborotan, se acercan hasta el corazón, pero encontrándolo lleno y bien circundado por los fuertes muros del conocimiento de sí mismo, no teniendo por lo tanto donde quedarse, se vuelven atrás sin hacer ningún daño al alma; por eso debes estar atenta a esto, que las alabanzas y los desprecios de las criaturas no hay que tomarlos en cuenta.”

+ + + +

Abril 26, 1899

**Jesús la contenta con respecto al confesor.
Le habla de las almas desapegadas, que
mientras no tienen nada, todo poseen.**

Cuando hoy mi amante Jesús se hacía ver, me parecía que me enviaba tantos rayos de luz que toda me penetraban, cuando en un instante nos hemos encontrado fuera de mí misma y junto se encontraba el confesor. Yo en seguida le pedí a mi querido Jesús que le diera un beso al confesor y que estuviera un poco en sus brazos, (Jesús era niño). Para contentarme, pronto ha besado al confesor en el rostro, pero sin quererse separar de mí; yo he quedado toda afligida y le dije: “Tesorito mío, no era esta mi intención, de hacerte besar su rostro, sino la boca, a fin de que tocada por tus purísimos labios quedara santificada y fortificada de aquella debilidad, así podrá anunciar más libremente la santa palabra y santificar a los demás. ¡Ah, te ruego que me contentes!” Así, Jesús ha dado otro beso, pero ahora en la boca de él, y después me ha dicho:

“Me son tan agradables las almas desapegadas de todo, no sólo en el afecto, sino también en efecto, que a medida que van despojándose, así mi luz las va invistiendo y llegan a ser como cristales, en los que la luz del sol no encuentra impedimento para penetrar dentro de ellos, como lo encuentra en las construcciones y en las demás cosas materiales.”

¡Ah! dijo después: “Creen despojarse, pero en cambio vienen a vestirse no sólo de las cosas espirituales, sino también de las corporales, porque mi providencia tiene un cuidado todo especial y particular por estas almas desapegadas, mi providencia las cubre por todas partes; sucede que nada tienen, pero todo poseen.”

Después de esto nos retiramos del confesor y encontramos muchas personas religiosas que parecía que tenían toda la intención de trabajar por fines de intereses, Jesús pasando en medio de ellas dijo:

“¡Ay, ay de aquél que trabaja por la finalidad de adquirir dinero, ya han recibido en vida su paga!”

+ + + +

Mayo 2, 1899

Cómo en la Iglesia está reflejado todo el Cielo.

Esta mañana Jesús daba mucha compasión, estaba tan afligido y sufriente que yo no me atrevía a hacerle ninguna pregunta, nos mirábamos en silencio, de vez en cuando me daba un beso y yo a Él, y así ha seguido haciéndose ver algunas veces. La última vez me hizo ver la Iglesia diciéndome estas palabras:

“En mi Iglesia está representado todo el Cielo: Así como en el Cielo una es la cabeza, que es Dios, y muchos son los santos, de diferentes condiciones, órdenes y méritos, así en mi Iglesia una es la cabeza, que es el Papa, y hasta en la tiara que rodea su cabeza está representada la Trinidad Sacrosanta, y muchos son los miembros que de esta cabeza dependen, o sea, diferentes dignidades, diferentes órdenes, superiores e inferiores, desde el más pequeño hasta el más grande todos sirven para embellecer mi Iglesia, y cada uno según su grado tiene un oficio que le ha sido dado, y con el exacto cumplimiento de las virtudes viene a dar de sí en mi Iglesia un esplendor olorosísimo, de modo que la tierra y el Cielo quedan perfumados e iluminados, y las gentes quedan tan atraídas por esta luz y por este perfume, que resulta casi imposible no rendirse a la verdad. Te dejo a ti el considerar a aquellos miembros infectados, que en vez de producir luz dan tinieblas, ¡cuántos destrozos hacen en mi Iglesia!”

Mientras Jesús así me decía, he visto al confesor junto a Él, Jesús con su mirada penetrante lo miraba fijamente; después, dirigiéndose a mí me ha dicho:

“Quiero que tengas plena confianza con el confesor, aun en las mínimas cosas, tanto que entre Mí y él no debe haber diferencia alguna, porque en la medida de tu confianza y de la fe que des a sus palabras, así concurriré Yo.”

En el momento que Jesús decía estas palabras me acordé de ciertas tentaciones del demonio, que habían producido en mí un poco de desconfianza, pero Jesús con su ojo vigilante, de inmediato me ha tomado nuevamente junto a Sí, y en ese mismo instante me sentí quitar de mi interior esa desconfianza. Sea siempre bendito el Señor que tiene tanto cuidado de esta alma tan miserable y pecadora.

+ + + +

Mayo 6, 1899

Luisa busca a Jesús entre los ángeles.

Esta mañana a duras penas se ha hecho ver Jesús, mi mente la sentía tan confundida que casi no comprendía la pérdida de Jesús; en ese momento

me sentí circundada de muchos espíritus, tal vez eran ángeles, pero no sé decirlo con seguridad. Mientras me encontraba en medio de ellos, de vez en cuando me ponía a indagar, pues, ¿quién sabe? A lo mejor pudiera oír el aliento de mi amado; pero por más que hacía no advertía nada que indicara que ahí estuviera mi amante Bien. Cuando de repente, de atrás de mi espalda he sentido venir un aliento dulce, súbito he gritado: “¡Jesús, mi Señor!”

Él respondió: “Luisa, ¿qué quieres?”

“Jesús, hermoso mío, ven, no estés atrás de mi espalda porque no puedo verte; estuve toda esta mañana esperándote e indagando, pues a lo mejor hubiera podido verte en medio de estos espíritus angélicos que rodeaban la cama, pero no he tenido éxito, por esto me siento muy cansada, porque sin Ti no puedo encontrar reposo, ven para reposar juntos.” Así Jesús se ha puesto junto a mí y me sostenía la cabeza. Aquellos espíritus han dicho:

“Señor, qué rápidamente te ha conocido, no por la voz, sino que con el solo aliento pronto te ha llamado.”

Jesús les respondió: “Ella me conoce a Mí y Yo la conozco a ella; me es tan querida, como me es querida la pupila de mis ojos.”

Y mientras así decía me he encontrado en los ojos de Jesús. ¿Quién puede decir lo que he sentido estando en aquellos ojos purísimos? Es imposible manifestarlo, los mismos ángeles han quedado sorprendidos.

+ + + +

Mayo 7, 1899

De la pureza de intención y la verdadera Caridad.

Mientras que en el día he hecho la meditación, Jesús continuaba haciéndose ver junto a mí y me ha dicho:

“Mi persona está circundada por todas las obras que hacen las almas como por un vestido, y a medida de la pureza de intención y de la intensidad del amor con el cual se hacen, así me dan más esplendor, y Yo daré a ellas más gloria, tanto que en el día del juicio las mostraré a todo el mundo para hacer conocer el modo como me han honrado mis hijos, y el modo como Yo los honro a ellos.”

Luego, tomando un aire más afligido ha agregado:

“Hija mía, ¿qué será de tantas obras, aun buenas, hechas sin recta intención, por costumbre y con fines de interés? ¿Cuál no será su vergüenza en el día del juicio, al ver tantas obras buenas en sí mismas, pero marchitas

por su intención, que en vez de darles honor como a tantos otros, las mismas acciones les producirán vergüenza? Porque no son las obras grandes lo que miro, sino la intención con la cual se hacen; aquí está toda mi atención.”

Por un rato Jesús ha hecho silencio y yo pensaba en las palabras que había dicho, y mientras las estaba rumiando en mi mente, especialmente sobre la pureza de intención, y como haciendo el bien a las criaturas, las mismas criaturas deben desaparecer, haciendo una a la criatura con el mismo Señor, y hacer como si las criaturas no existieran, Jesús ha vuelto a hablar diciéndome:

“No obstante así es. Mira, mi corazón es grandísimo, pero la puerta es estrechísima, ninguno puede llenar el vacío de este corazón sino sólo las almas desapegadas, desnudas y simples, porque como tú ves, siendo la puerta pequeña, cualquier impedimento, aun mínimo, es decir, una sombra de apego, de intención errónea, una obra sin el fin de agradarme, impide que entren a deleitarse en mi corazón. El amor del prójimo mucho le agrada a mi corazón, pero debe estar tan unido al mío, que debe formar uno solo, sin poderse distinguir uno del otro; pero aquel otro amor al prójimo que no está transformado en mi amor, Yo no lo miro como cosa que me pertenezca.”

+ + + +

Mayo 9, 1899

Lamentos, peticiones, coloquio con Jesús.

Esta mañana me encontraba en un mar de aflicción por la pérdida de Jesús. Después de mucho esperar ha venido y se estrechaba tanto a mí, que no podía ni siquiera verlo, llegaba a poner su frente sobre la mía, apoyaba su rostro sobre el mío y así todos los demás miembros. Ahora, mientras Jesús estaba en esta posición le he dicho: “Mi adorable Jesús, ¿ya no me quieres?”

Y Él: “Si no te amara no me estaría tan cerca de ti.”

Y yo he vuelto a decirle: “¿Cómo me dices que me amas si no me haces más sufrir como antes? Temo que no me quieras más en este estado; al menos libérame entonces del fastidio del confesor.”

Mientras esto decía, parecía que Jesús no hacía caso a mis palabras y me hacía ver una multitud de gente que cometían toda clase de infamias, y Jesús indignado con ellos, hacía caer entre ellos diferentes clases de enfermedades contagiosas, y muchos morían negros como carbones, parecía que Jesús exterminaba de la faz de la tierra a aquella multitud de gente. Mientras esto veía, le pedí a Jesús que vertiera en mí sus amarguras a fin de

que pudiera yo librar a la gente, pero ni siquiera en esto me hacía caso; y respondiéndome a las palabras que antes le había dicho ha agregado:

“El más grande castigo que puedo darte a ti, al sacerdote y al pueblo, es si te liberase de este estado de sufrimientos. Mi Justicia se desahogaría con todo su furor, porque no encontraría más alguna oposición. Tan es verdad, que el peor mal para alguien es ser puesto en un oficio y después ser depuesto, mejor para él si no se le hubiera encargado aquel oficio, porque abusando y no aprovechando se vuelve indigno.”

Después Jesús ha seguido viniendo varias veces el día de hoy, pero tan afligido que daba piedad y hasta hacía llorar, tal vez hasta las mismas piedras. Por cuanto pude busqué consolarlo, ahora lo abrazaba, ahora le sostenía la cabeza tan sufriente, ahora le decía: “Corazón de mi corazón, Jesús, nunca ha sido tu costumbre aparecerte a mí tan afligido; si otras veces te has hecho ver afligido, con verter en mí tus amarguras pronto has cambiado aspecto, pero ahora me es negado darte este alivio. ¿Quién lo diría, que después de tanto tiempo que te has dignado derramar tus amarguras en mí y hacerme partícipe de tus sufrimientos, y que Tú mismo has hecho tanto para disponerme, ahora deba quedar privada? El sufrir por tu amor era mi único alivio, era el sufrir lo que me hacía soportar el exilio del Cielo, pero ahora, faltándome esto siento que no tengo ya donde apoyarme y la vida me da fastidio. ¡Ah! Esposo santo, amado Bien, amada Vida mía, haz que vuelvan a mí las penas, dame el sufrir, no mires mi indignidad y mis graves pecados, sino tu gran Misericordia que no está agotada.”

Mientras me desahogaba con Jesús, Él, acercándose más a mí me ha dicho:

“Hija mía, es mi Justicia que quiere desahogarse sobre las criaturas; el número de pecados de los hombres está casi completo y la Justicia quiere salir fuera para hacer gala de su furor y repararse de las injusticias de los hombres. Bueno, para hacerte ver como estoy amargado y para contentarte un poco, quiero verter en ti sólo mi aliento.”

Y así, acercando sus labios a los míos me enviaba su respiro, que era tan amargo que me sentía envenenar la boca, el corazón y toda mi persona. Si su solo aliento era tan amargo, ¿qué será del resto de Jesús? Me dejó tanta pena que me sentí traspasar el corazón.

+ + + +

Mayo 12, 1899

**Jesús vierte de su costado dulzuras y
amarguras en Luisa. Pasa la
jornada junto con Jesús.**

Esta mañana mi adorable Jesús continuaba haciéndose ver afligido; me transportó fuera de mí misma y me hacía ver las ofensas que recibía, y yo comencé a pedir de nuevo que derramara en mí sus amarguras. Jesús al principio no me hacía caso y sólo me ha dicho:

“Hija mía, la caridad sólo es perfecta cuando es hecha con el solo fin de agradarme, y entonces es verdadera y es reconocida por Mí cuando está despojada del todo.”

Yo, tomando ocasión de sus mismas palabras le he dicho: “Amado Jesús mío, es por esto precisamente por lo que quiero que Tú derrames en mí tus amarguras, para poderte aliviar en tantas penas, y si te pido que libres también a las criaturas, es porque recuerdo bien que Tú en otras ocasiones, después de haberlas castigado, al verlas sufrir tanto la pobreza y otras cosas, mucho has sufrido también Tú. En cambio cuando yo he estado atenta y te he pedido e importunado hasta cansarte que derramaras en mí tus amarguras, tanto que te complacías en derramar en mí librándolas a ellas, después Tú has quedado muy contento, ¿no lo recuerdas? Y además ¿no son tus imágenes?”

Jesús, viéndose convencido me ha dicho: “Por ti es necesario contentarte, acércate y bebe de mi costado.”

Así hice, me acerqué para beber de su costado, pero en vez de salir la amargura chupaba una sangre dulcísima, que toda me embriagaba de amor y de dulzura; sí, por ello estaba contenta, pero no era esta mi intención, por eso dirigiéndome a Él le dije: “Querido Bien mío, ¿qué haces? No es amargo lo que me das sino dulce. ¡Ah, te ruego, derrama Tú en mí tus amarguras!” Y Jesús mirándome benígnamente me dijo:

“Continúa bebiendo, que detrás vendrá lo amargo.”

Así, poniéndome nuevamente en su costado, después de que siguió saliendo lo dulce, salió también lo amargo. ¿Pero quién puede decir la intensidad de la amargura? Después que me saqué de beber me retiré y viendo su cabeza que tenía la corona de espinas, se la quité y la hundí en mi cabeza, y Jesús parecía todo condescendiente, mientras que en otras ocasiones no había permitido esto. ¡Cómo era bello ver a Jesús después de que derramó sus amarguras! Parecía casi desarmado, sin fuerza, todo sosegado, como un humilde corderillo, todo condescendiente. Yo advertí

que la hora era tardísima, y como el confesor había venido temprano esta mañana para llamarme a la obediencia, no es que yo supiera que debía ser llamada por la obediencia, porque ante la obediencia Jesús me deja libre; por eso vuelta hacia Él le dije: “Jesús dulcísimo, no permitas que yo sirva de molestia a la familia y de fastidio al confesor con hacerlo venir de nuevo, ¡ah, te lo pido, hazme Tú mismo regresar en mí!” Y Jesús me ha dicho:

“Hija mía, no te quiero dejar este día.”

Y yo: “Tampoco yo tengo corazón para dejarte, pero sólo por un poquito, para hacer ver a la familia que estoy en mí misma y después volveremos a estar juntos.” Así, después de un largo debate, dándonos un adiós recíproco me dejó un poco. Era exactamente la hora de la comida y la familia venía a llamarme, y si bien me sentía en mí misma, pero me sentía toda llena de sufrimiento, la cabeza no la aguantaba, lo amargo y lo dulce bebido del costado de Jesús me daba tal saciedad y sufrimiento al mismo tiempo, que me resultaba imposible poder tomar alguna otra cosa. La palabra dada a Jesús me hacía sentirme entre espinas; así, con el pretexto de que me dolía la cabeza dije a la familia: “Déjenme sola, que no quiero nada.” Y así quedé libre de nuevo y en seguida empecé a llamar al dulce Jesús, y Él siempre benigno ha regresado; ¿pero quién puede decir lo que pasé hoy, cuántas gracias hizo Jesús a mi alma, cuántas cosas me hizo entender? Es imposible poderlo expresar con palabras. Así, después de estar un largo rato, Jesús para calmar mis sufrimientos, de su boca ha vertido una leche dulce, y después hacia la noche me ha dejado dándome su palabra de que pronto regresaría, y así me he encontrado de nuevo en mí misma, pero un poco más libre de sufrimientos.

+ + + +

Mayo 16, 1899

Jesús habla de la cruz y se lamenta de las almas devotas.

Jesús ha seguido por otros días manifestándose del mismo modo, no queriendo separarse de mí. Parecía que aquel poco de sufrimientos que había vertido en mí lo atraían tanto, que no sabía estar sin mí. Esta mañana ha vertido otro poco de amargura de su boca en la mía y después me ha dicho:

“La cruz dispone al alma a la paciencia. La cruz abre el Cielo y une juntos Cielo y tierra, esto es, Dios y el alma. La virtud de la cruz es potente y cuando entra en un alma tiene la virtud de quitar la herrumbre de todas las cosas terrenas; no sólo eso, sino que da el aburrimiento, el fastidio, el

desprecio de las cosas de la tierra, y a cambio le da el sabor, el agrado de las cosas celestiales, pero por pocos es reconocida la virtud de la cruz, por eso la desprecian.”

¿Quién puede decir cuántas cosas he comprendido de la cruz mientras Jesús hablaba? El hablar de Jesús no es como el nuestro, que tanto se entiende por cuanto se dice, sino que una sola palabra deja una luz inmensa, que rumiándola bien podría hacer estar ocupado todo el día en profundísima meditación, por eso si yo quisiera decirlo todo me extendería demasiado y me faltaría el tiempo para hacerlo. Después de un poco Jesús ha regresado de nuevo, pero un poco más afligido; yo rápidamente le he preguntado la causa, y Jesús me ha hecho ver muchas almas devotas y me ha dicho:

“Hija mía, lo que miro en un alma es cuando se despoja de la propia voluntad, entonces mi Voluntad la inviste, la diviniza y la hace toda mía. Mira un poco a estas almas, se dicen devotas mientras las cosas van a su modo, después una pequeña cosa, si no son largas sus confesiones, si el confesor no las satisface, pierden la paz y algunas llegan a no querer hacer ya nada más. Esto dice que no es mi Voluntad la que predomina, sino la de ellas. Créeme entonces hija mía, han equivocado el camino, porque cuando veo que en verdad quieren amarme, tengo tantos modos de poder dar mi Gracia.”

Cuánta pena daba ver sufrir a Jesús por este tipo de gente. He buscado compadecerlo por cuanto he podido y así ha terminado.

+ + + +

Mayo 19, 1899

La humildad da la seguridad de los favores celestiales.

Esta mañana sentía temor que no fuera Jesús sino el demonio que me quería engañar. Entonces Jesús ha venido y viéndome con este temor me ha dicho:

“La humildad es la seguridad de los favores celestiales, la humildad viste al alma de tal seguridad que las astucias del enemigo no penetran dentro, la humildad pone a salvo todas las gracias celestiales, tanto, que donde veo la humildad hago correr abundantemente cualquier clase de favores celestiales. Por eso no quieras inquietarte por esto, sino con ojo simple mira siempre en tu interior si estás investida por la bella humildad, y de todo lo demás no te preocupes.”

Después me ha hecho ver muchas personas religiosas, y entre ellas, sacerdotes, también de santa vida, pero por cuan buenos fueran, no había en

ellos ese espíritu de simplicidad para creer en las tantas gracias y en los tantos diversos modos que el Señor tiene con las almas. Y Jesús me ha dicho:

“Yo me comunico a los humildes y a los sencillos porque pronto creen en mis gracias y las tienen en gran estima, aunque sean ignorantes y pobres; pero con estos otros que tú ves Yo soy muy reacio, porque el primer paso que acerca el alma a Mí, es el creer; entonces sucede que estos, con toda su ciencia, doctrina y hasta santidad, no prueban nunca un rayo de luz celestial, esto es, caminan por el camino natural y jamás llegan a tocar ni siquiera por un momento lo que es sobrenatural. Esta es también la causa de por qué en el curso de mi Vida mortal no hubo ni siquiera un docto, un sacerdote, un poderoso en mi seguimiento, sino todos ignorantes y de baja condición, porque mientras más humildes y simples, son también más fáciles a hacer grandes sacrificios por Mí.”

+ + + +

Mayo 23, 1899

Jesús bromea y habla del verdadero desapego.

Esta vez mi adorable Jesús quería jugar un poco; venía, hacía ver que me quería escuchar, pero mientras me ponía a hablar, como un rayo desaparecía. ¡Oh Dios, qué pena! Mientras mi corazón nadaba en esta pena amarguísima de la lejanía de Jesús y estaba casi un poco inquieto, Jesús ha regresado de nuevo diciéndome:

“¿Qué hay, qué hay? ¡Más tranquila, más calmada! Di, di, ¿qué quieres?”

Pero en el momento de responderle ha desaparecido. Yo hacía cuanto podía para calmarme, pero qué, después de algún tiempo mi corazón volvió a no saber darse paz sin su único y solo consuelo y quizá más que antes. Jesús volviendo de nuevo me ha dicho:

“Hija mía, la dulzura tiene la virtud de hacer cambiar la naturaleza a las cosas, sabe convertir lo amargo en dulce, por eso, más dulce, más dulce.”

Pero no me dio tiempo de decir una sola palabra. Así he pasado esta mañana.

Después de esto me he sentido fuera de mí misma junto con Jesús. Había muchas personas, quien ambicionaba las riquezas, quien el honor, quien la gloria y quien hasta la santidad, y tantas otras cosas, pero no por

Dios, sino para ser tomadas en cuenta como algo grande por las demás criaturas. Jesús dirigiéndose a ellas, moviendo la cabeza les dijo:

“Qué tontos sois, os estáis formando la red para enredaros.”

Después, dirigiéndose a mí me ha dicho:

“Hija mía, por eso la primera cosa que tanto recomiendo es el desapego de todas las cosas y hasta de sí mismo, y cuando el alma se ha despegado de todo, no tiene necesidad de hacerse fuerza para estar lejos de todas las cosas de la tierra, que por ellas mismas se ponen a su alrededor, pero viendo que no son tomadas en cuenta, más bien despreciadas, dándole un adiós se despiden para no darle más molestia.”

+ + + +

Mayo 26, 1899

Luisa ve su propia nada. Jesús le enseña acerca del desprecio de uno mismo.

Esta mañana me encontraba en un aniquilamiento tal de mí misma, hasta sentirme odiosa y fastidiada, me parecía ser la más abominable que se pudiera encontrar; me veía como un pequeño gusano que se movía y se movía pero siempre quedaba allí, en el fango, sin poder dar un paso. ¡Oh Dios, qué miseria humana! No obstante después de tantas gracias que me has dado, soy tan mala todavía. Y mi buen Jesús, siempre benigno con esta miserable pecadora, ha venido y me ha dicho:

“El desprecio de ti misma sólo es loable cuando está bien investido por el espíritu de Fe, pero cuando no está investido por el espíritu de Fe, en vez de hacerte bien te podrá dañar, porque viéndote tal y como tú eres, que no puedes hacer nada de bien, desconfiarás, permanecerás abatida, sin animarte a dar un paso en el camino del bien, pero apoyándote en Mí, esto es, invistiéndote del espíritu de Fe, vendrás a conocer y a despreciarte a ti, y al mismo tiempo a conocerme a Mí, confiando del todo en poder obrar todo con mi ayuda; y he aquí que haciendo de esta manera caminarás según la verdad.”

Cuánto bien hizo a mi alma este hablar de Jesús, he comprendido que debo entrar en mi nada y conocer quién soy yo, pero no debo detenerme ahí, sino que en seguida, después de haberme conocido a mí misma, debo volar al mar inmenso de Dios y ahí detenerme a tomar todas las gracias que se necesitan para mi alma, de otra manera la naturaleza queda debilitada y el demonio buscará medios para arrojarla en la desconfianza.

Sea siempre bendito el Señor y siempre sea todo para gloria suya.

+ + + +

Mayo 31, 1899

Jesús se lamenta del confesor.

Esta mañana, estando en mi habitual estado, mi adorable Jesús ha venido, y al mismo tiempo vi al confesor. Jesús se mostraba un poco disgustado con él, porque parecía que el confesor quería que todos aprobasen que lo mío era obra de Dios, y casi quería convencer a otros sacerdotes con manifestarles algunas cosas de mi interior. Jesús se ha vuelto al confesor y le ha dicho:

“Esto es imposible, hasta Yo tuve contrarios, y esto en personas de las más notables y también sacerdotes y otras dignidades, tuvieron que decir sobre mis santas obras, hasta tacharme de endemoniado. Estas oposiciones, aun por personas religiosas, Yo las permito para hacer que a su tiempo pueda relucir más la verdad. Que quieras hacerte aconsejar por dos o tres sacerdotes de los más buenos y santos y aun doctos, para tener luz y hasta para hacer lo que quiero Yo en las cosas que se deben hacer, como es el consejo de los buenos y la oración, esto Yo lo permito, pero el resto no, no, sería querer hacer un derroche de mis obras y ponerlas en burla, lo que mucho me disgusta.”

Después me dijo a mí: “Lo que quiero de ti es un obrar recto y simple, que del pro y del contra de las criaturas no te preocupes, déjalas pensar como quieran, sin tomarte el más mínimo fastidio, pues el querer que todos sean favorables es un querer desviarse de la imitación de mi Vida.”

+ + + +

Junio 2, 1899

Acerca del conocimiento de nosotros mismos.

Esta mañana mi dulcísimo Jesús quiso hacerme tocar con mis propias manos mi nada. En el momento en que se hizo ver, las primeras palabras que me ha dirigido han sido:

“¿Quién soy Yo, y quién eres tú?”

En estas dos palabras vi dos luces inmensas: En una comprendía a Dios, en la otra veía mi miseria, mi nada. Me veía ser no otra cosa que una sombra, como aquel reflejo que hace el sol al iluminar la tierra, que depende del sol, y que pasando a otros puntos el reflejo termina de existir. Así mi sombra, esto es, mi ser, depende del místico Sol Dios, y que en un simple

instante puede deshacer esta sombra. ¿Qué decir además de cómo he deformado esta sombra que el Señor me ha dado, no siendo ni siquiera mía? Da horror pensarlo, maloliente, putrefacta, toda agusanada, y sin embargo en este estado tan horrendo estaba obligada a estar delante de un Dios tan santo, ¡oh, cómo habría estado contenta si me fuera dado esconderme en los más oscuros abismos!

Después de esto Jesús me ha dicho: “El favor más grande que puedo hacer a un alma es el hacerse conocer a sí misma. El conocimiento de sí y el conocimiento de Dios van de la mano, por cuanto te conozcas a ti misma otro tanto conocerás a Dios. El alma que se ha conocido a sí, viendo que por sí misma no puede obrar nada de bien, esta sombra de su ser la transforma en Dios y de esto sucede que en Dios hace todas sus operaciones. Sucede que el alma está en Dios y camina junto a Él, sin mirar, sin investigar, sin hablar; en una palabra, como muerta, porque conociendo a fondo su nada no se atreve a hacer nada por sí misma, sino que ciegamente sigue las operaciones del Verbo.”

A mí me parece que al alma que se conoce a sí misma le sucede como a esas personas que van en un transporte, que mientras pasan de un lugar a otro sin dar un paso por ellas mismas, hacen largos viajes, pero todo esto en virtud del transporte que las lleva. Así el alma, metiéndose en Dios, como las personas en el transporte, hace sublimes vuelos en el camino de la perfección, pero conociendo plenamente que no ella, sino en virtud de aquel Dios bendito que la lleva en Sí mismo. ¡Oh! cómo el Señor favorece, enriquece, concede las gracias más grandes al alma que sabiendo que no a sí misma, sino todo a Él atribuye. ¡Oh, alma que te conoces a ti misma, como eres afortunada!

+ + + +

Junio 3, 1899

Jesús vierte sus amarguras en Luisa.

Esta mañana me encontraba en un mar de aflicción porque Jesús no había venido aún, sentía tal pena, que me sentía arrancar el corazón. Cuando ha venido el confesor para llamarme a la obediencia porque debía celebrar la santa misa, y Jesús sin hacerse ver, ni siquiera una sombra como es su costumbre, que cuando no viene se hace ver una mano o un brazo, especialmente cuando es día de recibir la comunión, como esta mañana, Él mismo viene, me purifica, me prepara para recibirlo a Él mismo sacramentalmente. Y decía entre mí: “Esposo santo, Jesús amable, ¿por qué

no vienes Tú mismo a prepararme? ¿Cómo podré recibirte?” Mientras tanto el tiempo ha llegado, el confesor ha venido y Jesús sin venir. ¡Qué pena desgarradora, cuántas lágrimas amargas!

El confesor me ha dicho: “Lo verás en la comunión y le preguntarás por obediencia el por qué no viene y qué cosa quiere de ti.”

Después de la comunión he visto a mi buen Jesús, siempre benigno con esta miserable pecadora; me ha transportado fuera de mí misma y yo lo tenía en brazos, era como niño, todo afligido. Yo, rápidamente he comenzado a decirle: “Niñito mío, único y solo Bien mío, ¿cómo es que no vienes? ¿En qué te he ofendido? ¿Qué cosa quieres de mí que me haces llorar tanto?” Pero en el acto de decir esto, era tanta la pena, que con todo y que lo tenía entre mis brazos continuaba llorando. Pero aun antes de que terminara de decir la última palabra, Jesús acercando su boca a la mía ha vertido sus amarguras, sin responderme una sola palabra. Cuando terminaba de verter yo comenzaba de nuevo a decir, pero Jesús sin ponerme atención se ponía de nuevo a verter en mí. Después de esto, sin responderme nada de lo que yo quería me ha dicho:

“Hazme verter en ti, de otra manera, así como he destruido con el granizo otros lugares, así destruiré los vuestros, por eso hazme verter y no pienses en otra cosa.”

Así, sin decirme otra cosa ha terminado.

+ + + +

Junio 5, 1899

Luisa reza junto con Jesús.

Continúa aún el estado de aniquilamiento, pero hasta tal punto que no osaba decir una palabra a mi amado Jesús. Pero esta mañana, Jesús teniendo compasión de mi miserable estado, Él mismo ha querido aliviarme y he aquí como: Mientras se hizo ver y yo me sentía toda aniquilada y avergonzada delante de Él, Jesús se ha acercado a mí, pero tan estrechamente que me parecía que Él estuviese en mí y yo en Él, y me ha dicho:

“Hija mía amada ¿qué tienes que estás tan afligida? Dime todo, que te contentaré y remediaré todo.”

Pero como continuaba viéndome a mí misma, como dije el día anterior, entonces viéndome tan mala, ni siquiera he osado decirle nada, pero Jesús replicó: “Pronto, pronto, dime que quieres, no tardes.”

Viéndome casi obligada y rompiendo en abundante llanto le he dicho: “Jesús santo, como quieres que no esté afligida, después de tantas gracias no

debía ser tan mala, a veces aun las obras buenas que busco hacer, en las mismas oraciones, mezclo tantos defectos e imperfecciones que yo misma siento horror. ¿Qué será ante Ti que eres tan perfecto y santo? Y además, el escasísimo sufrir en comparación con el de antes, tu gran tardanza en venir, todo me dice claramente que mis pecados, mis grandes ingratitudes son la causa, y que Tú enojado conmigo me niegas también el pan cotidiano que Tú concedes a todos generalmente, como es la cruz, así que después terminarás con abandonarme del todo. ¿Se puede dar tal vez mayor aflicción que esta?” Jesús, compadeciéndome toda, me ha estrechado a su corazón y me ha dicho:

“No temas, esta mañana haremos las cosas juntos, así Yo supliré a las tuyas.”

Entonces me pareció que Jesús contenía una fuente de agua y otra de sangre en su pecho, y en esas dos fuentes ha sumergido mi alma, primero en el agua y después en la sangre. ¿Quién puede decir cómo ha quedado purificada y embellecida mi alma? Después nos hemos puesto a rezar juntos recitando tres ‘Gloria Patri’ y esto me ha dicho que lo hacía para suplir a mis oraciones y adoraciones a la Majestad de Dios. ¡Oh, cómo era bello y conmovedor rezar junto con Jesús! Después de esto Jesús me ha dicho:

“No te aflija el no sufrir, ¿quieres tú anticipar la hora designada por Mí? Mi obrar no es apresurado, sino todo a su tiempo, cumpliremos cada cosa a su debido tiempo.”

Después, por un hecho todo providencial, inesperadamente, habiendo salido el Viático de la iglesia para ir a otros enfermos, recibí también yo la comunión. ¿Quién puede decir todo lo que ha pasado entre Jesús y yo, los besos, las caricias que Jesús me hacía? Es imposible poder decirlo todo. Me parecía que después de la comunión veía la sagrada partícula, y ahora veía en la partícula la boca de Jesús, ahora los ojos, ahora una mano y después se hizo ver todo Él. Me ha transportado fuera de mí misma y ahora me encontraba en la bóveda de los cielos y ahora me encontraba sobre la tierra, en medio de los hombres, pero siempre junto con Jesús. Él de vez en cuando iba repitiendo:

“¡Oh, cómo eres bella amada mía, si tú supieras cuánto te amo! Y tú, ¿cuánto me amas?”

Al oír que me decía estas palabras sentí tal confusión que me sentía morir, pero con todo esto he tenido el valor de decirle: “Jesús mío, hermoso, sí, te amo mucho, y Tú si verdaderamente me amas tanto, dime también: ¿Tú me perdonas por todo el mal que he hecho? Y también concédeme el sufrir.”

Y Jesús: “Sí que te perdono y quiero contentarte con derramar en abundancia mis amarguras en ti.”

Así Jesús ha vertido sus amarguras. Me parecía que tuviese una fuente de amarguras en su corazón, recibidas por las ofensas de los hombres, y la mayor parte la derramaba en mí. Después Jesús me ha dicho:

“Dime ¿qué otra cosa quieres?”

Y yo: “Jesús santo, te encomiendo a mi confesor, házmelo santo y dale también la salud del cuerpo, y además, ¿es Voluntad tuya que venga este sacerdote?”

Y Jesús: “Sí.”

Y yo: “Si fuera tu Voluntad lo harías estar bien.”

Y Él: “Estate quieta, no quieras investigar demasiado mis juicios.”

Y en ese mismo instante me hacía ver el mejoramiento de la salud del cuerpo y la santidad del alma del confesor, y ha agregado:

“Tú quieres ser apresurada, pero Yo hago todo a su tiempo.”

Después le encomendé las personas que me pertenecen y pedí por los pecadores diciendo a Jesús: “¡Oh, cuánto deseo que mi cuerpo se redujera en pequeñísimos pedazos, con tal que los pecadores se convirtiesen!” Y besé la frente, los ojos, el rostro, la boca de Jesús, haciendo varias adoraciones y reparaciones por las ofensas que le hacían los pecadores. ¡Oh, cómo estaba contento Jesús y yo también! Después, haciéndome prometer por Jesús que no me volvería a dejar, he regresado en mí misma y así ha terminado.

+ + + +

Junio 8, 1899

**Luisa pide la conversión de todos, Jesús
le hace ver que casi nadie quiere salvarse.
Jesús se endulza tomando leche de sus pechos.**

Mi adorable Jesús continúa haciéndose ver todo benignidad y dulzura. Esta mañana mientras me encontraba junto con Él, de nuevo me ha repetido: “Dime, ¿qué quieres?” Y yo en seguida le dije: “Querido Jesús mío, lo que en verdad quisiera es que todo el mundo se convirtiera.” (Qué petición tan disparatada) Pero aun así mi amante Jesús me ha dicho:

“Te contentaría con tal que todos tuvieran la buena voluntad de salvarse, sin embargo para hacerte ver que de buena gana consentiría a todo lo que has dicho, vayamos juntos en medio del mundo, y todos aquellos que

encontremos con la buena voluntad de salvarse, por cuan malos sean Yo te los daré.”

Así hemos salido en medio de las gentes para ver quién tenía la buena voluntad de salvarse, y con sumo disgusto nuestro encontramos un número tan escaso, que da pena el sólo pensarlo. Y entre este escasísimo número estaba mi confesor y la mayor parte de los sacerdotes y parte de las almas devotas, pero no todos de Corato. Después me ha hecho ver las varias ofensas que recibía; yo le he pedido que me hiciera partícipe de sus sufrimientos, y Jesús ha vertido de su boca en la mía sus amarguras. Después de esto me ha dicho:

“Hija mía, siento la boca demasiado amargada, anda, ¡ah! te pido que la endulces.”

Yo le he dicho: “Con gusto te daría todo, pero no tengo nada, dime Tú mismo qué cosa te podría dar.” Y Él me ha dicho:

“Hazme chupar la leche de tus pechos, y así podrás endulzarme.”

Y en el mismo instante de decirlo se ha acurrucado entre mis brazos y se puso a chupar. Mientras esto hacía me ha venido un temor, que no fuese el niño Jesús sino el demonio, por eso puse mi mano sobre su frente y le hice la señal de la cruz: ‘Per signum Crucis.’ Y Jesús me miró todo festivo, y en el acto mismo de chupar sonreía, y con aquellos ojos vivaces parecía que me decía: “No soy demonio, no soy demonio.”

Después, cuando parecía que se había saciado, se puso de pie en mis brazos y me besaba toda. Ahora, sintiéndome también yo la boca amarga por las amarguras que había vertido en mí, me sentía venir las ganas de chupar los pechos de Jesús, pero no me atrevía; entonces Jesús me ha invitado a hacerlo y así he tomado valor y me he puesto a chupar, ¡oh, qué dulzura de paraíso venía de aquel pecho santo! ¿Pero quién puede decirlo? Entonces me encontré en mí misma toda inundada de dulzuras y de contentos.

Ahora explico que cuando Jesús chupa de mis pechos, el cuerpo no participa para nada, pues es cuando me encuentro fuera de mí misma, parece que la cosa sucede sólo entre el alma y Jesús, y Él cuando quiere hacer esto es siempre como niño. Es tan cierto que es sólo el alma y no el cuerpo, que cuando sucede esto yo me encuentro siempre, o en la bóveda del cielo, o bien girando por otros puntos de la tierra. Ahora, como en algunas ocasiones he dicho que regresando en mí misma sentía un dolor en aquella parte en que el niño Jesús había chupado, es porque al chupar, a veces parecía que lo hacía un poco fuerte, tanto, que parecía que con aquellas chupadas quería jalar el corazón de dentro del pecho, por eso sentía

sensiblemente un dolor, y el alma regresando en mí misma lo participaba al cuerpo.

Esto, además, sucede también en las otras cosas, como por ejemplo cuando el Señor me transporta fuera de mí misma y me hace partícipe de la crucifixión. Jesús mismo me extiende sobre la cruz, me traspasa las manos y los pies con los clavos y siento un dolor tal que me siento morir, después, encontrándome en mí misma, los siento muy bien en el cuerpo, tan es verdad que no puedo mover los dedos, los brazos, y así de los demás sufrimientos de los que el Señor me hace partícipe; si tuviera que decir todo me alargaría demasiado.

Recuerdo también que mientras Jesús hacía esto de chupar mis pechos, en ellos ponía la boca, pero del corazón era de donde me sentía salir aquella cosa que chupaba, tanto, que mientras esto hacía, a veces me sentía arrancar el corazón del pecho y algunas veces sintiendo vivísimo dolor le decía: “Querido mío, de veras que eres demasiado impertinente, hazlo más quedo pues me duele mucho.” Y Él se reía.

Así también cuando me encuentro yo chupando a Jesús, es de su corazón que saco esa leche, o bien sangre, tanto que para mí es lo mismo chupar de su pecho que si bebo de su costado. Agregó también otra cosa, que el Señor de vez en cuando se digna verter de la boca una leche dulcísima, o bien me hace beber de su costado su preciosísima sangre, y cuando hace esto de querer chupar de mí, no chupa otra cosa que aquello mismo que Él me ha dado, porque yo no tengo nada para endulzarlo, sino mucho para amargarlo. Tan es verdad, que a veces en el momento mismo que Él chupaba de mí, yo chupaba de Él y advertía claramente que lo que salía de mí no era otra cosa sino lo mismo que Él me daba. Parece que me he explicado suficientemente por cuanto he podido.

+ + + +

Junio 9, 1899

Jesús le hace ver las ofensas que recibe.

Esta mañana la he pasado muy angustiada por la vista de las tantas ofensas que hacían los hombres, especialmente por ciertas deshonestidades horribles. Cuánta pena daba a Jesús la pérdida de las almas, mucho más la de un niño recién nacido que querían matar sin administrarle el santo bautismo. A mí me parece que este pecado pesa tanto en la balanza de la divina Justicia, que es de los que más claman venganza ante Dios, no obstante muy frecuentemente se renuevan estas escenas dolorosas. Mi

dulcísimo Jesús estaba tan afligido que daba piedad. Viéndolo en tal estado no me atreví a decirle nada y Jesús sólo me ha dicho:

“Hija mía, une tus sufrimientos con los míos, tus oraciones a las mías, así, delante a la majestad de Dios son más aceptables y aparecen no como cosas tuyas, sino como obras mías.”

Después ha seguido haciéndose ver otras veces, pero siempre en silencio. Sea siempre bendito el Señor.

+ + + +

Junio 11, 1899

Efectos que recibirán aquellos que se acerquen a Luisa.

Mi dulce Jesús continúa haciéndose ver poquísimas veces y casi siempre en silencio. Mi mente me la sentía toda confundida y llena de temor de perder a mi solo y único Bien y por tantas otras cosas que no es necesario decir aquí. ¡Oh Dios, qué pena! Mientras estaba en este estado, en cuanto se hizo ver, parecía que traía una luz, y de esta luz salían muchos globitos de luz y Jesús me ha dicho:

“Quita todo temor de tu corazón. Mira, te he traído este globo de luz para ponerlo entre tú y Yo y entre aquellos que se acercan a ti. A aquellos que se te acerquen con corazón recto y para hacerte el bien, estos globitos de luz que salen penetrarán en sus mentes, descenderán en sus corazones y los llenarán de gozo y de gracias celestiales y comprenderán con claridad lo que obro en ti; aquellos que vengan con otras intenciones experimentarán lo contrario, y por estos globitos de luz quedarán deslumbrados y confundidos.”

Así he quedado más tranquila. Sea todo para gloria de Dios.

+ + + +

Junio 12, 1899

Jesús mismo prepara a Luisa para recibirlo en la comunión.

Esta mañana, debiendo recibir la comunión, estaba pidiendo al buen Jesús que viniera Él mismo a prepararme antes de que viniera el confesor para celebrar la santa misa; ¿de otra manera cómo podré recibirte, siendo tan mala y estando indispueta? Mientras esto hacía, mi dulce Jesús se ha complacido en venir; en el momento mismo en que lo vi me parecía que no hacía otra cosa que saetearme con sus miradas purísimas y resplandecientes

de luz. ¿Quién puede decir lo que obraban en mí aquellas miradas penetrantes que no dejaban escapar ni siquiera la sombra de un pequeño defecto? Es imposible poderlo decir; es más, habría querido dejar todo esto en silencio, porque las operaciones internas de la Gracia difícilmente se saben exponer tal cual son con la boca, parece más bien que se desfiguran, pero la señora obediencia no quiere, y cuando es por ella se necesita cerrar los ojos y ceder sin decir nada más, de otra manera, ¡ay! por todas partes, porque siendo señora, por sí misma se hace respetar.

Entonces sigo diciendo: “En la primera mirada le he pedido a Jesús que me purificase, y así me parecía que de mi alma se sacudiera todo lo que la ensombrecía. En la segunda mirada le he pedido que me iluminara, porque ¿en qué le aprovecha a una piedra preciosa ser pura si no está resplandeciente para atraer las miradas de aquellos que la miran? La mirarán, sí, pero con ojos indiferentes. Tanto más Yo, que no sólo debía ser mirada, sino identificada con mi dulce Jesús, tenía necesidad de aquella luz que no sólo me volvía el alma resplandeciente, sino que me hacía entender la gran acción que estaba por realizar; por eso no me bastaba ser purificada, sino también iluminada; entonces Jesús en aquella mirada parecía que me penetrara, como la luz del sol penetra el cristal. Después de esto, viendo que Jesús seguía mirándome le he dicho: “Amantísimo Jesús, ya que te has complacido primero en purificarme y después en iluminarme, dignate ahora santificarme, mucho más que debiendo recibirte a Ti, que eres el santo de los santos, no es justo que yo sea tan diversa de Ti.”

Entonces Jesús, siempre benigno hacia esta miserable, se inclinó hacia mí, tomó mi alma entre sus brazos y parecía que con sus propias manos toda la retocaba. ¿Quién puede decir lo que obraban en mí aquellos toques de esas manos creadoras? Cómo mis pasiones ante aquellos toquidos se ponían en su puesto, mis deseos, inclinaciones, afectos, latidos y mis demás sentidos, santificados por aquellos toquidos divinos se cambiaban en algo totalmente diferente y unidos entre ellos, no más discordantes como antes, formaban una dulce armonía al oído de mi amado Jesús; me parecía que fueran tantos rayos de luz que herían su corazón adorable, ¡oh! cómo se recreaba Jesús y que momentos felices han sido para mí. ¡Ah! yo experimentaba la paz de los santos, para mí era un paraíso de contentos y de delicias.

Después de esto parecía que Jesús vestía a mi alma con el vestido de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad, y en el acto mismo que me vestía, Jesús me sugería el modo como debía ejercitarme en estas tres virtudes. Ahora, mientras estaba haciendo esto, Jesús, mandando otro rayo de luz me ha hecho entender mi nada, ¡ah! me parecía que fuera como un grano de arena

en medio de un vastísimo mar, cual es Dios, y este pequeño grano iba a perderse en aquel mar inmenso, pero se perdía en Dios. Después me ha transportado fuera de mí misma, llevándome entre sus brazos y me iba sugiriendo varios actos de contrición de mis pecados; recuerdo solamente que he sido un abismo de iniquidad. ¡Señor, cuántas negras ingratitudes he tenido hacia Ti!

Mientras hacía esto he mirado a Jesús y tenía la corona de espinas en la cabeza, extendí la mano y se la quité diciéndole: “Dame a mí las espinas, ¡oh! Jesús, que soy pecadora, a mí me convienen las espinas, no a Ti que eres el justo, el santo.” Así Jesús mismo la ha clavado sobre mi cabeza. Después, no sé como, desde lejos vi al confesor, en seguida le pedí a Jesús que fuera a preparar al confesor para poder recibirlo en la comunión; entonces parecía que Jesús iba con él. Después de un poco ha regresado y me ha dicho:

“Uno quiero que sea el modo de tratar entre Yo y tú y el confesor y así quiero también de él, que te mire y trate contigo como si fueras otro Yo, porque siendo tú víctima como fui Yo, no quiero diferencia alguna, y esto para hacer que todo sea purificado y que en todo resplandezca sólo mi Amor.”

Yo le he dicho: “Señor, esto parece imposible, que pueda tratar con el confesor como lo hago contigo, especialmente al ver la inestabilidad.”

Y Jesús: “Sin embargo es así, la verdadera virtud, el verdadero amor, todo hace desaparecer, todo destruye y con una maestría que encanta, en todo su obrar no hace resplandecer otra cosa que sólo Dios y todo lo mira en Dios.”

Después de esto ha venido el confesor para llamarme a la obediencia y así celebrar la santa misa, y por esto ha terminado. Entonces he escuchado la santa misa y recibí la comunión. ¿Quién puede decir la intimidad que ha habido entre Jesús y yo? Es imposible poderla manifestar, no tengo palabras para hacerme entender, por eso lo dejo en silencio.

+ + + +

Junio 14, 1899

Expectación. Jesús quiere castigar.

Esta mañana el amantísimo Jesús no venía, y en mi interior iba pensando: ¿Cómo es que no viene? ¿Qué hay de nuevo? ¡Ayer vino frecuentemente, y hoy ya es tarde y no se hace ver aún, qué dolor, cuánta paciencia se necesita con Jesús! Todo mi interior me parecía que se levantara en armas porque

querían a Jesús y me hacían una guerra que me daba penas de muerte. La voluntad, como superior a todo, buscaba poner paz con persuadir a mis sentidos, inclinaciones, deseos, afectos y a todo el resto de aquietarse, porque Jesús debía venir. Así, después de un largo penar, Jesús ha venido trayendo una taza en la mano, llena de sangre coagulada, putrefacta y pestilente y me ha dicho:

“Mira esta taza de sangre, la derramaré sobre el mundo.”

Mientras así decía, ha venido la Mamá, la Virgen Santísima, y junto con Ella mi confesor y pedían a Jesús que no lo derramara sobre el mundo, sino que me la hiciera beber; el confesor le ha dicho: “Señor, ¿en qué aprovecha tenerla como víctima si no quieres derramarla sobre de ella? Absolutamente quiero que la hagas sufrir y perdones a la gente.”

La Mamá lloraba e insistía ante Jesús, y ante el confesor para que no desistiera de rogar hasta que Jesús no se hubiera contentado con aceptar el cambio. Jesús insistía en que la quería derramar sobre todo el mundo y parecía que se enfadaba. Yo me veía toda confundida, no sabía decir nada porque era tanto el horror que se sentía al ver aquella tasa llena de sangre tan espantosa, que daba estremecimiento en toda la naturaleza, ¿qué sería el beberla? Sin embargo estaba resignada, porque si el Señor me la hubiera dado la habría aceptado. ¿Quién puede decir, además, los castigos que se contenían en aquella sangre si el Señor la derramara en el mundo? Precisamente desde este día parece que tiene preparada una granizada que hará mucho daño, y parece que debe continuar los días siguientes.

Después, Jesús parecía un poco más calmado, tanto que parecía que abrazaba al confesor porque le había rogado en aquel modo, pero sin llegar a ninguna determinación si la debe derramar sobre las gentes o no. Así ha terminado, dejándome una pena indescriptible por lo que podrá suceder.

+ + + +

Junio 16, 1899

Luisa obtiene que Jesús perdone en parte los castigos para su ciudad.

Jesús continúa haciéndose ver que quiere castigar. Yo le he rogado que vertiera en mí sus amarguras para librar a todo el mundo, y si esto no fuese posible, al menos a aquellos que me pertenecen y a mi ciudad. A esta intención parecía que se unía también la intención del confesor, así parecía que Jesús, vencido por las oraciones, ha derramado un poco de su boca, pero no aquella taza descrita antes. Este poco que ha vertido, parecía que lo hacía

para librar en algún modo a mi ciudad, pero no del todo, y a aquellos que me pertenecen.

Sin embargo esta mañana yo he sido causa de hacer afligir a Jesús, pues como después de haber vertido lo he visto más tranquilo, sin pensarlo le he dicho: “Amable Jesús mío, te pido que me liberes del fastidio que doy al confesor, de hacerlo venir todos los días. ¿Qué te cuesta a Ti el liberarme, que Tú mismo me pongas en los sufrimientos y Tú mismo me liberes? Ciertamente que no te cuesta nada y si quieres todo puedes.” Mientras esto le decía, Jesús ponía un rostro tan afligido, que esa aflicción me la sentía penetrar hasta en lo íntimo de mi corazón y sin decirme palabra ha desaparecido. Cómo he quedado mortificada al pensar especialmente que no vendría más, lo sabe sólo el Señor, pero poco después ha regresado, pero con mayor aflicción, trayendo un rostro todo hinchado y lleno de sangre, porque en ese momento le habían hecho aquellas ofensas; Jesús, todo triste ha dicho:

“¿Ves lo que me han hecho, cómo dices que no quieres que castigue a las criaturas? Los castigos son necesarios para humillarlas y no dejarlas enorgullecerse más.”

+ + + +

Junio 17, 1899

Contiende con Jesús y lo convence de no dormir.

Continúa siempre lo mismo, pero especialmente esta mañana he estado conteniendo con mi amado Jesús. Él que quería continuar mandando el granizo como ha hecho en días pasados, y yo que no quería; cuando en lo mejor de esta contienda, parecía que se preparaba un temporal y daba ordenes a los demonios que destruyeran con el flagelo del granizo varios lugares. En ese momento veía que de lejos me llamaba el confesor dándome la obediencia de que fuera a poner en fuga a los demonios para no dejarlos hacer nada. Mientras he salido para ir, Jesús vino a mi encuentro haciéndome volver atrás y yo le he dicho: “Señor bendito, no puedo, porque es la obediencia la que me ha mandado y Tú sabes que yo y Tú debemos ceder ante esta virtud, sin podernos oponer.”

Entonces Jesús: “Bien, lo haré Yo por ti.”

Y así ha ordenado a los demonios que se fueran a lugares más lejanos y que por ahora no tocan las tierras pertenecientes a nuestra ciudad.

Después me dijo a mí: “Volvamos.”

Así hemos regresado, yo a la cama y Jesús junto a mí. Apenas hemos llegado Jesús quería reposar, diciendo que estaba muy cansado, yo lo he detenido diciéndole: “¿Quién sabe que es este sueño que quieres hacer? Y además, qué bonita obediencia me has hecho hacer porque quieres dormir. ¿Esto es lo mucho que me quieres, y que quieres contentarme en todo? ¿Quieres dormir? Duerme pues, basta que me des tu palabra que no harás nada.” Entonces, disgustándose por mi descontento me ha dicho:

“Hija mía, no obstante quisiera contentarte, hagamos así: Salgamos juntos de nuevo entre la gente, y a aquellos que veamos que es necesario castigar por sus tantas acciones infames, y que quizá al menos bajo el flagelo se arrepentirán, al que tú quieras de ellos y a aquellos que es menos necesario castigar y que tú no quieras que los castigue, Yo los libraré.”

Y yo: “Señor, gracias te doy por tu suma bondad al quererme contentar, pero con todo y esto no puedo hacer lo que me dices, no siento la fuerza de poner mi voluntad para castigar a ninguna de tus criaturas, y además, ¿qué tormento será para mi pobre corazón cuando oiga que tal persona o aquella otra ha sido castigada y que yo puse mi voluntad? Jamás sea, jamás sea, ¡oh Señor!”

Después ha venido el confesor para llamarme en mí misma y así ha terminado.

+ + + +

Junio 19, 1899

Quien se hace desaparecer jamás comete pecados.

Habiendo pasado ayer una jornada de purgatorio por la privación casi total de mi sumo Bien, y por las tantas tentaciones que me ponía el demonio, me parecía que cometía muchos pecados. ¡Oh Dios, qué pena el ofender a Dios!

Esta mañana, en cuanto vi a Jesús, rápidamente le he dicho: “Jesús bueno, perdóname los tantos pecados que hice ayer.” Y quería decirle todo el mal que sentía que había hecho. Él, interrumpiéndome me ha dicho:

“Si te haces desaparecer a ti misma, no cometerás pecados jamás.”

Yo quería seguir hablando, pero Jesús haciéndome ver muchas almas devotas y mostrándome que no quería oír lo que le quería decir, ha continuado diciendo:

“Lo que más me disgusta de estas almas es la inestabilidad en hacer el bien, basta una pequeña cosa, un disgusto, aun un defecto, mientras que es entonces el tiempo más necesario para estrecharse más a Mí; éstas en

cambio se irritan, se molestan y dejan a medias el bien comenzado. Cuántas veces les he preparado gracias para dárselas, pero viéndolas tan inestables, he sido obligado a retenerlas.”

Después, conociendo que no quería saber nada de lo que quería decirle y viendo que mi confesor estaba un poco mal en el cuerpo, he rogado largamente por él, y le hacía a Jesús varias preguntas que no es necesario decir aquí. Y Jesús, benignamente me ha respondido a todo y así ha terminado.

+ + + +

Junio 20, 1899

Cómo todo está en el amor.

Continúa casi siempre lo mismo. Esta mañana, parece que Jesús ha querido aliviarme un poco, después de que por algún tiempo he ido en busca de Él. De lejos vi a un niño y como rayo que cae del cielo acudí, en cuanto llegué lo he tomado entre mis brazos y viniéndome una duda de que no fuera Jesús le he dicho:

“Tesorito mío querido, dime, ¿quién eres?”

Y Él: “Yo soy tu querido y amado Jesús.”

Y yo a Él: “Niñito mío hermoso, te pido que tomes mi corazón y lo lleves contigo al paraíso, pues junto con el corazón se irá mi alma.”

Parecía que Jesús tomase mi corazón y lo unía de tal manera al suyo, que se hacían uno solo. Después se ha abierto el Cielo, pareciendo que se preparaba a una fiesta grandísima; en el mismo momento descendió del Cielo un joven de hermoso aspecto, todo centelleante de fuego y llamas. Jesús me ha dicho:

“Mañana es la fiesta de mi querido Luis, debo asistir.”

Y yo: “Entonces a mí me dejas sola, ¿cómo haré?”

Y Él: “También tú vendrás, mira cómo es bello Luis, pero lo que fue más en él, que lo distinguió en la tierra, era el amor con el cual obraba, todo era amor en él, el amor le ocupaba el interior, el amor lo circundaba en el exterior, así que también el respiro se podía decir que era amor, por eso de él se dice que no sufrió jamás distracción, porque el amor lo inundaba por todas partes y por este amor será inundado eternamente, como tú ves.”

Y así parecía que era tan grandísimo el amor de San Luis, que podía incinerar a todo el mundo. Después Jesús ha agregado:

“Yo paseo sobre los montes más altos y en ellos formo mi delicia.”

Yo no entendí el significado, y ha continuado diciendo:

“Los montes más altos son los santos que más me han amado, y Yo hago de ellos mi delicia cuando están sobre la tierra y cuando pasan al Cielo, así que el todo está en el amor.”

Después de esto pedí a Jesús que me bendijera y a aquellos que en ese momento veía, y Él dando la bendición ha desaparecido.

+ + + +

Junio 21, 1899

Temores. Jesús le promete no dejarla jamás.

Como Jesús no venía, estaba pensando entre mí: “Quién sabe, a lo mejor Jesús no viene más y me deja abandonada.” Y no decía otra cosa que: “¡Ven mi amado, ven!” De improviso ha venido y me ha dicho:

“No te dejaré, jamás te abandonaré; también tú, ven, ven a Mí.”

Yo en seguida he corrido para meterme en sus brazos, y mientras estaba así Jesús ha vuelto a decir:

“No sólo no te dejaré a ti, sino que por amor tuyo no dejaré Corato.”

Después, casi sin darme cuenta, en un instante desapareció y yo quedé deseándolo más que antes e iba diciendo: “¿Qué me has hecho? ¿Cómo tan pronto te has ido sin ni siquiera decirme adiós?”

Mientras desahogaba mi pena, la imagen del Niño Jesús que tengo cerca de mí parecía que se hacía viva y de vez en cuando sacaba la cabeza de la cubierta de cristal para ver que cosa hacía yo, cuando veía que me daba cuenta, en seguida se metía. Yo le he dicho: “Se ve que eres demasiado impertinente y que quieres portarte como niño, yo me siento enloquecer por la pena de que no vienes y Tú te pones a jugar, bueno pues, juega y bromea también, que yo tendré paciencia.”

+ + + +

Junio 22, 1899

Jesús juega y le hace bromas.

Esta mañana mi dulce Jesús quería continuar entreteniéndose y queriendo bromear, venía, me ponía sus manos en la cara como si quisiera hacerme una caricia, pero en el momento de hacerla desaparecía, de nuevo venía, extendía sus brazos hacia mi cuello en acto de quererme abrazar, pero mientras extendía los míos para abrazarlo, me huía como un relámpago, sin

poderlo encontrar, ¿quién puede decir las penas de mi corazón? Mientras mi pobre corazón nadaba en este mar de dolor inmenso, hasta sentirme desfallecer, ha venido la Mamá Reina trayéndolo como niño entre sus brazos y así nos hemos abrazado los tres juntos, la Mamá, el Hijo y yo, entonces tuve tiempo de decirle: “Señor mío Jesús, me parece que has retirado tu Gracia de mí.”

Y Él: “¡Tonta, tontita que eres! ¿Cómo dices que te he retirado mi Gracia mientras estoy en ti? ¿Y qué cosa es mi Gracia sino Yo mismo?”

He quedado más confundida que antes viendo que no sabía hablar y que en aquellas dos palabras que había dicho, no había dicho otra cosa que desatinos. Después la Reina Madre ha desaparecido y Jesús parecía que se encerraba dentro de mi interior y ahí se quedaba.

Hoy, después de la meditación, se hacía ver que dormía dentro de mí, yo lo estaba mirando, deleitándome en su bello rostro pero sin despertarlo, contenta de verlo al menos, cuando en un instante ha venido de nuevo la bella Mamá Reina, lo ha tomado de dentro de mi corazón, moviéndolo todo de prisa para despertarlo, después de despertarlo lo ha puesto de nuevo en mis brazos diciéndome: “Hija mía, no lo dejes dormir, porque si duerme vas a ver lo que sucederá.” Era un temporal lo que se preparaba. Así el niño, medio durmiendo, ha puesto sus manitas en mi cuello y estrechándome me ha dicho:

“Mamá mía, mamá mía, déjame dormir.”

Y yo: Niño, niño mío bello, no soy yo quien no quiere dejarte dormir, es nuestra Señora Mamá la que no quiere, y yo te pido que la contentes; ciertamente que nada se le niega a la Mamá, y sobre todo a esa Mamá.

Después de haberlo tenido despierto unos momentos ha desaparecido y así ha terminado.

+ + + +

Junio 23, 1899

Ve al confesor junto con Jesús y pide por él.

Habiendo escuchado la santa misa y recibido la comunión, mi amante Jesús se hacía ver desde dentro de mi corazón, después me he sentido salir fuera de mí misma, pero sin Jesús. He visto a mi confesor, y como él me había dicho que después de la comunión vendría Nuestro Señor y que le pidiera por él, entonces en cuanto lo vi le dije: “Padre, usted me dijo que Jesús debía venir y no ha venido.” Y él me ha dicho:

“Porque no lo sabes encontrar, por eso dices que no ha venido, mira bien, pues está en tu interior.”

Miré en mí y vi los pies de Jesús que salían de mi interior, en seguida los tomé con la mano y saqué a Jesús, lo abracé y viéndolo con la corona de espinas en la cabeza se la quité y se la di en la mano al confesor diciéndole que la clavara en mi cabeza y así lo hizo, pero qué, por cuanto fuerza hacía no lograba hacer penetrar ni una sola espina; yo le he dicho: “Más fuerte, no tema que yo vaya a sufrir mucho, porque como usted ve está Jesús que me da la fuerza.” Pero por más que intentaba, todo resultaba inútil; entonces me ha dicho: “No está en mis fuerzas el poder hacer esto, porque siendo hueso lo que deben penetrar estas espinas, yo no las tengo.” Entonces me he dirigido a mi dulce Jesús diciendo: “Tú ves que el padre no sabe ponerla, introdúcela un poco Tú mismo.” Y Jesús extendió sus manos y en un instante ha hecho penetrar en mi cabeza todas aquellas espinas, con inexpresable dolor y contento.

Después de esto, junto con el confesor hemos pedido a Jesús que derramara sus amarguras en mí para librar a las gentes de tantos flagelos que está mandado sobre ellas, como hoy, que estaba preparada una granizada un poco lejos de nosotros; entonces el Señor para condescender a nuestras oraciones, ha derramado un poco.

Además de esto, como seguía viendo al confesor, he comenzado a rogar a Jesús por él diciéndole: “Mi buen y amado Jesús, te pido que concedas la gracia a mi confesor de hacerlo todo tuyo, según tu corazón, y al mismo tiempo dale la salud corporal. Tú has visto como ha cooperado junto conmigo a aliviarte, tanto la cabeza de las espinas como en hacerte verter tus amarguras, y si no ha tenido éxito en clavarme las espinas en la cabeza, no ha sido por no aliviarte, ni por su voluntad, sino porque no tenía la fuerza; por eso, también por esto me debes escuchar; así que dime, oh mi solo y único Bien, ¿lo harás estar bien tanto en el alma como en el cuerpo?”

Pero Jesús me oía y no me respondía, y yo más me esmeraba en rogarle diciendo: “Esta mañana no te dejaré ni dejaré de rogar si no me das tu palabra de que me oirás favorablemente en lo que te pido para él.”

Pero Jesús no decía una palabra. De repente nos encontramos rodeados de personas, estas parecía que se sentaban alrededor de una mesa, comiendo, y en ella también estaba mi porción, y Jesús me ha dicho:

“Hija mía, tengo hambre.”

Y yo: “Mi porción te la doy, ¿no estás contento?”

Y Jesús: “Sí, pero no quiero que vean que estoy aquí.”

Y yo: “Está bien, haré ver que la tomo para mí, y sin que se den cuenta te lo daré.” Y así lo hemos hecho.

Poco después, Jesús poniéndose de pie y acercando sus labios a mi cara ha comenzado a hacer un ruido con su boca, como un sonido de trompeta. Todas aquellas gentes palidecían y temblaban, diciendo entre ellas: “¿Qué pasa, qué pasa? ¡Ahora moriremos!”

Yo le he dicho: “Señor mío Jesús, ¿qué haces? Cómo, hasta ahora no querías ser visto y luego te pones a hacer ruido, estate quieto, estate quieto, no hagas que la gente tenga miedo, ¿no ves cómo todos se espantan?”

Y Jesús: “Ahora es nada, ¿qué será cuando de repente haga sonar más fuerte? Será tal el temor del que serán presa, que muchos y muchos dejarán la vida.”

Y yo: “Adorable Jesús mío, ¿qué dices? Siempre en eso, que quieres hacer justicia, pero no, misericordia, misericordia te pido para tu pueblo.”

Después, tomando su aspecto dulce y benigno, y volviendo a ver al confesor, he comenzado de nuevo a importunarlo y Jesús me ha dicho:

“Haré con tu confesor como con aquel árbol injertado, que no se reconoce más el árbol viejo, tanto en el alma como en el cuerpo, y en prenda de esto te he dado a ti en sus manos como víctima, para que se sirva de ello.”

+ + + +

Junio 25, 1899

Continúa en lo mismo y Jesús habla de la Fe.

Esta mañana Jesús continúa haciéndose ver de vez en cuando, participándome un poco de sus sufrimientos y a veces veía al confesor con Él, y como él me había dicho que rezara por ciertas necesidades tuyas, viéndolo junto con Nuestro Señor he comenzado a rogar a Jesús que le concediera lo que él quería. Mientras yo le rogaba, Jesús, todo bondad se dirigió al confesor y le ha dicho:

“Quiero que la Fe te inunde por todas partes, como aquellas barcas que son inundadas por las aguas del mar, y como la Fe soy Yo mismo, siendo inundado por Mí, que todo poseo, puedo y doy libremente a quien en Mí confía, sin que tú pienses en lo que vendrá y al cuando y el como y que harás, Yo mismo, según tus necesidades me prestaré a socorrerte.”

Después ha agregado: “Si te ejercitas en esta Fe, casi nadando en ella, en recompensa te infundiré en el corazón tres gozos espirituales: El primero es que penetrarás las cosas de Dios con claridad y al hacer cosas santas te sentirás inundado por una alegría, por un gozo tal, que te sentirás como empapado, y esto es la unción de mi Gracia.

El segundo es un fastidio de las cosas terrenas y sentirás en tu corazón alegría por las cosas celestiales.

El tercero es un desapego total de todo, y en donde antes sentías inclinación, sentirás un fastidio, como desde hace tiempo lo estoy infundiendo en tu corazón, y tú ya lo estás experimentando. Y por esto tu corazón será inundado por la alegría que gozan las almas totalmente desapegadas, que tienen su corazón tan inundado de mi Amor, que de las cosas que las rodean externamente no reciben ninguna impresión.”

+ + + +

Julio 4, 1899

Jesús habla de la Mamá Celestial. Las turbaciones.

Esta mañana, habiéndome renovado Jesús las penas de la crucifixión se encontraba también nuestra Mamá Reina, y Jesús hablando de Ella ha dicho:

“Mi propio reino estuvo en el corazón de mi Madre, y esto porque su corazón no fue jamás ni mínimamente turbado, tanto, que en el mar inmenso de la Pasión sufrió penas inmensas, su corazón fue traspasado de lado a lado por la espada del dolor, pero no recibió ni un mínimo aliento de turbación. Por eso, siendo mi reino un reino de paz, pude extender en Ella mi reino, y sin encontrar ningún obstáculo pude libremente reinar.”

Habiendo venido Jesús más veces y viéndome toda llena de pecados le he dicho: “Señor mío Jesús, me siento toda cubierta de llagas y pecados graves; ah, te pido, ten piedad de esta miserable.”

Y Jesús: “No temas, que no hay culpas graves, y además, se debe tener horror de la culpa, pero no turbarse, porque la agitación, de donde venga, jamás hace bien al alma.”

Después ha agregado: “Hija mía, tú eres víctima como lo soy Yo, haz que todas tus obras resplandezcan con mis mismas intenciones, puras y santas, a fin de que encontrando en ti mi misma imagen pueda libremente derramar el influjo de mis gracias, y adornada así podré ofrecerte como víctima perfumada ante la divina Justicia.”

+ + + +

Julio 9, 1899

Jesús participa a Luisa sus penas.

Esta mañana Jesús ha querido renovarme las penas de la crucifixión, primero me ha transportado fuera de mí misma, sobre un monte y me ha preguntado si quería ser crucificada, yo le dije: “Sí Jesús mío, no deseo otra cosa que la cruz.” Mientras esto decía se ha presentado una cruz grandísima, y me ha extendido sobre ella y me clavó con sus propias manos. Qué penas atroces sufría al sentirme traspasar las manos y los pies por aquellos clavos, que por añadidura estaban despuntados, y para hacerlos penetrar costaba trabajo y se sufría mucho, pero con Jesús todo resultaba tolerable. Después de que ha terminado de crucificarme me ha dicho:

“Hija mía, me sirvo de ti para poder continuar mi Pasión. Como mi cuerpo glorificado no es capaz de sufrir más, viniendo a ti me sirvo de tu cuerpo como me serví del mío en el curso de mi Vida mortal, para poder continuar sufriendo mi Pasión y así poderte ofrecer ante la divina Justicia como víctima viviente de reparación y propiciación.”

Después de esto parecía que se abriese el Cielo y descendía una multitud de santos, todos armados con espadas, una voz como de trueno salió de entre aquella multitud, y decía: “Venimos a defender la Justicia de Dios y a castigar a los hombres que tanto han abusado de su Misericordia.” ¿Quién puede decir lo que sucedía sobre la tierra en este descenso de los santos? Sólo sé decir que quien guerreaba en un punto y quien en otro, quien huía, quien se escondía, parecía que todos estaban consternados.

+ + + +

Julio 14, 1899

Jesús no puede dejar a quien lo ama.

Mi adorable Jesús continúa estos días haciéndose ver poquísimas veces, su visita es como un rayo, que mientras se quiere seguir viéndolo huye, y si alguna vez se detiene un poco es casi siempre en silencio; otras veces dice alguna cosa, pero en cuanto se va me parece que se lleva esa palabra junto con la luz que me viene de su palabra, tanto que después no recuerdo nada de lo que ha dicho y mi mente queda en la misma confusión de antes. ¡Qué miserable estado! Mi amado Jesús, ten piedad de esta miserable, continúa haciendo uso de tu Misericordia. Ahora, para no

alargarme y decir día por día lo que he pasado, diré aquí todo junto, algunas palabras que me ha dicho en estos días pasados.

Recuerdo que después de haber derramado lágrimas amarguísimas, Jesús, haciéndose ver y yo lamentándome con Él porque me había dejado, llamó a muchos ángeles y santos y dirigiéndose a ellos les dijo: “Oigan lo que dice, que Yo la he dejado, díganle, ¿puedo Yo dejar a aquellos que me aman? Ella me ha amado, ¿cómo puedo dejarla?” Y los santos estuvieron de acuerdo con el Señor y yo quedé más humillada y confundida que antes.

En otra ocasión, diciéndole que: “Al final terminarás por dejarme del todo.” Jesús me dijo:

“Hija, no puedo dejarte, y como prenda de esto he puesto en ti mis sufrimientos.”

Después, encontrándome ocupada con el pensamiento: “Cómo has permitido Señor que viniera el sacerdote, todo habría podido pasar entre Tú y yo.” En un instante me he encontrado fuera de mí misma, extendida sobre una cruz, pero no había ninguno que me pudiera clavar, yo he comenzado a pedirle al Señor que viniera a crucificarme y Jesús ha venido y me ha dicho:

“Ve cómo es necesario que el sacerdote esté en medio de mis obras, y esto es ayuda también para cumplir la crucifixión; es cierto que si no hay nadie, por ti sola no puedes crucificarte, siempre se necesita de la ayuda de los demás.”

+ + + +

Julio 18, 1899

Continúa casi siempre lo mismo. Esta vez me parecía que en mi corazón estuviese Jesús Sacramentado, y desde la hostia santa esparcía tantos rayos de luz en mi interior, y a mi corazón le salían tantos hilos de luz, que se entrelazaban todos esos rayos de luz, me parecía que Jesús con su Amor atraía todo mi corazón, y mi corazón con aquellos hilos atraía y ataba a Jesús a estarse conmigo.

+ + + +

Julio 22, 1899

Cómo la cruz vuelve al alma transparente.

Esta mañana mi adorable Jesús se hacía ver con una cruz de oro colgada del cuello, toda resplandeciente, y que al mirarla se complacía inmensamente. De repente se ha encontrado presente el confesor y Jesús le

ha dicho: “Los sufrimientos de los días pasados han acrecentado el resplandor a la cruz, tanto, que mirándola siento mucho agrado.”

Después se ha dirigido a mí y me ha dicho: “La cruz comunica tal resplandor al alma, de volverla transparente, y así como cuando un objeto es transparente se le pueden dar todos los colores que se quiera, así la cruz, con su luz da todos los lineamientos y formas más bellas que se puedan imaginar, no sólo por los demás sino también por la misma alma que los experimenta. Además de esto, en un objeto transparente en seguida se descubre el polvo, las pequeñas manchas y hasta cualquier oscurecimiento; así es la cruz, como hace transparente al alma, en seguida le descubre los pequeños defectos, las mínimas imperfecciones, tanto que no hay mano maestra más hábil que la cruz para tener al alma preparada para volverla digna habitación del Dios del Cielo.”

¿Quién puede decir lo que he comprendido de la cruz y cuán envidiable es el alma que la posee?

Después de esto me ha transportado fuera de mí misma y me he encontrado sobre una escalera altísima, bajo la cual había un precipicio, y por añadidura los escalones de esta escalera eran movibles y tan estrechos que apenas se podía apoyar la punta de los pies; lo que más daba terror era el precipicio y el no poder encontrar apoyo de ningún tipo, y queriéndose aferrar de los escalones, estos se caían junto; el ver que casi todas las demás personas se caían infundía escalofrío en los huesos; sin embargo no se podía evitar el pasar por aquella escalera. Entonces lo he intentado, pero en cuanto subí dos o tres escalones, viendo el gran peligro que corría de caer en el abismo, he comenzado a llamar a Jesús para que viniera en mi ayuda, entonces, sin saber cómo he encontrado a Jesús junto a mí y me ha dicho:

“Hija mía, esto que tú has visto es el camino que recorren todos los hombres en esta tierra; los escalones móviles sobre los que no pueden apoyarse para tener un sostén son los apoyos humanos, las cosas terrenas, que queriéndose apoyar sobre ellas, en vez de darles una ayuda les dan un empujón para precipitarse más pronto en el infierno. El medio más seguro es el caminar casi volando, sin apoyarse sobre la tierra, a fuerza de los propios brazos, con los ojos en sí mismos, sin mirar a los demás y también teniéndolos todos atentos a Mí, para tener ayuda y fuerza, así se podrá fácilmente evitar el precipicio.”

+ + + +

Julio 28, 1899

La vida humana es un juego. También Jesús juega.

Esta mañana mi adorable Jesús ha venido con un aspecto admirable y misterioso, traía en el cuello una cadena que pendía sobre todo el pecho, por una parte se veía como un arco, por la otra parte de la cadena como una aljaba llena de piedras preciosas y de gemas, que era uno de los más bellos adornos al pecho de mi dulce Jesús y con una lanza en la mano. Mientras estaba en este aspecto me ha dicho:

“La vida humana es un juego: quien juega el placer, quien el dinero y quien la propia vida, y tantos otros juegos que hacen. También Yo me deleito de jugar con las almas, ¿pero cuáles son estos juegos que hago? Son las cruces que envío, si las reciben con resignación y me lo agradecen, Yo me recreo y juego con ellas complaciéndome inmensamente, recibiendo por ello gran honor y gloria y a ellas les hago hacer grandes adquisiciones.”

En el acto de decir esto ha comenzado a tocarme con la lanza, y todas aquellas piedras preciosas que contenía la aljaba salían y se cambiaban en tantas cruces y saetas que herían a las criaturas. Algunas, pero en número muy escaso, se alegraban, las besaban y se lo agradecían, y venían a formar un juego con Jesús; otras las tomaban y se las arrojaban en la cara a Jesús, ¡oh, cómo quedaba afligido y qué gran pérdida tenían esas almas! Después Jesús ha agregado:

“Esta es la sed que grité en la cruz, porque no pudiendo satisfacerla completamente entonces, me complazco en apagarla en las almas de mis amados que sufren. Por lo tanto, sufriendo, vienes a dar un alivio a mi sed.”

Volviendo otras veces a rogarle que liberase al confesor porque sufría me ha dicho:

“Hija mía, ¿no sabes tú que la marca más noble que puedo imprimir en mis amados hijos es la cruz?”

+ + + +

Julio 30, 1899

Sobre la Caridad y sobre la estima de la palabra de Jesús.

Continua casi siempre lo mismo. Esta mañana, transportándome Jesús según su costumbre fuera de mí misma, hemos pasado en medio de mucha gente; la mayor parte de ellas estaban atentas a juzgar las acciones de los demás, sin mirar las propias, y mi amado Jesús me ha dicho:

“El medio más seguro para ser recto con el prójimo, es no mirar en absoluto lo que hacen, porque mirar, pensar y juzgar es lo mismo; además, mirando al prójimo vienes a defraudar la propia alma, por lo que sucede que no se es recto ni consigo mismo, ni con el prójimo, ni con Dios.”

Después de esto le he dicho: “Mi único Bien, ya hace tiempo que no me has dado ni siquiera un beso.” Y así nos hemos besado, y queriéndome casi corregir ha agregado:

“Hija mía, lo que te recomiendo es conservar y estimar mis palabras, porque mi palabra es eterna y santa como Yo mismo, y conservándola en tu corazón y aprovechándola, tendrás tu santificación y por ello recibirás en recompensa un esplendor eterno, producido por mi palabra; haciendo de otra manera tu alma recibirá un vacío y quedarás deudora de Mí.”

+ + + +

Julio 31, 1899

(Sin título)

Jesús ha venido esta mañana, pero siempre en silencio; yo estaba contentísima por tener a mi tesoro Jesús, porque teniéndolo a Él tenía todos mis contenidos; al verlo comprendía muchas cosas de su belleza, de su bondad y demás, pero como era todo por medio de la inteligencia y por vía de comunicación intelectual, por eso la boca no sabe expresar nada, por eso mejor hago silencio.

+ + + +

Agosto 1, 1899

Silencio y llanto de Jesús por las criaturas. Habla acerca de la pureza.

Esta mañana, mi suavísimo Jesús transportándome fuera de mí misma me hacía ver la corrupción en la cual ha caído el género humano. ¡Da horror el pensarlo! Mientras me encontraba en medio de estas gentes, Jesús decía casi llorando:

“¡Oh hombre, cómo te has desfigurado, deformado, desnoblecido! ¡Oh hombre, Yo te hice para que fueras mi templo vivo, y tú en cambio te has hecho habitación del demonio! Mira, aun las plantas con estar cubiertas de hojas, de flores y frutos, te enseñan la honestidad, el pudor que tú debes tener de tu cuerpo, y tú habiendo perdido todo pudor y también la vergüenza natural que deberías tener, te has vuelto peor que las bestias, tanto que no tengo más a quien compararte. Tú eras mi imagen, pero ahora no te reconoces más; es más, me das tanto horror por tus impurezas, que me da náuseas el verte, y tú mismo me obligas a huir de ti.”

Mientras Jesús así decía, yo me sentía desgarrar por el dolor al ver tan amargado a mi amado Jesús, por eso le he dicho: “Señor, tienes razón de que no encuentras más nada de bien en el hombre y que ha llegado a tal ceguera que no sabe ya, ni siquiera respetar las leyes de la naturaleza; entonces si quieres ver al hombre, no harás otra cosa que mandar castigos, por eso te pido que mires tu Misericordia y así será remediado todo.” Mientras así decía, Jesús me ha dicho:

“Hija mía, dame tú un alivio a mis penas.”

Al decir esto se ha quitado la corona de espinas que parecía encarnada en su adorable cabeza y me la ha clavado en la mía, yo sentía un dolor fortísimo, pero estaba contenta de que Jesús se reconfortara. Después de esto me ha dicho:

“Hija, Yo amo grandemente a las almas puras, y así como de las impuras estoy obligado a huir, de las puras en cambio, como por un imán soy atraído a hacer morada en ellas. A las almas puras con gusto les presto mi boca para hacerlas hablar con mi misma lengua, así que no se fatigan para convertir a las almas; en dichas almas Yo me complazco no sólo de continuar en ellas mi Pasión, y así continuar aun la Redención, sino lo que es más, me complazco sumamente de glorificar en ellas mis mismas virtudes.”

+ + + +

Agosto 2, 1899

Amenazas de castigos. Habla sobre la correspondencia.

Esta mañana mi adorable Jesús se hacía ver todo afligido y casi enfadado con los hombres, amenazando con los acostumbrados castigos y de hacer morir gente de improviso bajo rayos, granizadas y fuego. Yo le he pedido mucho que se aplacara y Jesús me ha dicho:

“Son tantas las iniquidades que se elevan de la tierra al Cielo, que si faltara por un cuarto de hora la oración, y almas que sean víctimas ante Mí, Yo haría salir fuego de la tierra y con él inundaría a las gentes.”

Después ha agregado: “Mira cuántas gracias debía verter sobre las criaturas, pero como no encuentro correspondencia estoy obligado a retenerlas en Mí, es más, me las hacen cambiar en castigos. Pon atención tú, hija mía, a corresponderme a las tantas gracias que estoy derramando en ti, porque la correspondencia es la puerta abierta para dejarme entrar en el corazón y ahí formar mi habitación. La correspondencia es como aquella buena acogida, aquella estima que se da a las personas cuando vienen a hacer una visita, de modo que atraídas por ese respeto, por esas maneras

afables que se usan con ellas, están obligadas a venir otras veces, y llegan a no saberse separar. El todo está en corresponderme, y a medida que las criaturas me corresponden y me tratan en la tierra, así Yo me comportaré con ellas en el Cielo, haciéndoles encontrar las puertas abiertas, invitaré a toda la corte celestial a acogerlos y los colocaré en el más sublime trono; pero será todo lo contrario para quien no me corresponde.”

+ + + +

Agosto 7, 1899

Sobre la nada de nosotros mismos.

Esta mañana mi amable Jesús no venía, y después de tanto esperar y esperar, finalmente ha venido; era tanta mi confusión y mi aniquilamiento que no sabía decirle nada y Jesús me ha dicho:

“Por cuanto más te aniquiles y conozcas tu nada, tanto más mi Humanidad, mandando rayos de luz, te comunicará mis virtudes.”

Yo le he dicho: “Señor, soy tan mala y fea que me doy horror a mí misma, ¿qué será ante Ti?”

Y Jesús: “Si tú eres fea, soy Yo quien te puede volver bella.”

Y en el mismo momento de decir esto ha mandado una luz salida de Él a mi alma, y parecía que le comunicaba su belleza, y después, abrazándome ha comenzado a decir:

“Cómo eres bella, pero bella de mi misma belleza, por eso soy atraído a amarte.”

¿Quién puede decir cómo he quedado confundida? Pero todo sea para su gloria.

+ + + +

Agosto 8, 1899

El alma resignada está siempre en reposo.

Continúa haciéndose ver apenas y casi enojado con los hombres y por más que le he pedido que derramara en mí sus amarguras ha sido imposible, y sin prestarme atención a lo que le decía, me ha dicho:

“La resignación absorbe todo lo que puede ser de pena o de disgusto a la naturaleza y lo convierte en dulce; y siendo mi Ser pacífico, tranquilo, de modo que cualquier cosa que pueda suceder en el Cielo y en la tierra no puede recibir ni siquiera el más mínimo aliento de turbación, entonces la

resignación tiene la virtud de injertar en el alma estas mismas virtudes mías. El alma resignada está siempre en reposo, no sólo ella, sino que me hace reposar tranquilamente también a Mí en ella.”

+ + + +

Agosto 10, 1899

Habla de la Justicia y cómo Jesús queda herido por la simplicidad.

Esta mañana ha venido mi dulce Jesús, me ha transportado fuera de mí misma y ha desaparecido; y habiéndome dejado sola he visto que de lo alto del Cielo descendían como dos candelabros de fuego, y después dividiéndose en muchos pedazos se formaban muchos rayos y granizadas que descendían a la tierra y hacían una grandísima destrucción en plantas y hombres; era tanto el horror y la furia del temporal, que ni siquiera se podía rezar y las personas no podían llegar a sus casas. ¿Quién puede decir cómo quedé asustada? Entonces me he puesto a rezar para aplacar al Señor y Él, regresando, he visto que traía en la mano como una vara de hierro y en la punta una bola de fuego y me ha dicho:

“Mi Justicia ha sido largamente retenida y con razón quiere tomar venganza contra las criaturas, pues han osado destruir en ellas toda justicia. ¡Ah, sí, nada de justo encuentro en el hombre! Se ha desfigurado todo: en las palabras, en las obras y en los pasos, todo es engaño, todo es fraude, todo es injusto, así que penetrando en el corazón, interno y externo, no es otra cosa que una bodega de vicios. ¡Pobre hombre, cómo te has reducido!”

Mientras así decía, la vara que tenía en la mano la movía en acto de herir al hombre. Yo le he dicho: “Señor, ¿qué haces?”

Y Él: “No temas, mira, esta bola de fuego hará fuego, y no castigará más que a los malos, los buenos no recibirán daño.”

Y yo he agregado: “¡Ah Señor! ¿Quién es bueno? Todos somos malos, te pido que no nos mires a nosotros sino a tu infinita Misericordia, y así quedarás aplacado por todos.” Después de esto ha agregado:

“Hija de la Justicia es la verdad. Así como Yo soy Verdad eterna que no engaño ni me pueden engañar, así el alma que posee la justicia hace relucir en todas sus acciones la verdad; por lo tanto, conociendo por experiencia la verdadera luz de la verdad, si alguien quiere engañarla, al advertir la falta de la luz, que tiene en sí, pronto conoce el engaño, entonces

sucede que con esta luz de la verdad no se engaña a sí misma, ni al prójimo, ni puede recibir engaño.

Fruto que produce esta justicia y esta verdad es la simplicidad, otra cualidad de mi Ser, el ser simple, tanto, que penetro en todas partes, no hay cosa que pueda oponerse a que Yo penetre dentro, penetro en el Cielo y en los abismos, en el bien y en el mal, pero mi Ser simplísimo, penetrando aun en el mal no se ensucia, es más, ni siquiera recibe la más mínima sombra. Así el alma, con la justicia y con la verdad, recogiendo en sí este bello fruto de la simplicidad penetra en el Cielo, se introduce en los corazones para conducirlos a Mí, penetra en todo lo que es bien, y encontrándose con los pecadores para ver el mal que hacen, no queda manchada, porque siendo simple prontamente se libera sin recibir daño alguno. Es tan bella la simplicidad, que mi corazón queda herido a una sola mirada de un alma simple, y ella es causa de admiración a los ángeles y a los hombres.”

+ + + +

Agosto 12, 1899

Jesús transforma a Luisa toda en Sí y le enseña la Caridad.

Esta mañana mi adorable Jesús después que me ha hecho esperar por algún tiempo, ha venido diciéndome:

“Hija mía, esta mañana quiero uniformarte toda a Mí: Quiero que pienses con mi misma mente, que mires con mis mismos ojos, que escuches con mis mismos oídos, que hables con mi misma lengua, que obres con mis mismas manos, que camines con mis mismos pies, y que ames con mi mismo corazón.”

Después de esto, Jesús unía sus sentidos mencionados arriba con los míos, y veía que me daba su misma forma; no sólo eso, sino me daba la gracia de usarlos como lo hizo Él mismo, y después ha continuado diciendo:

“Gracias grandes vierto en ti, te recomiendo que las sepas conservar.”

Y yo: “Temo mucho, oh mi amado Jesús, al conocerme que estoy toda llena de miserias, y que en vez de hacer bien, hago mal uso de tus gracias. Pero lo que más me hace temer es la lengua, que frecuentemente me hace faltar en la caridad hacia el prójimo.”

Y Jesús: “No temas, te enseñaré Yo mismo el modo que debes tener al hablar con el prójimo:

La primera cosa: Cuando se te dice algo respecto al prójimo, hecha una mirada sobre ti misma y observa si tú eres culpable de ese mismo

defecto, y entonces el querer corregir es un querer indignarme y escandalizar al prójimo.

La segunda: Si tú te ves libre de aquel defecto, entonces elévate y busca hablar como habría hablado Yo, así hablarás con mi misma lengua. Haciendo así jamás faltarás en la caridad del prójimo, es más, con tus palabras harás bien a ti, al prójimo, y a Mí me darás honor y gloria.”

+ + + +

Agosto 13, 1899

Amenaza de castigos. Luisa intenta calmarlo.

Esta mañana Jesús continuaba haciéndose ver, amenazando siempre con castigos, y mientras yo me ponía a rogarle que se aplacara, como un relámpago desaparecía. La última vez que ha venido se hacía ver crucificado, entonces me puse cerca para besar sus santísimas llagas, haciendo varias adoraciones, pero mientras esto hacía, en vez de Jesucristo he visto mi misma imagen. He quedado sorprendida y he dicho: “¡Señor! ¿Qué estoy haciendo? ¿A mí misma estoy haciendo las adoraciones? Esto no se puede hacer.” En ese momento se ha cambiado en la persona de Jesucristo y me ha dicho:

“No te asombres de que haya tomado tu misma imagen; si Yo sufro continuamente en ti, ¿qué maravilla es que haya tomado tu misma forma? Y además, ¿no es para hacerte imagen mía por lo que te hago sufrir?”

Yo he quedado toda confundida y Jesús ha desaparecido. Sea todo para gloria suya, sea bendito siempre su santo nombre.

+ + + +

Agosto 15, 1899

Jesús le ordena la virtud de la Caridad. Fiesta de la Mamá Celestial. Le da el oficio de mamá en la tierra.

Esta mañana mi dulcísimo Jesús ha venido todo alegre, trayendo entre las manos un ramo de bellísimas flores, y poniéndose en mi corazón, con aquellas flores ahora se circundaba la cabeza, ahora las tenía entre sus manos, recreándose y complaciéndose todo. Mientras se divertía con estas flores, como si hubiera hecho una gran adquisición, se ha volteado hacia mí y me ha dicho:

“Amada mía, esta mañana he venido para poner en orden en tu corazón todas las virtudes. Las virtudes pueden estar separadas la una de la otra, pero la Caridad ata y ordena todo. He aquí lo que quiero hacer en ti, ordenar la Caridad.”

Yo le he dicho: “Solo y único Bien mío, ¿cómo puedes hacer esto siendo yo tan mala y llena de defectos e imperfecciones? Si la Caridad es orden, ¿estos defectos y pecados no son desorden que tienen todo en desorden y revuelta mi alma?”

Y Jesús: “Yo purificaré todo y la Caridad pondrá todo en orden, y además, cuando a un alma la hago partícipe de las penas de mi Pasión, no puede haber culpas graves, a lo más algún defecto venial involuntario, pero mi Amor siendo fuego consumará todo lo que es imperfecto en tu alma.”

Así parecía que Jesús me purificaba y ordenaba toda; después derramaba como un río de miel de su corazón en el mío, y con esa miel regaba todo mi interior, de modo que todo lo que estaba en mí quedaba ordenado, unido, y con la marca de la Caridad.

Después de esto me he sentido salir fuera de mí misma en la bóveda de los cielos, junto con mi amante Jesús; parecía que todo estaba en fiesta, Cielo, tierra y purgatorio, todos estaban inundados de un nuevo gozo y júbilo. Muchas almas salían del purgatorio y como rayos llegaban al Cielo para asistir a la fiesta de nuestra Reina Mamá. También yo me ponía en medio de aquella multitud inmensa de gente, es decir: ángeles, santos y almas del purgatorio que ocupaban aquel nuevo Cielo, que era tan inmenso, que el nuestro que vemos, comparado con aquél me parecía un pequeño agujero, mucho más que tenía la obediencia del confesor. Pero mientras hacía por mirar no veía otra cosa que un Sol luminosísimo que esparcía rayos que me penetraban toda, de lado a lado, y me volvían como un cristal, tanto que se descubrían muy bien los pequeños defectos y la infinita distancia que hay entre el Creador y la criatura; tanto más que aquellos rayos, cada uno tenía su marca: uno delineaba la Santidad de Dios, otro la pureza, otro la Potencia, otro la Sabiduría, y todas las otras virtudes y atributos de Dios; así que el alma viendo su nada, sus miserias y su pobreza, se sentía aniquilada y en vez de mirar, se postraba con la cara en la tierra ante aquel Sol eterno, ante el cuál no hay ninguno que pueda estar frente a Él.

Pero lo más, era que para ver la fiesta de nuestra Mamá Reina, se debía ver desde dentro de aquel Sol, tanto parecía inmersa en Dios la Virgen Santísima, que mirando desde otros puntos no se veía nada. Ahora, mientras me encontraba en estas condiciones de aniquilamiento ante el Sol Divino y la Mamá Reina teniendo en sus brazos al niño, Jesús me ha dicho:

“Nuestra Mamá está en el Cielo, te doy a ti el oficio de hacerme de mamá en la tierra, y como mi Vida está sujeta continuamente a los desprecios, a la pobreza, a las penas, a los abandonos de los hombres, y mi Madre estando en la tierra fue mi fiel compañera en todas estas penas, y no sólo eso, sino buscaba aliviarme en todo, por cuanto podían sus fuerzas, así también tú, haciéndome de madre me harás fiel compañía en todas mis penas, sufriendo tú en vez mía por cuanto puedas, y donde no puedas, buscarás darme al menos un consuelo. Debes saber que te quiero toda atenta y ocupada en Mí. Seré celoso aun de tu respiro si no lo haces por Mí, y cuando vea que no estás toda atenta para contentarme, no te daré ni paz ni reposo.”

Después de esto he comenzado a hacerle de mamá, pero ¡oh! cuánta atención se necesitaba para contentarlo. Para verlo contento no se podía ni siquiera dirigir una mirada a otra parte. Ahora quería dormir, ahora quería beber, ahora quería que lo acariciara y yo debía encontrarme pronta a todo lo que quería; ahora decía: “Mamá mía, me duele la cabeza, ¡ah, alíviame!” Y yo en seguida le revisaba la cabeza, y encontrando espinas se las quitaba, y poniéndole mi brazo bajo la cabeza lo hacía reposar. Mientras hacía que reposara, de repente se levantaba y decía: “Siento un peso y un sufrimiento en el corazón, tanto de sentirme morir; ve que hay.” Y observando en el interior del corazón he encontrado todos los instrumentos de la Pasión, y uno a uno los he quitado y los he puesto en mi corazón. Después, viéndolo aliviado, he comenzado a acariciarlo y a besarlo y le he dicho: “Mi solo y único tesoro, ni siquiera me has dejado ver la fiesta de nuestra Reina Madre, ni escuchar los primeros cánticos que le cantaron los ángeles y los santos en el ingreso que hizo en el paraíso.”

Y Jesús: “El primer canto que hicieron a mi Mamá fue el Ave María, porque en el Ave María están las alabanzas más bellas, los honores más grandes, y se le renueva el gozo que tuvo al ser hecha Madre de Dios, por eso recitémosla juntos para honrarla, y cuando tú vengas al paraíso te la haré encontrar como si la hubieras dicho junto con los ángeles aquella primera vez en el Cielo.”

Y así hemos recitado la primera parte del Ave María juntos. ¡Oh, cómo era tierno y conmovedor saludar a nuestra Mamá Santísima junto con su amado Hijo! Cada palabra que Él decía, llevaba una luz inmensa en la cual se comprendían muchas cosas sobre la Virgen Santísima, ¿pero quién puede decir las todas? Mucho más por mi incapacidad, por eso las paso en silencio.

Agosto 16, 1899

Luisa continúa haciendo de mamá a Jesús.

Jesús continúa queriendo que le haga de mamá, y haciéndose ver como graciosísimo niño, lloraba, y para calmarle el llanto, teniéndolo entre mis brazos he comenzado a cantar, y sucedía que cuando yo cantaba cesaba de llorar, y cuando no, volvía a llorar. Yo hubiera querido dejar en el silencio lo que cantaba, primero porque no lo recuerdo todo, pues estando fuera de mí misma difícilmente recuerdo todas las cosas que pasan, y también porque creo que son desatinos, pero la señora obediencia, siendo demasiado impertinente no me lo quiere conceder; basta con que se haga como ella quiere, se contenta aunque sean desatinos. Yo no sé, se dice que esta señora obediencia es ciega, pero a mí me parece más bien que es toda ojos, porque mira hasta las mínimas cosas, y cuando no se hace como ella dice, se vuelve tan impertinente que no te da paz. Así que para tener paz de parte de esta bella señora obediencia, porque además es tan buena cuando se hace como ella dice, que todo lo que se quiere, por medio suyo se obtiene, por eso me dispongo a decir lo que recuerdo que cantaba:

Niñito, eres pequeño y fuerte,
de ti espero todo consuelo;
niñito gracioso y bello,
Tú enamoras aun a las estrellas;
niñito, róbame el corazón
para llenarlo de tu Amor;
niñito tiernito,
hazme a mí niñita;
niñito, eres un paraíso,
¡ah! hazme ir
a divertirme en la eterna sonrisa.

+ + + +

Agosto 17, 1899

Jesús habla de la obediencia.

Esta mañana habiendo recibido la Comunión, estaba diciéndole a mi amable Jesús: “¿Cómo es que esta virtud de la obediencia es tan impertinente y a veces tan fuerte, que llega a volverse caprichosa?”

Y Él: “¿Sabes por qué esta noble señora obediencia es como tú dices? Porque da muerte a todos los vicios, y naturalmente alguien que debe hacer sufrir la muerte a otro debe ser fuerte, valeroso, y si no lo logra con esto se sirve de las impertinencias y de los caprichos. Si esto es necesario para matar el cuerpo que es tan frágil, mucho más para dar muerte a los vicios y a las propias pasiones, que es tan difícil que muchas veces mientras parecen muertas, comienzan a revivir de nuevo. He aquí el por qué esta diligente señora está siempre en movimiento y continuamente está vigilando, y si ve que el alma pone la más mínima dificultad a lo que le es mandado, entonces temiendo que algún vicio pueda comenzar a revivir en su corazón, le hace tanta guerra y no le da paz hasta que el alma se postra a sus pies y adora en mudo silencio lo que ella quiere; he aquí por qué es tan impertinente y casi caprichosa como tú dices. ¡Ah! sí, no hay verdadera paz sin obediencia, y si parece que se goza de paz, es paz falsa, y digo parece, porque va de acuerdo con las propias pasiones pero jamás con las virtudes y se termina con arruinarse, porque separándose de la obediencia se separan de Mí, que fui el Rey de esta noble virtud. Además, la obediencia mata la propia voluntad y a torrentes vierte la divina, tanto, que se puede decir que el alma obediente no vive de su voluntad, sino de la divina, ¿y se puede dar vida más bella, más santa, que el vivir de la Voluntad de Dios mismo? Por eso, con las otras virtudes, aun con las más sublimes, puede estar junto el amor propio, pero con la obediencia, jamás.”

+ + + +

Agosto 18, 1899

La palabra de Dios no sólo es verdad, sino también luz.

Viniendo esta mañana el amantísimo Jesús le he dicho: “Mi amado Jesús, yo creo que todo lo que escribo son muchos disparates.”

Y Jesús: “Mi palabra no sólo es verdad, sino también luz, y cuando una luz entra en un cuarto oscuro, ¿qué hace? Disipa las tinieblas y hace descubrir los objetos que hay, feos o bellos, si están en orden o en desorden, y del modo como se encuentra ese cuarto se juzga a la persona que ocupa aquella habitación. Ahora, la vida humana es el cuarto oscuro, y cuando la luz de la verdad entra en un alma, disipa las tinieblas, esto es, hace descubrir lo verdadero de lo falso, lo temporal de lo eterno, así que arroja de sí los vicios y se mete al orden de las virtudes, porque siendo mi luz santa, que es mi misma Divinidad, no podrá comunicar otra cosa que santidad y orden,

por lo tanto el alma siente salir de sí, luz de paciencia, de humildad, de caridad y más. Si mi palabra produce en ti estas señales, ¿por qué temes?”

Después de esto, Jesús me ha hecho oír que rogaba al Padre por mí, diciendo: “Padre Santo, te pido por esta alma, haz que cumpla en todo perfectamente nuestra Santísima Voluntad, haz oh Padre adorable que sus acciones estén tan conformadas con las mías, pero en modo tal que no se puedan distinguir las unas de las otras, y así poder cumplir sobre de ella lo que he diseñado.”

¿Pero quién puede decir la fuerza que me sentía infundir en mi alma por esta oración de Jesús? Me sentía vestir el alma por una fuerza tal, que para cumplir la Voluntad Santísima de Dios no me hubiera importado sufrir mil martirios, si así fuera su beneplácito. Siempre sean dadas las gracias al Señor, que tanta misericordia usa con esta pobre pecadora.

+ + + +

Agosto 21, 1899

Efectos de agradar sólo a Jesús.

Después de haber pasado dos días de sufrimientos, mi benigno Jesús se mostraba todo afabilidad y dulzura. En mi interior yo decía: “Cómo es bueno conmigo el Señor, sin embargo no encuentro en mí nada bueno que le pueda agradar.” Y Jesús respondiéndome me ha dicho:

“Amada mía, así como tú no encuentras otro placer ni otro contento, que entretenerte y conversar conmigo y darme gusto sólo a Mí, de modo que todas las otras cosas que no son mías te disgustan, así Yo, mi placer y mi consolación es el venir a entretenerme y hablar contigo. Tú no puedes entender la fuerza que tiene sobre mi corazón, de atraerme a ella, un alma que tiene la única finalidad de agradarme sólo a Mí. Me siento tan unido con ella que estoy obligado a hacer lo que ella quiere.”

Mientras Jesús así decía, comprendí que hablaba en el modo como en días pasados, mientras sufría acerbos dolores, en mi interior iba diciendo: “Jesús mío, todo por amor tuyo, estos dolores sean tantos actos de alabanza, de honor, de homenaje que te ofrezco, estos dolores sean tantas voces que te glorifiquen y tantos testimonios que digan que te amo.”

+ + + +

Agosto 22, 1899

Jesús le comunica sus virtudes.

Mi amado Jesús continúa viniendo, todo amable y majestuoso. Mientras estaba en este aspecto me ha dicho:

“La pureza de mis miradas resplandezca en todas tus obras, de modo que subiendo de nuevo a mis ojos me produzca un resplandor y me distraiga de las porquerías que hacen las criaturas.”

Yo he quedado toda confundida ante estas palabras, tanto que no osaba decirle nada, pero Jesús alentándome, para darme confianza ha comenzado a decirme:

“Dime, ¿qué quieres?”

Y yo: “Cuando te tengo a Ti, ¿hay alguna otra cosa que pudiera desear?”

Pero Jesús ha insistió más de una vez que le dijera lo que quería, y yo mirándolo he visto la belleza de sus virtudes y le he dicho: “Mi dulcísimo Jesús, dame tus virtudes.”

Y Él abriendo su corazón hacía salir tantos rayos distintos de sus virtudes, que al entrar en el mío me sentía reforzar en las virtudes.

Después ha agregado: “¿Qué otra cosa quieres?”

Y yo, acordándome que en los días pasados por un dolor que sufría no lograba que mis sentidos se perdieran en Dios, le he dicho: “Mi benigno Jesús, haz que el dolor no me impida el poder perderme en Ti.”

Y Jesús tocándome con su mano la parte donde sufría, ha mitigado la agudeza del dolor, de modo que puedo recogerme y perderme en Él.

+ + + +

Agosto 27, 1899

El efecto cuando Jesús va al alma.

Esta mañana mientras veía a mi dulce Jesús, sentía un temor de que no fuese Él sino el demonio para engañarme. Y Jesús respondiendo a mi temor me ha dicho:

“Cuando soy Yo quien se presenta al alma, todas las potencias interiores se aniquilan y conocen su nada, y Yo, viendo al alma humillada, hago sobreabundar mi amor, como tantos ríos, en modo de inundarla toda y fortificarla en el bien. Todo lo contrario sucede cuando es el demonio.”

+ + + +

Agosto 30, 1899

Jesús le hace ver el estado lastimoso del mundo.

Esta mañana mi amado Jesús me ha transportado fuera de mí misma y me ha hecho ver la decadencia de la religión en los hombres, y un preparativo de guerra. Yo le he dicho: “¡Oh Señor, en qué estado tan lastimoso se encuentra el mundo en estos tiempos en cuanto a la religión! Parece que el mundo no reconoce más a Aquel que ennoblece al hombre y lo hace aspirar a un fin eterno, pero lo que más hace llorar, es que parte de aquellos mismos que se dicen religiosos, que deberían poner la propia vida para defender la religión y hacerla resurgir, la ignoran.” Y Jesús, tomando un aspecto afligidísimo me ha dicho:

“Hija mía, esta es la causa de que el hombre viva como bestia, porque ha perdido la religión; pero tiempos más tristes vendrán para el hombre en castigo de la ceguera en la cual él mismo se ha sumergido, tanto, que se me oprime el corazón al verlo. Pero la sangre hará revivir esta santa religión; esta sangre que haré derramar por toda clase de gente, por seglares y religiosos, regará al resto de las gentes que viven como salvajes, y civilizándolas les restituirá de nuevo su nobleza. He aquí la necesidad de que la sangre se derrame y que las mismas iglesias queden casi abatidas, para hacer que regresen de nuevo y existan con su primer brillo y esplendor.”

¿Pero quién puede decir el desgarró cruel que harán en los tiempos por venir? Lo paso en silencio porque no lo recuerdo bien y no lo veo tan claro; si el Señor quiere que lo diga me dará más claridad y entonces tomaré de nuevo la pluma sobre este argumento, por eso, por ahora pongo punto.

+ + + +

Agosto 31, 1899

El confesor da la obediencia de rechazar a Jesús y no hablar con Él.

Habiendo dado el confesor la obediencia de que cuando viniera Jesús debía decir: “No puedo hablar, aléjate.” Yo lo he tomado como una broma, no como obediencia formal, por eso cuando ha venido Jesús, casi no tomando en cuenta la orden recibida, he osado decirle: “Mi buen Jesús, mira un poco lo que quiere hacer el padre.”

Y Él me ha dicho: “Hija, abnegación.”

Y yo: “¡Pero Señor, la cosa es seria, se trata de que no debo quererte!
¿Cómo puedo hacerlo?”

Y Él, por segunda vez: “Abnegación.”

Y yo: “¡Pero Señor! ¿Qué dices? ¿Crees Tú que pueda estar sin Ti?”

Y Él por tercera vez: “Hija mía, abnegación.”

Y ha desaparecido. ¿Quién puede decir cómo he quedado al ver que Jesús quería que me dispusiera a la obediencia?

+ + + +

Septiembre 1, 1899

Continúa la obediencia, pero un poco más moderada.

Habiendo venido el confesor me ha preguntado si había cumplido la obediencia, y habiéndole dicho lo que había pasado, ha renovado la obediencia de que no debía absolutamente hablar con Jesús, mi solo y único consuelo, y que debía despedirlo si venía. Y he aquí que habiendo entendido que la obediencia que se me daba era verdadera, en mi interior he dicho el ‘Fiat Voluntas Tua’ también en esto; pero, ¡oh, cuánto me cuesta y qué cruel martirio! Siento como un clavo clavado en el corazón, que me lo traspasa de lado a lado; y como mi corazón está habituado a pedir y desear a Jesús continuamente, tanto, que así como es continuo el respirar y el latir, así me parece que es continuo el desear y querer a mi único Bien, así que querer impedir esto sería lo mismo que querer impedir a alguien el respirar y el latir del corazón, ¿cómo se podría vivir? Sin embargo se necesita hacer prevalecer la obediencia. ¡Oh Dios, qué pena, qué desgarró tan atroz! ¿Cómo impedir al corazón que pida su misma vida? ¿Cómo frenarlo? La voluntad se ponía con toda su fuerza a frenarlo, pero cómo se necesitaba continua y gran vigilancia, de vez en cuando se cansaba y se distraía, y el corazón hacía su escapada y pedía a Jesús; la voluntad dándose cuenta de esto se ponía con mayor fuerza a frenarlo, pero era vencida frecuentemente; por lo que me parecía que hacía continuos actos de desobediencia. ¡Oh, en qué contrastes, qué sangrienta guerra, qué agonías mortales sufría mi pobre corazón! Me encontraba en tales estrecheces y en tales sufrimientos, que creía que se me iba la vida; no obstante, esto hubiera sido un consuelo para mí si pudiese morir, pero no, y lo que era peor era que sentía penas de muerte, pero sin poder morir.

Entonces, después de haber derramado lágrimas amarguísimas todo el día, en la noche, encontrándome en mi habitual estado, mi siempre benigno

Jesús ha venido, y yo, obligada por la obediencia le he dicho: “Señor, no vengas, porque la obediencia no quiere.”

Y Él, compadeciéndome y queriéndome fortificar en los sufrimientos en los que me encontraba, con su mano creadora ha marcado mi persona con un signo grande de cruz y me ha dejado.

¿Pero quién puede decir el purgatorio en el que me encontraba? Lo peor era que no podía lanzarme hacia mi sumo y único Bien. ¡Ah sí, me era negado el pedir y desear a Jesús! ¡Ah! a las almas benditas del purgatorio les es permitido pedir, desear, arrojarse hacia el sumo Bien, sólo que les está prohibido el tomar posesión de Él, a mí, no, a mí me era negado aun este consuelo. Entonces, toda la noche no he hecho otra cosa que llorar; cuando mi débil naturaleza no podía más, el amable Jesús ha regresado en actitud de querer hablar conmigo, y yo en seguida recordando la obediencia que quiere reinar sobre todo, le he dicho: “Amada vida mía, no puedo hablar, y no vengas, porque la obediencia no quiere. Si quieres hacer entender tu Voluntad, ve con el confesor.”

Mientras esto decía he visto al confesor, y Jesús acercándose a él le ha dicho: “Esto es imposible, a mis almas las tengo tan sumergidas en Mí, que formamos una misma sustancia, tanto que no se discierne más la una de la otra, y así como cuando dos sustancias se unen, una se transmite en la otra, y después, aunque se quiera separarlas resulta inútil aun el pensarlo, así es imposible que mis almas puedan estar separadas de Mí.”

Y habiendo dicho esto se ha ido, y yo he quedado más afligida que antes, el corazón me latía tan fuerte que sentía abrirseme el pecho. Después de esto, no sé decir como, me he encontrado fuera de mí misma, y olvidándome no sé como de la obediencia recibida, he girado por la bóveda del cielo llorando, gritando y buscando a mi dulce Jesús, cuando de repente lo he visto venir, arrojándose entre mis brazos, todo prendado de amor y languideciendo, pero pronto he recordado el mandato recibido y le he dicho: “Señor, no me quieras tentar esta mañana, ¿no sabes que la obediencia no quiere?”

Y Él: “Me ha mandado el confesor, por eso he venido.”

Y yo: “No es verdad, ¿eres tal vez algún demonio que quiere engañarme y hacerme faltar a la obediencia?”

Y Jesús: “No soy demonio.”

Y yo: “Si no eres demonio, hagámonos juntos la señal de la cruz.” Y los dos nos signamos con la cruz. Después he continuado diciéndole: “Si es verdad que te ha mandado el confesor, vayamos a él, a fin de que él mismo pueda ver si eres Jesucristo o bien el demonio, y entonces podré estar segura.”

Así hemos ido con el confesor, y como Jesús estaba en forma de niño se lo he dado en sus brazos diciéndole: “Padre, vea usted mismo, ¿es mi dulce Jesús, o no?”

Ahora, mientras Jesús bendito estaba con el padre le he dicho: “Si eres verdaderamente Jesús, bésale la mano al confesor.” Y en mi mente pensaba que si era el Señor habría hecho esa humillación de besarle la mano, pero si era un demonio, no. Y Jesús se la besó, pero no al hombre, sino a la potestad sacerdotal, así la ha besado. Después de esto parecía que el confesor lo conjuraba para ver si era demonio, y no encontrándolo tal me lo ha restituido. Pero con todo esto mi pobre corazón no podía gozar los abrazos de mi amado Jesús, porque la obediencia lo tenía como atado, obstaculizado, mucho más porque aún no había ninguna orden contraria, por eso mi corazón no osaba desahogarse, ni siquiera decir una palabra de amor...

¡Oh, santa obediencia, cómo eres fuerte y potente! Yo te veo en estos días de martirio ante mí como un guerrero potentísimo, armado de la cabeza a los pies con espadas, saetas, flechas, lleno de todos aquellos instrumentos aptos para herir, y cuando ves que mi pobre corazón cansado y abatido quiere consolarse buscando su refrigerio, su vida, el centro al cual se siente atraer como por un imán, tú, mirándome con mil ojos, por todas partes me hieres con heridas mortales. ¡Ah, ten piedad de mí y no seas tan cruel conmigo!

Pero mientras digo esto, la voz de mi adorable Jesús se hace escuchar en mis oídos que dice:

“La obediencia fue todo para Mí, la obediencia quiero que sea todo para ti. La obediencia me hizo nacer, la obediencia me hizo morir, las llagas que tengo en mi cuerpo son heridas y marcas que me hizo la obediencia. Con razón has dicho que es un guerrero potentísimo armado con toda clase de armas aptas para herir, porque en Mí no me dejó ni siquiera una gota de sangre, me arrancó a pedazos las carnes, me dislocó los huesos, y mi pobre corazón, destrozado, sangrante, iba buscando un alivio, alguien que tuviera compasión de Mí. La obediencia entonces, haciéndose para Mí más que cruel tirano, sólo se contentó cuando me sacrificó en la cruz y me vio expirar víctima por su amor. ¿Y por qué esto? Porque el oficio de este potentísimo guerrero es de sacrificar a las almas, por eso no hace otra cosa que mover guerra encarnizada a quien no se sacrifica todo por ella, por eso no tiene ninguna consideración si el alma sufre o goza, si vive o muere, sus ojos están atentos para ver si ella vence, que de las otras cosas no se toma molestia. Por eso el nombre de este guerrero es ‘victoria’, porque concede todas las victorias al alma obediente, y cuando parece que esta muere,

entonces comienza la verdadera vida. ¿Y qué cosa no me concedió la obediencia? Por su medio vencí a la muerte, derroté al infierno, desaté al hombre encadenado, abrí el Cielo y como Rey victorioso tomé posesión de mi reino, no sólo para Mí sino para todos mis hijos que se habrían aprovechado de mi Redención. ¡Ah! sí, es verdad que me costó la Vida, pero la palabra ‘obediencia’ me suena dulce al oído y por eso amo tanto a las almas que son obedientes.”

Vuelvo a hablar desde donde dejé.

Después de un poco ha venido el confesor y habiéndole dicho todo lo que he dicho arriba, me ha renovado la obediencia de continuar de la misma manera, y habiéndole dicho: “Padre, permita al menos darle la libertad a mi corazón de rogarle a Jesús, que la obediencia de decirle cuando viene: no vengas y no puedo conversar, la hago.”

Y él: “Haz cuanto puedas por frenarlo, y cuando no puedas, entonces dale libertad.”

+ + + +

Septiembre 2, 1899

El confesor la deja libre.

Ahora, con esta obediencia un poco más mitigada, mi pobre corazón parecía que de estar muerto comenzara a revivir un poco; pero con todo y esto no dejaba de estar desgarrado de mil maneras, porque la obediencia, cuando veía que el corazón se detenía un poco más en busca de su Creador, como si quisiera reposarse en Él porque estaba sin fuerza, se me venía encima y con sus armas me hería toda. Y además, ese tener que repetir aquel estribillo cuando el bendito Jesús se hacía ver: “No vengas, no puedo conversar porque la obediencia no quiere”, era para mí el más atroz y cruel martirio. Entonces mi dulce Jesús, encontrándome yo en mi habitual estado, ha venido y yo le he manifestado la orden recibida, y Él se ha ido. Una sola vez mientras yo le estaba diciendo: “No vengas, que la obediencia no quiere”, me ha dicho:

“Hija mía, ten siempre ante tu mente la luz de mi Pasión, porque al ver mis acerbísimas penas, las tuyas te parecerán pequeñas, y al considerar la causa por la que sufrí tantos dolores inmensos, que fue el pecado, los más pequeños defectos te parecerán graves. En cambio, si no te miras en Mí, las

más pequeñas penas te parecerán pesadas y los defectos graves los tomarás como cosa de nada.” Y ha desaparecido.

Después de un poco ha venido el confesor, y habiéndole preguntado si aún debía continuar esta obediencia, me ha dicho: “No, puedes decirle lo que quieras y tenlo cuanto quieras.”

Parece que he sido dejada libre y ya no tengo tanto que hacer con este guerrero tan potente, de otra manera esta vez se habría hecho tan fuerte que me hubiera dado la muerte, pero me habría hecho hacer una gran ganancia, porque me habría unido para siempre al sumo Bien, y no por intervalos, y se lo hubiera agradecido; es más, le habría cantado el cántico de la obediencia, o sea el cántico de las victorias, así que me habría reído de toda su fuerza... Pero mientras decía esto, ante mí ha aparecido un ojo resplandeciente y bello y una voz que decía: “Y yo me habría unido junto contigo y me habría complacido de reír, porque habría sido mía la victoria.”

Y yo: “¡Oh! amada obediencia, después de habernos reído juntas te habría dejado a las puertas del paraíso para decirte adiós y no vernos más, y así no tener que ver más contigo, y me hubiera cuidado muy bien de no dejarte entrar.”

+ + + +

Septiembre 5, 1899

Jesús obra la perfección en el alma poco a poco.

Esta mañana me encontraba en tal abatimiento de ánimo y me veía tan mala, que yo misma me volvía insoportable. Habiendo venido Jesús le he dicho mis penas y el miserable estado en el cual me encontraba, y Él me ha dicho:

“Hija mía, no quieras perder el ánimo; esta es mi costumbre, el obrar la perfección paso a paso y no todo en un instante, a fin de que el alma, viendo siempre que le falta alguna cosa, se impulse, haga todos los esfuerzos para alcanzar lo que le falta, a fin de agradarme más y de santificarse mayormente, entonces Yo, atraído por esos actos me siento forzado a darle nuevas gracias y favores celestiales, y con esto se viene a formar un comercio todo divino entre el alma y Dios, de otra manera, poseyendo el alma en sí la plenitud de la perfección, y por lo tanto de todas las virtudes, no encontraría modos de cómo esforzarse, cómo agradarle más y vendría a faltar la yesca para encender el fuego entre la criatura y el Creador.”

¡Sea siempre bendito el Señor!

+ + + +

Septiembre 9, 1899

Jesús le habla de la nada y del amor que le lleva.

Jesús continúa viniendo pero con un aspecto todo nuevo. Parecía que de su corazón bendito salía un tronco de árbol que tenía tres raíces distintas, y este tronco, de su corazón entraba en el mío, y saliendo de mi corazón el tronco formaba tantas bellas ramas cargadas de flores, de frutos, de perlas y de piedras preciosas, resplandecientes como estrellas fulgidísimas. Ahora, mi amante Jesús, viéndose a la sombra de este árbol, se recreaba todo, mucho más que del árbol caían tantas perlas que formaban un bello adorno a su Santísima Humanidad. Mientras estaba en esta posición me ha dicho:

“Hija mía amadísima, las tres raíces que ves que contiene este árbol son: la Fe, la Esperanza y la Caridad. Y lo que tú ves, que este tronco sale de Mí y se introduce en tu corazón, significa que no hay bien que posean las almas que no venga de Mí; así que después de la Fe, la Esperanza y la Caridad, el primer desarrollo que hace este tronco es el hacer conocer que todo el bien viene de Dios, que de ellas no tienen otra cosa que su propia nada, y que esta nada no hace otra cosa que darme la libertad de hacerme entrar en ellas y hacerme obrar lo que quiero; mientras que hay otras nadas, esto es, otras almas, que con la libre voluntad que tienen se oponen, entonces, faltando este conocimiento, el tronco no produce ni ramas ni frutos, ni ninguna otra cosa de bueno. Las ramas que contiene este árbol, con todo el aparato de las flores, frutos, perlas y piedras preciosas, son todas las diversas virtudes que puede poseer el alma. Ahora, ¿quién ha dado la vida a este árbol tan bello? Ciertamente las raíces, esto significa que la Fe, la Esperanza y la Caridad abrazan todo, contienen todas las virtudes, tanto, que son puestas como base y fundamento del árbol, y sin ellas no se puede producir ninguna otra virtud.”

Así que he comprendido también que las flores significan las virtudes, los frutos los sufrimientos, las piedras y las perlas el sufrir únicamente por el solo amor de Dios. He aquí por qué aquellas perlas que caían formaban ese bello ornamento a Nuestro Señor. Ahora, mientras Jesús se sentaba a la sombra de este árbol, me miraba con ternura toda paterna, entonces, tomado por un raptó amoroso, que parecía que no podía contener en Sí, abrazándome fuertemente ha comenzado a decir:

“¡Cómo eres bella! Tú eres mi candorosa paloma, mi amada morada, mi templo vivo, en el cual unido con el Padre y el Espíritu Santo me complazco en deleitarme. Tu continuo penar por Mí me alivia y consuela de las continuas ofensas que me hacen las criaturas. Debes saber que es tanto el

amor que te tengo, que estoy obligado a esconderlo en parte, para hacer que tú no enloquezcas y puedas vivir, porque si te lo hiciese ver no sólo enloquecerías, sino que no podrías continuar viviendo, tu débil naturaleza quedaría consumada por las llamas de mi Amor.”

Mientras esto decía yo me sentía toda confundir y aniquilar, y me sentía hundir en el abismo de mi nada, porque me veía toda imperfecta, especialmente notaba mi ingratitud y frialdad a las tantas gracias que el Señor me hace. Pero espero que todo redunde a su gloria y honor, esperando con firme confianza que en un esfuerzo de su Amor quiera vencer mi dureza.

+ + + +

Septiembre 16, 1899

Divergencia con Jesús. Efectos del sufrir sólo por Dios.

Esta mañana, mi adorable Jesús ha venido, y temiendo que fuese el demonio le he dicho: “Permíteme que te signe la frente con la cruz”, y en seguida lo he persignado y así he quedado más segura y tranquila.

Ahora, Jesús bendito parecía cansado y se quería reposar en mí, y como también yo me sentía cansada por los sufrimientos de los días pasados, especialmente por sus poquísimas venidas, sentía la necesidad de reposarme en Él. Entonces, después de haber disputado un poco me ha dicho:

“La vida del corazón es el amor. Yo soy como un enfermo que arde por la fiebre, que va buscando un refrigerio, un alivio para el fuego que lo devora. Mi fiebre es el amor, ¿pero dónde obtengo los refrigerios, los alivios más aptos para el fuego que me consume? De las penas y aflicciones sufridos por mis almas predilectas sólo por mi amor; muchas veces estoy esperando y esperando a que el alma se vuelva a Mí para decirme: ‘Señor, sólo por amor tuyo quiero sufrir esta pena.’ ¡Ah sí, estos son mis refrigerios y los alivios más aptos que me alivian y me apagan el fuego que me consume!”

Después de esto se ha arrojado en mis brazos languideciendo para reposarse. Mientras Jesús reposaba yo comprendía muchas cosas sobre las palabras dichas por Él, especialmente sobre el sufrir por amor suyo. ¡Oh, qué moneda de inestimable valor! Si todos la conociéramos haríamos competencia a ver quién pudiera sufrir más, pero yo creo que todos somos cortos de vista para conocer esta moneda tan preciosa, por eso no se llega a tener conocimiento de ella.

+ + + +

Septiembre 19, 1899

Jesús habla de la Fe, de la Esperanza y Caridad.

Encontrándome esta mañana un poco turbada, especialmente por el temor de que no sea Jesús quien viene sino el demonio, y de que mi estado no sea Voluntad de Dios, mientras me encontraba en esta agitación ha venido mi adorable Jesús y me ha dicho:

“Hija mía, no quiero que pierdas el tiempo, pensando en esto tú te distraes de Mí y me haces faltar el alimento para nutrirme; lo que quiero es que pienses solamente en amarme y en estarte toda abandonada en Mí, así me prepararás un alimento muy agradable, y no de vez en cuando como harías si continuases haciendo así, sino continuamente. ¿Y no sería esto tu grandísimo contento, que tu voluntad, con estar abandonada en Mí y con el amarme, fuese alimento para Mí, tu Dios?”

Después de esto me ha hecho ver su corazón y dentro tenía tres globos de luz distintos, que después formaban uno solo, y Jesús volviendo a hablar me ha dicho:

“Los globos de luz que ves en mi corazón son la Fe, la Esperanza y la Caridad, que traje a la tierra para hacer feliz al hombre sufriente, ofreciéndoselos en don; ahora, también a ti te quiero hacer un don más especial.”

Y mientras así decía, de aquellos globos de luz salían como tantos hilos de luz que inundaban mi alma, formando como una especie de red y yo quedaba dentro.

Y Jesús: “Mira en lo que quiero que ocupes tu alma: Primero vuela con las alas de la Fe y sumergiéndote en esa luz conocerás y adquirirás siempre nuevas noticias de Mí, tu Dios, pero al conocerme más tu nada se sentirá casi dispersa, y no tendrás donde apoyarte, pero tú elévate más y arrojándote en el mar inmenso de la Esperanza, el cual son todos mis méritos que adquirí en el curso de mi Vida mortal y todas las penas de mi Pasión, que también de ellas hice don al hombre, y sólo por medio de estos puedes esperar los bienes inmensos de la Fe, porque no hay otro medio para poderlos obtener. Entonces, sirviéndote de estos mis méritos como si fuesen tuyos, tu nada no se sentirá más dispersa y hundida en el abismo de la nada, sino que adquiriendo nueva vida quedará embellecida, enriquecida en modo tal, de atraerse las mismas miradas divinas; y entonces no más tímida, sino que la Esperanza le suministrará el valor, la fuerza, de modo de volver al alma estable como columna, expuesta a todas las inclemencias del aire, como son las diferentes tribulaciones de la vida, que no la moverán nada, y

la Esperanza hará que el alma no sólo se sumerja sin temor en las inmensas riquezas de la Fe, sino que se volverá dueña y llegará a tanto con la Esperanza, de hacer suyo al mismo Dios. ¡Ah! sí, la Esperanza hace llegar al alma hasta donde quiere, la Esperanza es la puerta del Cielo, así que sólo por su medio se abre, porque quien todo espera todo obtiene. Entonces el alma cuando haya llegado a hacer suyo al mismo Dios, súbito, sin ningún obstáculo se encontrará en el océano inmenso de la Caridad, y ahí, llevando consigo la Fe y la Esperanza, se sumergirá dentro y hará una sola cosa conmigo, su Dios.”

El amantísimo Jesús continúa diciendo: “Si la Fe es el rey y la Caridad es la reina, la Esperanza es como madre pacificadora que pone paz en todo, porque con la Fe y la Caridad puede haber tribulaciones, pero la Esperanza, siendo vínculo de paz, convierte todo en paz. La Esperanza es sostén, la Esperanza es alivio, y cuando el alma elevándose con la Fe ve la belleza, la santidad, el amor con el cual es amada por Dios, se siente atraída a amarlo, pero viendo su insuficiencia, lo poco que hace por Dios, el cómo debería amarlo y no lo ama, se siente desconsolada, turbada y casi no se atreve a acercarse a Dios, entonces, en seguida sale esta madre pacificadora de la Esperanza, y poniéndose en medio de la Fe y la Caridad comienza a hacer su oficio de poner paz, así que pone en paz de nuevo al alma, la empuja, la eleva, le da nuevas fuerzas y llevándola ante el rey de la Fe y la reina de la Caridad, excusa al alma, pone ante el alma nueva efusión de sus méritos y les pide que la quieran recibir; y la Fe y la Caridad teniendo en la mira sólo a esta madre pacificadora, tan tierna y llena de compasión, reciben al alma y Dios forma la delicia del alma, y el alma la delicia de Dios.”

¡Oh santa Esperanza, cómo eres admirable! Yo me imagino ver al alma que es poseída por esta bella Esperanza, como un noble viajero que camina para ir a tomar posesión de unas tierras que formarán toda su fortuna, pero como es desconocido y viaja por tierras que no son suyas, quien lo escarnece, quien lo insulta, quien lo despoja de sus vestidos, y quien llega hasta golpearlo y a amenazarlo con matarlo, ¿y el noble viajero qué hace en todas estas dificultades? ¿Se turbará? ¡Ah, no, jamás! Más bien no tomará en cuenta a aquellos que le hacen todo esto y conociendo bien que mientras más sufrirá, tanto más será honrado y glorificado cuando llegue a tomar posesión de sus tierras, por eso él mismo incita a la gente para que lo atormenten más. Pero él siempre está tranquilo, goza la más perfecta paz y en medio de estos insultos está tan calmado, que mientras los demás están despiertos a su alrededor, él está durmiendo en el seno de su suspirado Dios. ¿Quién suministrará a este viajero tanta paz y tanta firmeza para seguir el viaje emprendido? Ciertamente la Esperanza de los bienes eternos que serán

suyos, y así superará todo para tomar posesión de ellos. Ahora, pensando que son suyos, viene a amarlos, y he aquí que la Esperanza hace nacer la Caridad.

¿Quién puede decir lo que Jesús bendito me hace ver con aquella luz? Hubiera querido pasarlo en silencio, pero veo que la señora obediencia dejando el vestido de la amistad, toma el aspecto de guerrero y toma sus armas para hacerme guerra y herirme. ¡Ah, no te armes tan pronto! Deja tus garras, estate tranquila, que por cuanto pueda haré como tú dices, y así permaneceremos siempre amigas.

Ahora, cuando el alma se pone en el extensísimo mar de la Caridad, prueba delicias inefables, goza alegrías inenarrables a un alma mortal. Todo es amor; sus suspiros, sus latidos, sus pensamientos, son tantas voces sonoras que hace resonar en torno a su amadísimo Dios, voces todas de amor que lo llaman a ella, de modo que Dios bendito, atraído, herido por estas voces amorosas, le corresponde, y sucede que los suspiros, los latidos y todo el Ser Divino llaman continuamente al alma hacia Dios.

¿Quién puede decir cómo queda herida el alma por estas voces? ¿Cómo comienza a delirar como si tuviera fiebre altísima, cómo corre como enloquecida y va a arrojarse en el amoroso corazón de su Amado para encontrar refrigerio y a torrentes chupa las delicias divinas? Ella queda ebria de amor, y en medio de su embriaguez entona cantos todos amorosos a su Esposo dulcísimo. ¿Pero quién puede decir todo lo que pasa entre el alma y Dios? ¿Quién puede decir algo sobre esta Caridad que es Dios mismo?

En este momento veo una luz grandísima y mi mente ahora queda asombrada, ahora se fija en un punto, ahora en otro, y hago por ponerlo en el papel pero me siento balbuceante al explicarlo. Así que no sabiendo qué hacer, por ahora hago silencio y espero que la señora obediencia por esta vez quiera perdonarme, pues si ella quiere enojarse conmigo, esta vez no tiene tanta razón porque la culpa es suya, porque no me da una lengua ágil para saber decirlo. ¿Ha comprendido reverendísima obediencia? Quedamos en paz, ¿no es verdad?

+ + + +

Septiembre 21, 1899

Divergencias con la obediencia. La causa de su estado.

Sin embargo, ¿quién lo diría? A pesar de que la culpa es suya, que no me da la capacidad para saberlo manifestar, la señora obediencia se lo ha tomado a mal y ha comenzado a hacerla de tirano cruel, y ha llegado a tal crueldad que me ha quitado la vista de mi amado Bien, mi solo y único

consuelo. Se ve que a veces hasta se comporta como niña, que cuando quiere salirse con la suya en un capricho, si no lo logra por la buena llena la casa con gritos, con llantos, tanto, que se ve uno obligado a contentarla por la fuerza. No hay razones, no hay medios para persuadirla, así hace la señora obediencia, es tenaz; no te hubiera creído así, y como ella quiere vencer, quiere que aun balbuceante escriba sobre la Caridad. ¡Oh Dios santo! Tú mismo vuélvela más razonable, porque en este modo no se puede seguir adelante. Y tú, ¡oh! obediencia, devuélveme a mi dulce Jesús, no me toques más a lo vivo, te pido que no me quites la vista de mi sumo Bien y yo te prometo que aun balbuceante escribiré como quieres tú. Sólo te pido la gracia de que me dejes reanimarme durante algunos días, porque mi mente, demasiado pequeña, no resiste más el estar sumergida en aquel vasto océano de la Caridad divina, especialmente que ahí descubro más mis miserias y mi fealdad, y al ver el amor que Dios me tiene me siento casi enloquecer, así que mi débil naturaleza se siente desfallecer y no puede más. Pero al mismo tiempo me ocuparé en escribir otras cosas para después seguir con la Caridad.

Sigo con mi pobre decir. Encontrándose mi mente ocupada en las cosas dichas antes, pensaba entre mí: “¿En qué aprovecharía escribir esto si yo misma no practicase lo que escribo? Este escrito ciertamente sería una condena para mí.” Mientras esto pensaba, ha venido el bendito Jesús y me ha dicho:

“Este escrito servirá para hacer conocer quién es Aquel que te habla y ocupa tu persona; y además, si no te sirve a ti, mi luz servirá a otros que leerán lo que te hago escribir.”

¿Quién puede decir cómo he quedado mortificada al pensar que otros aprovecharán las gracias que me hace si leen estos escritos, y yo que las recibo no? ¿No me condenarán ellos? Y además, con sólo pensar que llegarán a manos de otros se me oprime el corazón por la pena y por la vergüenza de mí misma. Ahora, permaneciendo en grandísima aflicción iba repitiendo: “¿En qué aprovecha mi estado si servirá de condena?” Y el amorosísimo Jesús regresando me ha dicho:

“Mi Vida fue necesaria para la salvación de los pueblos, y como no la pude continuar sobre la tierra, por eso elijo a quien me place para continuarla en ellos, para poder continuar la salvación de los pueblos, he aquí el provecho de tu estado.”

+ + + +

Septiembre 22, 1899

Jesús le habla de sus escritos. Contendas con la obediencia.

Sintiéndome un clavo clavado en el corazón por las palabras que ayer dijo mi dulce Jesús, y siendo Él siempre benigno con esta miserable pecadora, para aliviar mis penas ha venido y compadeciéndome toda me ha dicho:

“Hija mía, no quieras afligirte más. Debes saber que todo lo que te hago escribir, o sobre las virtudes o bajo alguna semejanza, no es otra cosa que hacer que te pintes tú misma, y a aquella perfección a la cual he hecho llegar tu alma.”

¡Oh Dios! Qué gran repugnancia siento al escribir estas palabras, porque no me parece que sea verdad lo que dice. Siento que no entiendo aún qué cosa sea virtud y perfección, pero la obediencia así lo quiere, y es mejor morir que tener que ver con ella. Mucho más que tiene dos caras: Si se hace como ella dice, toma el aspecto de señora y te acaricia como amiga fiel y hasta te promete todos los bienes que hay en el Cielo y en la tierra; pero si después descubre una sombra de dificultad en contra, súbito, sin que uno lo advierta, si uno la mira se encuentra como un guerrero que está preparando sus armas para herirte y destruirte. ¡Oh mi Jesús! ¿Qué tipo de virtud es esta obediencia que hace temblar con solo pensar en ella?

Entonces, mientras Jesús me decía aquellas palabras, yo le he dicho: “Mi buen Jesús, ¿en qué aprovecha a mi alma el tener tantas gracias, si después me amargan toda mi vida, especialmente en las horas de tu privación? Porque el comprender quién eres Tú y de quién estoy privada, es un continuo martirio para mí, por lo tanto no me sirven más que para hacerme vivir continuamente amargada.”

Y Él ha agregado: “Cuando una persona ha gustado lo dulce de un alimento y después es obligada a tomar lo amargo, para quitar esa amargura se duplica el deseo de gustar lo dulce, y esto sirve mucho a aquella persona, porque si gustara siempre lo dulce sin probar jamás lo amargo, no tendría gran aprecio por lo dulce, y si siempre gustara lo amargo sin conocer lo dulce, no conociéndolo, ni siquiera lo desearía, por eso lo uno y lo otro sirven, y así te sirven también a ti.”

Y yo: “Pacientísimo Jesús mío, perdóname por tener que soportar a un alma tan mísera e ingrata, me parece que esta vez quiero investigar demasiado.”

Y Jesús: “No te turbes, soy Yo mismo el que pongo las dificultades en tu interior para tener ocasión de conversar contigo, y a la vez para instruirte en todo.”

+ + + +

Septiembre 25, 1899

Temor de que sus escritos puedan encontrarse en manos de otros.

En mi mente estaba pensando: “Si estos escritos llegaran a manos de alguien, tal vez dirá: ‘Ha de ser una buena cristiana, porque el Señor le hace tantas gracias’, sin saber que a pesar de todo esto soy todavía muy mala. He aquí como las personas se pueden engañar tanto en el bien, como en el mal. ¡Ah Señor, sólo Tú conoces la verdad y el fondo de los corazones!” Mientras esto pensaba ha venido el bendito Jesús, y me ha dicho:

“Amada mía, ¿y si las gentes supieran que tú eres mi defensora y la de ellas?”

Y yo: “Mi Jesús, ¿qué dices?”

Y Él: “¡Cómo! ¿No es verdad que tú me defiendes de las penas que ellas me dan al ponerte en medio entre Yo y ellas, y tomas sobre ti el golpe que Yo estaba por recibir en Mí, y el que Yo debía descargar sobre ellas? Y si alguna vez no los recibes sobre ti es porque no te lo permito, y esto con una gran pena, hasta lamentarte conmigo, ¿lo puedes acaso negar?”

“No Señor, no puedo negarlo, pero veo que es una cosa que Tú mismo has infundido en mí, por eso digo que el hecho no es que yo sea buena, y me siento toda confundida al oír que me dices estas palabras.”

+ + + +

Septiembre 26, 1899

Causa por la que Jesús no toma en cuenta las oposiciones. Vista abstractiva e intuitiva del alma.

Esta mañana, habiendo venido mi adorable Jesús me ha transportado fuera de mí misma, pero con mi suma pena lo veía de espaldas, y por cuanto le he rogado que me dejara ver su santísimo rostro, me resultaba imposible. En mi interior iba diciendo: “Quién sabe, a lo mejor son mis oposiciones a la obediencia de escribir por lo que no se digna hacer ver su rostro

adorable.” Y mientras esto decía lloraba. Después de que me ha hecho llorar se ha volteado y me ha dicho:

“Yo no tomo en cuenta tus oposiciones, porque tu voluntad está tan fundida con la mía que no puedes querer sino lo que quiero Yo, por eso mientras te repugna, al mismo tiempo te sientes atraída como por un imán a hacerlo, así que tus repugnancias no sirven para otra cosa que para volver más bella y resplandeciente la virtud de la obediencia, por eso no las tomo en cuenta.”

Después he visto su bellissimo rostro, y en mi interior sentía un contento indescriptible, y dirigiéndome a Él le he dicho: “Dulcísimo Amor mío, si yo siento tanto deleite al verte, ¿qué habrá sentido nuestra Mamá Reina cuando te encerraste en su seno purísimo? ¿Qué contentos, cuántas gracias no le diste?”

Y Él: “Hija mía, fueron tales y tantas las delicias y las gracias que vertí en Ella, que basta decirte que lo que Yo soy por naturaleza, nuestra Madre lo llegó a ser por Gracia; mucho más, pues no teniendo culpa, mi Gracia pudo dominar en Ella libremente, así que no hay cosa de mi Ser que no le conferí a Ella.”

En aquel instante me parecía ver a nuestra Reina Madre como si fuese otro Dios, con esta sola diferencia, que en Dios es naturaleza propia, y en María Santísima es gracia conseguida. ¿Quién puede decir cómo he quedado asombrada? ¿Cómo mi mente se perdía al ver un portento de gracia tan prodigioso? Entonces, dirigiéndome a Él le he dicho: “Amado Bien mío, nuestra Madre tuvo tanto bien porque te hacías ver intuitivamente; yo quisiera saber cómo te muestras a mí, con la vista abstractiva o intuitiva. Quién sabe si es también abstractiva.”

Y Él: “Quiero hacerte entender la diferencia que hay entre una y otra. En la abstractiva el alma mira a Dios; en la intuitiva entra dentro de Él y consigue las gracias, esto es, recibe en sí la participación del Ser Divino, y tú, ¿cuántas veces no has participado de mi Ser? Ese sufrir que en ti parece como si fuera connatural, esa pureza que llegas hasta sentir como si no tuvieras cuerpo y tantas otras cosas, ¿no te las he dado cuando te he atraído a Mí intuitivamente?”

“¡Ah! Señor, es verdad, y yo, ¿cuales agradecimientos te he dado por todo esto? ¿Cuál ha sido mi correspondencia? Siento vergüenza de sólo pensarlo, pero ¡ah! perdóname y haz que me puedan conocer en el Cielo y en la tierra como un sujeto de tus infinitas misericordias.

Septiembre 30, 1899

Tentaciones. Cómo la paciencia en sufrir las tentaciones es como un alimento sustancioso.

Primero debo decir que he pasado una hora de infierno. Luego, rápidamente he mirado una imagen del niño Jesús, y un pensamiento como rayo ha dicho al niño: “¡Cómo eres feo!” He tratado de no darle importancia ni turbarme para evitar cualquier juego con el demonio, pero a pesar de esto aquel rayo diabólico me ha penetrado en el corazón, y sentía que mi pobre corazón odiaba a Jesús. ¡Ah sí, me sentía en el infierno haciendo compañía a los condenados; sentía el amor cambiado en odio! ¡Oh Dios, qué pena el no poderte amar! Decía: “Señor, es verdad que no soy digna de amarte, pero al menos acepta esta pena, que quisiera amarte y no puedo.”

Después de haber pasado en el infierno más de una hora, parece que he salido, gracias a Dios, ¿pero quién puede decir cuán afligido ha quedado mi pobre corazón, débil por la guerra sostenida entre el odio y el amor? Sentía tal postración de fuerzas que me parecía no tener más vida. Entonces fui sorprendida por mi habitual estado, pero oh, cómo estaba decaída, mi corazón y todas las potencias interiores que con ansia inenarrable desean y van en busca de su sumo y único Bien, y sólo se detienen cuando lo han encontrado y con sumo contento se lo gozan, esta vez no se atrevían a moverse, estaban tan aniquiladas, confundidas y abismadas en su propia nada, que no se hacían sentir. ¡Oh Dios, qué golpe cruel ha tenido que sufrir mi pobre corazón! Con todo esto mi siempre benigno Jesús ha venido y su vista consoladora me ha hecho olvidar rápidamente el haber estado en el infierno, tanto, que ni siquiera he pedido perdón a Jesús. Las potencias interiores, humilladas, cansadas como estaban, parecía que se reposaban en Él, todo era silencio, por ambas partes no había más que alguna mirada amorosa con la que nos heríamos el corazón uno al otro. Después de haber estado por algún tiempo es este profundo silencio, Jesús me ha dicho:

“Hija mía, tengo hambre, dame alguna cosa.”

Y yo: “No tengo nada que darte.” Pero en ese mismo instante he visto un pan y se lo he dado, y parecía que Él con todo gusto se lo comía. Ahora, en mi interior iba diciendo: “Hace ya algunos días que no me dice nada.” Y Jesús ha respondido a mi pensamiento:

“A veces el esposo se complace en tratar con su esposa, confiarle sus más íntimos secretos; otras veces se deleita con más gusto en descansar y en contemplarse mutuamente su belleza, mientras que el hablar impide el

reposarse, y el solo pensamiento de lo que se debe decir o de que cosa se debe tratar, no deja poner atención en ver la belleza del esposo y de la esposa, pero sin embargo esto sirve, porque después de haberse reposado y comprendido de más su belleza, vienen a amarse más y con mayor fuerza salen para trabajar, tratar y defender sus intereses. Así estoy haciendo contigo, ¿no estás contenta?”

Después de esto un pensamiento me ha relampagueado en la mente, acerca de la hora pasada en el infierno y súbito he dicho: “Señor, perdóname cuántas ofensas te he hecho.”

Y Él: “No quieras afligirte ni turbarte, soy Yo quien conduce al alma hasta en lo profundo del abismo, para poder después conducirla más rápido al Cielo.”

Después me hizo comprender que aquel pan que encontré en mí no era otra cosa que la paciencia con la cual había soportado esa hora de sangrienta batalla, así que la paciencia, la humillación, el ofrecimiento a Dios de lo que se sufre en tiempo de tentación, es un pan sustancioso que se da a Nuestro Señor, y que Él acepta con mucho gusto.

+ + + +

Octubre 1, 1899

Jesús habla con amargura de los abusos de los sacramentos.

Esta mañana Jesús seguía haciéndose ver en silencio, pero con un aspecto afligidísimo y tenía clavada en la cabeza una tupida corona de espinas; mis potencias interiores las sentía en silencio y no se atrevían a decir una sola palabra; viendo que sufría mucho en la cabeza he extendido mis manos y poco a poco le he quitado la corona, pero, ¡qué acerbo espasmo sufría, cómo se abrían las heridas y la sangre corría a ríos! A decir verdad era cosa que desgarraba el alma. Después de haberle quitado la corona de espinas la he puesto sobre mi cabeza, y Él mismo ayudaba a que penetrara bien, pero todo era silencio por ambas partes; pero cuál ha sido mi asombro, porque poco después lo he mirado de nuevo y le estaban poniendo otra corona de espinas con las ofensas que le hacían. ¡Oh perfidia humana! ¡Oh incomparable paciencia de mi Jesús, cuán grande eres! Y Jesús callaba y casi no los veía para no saber quiénes eran sus ofensores. Entonces de nuevo se la he quitado, y avivándose todas mis potencias interiores por una tierna compasión le he dicho:

“Amado Bien mío, dulce Vida mía, ¿dime por qué no me dices más nada? No ha sido jamás tu costumbre esconderme tus secretos. ¡Ah!,

hablemos un poco, así desahogaremos un poco el dolor y el amor que nos oprime.”

Y Él: “Hija mía, tú eres el alivio en mis penas, sin embargo debes saber que no te digo nada porque tú me obligas siempre a no castigar a las gentes, quieres oponerte a mi Justicia; y si no hago como tú quieres quedas descontenta y Yo siento una pena de más, o sea el no tenerte contenta, así que para evitar disgustos por ambas partes, mejor hago silencio.”

Y yo: “Mi buen Jesús, ¿acaso has olvidado cuánto sufres Tú mismo después de que has usado la Justicia? El verte sufrir en las criaturas es lo que me decide a forzarte para que no castigues a la gente; y además ese ver a las mismas criaturas volverse contra Ti como tantas víboras venenosas, que si estuviera en su poder ya te hubieran quitado la Vida porque se ven bajo tus flagelos y así irritan más tu Justicia, no me da valor para decir Fiat Voluntas Tua.”

Y Él: “Mi Justicia no puede seguir más allá; me siento herir por todos: por sacerdotes, por devotos, por seglares, especialmente por el abuso de los sacramentos: Quien no les presta ninguna atención, agregando los desprecios; quienes, frecuentándolos, de ellos hacen una plática de placer; y quien no estando satisfecho en sus caprichos, llega por esto a ofenderme. ¡Oh! cómo queda desgarrado mi corazón al ver reducidos los sacramentos como aquellas cuadros pintados, o como aquellas estatuas de piedra, que de lejos parecen vivas, pero si se acerca uno se comienza a descubrir el engaño, y entonces si se hace por tocarlas, ¿qué cosa se encuentra? Papel, piedra, madera, objetos inanimados, y se queda desengañado del todo, así son reducidos los sacramentos, para la mayor parte no hay otra cosa que la sola apariencia y quedan más sucios que limpios. Y además, el espíritu de interés que reina en los religiosos es para llorar, ¿no te parece que son todo ojos ahí donde hay una miserable ganancia, hasta llegar a envilecer su dignidad? Pero donde no está el interés no tienen manos ni pies para moverse ni siquiera un poquito. Este espíritu de interés les llena tanto el interior, que desborda al exterior y hasta los mismos seglares sienten la peste, y escandalizados no tienen fe en sus palabras. ¡Ah sí, ninguno deja de ofenderme! Hay quien me ofende directamente, y quien, pudiendo impedir tanto mal no se preocupa en hacerlo, así que no tengo a quien dirigirme; pero Yo los castigaré de manera de hacerlos inútiles, y a quien destruiré perfectamente, llegarán a tanto, que quedarán desiertas las iglesias sin tener quien administre los sacramentos.”

Interrumpiendo su decir, toda espantada he dicho: “Señor, ¿qué dices? Si hay quienes abusan de los sacramentos, también hay muchas hijas buenas

que los reciben con las debidas disposiciones y sufren mucho si no los frecuentan.”

Y Él: “Demasiado escaso es su número, y además, su pena por no poder recibirlos servirá como una reparación a Mí y para ser víctimas por aquellos que abusan.”

¿Quién puede decir cómo he quedado herida por este hablar de Jesús bendito? Pero espero que quiera aplacarse por su infinita Misericordia.

+ + + +

Octubre 3, 1899

Divergencias con la obediencia, y cómo ésta es Jesús mismo.

Esta mañana, Jesús continuaba haciéndose ver afligido; yo no tenía valor de decirle ni una palabra a mi pacientísimo Jesús, por temor de que volviera a lamentarse por el estado religioso, y esto porque la obediencia quiere que escriba todo, también lo que respecta a la caridad del prójimo, y esto es tan penoso para mí que he debido luchar a brazo partido con la señora obediencia, la que tomó su aspecto de guerrero potentísimo armado con sus armas para darme la muerte. En verdad me he encontrado en tales estrecheces, que yo misma no sabía qué hacer. Escribir según la luz con la que Jesús me hacía ver la caridad del prójimo me parecía imposible, me sentía herir el corazón por mil espinas, me sentía enmudecer la boca y disminuir el ánimo y le decía: “Amada obediencia, tú sabes cuánto te amo y que de buena gana, por amor tuyo, daría la vida, pero veo que aquí no puedo, y tú misma ves el desgarramiento de mi alma, ¡ah! no te vuelvas enemiga, no seas despiadada conmigo, sé más indulgente con quien tanto te ama, ven conmigo tú misma y veamos juntas lo que más nos conviene decir.”

Así parece que ha depuesto su furor, y ella misma dictaba lo que era más necesario, encerrando en pocas palabras todo el sentido de las diferentes cosas respecto a la Caridad, aunque a veces quería ser más detallada y yo le decía: “Basta, que con un poco de reflexión entiendan lo que significa, ¿no es mejor encerrar en una palabra todo el significado, que en tantas palabras?”

A veces cedía la obediencia, a veces yo, y así parece que hemos estado de acuerdo. Cuánta paciencia se necesita con esta bendita señora obediencia, verdaderamente señora, porque basta que se le dé el derecho de dominar, y cambia su aspecto por el de un mansísimo cordero, ella misma hace el sacrificio del trabajo y hace reposar al alma con su Señor, poniéndose ella alrededor con ojo vigilante para hacer que nadie ose

molestarla ni interrumpir su sueño; y mientras el alma duerme, ¿esta noble señora qué hace? Ella está sudando, apurándose en el trabajo que le tocaba al alma, cosa que verdaderamente hace asombrar a cualquier mente humana inteligente, y mueve a los corazones a amarla.

Ahora, mientras esto digo, en mi interior pienso: “¿Pero qué cosa es esta obediencia? ¿De qué está formada? ¿Cuál es el alimento que la sostiene?” Y Jesús hace oír su armoniosa voz en mi oído que dice:

“¿Quieres saber qué cosa es la obediencia? La obediencia es la quintaesencia del amor; la obediencia es el amor más fino, más puro, más perfecto, extraído por el sacrificio más doloroso, cual es el destruirse a sí mismo para vivir de Dios. La obediencia, siendo nobilísima y divina no admite en el alma nada de humano y que no sea suyo, por eso toda su atención es destruir en el alma todo lo que no pertenece a su nobleza divina, como es el amor propio; y hecho esto poco le interesa que sea ella sola la que se esfuerce y se fatigue por lo que debería hacer el alma, y a ésta la hace reposar tranquilamente. Finalmente, la obediencia soy Yo mismo.”

¿Quién puede decir cómo he quedado maravillada y estática al oír este hablar de Jesús bendito? ¡Oh! santa obediencia, cómo eres incomprensible, yo me postro a tus pies y te adoro; te pido que seas mi guía, maestra, luz en el desastroso camino de la vida, para que guiada, enseñada, escoltada por tu luz purísima pueda con seguridad tomar posesión del puerto eterno. Termine casi esforzándome en salir de esta virtud de la obediencia, de otra manera no terminaría jamás de hablar, es tanta la luz que veo de esta virtud, que podría escribir siempre sobre de ella, pero otras cosas me llaman, por eso hago silencio y sigo donde dejé.

Entonces veía a mi dulce Jesús afligido, y recordando que la obediencia me había dicho que rezara por una persona, con todo el corazón la he encomendado, y Jesús me ha dicho:

“Hija mía, que haga de manera que todas sus obras resplandezcan sólo de virtud, pero especialmente le recomiendo que no se inmiscuya en las cosas de familia: si tiene alguna cosa, que se deshaga de ella; si no tiene, no quiero que él se entrometa; que deje que las cosas las haga quien debe y él permanezca libre, sin enfangarse en las cosas terrenas, de otra manera vendría a incurrir en la desventura de los demás, que al principio, habiendo querido inmiscuirse en alguna cosa de familia, después todo el peso ha quedado en sus hombros, y Yo, sólo por mi Misericordia he debido permitir que no prosperaran, sino más bien que empobrecieran y así hacerles tocar con la mano cuán inconveniente es a un ministro mío enfangarse en las cosas terrenas; mientras, palabra salida de mi boca, que a los ministros de mi santuario, siempre y cuando no toquen las cosas terrenas, jamás les habría

faltado el alimento cotidiano. Ahora, si a estos Yo los hubiera hecho prosperar, habrían enfangado su corazón y no habrían puesto atención ni a Dios ni a las cosas pertenecientes a su ministerio; ahora, aburridos, cansados de su estado, quisieran liberarse pero no pueden, y esto es en castigo por lo que no deberían hacer.”

Después le encomendé a un enfermo, y Jesús me mostraba sus llagas que le había hecho aquel enfermo. Yo he tratado de rogarle, aplacararlo y repararlo, y parecía que aquellas llagas se cerraban. Y Jesús, todo bondad me ha dicho:

“Hija mía, hoy tú has hecho el oficio de un médico expertísimo, que no sólo ha tratado de aliviar, de vendar, sino también de curar las llagas que me hizo ese enfermo, por eso me siento muy aliviado y aplacado.”

Entonces he comprendido que rezando por los enfermos se hace el oficio de médico a Nuestro Señor, que sufre en sus mismas imágenes.

+ + + +

Octubre 7, 1899

Ve a Jesús enojado contra las gentes

Esta mañana el bendito Jesús no venía y he debido armarme de paciencia para esperarlo. En mi interior decía: “Mi amado Jesús, ven, no me hagas esperar tanto, desde ayer en la noche no te veo y ahora ya es demasiado tarde y Tú no vienes aún. Mira con cuánta paciencia te he esperado; ¡ah! no hagas que llegue a impacientarme porque tardas tanto en venir, pues la causa eres Tú con tus tardanzas. Por eso ven, porque no puedo más.”

Ahora, mientras estaba diciendo estos y otros disparates, mi único Bien ha venido, pero con sumo dolor mío lo he visto enojado con las gentes. Súbito le he dicho: “Mi buen Jesús, te pido que hagas la paz con el mundo.”

Y Él: “Hija, no puedo, Yo soy como un rey que quiere entrar en una casa, pero aquella casa está llena de cosas inmundas, de podredumbre y de muchas otras porquerías. El rey, como rey tiene el poder de entrar, no hay nadie que se lo pueda impedir y aun puede limpiar aquella habitación con sus propias manos, pero no quiere hacerlo porque no es decoroso a su real persona descender a tantas bajezas, y mientras que la habitación no sea limpiada por otros, con todo y que tenga el poder, el querer, y un gran deseo, aunque sufra no se dignará poner en ella el pie. Así soy Yo, soy Rey que puedo y quiero, pero quiero su voluntad, quiero que quiten la podredumbre de las culpas para entrar y hacer la paz con ellos. No, no es decoroso a mi

realiza el entrar y ponerme en paz con ellos, es más, no haré otra cosa que mandar castigos; el fuego de la tribulación los inundará por todas partes hasta aterrarlos, a fin de que se recuerden que existe un Dios, el único que puede ayudarlos y liberarlos.”

Y yo, interrumpiendo su hablar le he dicho: “Señor, si quieres echar mano de los castigos yo me quiero ir al Cielo, no quiero estar más en esta tierra, ¿cómo podrá resistir mi corazón el ver sufrir a tus criaturas?” Y Jesús tomando un aspecto benigno me ha dicho:

“¿Si tú te vienes, Yo a dónde iré a morar en esta tierra? Por ahora pensemos en estar juntos acá, porque en el Cielo tendremos largo tiempo para estar juntos, como es toda la eternidad; y además, demasiado pronto has olvidado el oficio de hacerme de madre en la tierra. Por lo tanto, mientras castigue a las gentes Yo vendré a refugiarme y moraré contigo.”

Y yo: “Ah Señor, ¿de qué ha servido mi estado de víctima por tantos años? ¿Qué bien les ha llegado a los pueblos, ya que Tú me decías que me querías como víctima para evitar los castigos a las gentes? Y ahora me haces ver que esos castigos, en vez de que sucedieran tantos años atrás, van a suceder ahora, ni más ni menos que esto.”

Y Él: “Hija mía, no digas eso, mi magnanimidad ha sido por amor tuyo, y el bien que ha venido de esto ha sido que terribles castigos que debían hacer estragos por muchísimo tiempo, ahora por eso serán más breves. ¿Y no es esto un bien, que alguien en vez de estar por muchos años bajo el peso de un castigo, sólo lo esté por pocos? Además, en el curso de estos años pasados, guerras, muertes imprevistas que no debían tener tiempo de convertirse, ahora en cambio lo han tenido y se han salvado, ¿no es esto un gran bien? Amada mía, por ahora no es necesario hacerte comprender el provecho de tu estado para ti y para los pueblos, pero te lo mostraré cuando vengas al Cielo y el día del juicio lo mostraré a todas las naciones. Por eso no hables más en este modo.”

+ + + +

Octubre 14, 1899

Jesús dice cómo son necesarios los castigos, y habla en modo conmovedor de la Esperanza.

Esta mañana me sentía un poco turbada y toda aniquilada en mí misma. Me veía como si el Señor me quisiera arrojar de Sí. ¡Oh Dios, qué pena tan desgarradora es esta! Mientras me encontraba en tal estado, el bendito Jesús

ha venido con una cuerdecilla en la mano y golpeando mi corazón tres veces me ha dicho:

“Paz, paz, paz. ¿No sabes tú que el reino de la Esperanza es reino de paz, y el derecho de esta Esperanza es la justicia? Tú, cuando veas que mi Justicia se arma contra las gentes, entra en el reino de la Esperanza, e invistiéndote de las cualidades más potentes que ella posee, sube hasta mi trono y haz cuanto puedas para desarmar mi brazo armado; y esto lo harás con las voces más elocuentes, más tiernas, más piadosas, con las razones más poderosas, con las oraciones más ardientes que la misma Esperanza te dictará. Pero cuando veas que la misma Esperanza está por sostener ciertos derechos de justicia que son absolutamente necesarios, y que quererlos ceder sería un querer hacer afrenta a sí misma, lo que no puede ser jamás, entonces confórmate a Mí y cede a la Justicia.”

Y yo, más aterrada que nunca porque debía ceder a la Justicia le he dicho: “Ah Señor, ¿cómo puedo hacer esto? Me parece imposible, el solo pensamiento de que debes castigar a las gentes, siendo tus imágenes, no puedo tolerarlo, si al menos fueran criaturas que no te pertenecieran. Sin embargo esto es nada, lo que más me desgarras es que te debo ver a Ti, casi estoy por decir, golpeado por Ti mismo, abofeteado, flagelado, afligido, porque los castigos caerán sobre tus mismos miembros, no sobre los otros, y por eso Tú mismo vendrás a sufrir. Dime, mi solo y único Bien, ¿cómo podrá resistir mi corazón el verte sufrir, golpeado por Ti mismo? Que te hagan sufrir las criaturas, son siempre criaturas y es más tolerable, pero esto es tan duro que no puedo aceptarlo, por eso no puedo conformarme contigo, ni ceder.”

Y Él, apiadándose y enterneciéndose todo por este hablar mío, tomando un aspecto afligido y benigno me ha dicho:

“Hija mía, tú tienes razón en que quedaré golpeado en mis mismos miembros, tanto que al oírte hablar todas mis entrañas me las siento conmovidas y mover a misericordia, y el corazón me lo siento destrozarse de ternura. Pero créeme a Mí que son necesarios los castigos, y si tú no quieres verme golpeado ahora un poco, me verás golpeado después más terriblemente, porque más me ofenderán, ¿y esto no te disgustaría más? Por eso confórmate conmigo, de otra manera me obligarás, para no verte disgustada, a no decirte ya nada y con esto vendrás a negarme el alivio que siento al conversar contigo. ¡Ah! sí, me reducirás al silencio sin tener con quién desahogar mis penas.”

¿Quién puede decir cómo he quedado amargada por su hablar? Y Jesús como si me quisiera distraer de mi aflicción, continuó hablando sobre la Esperanza diciéndome:

“Hija mía, no te turbes, la Esperanza es paz, y así como Yo en el momento mismo de hacer justicia estoy en la más perfecta paz, así tú, sumergiéndote en la Esperanza estate en paz. El alma que está en la Esperanza, al quererse afligir, turbar, desconfiar, incurriría en la desventura de aquella que, mientras posee millones y millones de monedas y es reina de varios reinos, va imaginando y dando lamentos diciendo: ‘¿De qué voy a vivir? ¿Cómo me vestiré? ¡Ay, me muero por el hambre! ¡Soy muy infeliz! ¡Me reduciré a la más estrecha miseria y terminaré con perecer!’ Y al decir esto llora, suspira y pasa sus días triste, escuálida, inmersa en la más grande tristeza. Y esto no es todo, lo que es peor es que si ve sus tesoros, si camina por sus propiedades, en vez de alegrarse se aflige más, pensando en su fin próximo y viendo el alimento no lo quiere tocar para sostenerse, y si alguno quiere persuadirla haciéndole tocar con la mano sus riquezas, mostrándoselas y diciéndole que no puede ser que se reduzca a la más estrecha miseria, ella no se convence, queda aturdida y llora todavía más su triste suerte. Ahora, ¿qué diría la gente de ella? Que está loca, que se ve que no tiene razón, que ha perdido el cerebro; la razón está clara, no puede ser de otra manera. No obstante puede darse el que esta tal pueda caer en la desventura que se imagina, ¿pero de qué modo? Saliendo de sus reinos, abandonando todas sus riquezas y yendo a tierras extranjeras, en medio de gente bárbara donde nadie se digne darle ni una migaja de pan. Y he aquí que su fantasía se ha hecho realidad; lo que era falso ahora es verdad, ¿pero quién ha sido la causa? ¿A quién se culparía de un cambio de estado tan triste? A su pérfida y obstinada voluntad. Precisamente así es un alma que se encuentra en posesión de la Esperanza, el quererse turbar, desanimar, es ya la más grande locura.”

Y yo: “¡Ah! Señor, ¿cómo puede ser que el alma pueda estar siempre en paz viviendo en la Esperanza? ¿Y si el alma comete algún pecado, cómo puede estar en paz?”

Y Jesús: “En el momento en el que el alma peca se sale del reino de la Esperanza, ya que pecado y Esperanza no pueden estar juntos. Cualquier razón acepta que cada uno está obligado a respetar, conservar y cultivar lo que es suyo; ¿quién es aquel hombre que va a sus terrenos y quema lo que posee? ¿Quién es quien no tiene celosamente custodiadas sus pertenencias? Creo que ninguno. Ahora, el alma que vive en la Esperanza, con el pecado ofende a la misma Esperanza y si estuviese en su poder quemaría todos los bienes que posee la Esperanza, y entonces se encontraría en la desventura de aquella tal que, abandonando sus bienes va a vivir a tierras extrañas. Así el alma, con el pecado, alejándose de esta madre pacífica, de la Esperanza tan tierna y piadosa que llega a alimentarla con sus mismas carnes, como es

Jesús en el sacramento, objeto primario de nuestra esperanza, se va a vivir en medio de gente bárbara como son los demonios, que negándole hasta el más mínimo consuelo no la alimentarán de otra cosa más que de veneno, que es el pecado. No obstante, ¿esta madre piadosa qué hace? ¿Mientras el alma se aleja de ella se quedará indiferente? ¡Ah no! llora, reza, la llama con las voces más tiernas, más conmovedoras, va junto a ella y sólo se contenta cuando la regresa a su reino.”

Mi dulce Jesús continua diciéndome: “La naturaleza de la Esperanza es paz, y lo que ella es por naturaleza, el alma que vive en el seno de esta madre pacífica lo consigue por gracia.”

Y en el momento mismo en que Jesús bendito dice estas palabras, con una luz intelectual me hace ver bajo la semejanza de una madre lo que ha hecho esta Esperanza por el hombre. ¡Oh, qué escena tan conmovedora y ternísima, que si todos la pudiesen ver llorarían de pena hasta los corazones más duros y todos se aficionarían, la querrían tanto, que resultaría imposible separarse por un solo momento de sus rodillas maternas. Y ahora trataré de decir lo que comprendo y puedo:

El hombre vivía encadenado, esclavo del demonio, condenado a la muerte eterna, sin esperanza de poder resurgir a la vida eterna; todo estaba perdido y su suerte estaba en ruinas. Esta madre vivía en el empíreo, unida con el Padre y el Espíritu Santo, bienaventurada, feliz con Ellos; pero parecía que no estuviera contenta, quería a sus hijos, a sus amadas imágenes en torno a ella, la obra más bella salida de sus manos. Ahora, mientras estaba en el Cielo su ojo estaba atento al hombre que estaba perdido en la tierra, toda ella se ocupa de la manera de salvar a estos sus amados hijos, y viendo que estos hijos no pueden absolutamente satisfacer a la Divinidad, aun a costa de cualquier sacrificio, pues son muy inferiores a Ella, ¿qué cosa hace esta madre piadosa? Ve que no hay otro medio para salvar a estos hijos que dar la propia vida para salvar la de ellos, y tomar sobre sí sus penas y miserias y hacer todo lo que ellos debían hacer por ellos mismos, entonces, ¿qué piensa hacer? Esta madre amorosa se presenta ante la divina Justicia con lágrimas en los ojos, con las voces más tiernas, con las razones más potentes que su magnánimo corazón le dicta y dice: “Gracia te pido para mis perdidos hijos, no me resiste el ánimo verlos separados de Mí, a cualquier costo quiero salvarlos, y si bien veo que no hay otro medio que poner mi propia vida, la quiero poner con tal de que readquieran la de ellos. ¿Qué cosa quieres de ellos? ¿Reparación? Reparo yo por ellos. ¿Gloria, honor? Yo te honro y glorifico por ellos. ¿Agradecimientos? Yo te agradezco, todo lo que quieres de ellos te lo doy Yo, con tal que los pueda tener junto conmigo reinando.”

La Divinidad queda conmovida al ver las lágrimas, el amor de esta piadosa madre y convencida por sus potentes razones se siente inclinada a amar a estos hijos, y lloran juntos su desventura, y poniéndose de acuerdo concluyen que aceptan el sacrificio de la vida de esta madre, quedando por ello plenamente satisfechos, para readquirir a estos hijos. No apenas es firmado el decreto, desciende en seguida del Cielo y viene a la tierra, y dejando sus vestiduras reales que tenía en el Cielo se viste de las miserias humanas como si fuese la más vil esclava, y vive en la pobreza más extrema, en los sufrimientos más inauditos, en los desprecios más insoportables a la naturaleza humana; no hace otra cosa que llorar e interceder por sus amados hijos. Pero lo que más lo hace a uno quedar asombrado, tanto de esta madre como de estos hijos, es que mientras ella ama tanto a estos hijos, éstos, en vez de recibir a esta madre con los brazos abiertos ya que viene a salvarlos, hacen lo contrario; ninguno la quiere recibir ni reconocer, es más, la obligan a ir errante, la desprecian y empiezan a planear cómo matar a esta madre tan tierna y excesivamente amante de ellos. ¿Qué hará esta madre tan tierna al verse tan malamente correspondida por sus ingratos hijos? ¿Se detendrá acaso? ¡Ah! no, más bien se enciende más de amor por ellos y corre de un punto a otro para reunirlos y ponérselos en su regazo. ¡Oh, cómo se fatiga, cómo se cansa hasta gotear sudor, no sólo de agua sino también de sangre! No se da un momento de tregua, está siempre en actitud de efectuar su salvación, provee a todas sus necesidades, remedia todos sus males pasados, presentes y futuros; en suma, no hay cosa que no ordene y disponga para su bien.

¿Pero qué cosa hacen estos hijos? ¿Se han tal vez arrepentido de la ingratitud que tuvieron al recibirla? ¿Han cambiado sus pensamientos en favor de esta madre? ¡Ah! no, la miran con malos ojos, la deshonran con las calumnias más negras, le procuran oprobios, desprecios, confusiones, la golpean con todo tipo de flagelos, reduciéndola toda a una llaga y terminan con hacerla morir con una muerte, la más infame que se pueda encontrar, en medio de crueles espasmos y dolores. Pero, ¿qué cosa hace esta madre en medio de tantas penas? ¿Odiará tal vez a estos hijos tan rebeldes e insolentes? ¡Ah no, jamás! Ahora más que nunca los ama extremadamente, ofrece sus penas por su misma salvación y expira con la palabra de la paz y del perdón.

¡Oh! madre mía bella, ¡oh amada Esperanza, cuán amable eres en ti misma, yo te amo! ¡Ah! tenme siempre en tu regazo y seré la más feliz del mundo. Ahora, mientras estoy determinada a dejar de hablar de la Esperanza, una voz me resuena por todas partes que dice:

“La Esperanza contiene todo el bien, presente y futuro, y quien vive en su regazo y crece sobre sus rodillas, todo lo que quiere obtiene. ¿Qué cosa quiere el alma: gloria, honor? La Esperanza le dará todo el honor y la gloria más grande en la tierra ante todas las gentes, y en el Cielo la glorificará eternamente. ¿Querrá tal vez riqueza? ¡Oh! esta madre Esperanza es riquísima, y lo que es más, dando sus bienes a sus hijos no disminuyen sus riquezas en nada; además, estas riquezas no son fugaces y pasajeras, sino eternas. ¿Querrá placeres, contentos? ¡Ah! sí, esta Esperanza contiene en sí todos los placeres y gustos posibles que se puedan encontrar en el Cielo y en la tierra, que ningún otro jamás podrá igualarla; y quien a su seno se nutre los gusta hasta la saciedad, y ¡oh! cómo es feliz y contenta. ¿Querrá ser docta, sabia? Esta madre Esperanza contiene en sí las ciencias más sublimes, más bien es la maestra de todos los maestros y quien se hace enseñar por ella aprende la ciencia de la verdadera santidad.”

En suma, la Esperanza nos suministra todo, de modo que si uno es débil, le dará la fuerza; si otro está manchado, la Esperanza instituyó los sacramentos y ahí preparó el lavado de sus manchas; si siente hambre y sed, esta madre piadosa nos da el alimento más bello, más sabroso, como son sus delicadísimas carnes y por bebida su preciosísima sangre. ¿Qué otra cosa de más puede hacer esta madre pacífica de la Esperanza? ¿Quién se le asemejará? ¡Ah!, sólo ella ha puesto en paz el Cielo y la tierra; la Esperanza ha unido con ella la Fe y la Caridad y ha formado ese anillo indisoluble entre la naturaleza humana y la divina. ¿Pero quién es esta madre? ¿Quién es esta Esperanza? Es Jesucristo, que obró nuestra Redención y formó la Esperanza del hombre descarriado.

+ + + +

Octubre 16, 1899

Expectaciones. Jesús habla de castigos.

Esta mañana mi dulce Jesús no venía, desde ayer en la noche no lo he visto; cuando se hizo ver con un aspecto que daba piedad y terror al mismo tiempo, se quería esconder para no ver los castigos que Él mismo estaba mandando a la gente, y el modo como debía destruirlas. ¡Oh Dios, qué espectáculo tan desgarrador, jamás visto! Mientras esperaba y esperaba, en mi interior iba diciendo: “¿Cómo es que no viene? Quién sabe, tal vez no venga porque yo no me conformo a su Justicia, ¿pero, cómo puedo hacerlo? Me parece casi imposible decir Fiat Voluntas Tua.” Decía también: “No

viene porque el confesor no me lo manda.” Ahora, mientras esto pensaba, cuando apenas y casi su sombra he visto, me ha dicho:

“No temas, la potestad a los sacerdotes es limitada; sólo que en la medida que se presten a pedirme que venga a ti, y a ofrecerte para hacerte sufrir con el fin de lograr que perdone a las gentes, así Yo, cuando envíe los castigos los curaré y los libraré, pero si no se dan ningún pensamiento, tampoco Yo tendré consideración por ellos.”

Dicho esto ha desaparecido, dejándome en un mar de aflicción y de lágrimas.

+ + + +

Octubre 21, 1899

Los bienes terrenos deben servir para la santificación, no para ser ídolos para el hombre. Causa de los castigos.

Después de haber pasado días amarguísimos de privación, me sentía cansada y sin fuerzas, si bien iba ofreciendo estas mismas penas diciendo: “Señor, Tú sabes cuánto me cuesta el estar privada de Ti, pero me resigno a tu Santa Voluntad, ofreciendo esta pena acerbísima como medio para atestiguarle mi amor y aplacarte; estos tedios, fastidios, flaquezas, frialdades que siento, tengo intención de enviártelos como mensajeros de alabanzas y de reparaciones por mí y por todas las criaturas; esto tengo y esto te ofrezco. Es cierto que Tú aceptas el sacrificio de la buena voluntad cuando se te ofrece lo que uno puede sin reserva alguna, pero ven, porque no puedo más.”

Muchas veces me venía la tentación de conformarme a la Justicia y pensaba que la causa por la que no venía era yo misma, porque cuando Jesús, en los días pasados me había dicho que si no me conformaba lo obligaría a que no viniera y a no decirme más nada, para no tenerme descontenta, pero no tenía ánimo de hacerlo, mucho más porque la obediencia no lo consentía. Mientras me encontraba entre estas amarguras, primero ha venido una luz, con una voz que decía:

“A medida que el hombre se entromete en las cosas terrenas, así se aleja y pierde la estima de los bienes eternos. Yo he dado las riquezas para que se sirvan de ellas para su santificación, pero se han servido de ellas para ofenderme y formar un ídolo para su corazón, y yo destruiré a las personas y a las riquezas junto con ellas.”

Después de esto he visto a mi amadísimo Jesús, pero tan sufriente, ofendido y airado con las gentes, que daba terror. Yo, súbito he comenzado

a decirle: “Señor, te ofrezco tus llagas, tu sangre, el uso santísimo de tus santísimos sentidos que hiciste en el curso de tu Vida mortal, para repararte las ofensas y el mal uso de los sentidos que hacen las criaturas.”

Y Jesús, tomando un aspecto serio y casi airado ha dicho:

“¿Sabes tú cómo han llegado a ser los sentidos de las criaturas? Como aquellos rugidos de las bestias feroces, que con sus rugidos alejan a los hombres en vez de atraerlos. Es tanta la podredumbre y la multiplicidad de las culpas que sale de sus sentidos, que me obligan a huir.”

Y yo: “¡Ah! Señor, como te veo enojado; si Tú quieres continuar mandando castigos yo me quiero ir al Cielo, o bien quiero salir de este estado. ¿En qué aprovecha estar en él si ya no puedo más ofrecerme víctima para librar a las gentes?” Y Él, hablándome serio, tanto que me sentía aterrado me ha dicho:

“Tú quieres tocar los dos extremos, o que no haga nada, o que tú te quieras venir. ¿No te contentas con que las gentes sean perdonadas en parte? ¿Crees tú que Corato sea el mejor y el que menos me ofende? ¿Y el que lo haya perdonado en parte en comparación de las otras ciudades es cosa de nada? Por eso conténtate y cálmate, y mientras Yo me ocupo en castigar a las gentes, tú acompáñame con tus suspiros y con tus sufrimientos, pidiéndome que los mismos castigos sirvan para la conversión de los pueblos.”

+ + + +

Octubre 22, 1899

La cruz, un camino tachonado de estrellas.

Continúa Jesús haciéndose ver afligido. En cuanto ha venido se ha arrojado en mis brazos, todo extenuado como queriendo un alivio. Me ha participado un poco de sus sufrimientos y después me ha dicho:

“Hija mía, el camino de la cruz es un camino lleno de estrellas, conforme se camina, esas estrellas se cambian en soles luminosísimos. ¿Qué felicidad será para el alma por toda la eternidad el estar circundada por estos soles? Además, el premio grande que doy a la cruz es tal, que no hay medida, ni de largo ni de ancho, es casi incomprensible a las mentes humanas, y esto porque al soportar las cruces no puede haber nada de humano, sino todo divino.”

+ + + +

Octubre 24, 1899

El hombre es una reproducción del Ser Divino.

Esta mañana mi adorable Jesús ha venido y me ha transportado fuera de mí misma en medio a las gentes, y parecía que Jesús miraba con ojos de compasión a las criaturas, y los mismos castigos aparecían como infinita misericordia suya, salida de lo más íntimo de su corazón amorosísimo; entonces, vuelto hacia mí me ha dicho:

“Hija mía, el hombre es una reproducción del Ser Divino, y como nuestro alimento es el amor, siempre recíproco, conforme y constante entre las Tres Divinas Personas, entonces, el hombre habiendo salido de nuestras manos y del amor puro y desinteresado, es como una partícula de nuestro alimento. Ahora, esta partícula se ha vuelto amarga; no sólo eso, sino que la mayor parte, separándose de Nosotros se ha hecho pasto de las llamas infernales y alimento del odio implacable de los demonios, nuestros y sus capitales enemigos. He aquí la causa principal de nuestro descontento por la pérdida de las almas: Porque son nuestras, son cosa que nos pertenece; y también la causa que me empuja a castigarlos, es el gran amor que tengo por ellos, para poder poner a salvo sus almas.”

Y yo: “¡Ah! Señor, parece que esta vez no tienes otras palabras que decir más que de castigos, tu Potencia tiene tantos otros medios para salvar estas almas. Y además, si estuviera cierta que toda la pena caería sobre ellos y Tú quedaras libre, sin sufrir en ellos, me contentaría, pero veo que ya estás sufriendo mucho por aquellos castigos que has mandado, ¿qué será si continúas mandando otros castigos?”

Y Jesús: “A pesar de todo lo que sufro, el Amor me obliga a enviar flagelos más pesados, y esto porque no hay medio más potente para hacer entrar en sí mismo al hombre y hacerle conocer qué cosa es su ser, que el hacer que se vea a sí mismo deshecho, los otros medios parece que lo robustecen de más; por eso confórmate a mi Justicia. Veo bien que el amor que tú me tienes es lo que te empuja a no conformarte conmigo, y no tienes corazón de verme sufrir, pero también mi Madre me amó más que todas las criaturas, tanto, que ninguna otra podrá jamás igualarla, sin embargo, para salvar a las almas se conformó a la Justicia y se contentó con verme sufrir tanto. Si esto hizo mi Madre, ¿cómo no lo podrías hacer tú?”

Y en el momento en que Jesús hablaba me sentía atraer tanto mi voluntad a la suya, que casi no sabía resistir a conformarme con su Justicia, no sabía qué decir, tan convencida me sentía; sin embargo no manifesté mi

voluntad. Jesús ha desaparecido y yo he quedado en esta duda, si debo o no conformarme.

+ + + +

Octubre 25, 1899

Jesús habla de su gran amor por las criaturas.

Mi dulcísimo Jesús continúa manifestándose casi siempre igual. Esta mañana ha agregado:

“Hija mía, es tanto el amor hacia las criaturas, que como un eco resuena en las regiones celestiales, llena la atmósfera y se difunde sobre toda la tierra. ¿Pero cuál es la correspondencia que dan las criaturas a este eco amoroso? ¡Ay! me corresponden con un eco de ingratitud, venenoso, lleno de todo tipo de amarguras y de pecados, con un eco casi asesino, apto sólo para herirme. Pero yo despoblaré la faz de la tierra, a fin de que este eco lleno de veneno no aturda más mis oídos.”

Y yo: “¡Ah! Señor, ¿qué dices?”

Y Jesús: “Yo no hago más que como un médico piadoso, que tiene los remedios extremos para sus hijos, y estos hijos están llenos de llagas, ¿qué hace este padre y médico que ama a sus hijos más que la propia vida? ¿Dejará que se gangrenen estas llagas? ¿Los dejará morir por temor de que aplicando el fuego y los instrumentos ellos sufran? ¡No, jamás! Aunque sentirá como si sobre él se aplicaran tales instrumentos, con todo y esto tomará los instrumentos, desgarrará y corta las carnes, aplica el remedio, el fuego, para impedir que la corrupción avance más. Si bien muchas veces sucede que en estas operaciones los pobres hijos se mueren, pero no era esta la voluntad del padre médico, sino que su voluntad es verlos curados. Así soy Yo, hiero para curarlos, los destruyo para resucitarlos; que muchos perezcan, no es esa mi Voluntad, esto es efecto de su malvada y obstinada voluntad, es efecto de este eco venenoso que, hasta no verse destruidos quieren enviármelo.”

Y yo: “Dime, mi único Bien, ¿cómo podría endulzarte este eco venenoso que tanto te aflige?”

Y Él: “El único medio es que tú hagas siempre todas tu obras con la sola finalidad de agradarme y que uses todos tus sentidos y potencias con la finalidad de amarme y glorificarme. Haz que cada pensamiento tuyo, palabra y todo lo demás, no quiera otra cosa que el amor que tienes hacia Mí, así tu eco subirá agradable a mi trono y endulzará mi oído.”

+ + + +

Octubre 28, 1899

¿Quién eres tú y quién soy Yo?

Esta mañana mi amable Jesús ha venido en medio de una luz, y mirándome como si me penetrara por todos lados, tanto que me sentía aniquilada, me ha dicho:

“¿Quién soy Yo, y quién eres tú?”

Estas palabras me penetraban hasta la médula de los huesos y descubría la infinita distancia que hay entre el Infinito y el finito, entre el Todo y la nada; y no sólo eso, sino que descubría también la malicia de esta nada y el modo como se había enfangado; me parecía como un pez que nada en las aguas, así mi alma nadaba en la podredumbre, en los gusanos y en tantas otras cosas aptas solamente para dar horror a la vista. ¡Oh Dios, qué vista tan abominable! Mi alma quería huir de la vista de Dios tres veces santo, pero con otras dos palabras me ató: “¿Cuál es mi Amor hacia ti? Y, ¿cuál es tu correspondencia hacia Mí?”

Ahora, mientras a la primera palabra habría querido huir espantada por su presencia, a la segunda palabra, ¿cuál es mi Amor hacia ti? Me he encontrado abismada, atada por todas partes por su Amor, así que mi existencia era un producto de su Amor, y si este Amor cesaba yo no existía más. Entonces, me parecía que los latidos del corazón, la inteligencia y hasta el respiro eran todos una reproducción de su Amor, yo nadaba en él y aun el querer huir me parecía imposible, porque su Amor me circundaba por todos lados. Mi amor me parecía como una gotita de agua arrojada en el mar, que desaparece y no se puede distinguir más.

Cuántas cosas he comprendido, pero si las quisiera decir todas me alargaría demasiado. Entonces Jesús ha desaparecido y yo he quedado toda confundida, me veía toda pecado y en mi interior imploraba perdón y misericordia. Poco después mi único Bien ha regresado y yo me sentía toda bañada por la amargura y por el dolor de mis pecados, y Él me ha dicho:

“Hija mía, cuando un alma está convencida de haber hecho mal al ofenderme, hace ya el oficio de la Magdalena que bañó mis pies con sus lágrimas, los ungió con bálsamo y los secó con sus cabellos. El alma, cuando comienza a ver en sí misma el mal que ha hecho, me prepara un baño a mis llagas. Viendo el mal siente amargura y prueba dolor, y con esto viene a ungir mis llagas con un bálsamo exquisito. Por este conocimiento el alma quisiera hacer una reparación, y viendo la ingratitud pasada, siente nacer en ella el amor hacia un Dios tan bueno y quisiera dar su vida para

testimoniar su amor, y esto son los cabellos, que como tantas cadenas de oro la unen a mi Amor.”

+ + + +

Octubre 29, 1899

Jesús la lleva en brazos y la instruye.

Continúa viniendo mi adorable Jesús, pero esta mañana, en cuanto ha venido me ha tomado entre sus brazos y me ha transportado fuera de mí misma; y yo, encontrándome en aquellos brazos comprendía muchas cosas, especialmente que para poder estar libremente en los brazos de Nuestro Señor, y también para entrar buenamente en su corazón y salir de él como al alma más le plazca, y para no ser de peso y fastidio al bendito Jesús, es absolutamente necesario despojarse de todo. Entonces, con todo el corazón le he dicho: “Mi amado y único Bien, lo que te pido para mí es que me despojes de todo, porque bien veo que para ser revestida por Ti y vivir en Ti, y que Tú vivas en mí, es necesario que no tenga ni siquiera la sombra de lo que no te pertenece.” Y Él todo benignidad me ha dicho:

“Hija mía, la cosa principal para que Yo entre en un alma y forme mi habitación en ella, es el desapego total de toda cosa. Sin esto, no sólo no puedo morar en ella, sino que ni siquiera alguna virtud puede tomar habitación en el alma. Después que el alma ha hecho salir todo de sí, entonces Yo entro en ella, y unido con la voluntad del alma fabricamos una casa; los cimientos de esta casa se basan en la humildad, y cuanto más profundos sean, tanto más altos y fuertes resultan los muros; estos muros serán fabricados con piedras de mortificación, cubiertos de oro purísimo de caridad. Después de que se han construido los muros, Yo, como excelentísimo pintor, no con cal y agua, sino con los méritos de mi Pasión, simbolizados por la cal, y con los colores de mi sangre, simbolizados por el agua, los recubro y en ellos formo las más excelentísimas pinturas, y esto sirve para protegerla bien de las lluvias, de las nevadas y de cualquier golpe. Inmediatamente después vienen las puertas, y para hacer que éstas sean sólidas como madera, no sujetas a la polilla, es necesario el silencio, que forma la muerte de los sentidos exteriores. Para custodiar esta casa es necesario un guardián que vigile por todas partes, por dentro y por fuera, y éste es el santo temor de Dios, que la guarda de cualquier inconveniente, viento, o cualquier otra cosa que pueda amenazarla. Este temor será la salvaguardia de esta casa, que hará obrar al alma no por temor de la pena,

sino por temor de ofender al propietario de esta casa; este santo temor debe hacer que todo se haga para agradar a Dios, sin ninguna otra intención. En seguida se debe adornar esta casa y llenarla de tesoros, estos tesoros no deben ser otra cosa que deseos santos, lágrimas; estos eran los tesoros del antiguo testamento y en ellos encontraron su salvación, en el cumplimiento de sus votos su consolación, la fuerza en los sufrimientos, en suma, toda su fortuna la basaban en el deseo del futuro Redentor y en este deseo obraban como atletas. El alma sin deseo obra casi como muerta, aun las mismas virtudes, todo es tedio, fastidio, animadversión, ninguna cosa le agrada, camina casi arrastrándose por el camino del bien. Todo lo contrario el alma que desea, ninguna cosa le causa peso, todo es alegría, vuela, en las mismas penas encuentra sus gustos, y esto porque había un anticipado deseo, y las cosas que primero se desean, después vienen a amarse, y amándose, se encuentran los placeres más agradables. Por eso este deseo debe acompañar al alma desde antes de que se fabrique esta casa.

Los adornos de esta casa serán las piedras más preciosas, las perlas, las gemas más costosas de esta mi Vida, basada siempre en el sufrir y el puro sufrir; y como Aquel que la habita es el dador de todo bien, pone en ella el ajuar de todas las virtudes, la perfuma con los más suaves olores, siembra las flores más encantadoras y perfumadas, hace sonar una música celestial de las más agradables, hace respirar un aire de paraíso.

He olvidado decir que se necesita ver si hay paz doméstica, y ésta no debe ser otra cosa que el recogimiento y el silencio de los sentidos interiores.”

Después de esto, yo continuaba estando en los brazos de Nuestro Señor y me encontraba despojada de todo; mientras estaba en esto, veía al confesor presente y Jesús me ha dicho, pero me parecía que quería hacer una broma para ver qué cosa decía yo:

“Hija mía, tú te has despojado de todo, y tú sabes que cuando uno se despoja se necesita otra persona que piense en vestirlo, en alimentarlo y que le dé un lugar donde vivir. Tú, ¿dónde quieres estar, en los brazos del confesor o en los míos?”

Y mientras decía esto, hacía el intento de ponerme en los brazos del confesor. Yo he comenzado a insistir que no quería ir, y Él que sí quería. Después de un poco de disputa me ha dicho:

“No temas, te tengo en mis brazos.”

Y así hemos quedado en paz.

+ + + +

Octubre 30, 1899

Advertencias de castigos. No se conforma a la Justicia.

Esta mañana mi benigno Jesús ha venido todo afligido, y las primeras palabras que me ha dicho han sido:

“¡Pobre Roma, cómo serás destruida! ¡Al verte Yo te compadezco!”

Y lo decía con tal ternura que daba compasión; pero no he entendido si serán sólo las personas o también los edificios. Yo, como tenía la obediencia de no conformarme a la Justicia, sino de rezar, por eso le he dicho: “Mi amado Jesús, cuando se habla de castigos no se necesita oponerse más, sino solamente rezar.” Y así he comenzado a rezar, a besar sus llagas y a hacer actos de reparación. Y mientras esto hacía, Él, de vez en cuando me decía:

“Hija mía, no me hagas violencia, haciendo esto tú quieres forzarme, por eso estate quieta.”

Y yo: “Señor, es la obediencia que así lo quiere, no soy yo la que lo quiero.”

Él ha agregado: “El río de la iniquidad es tanto, que llega a impedir la redención de las almas, y sólo la oración y mis llagas impiden que este río impetuoso las arrastre a todas en él.”

+ + + +

Nihil obstat
Canonico Annibale
M. Di Francia
Eccl.

Imprimatur
Arzobispo Giuseppe M. Leo
Octubre de 1926

3

I. M. I.

Noviembre 1, 1899

**Purificación de la Iglesia.
Las almas víctimas son su sostén.**

Encontrándome en mi habitual estado, me he encontrado fuera de mí misma dentro de una iglesia, y ahí había un sacerdote que celebraba el divino sacrificio, y mientras esto hacía lloraba amargamente y decía: “La columna de mi Iglesia no tiene donde apoyarse.”

En el momento que decía esto he visto una columna cuya cima tocaba el cielo, y por debajo de esta columna estaban sacerdotes, obispos, cardenales y todas las demás dignidades, que sostenían dicha columna, pero con mi sorpresa, al mirar he visto que de estas personas, quien era muy débil, quien medio acabado, quien enfermo, quien lleno de fango; escasísimo era el número de aquellos que se encontraban en estado de sostenerla, así que esta pobre columna, tantas eran las sacudidas que recibía desde abajo, que se tambaleaba sin poder estar firme. Hasta arriba de esta columna estaba el santo Padre, que con cadenas de oro y con los rayos que despedía de toda su persona, hacía cuanto más podía para sostenerla, para encadenar e iluminar a las personas que moraban en la parte baja, si bien alguna se escapaba para tener más oportunidad de degradarse y enfangarse, y no sólo a estas personas sino que trataba de atar e iluminar a todo el mundo.

Mientras yo veía esto, aquel sacerdote que celebraba la misa (aunque tengo duda si era sacerdote o bien Nuestro Señor. Me parece que era Él, pero no lo sé decir con certeza), me ha llamado junto a Él y me ha dicho:

“Hija mía, mira en qué estado lamentable se encuentra mi Iglesia, las mismas personas que debían sostenerla desfallecen, y con sus obras la abaten, la golpean, y llegan a denigrarla. El único remedio es que haga derramar tanta sangre, hasta formar un baño para poder lavar ese purulento fango y sanar sus profundas llagas, para que sanadas, reforzadas, embellecidas por esa sangre puedan ser instrumentos hábiles para mantenerla estable y firme.”

Después ha agregado: “Te he llamado para decirte: ¿Quieres tú ser víctima y así ser como un puntal para sostener esta columna en tiempos tan incorregibles?”

³ Este libro ha sido traducido directamente del original manuscrito de Luisa Piccarreta.

Yo en principio me sentí correr un escalofrío por temor, y porque quizá no tendría la fuerza, pero en seguida me he ofrecido y he pronunciado el Fiat. Mientras estaba en esto me he encontrado rodeada por muchos santos, ángeles y almas purgantes que con flagelos y otros instrumentos me atormentaban, y yo, si bien al principio sentía temor, pero después, por cuanto más sufría tanto más me venía el deseo de sufrir y saboreaba el sufrir como un dulcísimo néctar. Y mucho más porque me vino un pensamiento: “Quién sabe si esas penas pudiesen ser medio para consumir la vida y así poder emprender el último vuelo hacia mi sumo y único Bien.” Pero con suma pena, después de haber sufrido acerbos penas, he visto que esas penas no me consumaban la vida. ¡Oh Dios, qué pena, que esta frágil carne me impida unirme con mi Bien eterno!

Después de esto he visto la sangrienta masacre que se hacía de aquellas personas que estaban bajo la columna. ¡Qué horrible catástrofe! Escasísimo era el número de los que no caían víctimas, llegaban a tal atrevimiento que trataban de matar al santo Padre. Pero después parecía que aquella sangre derramada, aquellas sangrientas víctimas destrozadas, eran medios para hacer fuertes a aquellos que quedaban, de modo que sostenían la columna sin hacerla bambolear más. ¡Oh, qué felices días! después de esto despuntaban días de triunfos y de paz, la faz de la tierra parecía renovada, la columna adquiriría su primer lustre y esplendor. ¡Oh días felices, desde lejos yo os saludo, pues tanta gloria daréis a la Iglesia y tanto honor a Dios que es su cabeza!

+ + + +

Noviembre 3, 1899

Entretenimiento de Jesús con Luisa.

Esta mañana mi amable Jesús ha venido y me ha transportado fuera de mí misma, dentro de una iglesia y ha desaparecido, y yo me he quedado sola. Ahora, encontrándome ante la presencia del santísimo sacramento, he hecho mi acostumbrada adoración, pero mientras esto hacía me parecía que me hubiera vuelto toda ojos para ver si podía descubrir a mi dulce Jesús. Mientras estaba en esto lo he visto sobre el altar como niño que me llamaba con su graciosa manita. ¿Quién puede decir mi contento? Volé a Él y sin pensar en otra cosa lo he estrechado entre mis brazos y lo he besado, pero en el momento de hacer esto ha tomado un aspecto serio, y mostraba que no le agradaban mis besos y ha comenzado a rechazarme. Yo, no tomando en cuenta esto, continué y le dije: “Querido mío, bello, el otro día Tú quisiste

desahogarte conmigo con besos y con abrazos y yo te di toda la libertad, hoy quiero contigo desahogarme también yo, ah, dame la libertad.” Pero Él seguía rechazándome, y viendo que yo no cesaba ha desaparecido. ¿Quién puede decir cuán mortificada y pensativa quedé al encontrarme en mí misma? Pero después de un poco ha regresado, y yo le pedía perdón por mis impertinencias; me ha perdonado queriendo Él desahogarse conmigo, y mientras me besaba me ha dicho:

“Amada de mi corazón, mi Divinidad habita en ti habitualmente, y a medida que tú vas inventando nuevas cosas para deleitarme contigo, así Yo, para estar a la par uso nuevos modos para hacer que te deleites conmigo.”

Con esto entendí que fue una broma que Jesús quería hacer.

+ + + +

Noviembre 4, 1899

Efectos diferentes entre la presencia de Jesús y la del demonio.

Como esta mañana el bendito Jesús no venía, el demonio trataba de tomar su aspecto y hacerse ver, pero yo, no advirtiendo los acostumbrados efectos he comenzado a dudar y me he persignado con la cruz, primero yo y después a él, y el demonio viéndose persignado temblaba; en seguida lo rechacé de mí sin mirarlo. Poco después ha venido mi amado Jesús, y temiendo que fuese otra vez el espíritu maligno trataba de rechazarlo e invocar la ayuda de Jesús y de la Reina Mamá, pero Él para asegurarme que no era el demonio me ha dicho:

“Hija mía, para asegurarte si soy Yo, o no soy Yo, tu atención debe estar en los efectos internos, si se mueven a virtud o a vicio, ya que como mi naturaleza es virtud, de ninguna otra cosa hago herederos a mis hijos más que de virtud. Esto lo puedes comprender también en la naturaleza humana, que siendo carne, sucede que si tiene alguna llaga, la carne se cambia en pus y se puede decir que no es más carne; así mi naturaleza, si mínimamente pudiese retener en sí la sombra del vicio, cesaría de ser aquel Dios que es, lo que no puede suceder jamás.”

+ + + +

Noviembre 6, 1899

Pureza de intención.

Esta mañana, habiendo venido el adorable Jesús y transportándome fuera de mí misma, me ha hecho ver calles llenas de cadáveres. ¡Qué despiadada carnicería! Da horror pensarlo. Después me ha hecho ver que sucedía una cosa en el aire y muchos morían de improviso; esto lo vi también por el mes de marzo. Yo empecé, según mi costumbre, a rogarle que se aplacara y que librara a sus mismas imágenes de suplicios tan crueles, de guerras tan sangrientas, y como tenía la corona de espinas se la he quitado para ponérmela yo, y esto para aplacarlo mayormente, pero con suma pena he visto que casi todas las espinas quedaban rotas en su santísima cabeza, así que poquísimamente me quedaba para sufrir a mí. Jesús se mostraba severo; casi sin ponerme atención me ha transportado de nuevo a mi cama, y como yo me encontraba con los brazos en cruz, sufriendo los dolores de la crucifixión que Él mismo me había participado antes, ha tomado mis brazos y me los unió, atándolos con una cuerdecilla de oro. Yo, no poniendo atención a qué significaba aquello, para romper ese aire severo que tenía le he dicho: “Dulcísimo amor mío, te ofrezco estos movimientos de mi cuerpo que Tú mismo me has hecho y todos los demás que pueda yo hacer, con el único fin de agradarte y glorificarte. Ah sí, quisiera que también los movimientos de los párpados, los de mis ojos, de mis labios y de toda yo misma sean hechos con el único fin de agradarte sólo a Ti. Haz, oh buen Jesús, que todos mis huesos, mis nervios, resuenen entre ellos y con clara voz te atestigüen mi amor.”

Y Él me ha dicho: “Todo lo que se hace con la única finalidad de agradarme, resplandece ante Mí de una manera tal que atrae mis miradas divinas, y me agrada tanto, que a esas acciones, aunque fuesen sólo un movimiento de pestañas, les doy el valor como si fueran hechas por Mí. En cambio las otras acciones, que en sí mismas son buenas y aun grandes, no hechas únicamente para Mí, son como ese oro enlodado y lleno de herrumbre que no resplandece, y Yo no me digno ni siquiera mirarlas.”

Y yo: “Ah Señor, qué fácil es que el polvo ensucie nuestras acciones.”

Y Él: “No se necesita poner atención al polvo, porque este se sacude, a lo que hay que atender es a la intención.”

Ahora, mientras esto se decía, Jesús se ocupaba en atarme los brazos. Yo le he dicho: “Señor, ¿qué haces?”

Y Él: “Hago esto porque tú estando en la posición de la crucifixión me aplacas, y Yo como quiero castigar a las gentes te los estoy atando.”

Y dicho esto desapareció.

+ + + +

Noviembre 10, 1899

La obediencia al confesor.

Después de haber pasado algunos días en contienda con Jesús, porque yo quería ser desatada y Él no quería, ahora se hacía ver que dormía, ahora me imponía silencio; finalmente esta mañana mientras lo he visto, veía al confesor que me ordenaba absolutamente que me hiciera desatar por Jesús, y esto más de una vez, pero Jesús no hacía caso, y yo obligada por la obediencia le he dicho: “Mi amable Jesús, ¿cuándo te has opuesto a la obediencia? No soy yo que quiero ser desatada, es el confesor que quiere que me hagas sufrir la crucifixión, por eso ríndete a esta virtud tan predilecta por Ti, que entreteje toda tu Vida y formó el último eslabón, unió todo en uno el sacrificio de la cruz.”

Y Jesús: “Tú me quieres hacer violencia tocándome ese eslabón que unió la Divinidad y la humanidad y formó un solo eslabón, que es la obediencia.”

Y mientras esto decía ha tomado el aspecto de crucificado, y casi forzado por la potestad sacerdotal me participó los dolores de la crucifixión. Sea siempre bendito el Señor y sea todo para gloria suya. Así parece que he quedado desatada.

+ + + +

Noviembre 11, 1899

La obediencia le impide ajustarse a la Justicia.

Encontrándome en mi habitual estado, me he encontrado fuera de mí misma y me parecía que giraba por la tierra. ¡Oh, cómo estaba inundada por todo tipo de iniquidades, da horror pensarlo! Ahora, mientras giraba he llegado a un punto y he encontrado a un sacerdote de vida santa, y en otro punto una virgen de vida pura y santa. Nos hemos unido los tres y empezamos a hablar sobre los tantos castigos que el Señor está enviando y tantos otros que tiene preparados. Yo les he dicho: “Y vosotros, ¿qué hacéis? ¿Os habéis acaso conformado a la divina Justicia?” Y ellos:

“Viendo la extrema necesidad de estos tristes tiempos, y que el hombre no se rendiría ni aunque viniera un apóstol, ni si el Señor enviara a otro San Vicente Ferrer, que con milagros y señales portentosas lo pudiese inducir a la conversión, es más, viendo que el hombre ha llegado a tal

obstinación y a una especie de locura, que la misma fuerza de los milagros lo volvería más incrédulo, entonces, obligados por esta apremiante necesidad, por el bien de ellos y para detener este mar purulento que inunda la faz de la tierra, y para gloria de nuestro Dios tan ultrajado, nos hemos conformado a la Justicia, sólo estamos rogando y ofreciéndonos víctimas para hacer que estos castigos sirvan para la conversión de los pueblos. Y tú, ¿qué haces? ¿No te has conformado con nosotros?”

Y yo: “Ah no, no puedo, porque la obediencia no quiere, si bien Jesús quiere que me uniforme, pero como la obediencia no quiere, debe prevalecer sobre todo, debo estar siempre en oposición con Jesús bendito, cosa que me aflige mucho.”

Y Ellos: “Cuando está la obediencia, seguro que no necesita adherirse.”

Después de esto, encontrándome en mí misma, en cuanto he visto al amadísimo Jesús quise saber de qué parte eran aquel sacerdote y aquella virgen, y Él me ha dicho que eran del Perú.

+ + + +

Noviembre 12, 1899

Luisa evita algunos castigos.

Esta mañana, el amable Jesús ha venido y me ha transportado fuera de mí misma, y veía como si debiera moverse del cielo una cosa y tocar la tierra. He quedado tan espantada que he gritado y le he dicho: “Ah Señor, ¿qué haces? Cuánta ruina habrá si esto sucede. Me dices que me amas mucho y me quieres asustar, ¿lo has visto, no? No lo hagas, no, no, no puedes hacerlo, porque yo no quiero.” Y Jesús compadeciéndome me ha dicho:

“Hija mía, no tengas temor. Además, ¿cuándo quieres tú que Yo haga algo? No debo dejarte ver nada cuando castigo a las gentes, de otra manera me atas por todas partes. Y bien, fortificaré tu corazón con fuerza y haré surgir de él como un tronco para poder mantener firme lo que tú ves, y después derramaré en ti tantas gracias, de modo de poderme nutrir Yo y mis hijos.”

Mientras estaba en esto ha salido de dentro de mi corazón como un tronco, y en la cima como dos ramas en forma de horqueta, que elevándose en el aire tomaba por la mitad lo que estaba por moverse y así quedaba detenida; sólo en un punto lejano parecía que tocaba la tierra. Después me

he encontrado en mí misma y le he rogado que se aplacara, y parecía que se rendía, tanto que me ha participado los dolores de la cruz, y ha desaparecido.

+ + + +

Noviembre 13, 1899

**Jesús sufre al ver sufrir a las criaturas.
Luisa se ofrece para consolarlo.**

Esta mañana mi adorable Jesús parecía inquieto, no hacía otra cosa que ir y venir, ahora se entretenía conmigo, ahora casi atraído por su ardiente Amor hacia las criaturas iba a ver lo que hacían, y todo se condolía por lo que sufrían, como si Él mismo y no ellas estuviera sufriendo. Muchas veces he visto al confesor que con su potestad sacerdotal obligaba a Jesús a hacerme sufrir sus penas para poder aplacarlo, y Él, mientras parecía que no quería ser aplacado, después se mostraba contento y agradecía de corazón a quien se ocupaba en sostener su brazo indignado, y ahora me participaba un sufrimiento y ahora otro. ¡Oh, cómo era tierno y conmovedor verlo en este estado! Hacía destrozarse el corazón de compasión. Muchas veces me ha dicho:

“Confórmate a mi Justicia, que no puedo más. ¡Ah! el hombre es demasiado ingrato y casi me obliga por todas partes a castigarlo, me arranca él mismo de mis manos los castigos. ¡Si tú supieras cuánto sufro al hacer uso de mi Justicia, pero es el hombre mismo el que me hace violencia! ¡Ah! si no hubiera hecho otra cosa que comprar a precio de sangre su libertad, aun así debería ser agradecido conmigo, pero el hombre, para hacerme mayor agravio va inventando nuevos modos para hacer inútil mi desembolso.”

Y mientras esto decía lloraba amargamente, y yo para consolarlo le he dicho: “Dulce Bien mío, no te aflijas, veo que tu aflicción es mayor porque te sientes obligado a castigar a las gentes. ¡Ah no, no sea jamás! Si Tú eres todo para mí, yo quiero ser toda para Ti, entonces sobre mí manda los flagelos, aquí está la víctima siempre dispuesta y a tu disposición, puedes hacerme sufrir lo que quieras y así quedará tu Justicia en algún modo aplacada, y Tú aliviado de la aflicción que sientes al ver sufrir a las criaturas. Ha sido siempre esta mi intención al no conformarme a la Justicia, porque sufriendo el hombre sufrirás más Tú que él mismo.”

Mientras esto estaba diciendo ha venido nuestra Mamá Reina, y yo he recordado que habiendo pedido al confesor la obediencia de conformarme a la Justicia, me había dicho que le preguntara a la Virgen Santísima si quería que me uniformara. Se lo he dicho y Ella me ha dicho: “No, no, más bien

reza hija mía y en estos días trata por cuanto más puedas de tenerte a Jesús junto contigo y aplacarlo, porque muchos castigos están preparados.”

+ + + +

Noviembre 17, 1899

La potestad sacerdotal debe concurrir con la víctima.

Continúa mi amable Jesús haciéndose ver afligido. Esta mañana junto con Él ha venido nuestra Reina Mamá, y me parecía que Ella me lo traía a fin de que lo aplacara y le rogara junto con Ella que me hiciera sufrir a mí para librar a las gentes, y me ha dicho que si en estos días pasados no me hubiera interpuesto, y el confesor no hubiese hecho uso de la potestad sacerdotal para concurrir con sus intenciones de hacerme sufrir, muchas catástrofes habrían sucedido. Mientras estaba en esto he visto al confesor, y yo en seguida he rogado por él a Jesús y a la Reina Madre, y Jesús todo benignidad ha dicho:

“A medida que tome en cuenta mis intereses, con el pedirme y también con empeñarse en renovar la intención de hacerte sufrir con el fin de librar a las gentes, así tomaré cuidado de él y lo libraré; Yo estaría dispuesto a hacer este pacto con él.”

Después de esto he hecho por mirar a mi dulce y único Bien, y he visto que en sus manos tenía dos rayos, en uno contenía como preparado un fuerte terremoto y una guerra, en el otro muchas clases de muertes imprevistas y enfermedades contagiosas. Yo le he comenzado a rogar que vertiera sobre mí aquellos rayos y casi se los quería quitar de sus manos, pero Él, para no dejarme llegar a esto, ha comenzado a alejarse de mí, yo buscaba seguirlo y por eso me he encontrado fuera de mí misma; Jesús ha desaparecido y yo he quedado sola.

Ahora, encontrándome sola he girado un poco y he llegado a un lugar donde en esta estación hacen la siega, parecía que ahí había ruidos de guerra y yo quería ir para ayudar a esas pobres gentes, pero los demonios me impedían ir a donde estaban por suceder tales cosas, y me golpeaban para que no pudiese ayudar ni tampoco impedir sus artificios, y han usado tanta fuerza que me hicieron retroceder.

+ + + +

Noviembre 19, 1899

Males de la soberbia.

Continúa viniendo mi adorable Jesús, y como mi mente, antes de que viniera estaba pensando en ciertas cosas que me había dicho en años pasados, y que no recuerdo bien, Él, como para recordarme me ha dicho:

“Hija mía, la soberbia roe la Gracia. En los corazones de los soberbios no hay otra cosa que un vacío todo lleno de humo que produce la ceguera. La soberbia no hace más que hacer de sí mismo un ídolo, así que el alma soberbia no tiene a su Dios consigo; con el pecado ha buscado destruirlo en su corazón, y levantando un altar en él se pone encima y se adora a sí mismo.”

¡Oh! Dios, qué monstruo abominable es este vicio. A mí me parece que si el alma está atenta a no dejarlo entrar en ella, estará libre de todos los otros vicios; pero si por su desventura se deja dominar por él, como es madre monstruosa y mala, le parirá todos sus hijos díscolos, los cuales son los demás pecados. ¡Ah Señor, tenla lejos de mí!

+ + + +

Noviembre 21, 1899

**Jesús quiere deleitarse mirándose en Luisa,
y ella es auxiliada por la Santísima Virgen.**

Esta mañana mi amadísimo Jesús, apenas ha venido me ha dicho:

“Hija mía, todo tu deleite debe ser el contemplarte en Mí, y si esto lo haces siempre, tomarás en ti todas mis cualidades, mi fisonomía, mis mismos lineamientos, y Yo en correspondencia encontraré todo mi gusto y sumo contento en deleitarme mirándome en ti.”

Dicho esto ha desaparecido, y yo estaba rumiando en mi mente esas palabras, cuando de improviso ha regresado, me ha puesto su santa mano en la cabeza y volviendo mi cara hacia Él agregó:

“Hoy quiero deleitarme un poco mirándome en ti.”

Un estremecimiento me corrió por todo el cuerpo, un espanto de sentirme morir, porque veía que me miraba fijo, fijo, queriéndose deleitar en mis pensamientos, miradas, palabras y en todo lo demás, con el contemplarse en mí. ¡Oh Dios! ¿Soy causa de deleitarte o de amargarte? Iba repitiendo en mi interior. Mientras estaba en esto ha venido nuestra amada Mamá Reina en mi ayuda, trayendo una vestidura blanquísima entre las manos, y toda amabilidad me dijo:

“Hija, no temas, quiero suplir Yo misma por ti vistiéndote con mi inocencia, para que así mi Hijo al contemplarse en ti pueda encontrar el mayor deleite que se pueda encontrar en una criatura humana.”

Entonces me vistió con esa vestidura y me presentó a mi amado Bien Jesús diciéndole:

“Amado Hijo, acéptala por consideración a Mí y deléitate en ella.”

Así se me quitó todo temor y Jesús se ha deleitado en mí y yo en Él.

+ + + +

Noviembre 24, 1899

Luisa quiere recibir las amarguras de Jesús.

Esta mañana mi dulce Jesús ha venido y me ha transportado fuera de mí misma. Ahora, como lo he visto todo lleno de amargura, le pedí y volví a pedirle que la derramara en mí, pero por cuanto le rogué no he logrado obtener que vertiera en mí sus amarguras, y conforme me acercaba a su boca para recibirlas salía un aliento amargo. Mientras hacía esto veía a un sacerdote que moría, pero no supe bien quién era, y como tenía la intención de rezar por un sacerdote enfermo, no reconociéndolo me confundí si era él o algún otro. Entonces he dicho a Jesús: “Señor, ¿qué haces? ¿No ves cuánta escasez de sacerdotes hay en Corato, y quieres quitarnos más?” Jesús no poniéndome atención y amenazando con la mano decía:

“Los destruiré de más.”

+ + + +

Noviembre 26, 1899

Complacencia de la Santísima Trinidad ante el sufrir de Luisa.

Encontrándome en medio de grandes sufrimientos, mi amable Jesús ha venido y me ha puesto el brazo por detrás del cuello, en acto de sostenerme. Ahora, estando cerca de Él empecé a hacer mis habituales adoraciones a todos sus santos miembros, empezando por su sacratísima cabeza. En el momento que esto hacía me ha dicho:

“Amada mía, tengo sed, quítame la sed con tu amor, que no resisto más.”

Y tomando aspecto de niño se puso entre mis brazos y se puso a mamar; parecía que sentía un gusto grandísimo y quedaba todo reconfortado y calmaba su sed. Después de esto, queriendo como jugar conmigo, con una

lanza que tenía en la mano me traspasaba el corazón de lado a lado; yo sentía un dolor acerbísimo, pero ¡oh! cómo estaba contenta de sufrir, especialmente porque eran las mismas manos de mi sólo y único Bien las que me hacían sufrir, y lo incitaba a desgarrarme mayormente, tanto era el gusto y la dulzura que yo sentía. Y Jesús bendito, para contentarme más me ha arrancado el corazón, tomándolo entre sus manos, y con esa misma lanza lo abrió por la mitad y encontró una cruz resplandeciente y blanquísima. La ha tomado entre sus manos complaciéndose grandemente, y me ha dicho:

“Esta cruz la produjo el amor y la pureza con que sufres. Me complazco tanto en el modo con el que tú sufres, que no sólo Yo, sino que llamo al Padre y al Espíritu Santo a complacerse conmigo.”

En un instante miré y vi Tres Personas que circundándome se deleitaban en mirar esta cruz, pero yo, lamentándome con Ellos dije:

“Gran Dios, demasiado poco es mi sufrir, no estoy contenta sólo con la cruz, sino que quiero también las espinas y los clavos, y si yo no lo merezco, porque soy indigna y pecadora, Vosotros ciertamente podéis darme las disposiciones para merecerlo.”

Y Jesús enviándome un rayo de luz intelectual me hizo comprender que quería que hiciera la confesión de mis culpas. Me sentí aterrado ante las Tres Divinas Personas, pero la Humanidad de Nuestro Señor me inspiraba confianza, así que dirigiéndome a Él dije el ‘yo pecador’, y después empecé a hacer la confesión de mis culpas. Ahora, mientras me encontraba toda inmersa en mi miseria, una voz ha salido de en medio de Ellos que decía:

“Te perdonamos, y tú, no peques más.”

Yo esperaba recibir la absolución de Nuestro Señor, pero en ese momento desapareció.

Poco después volvió crucificado y me participó los dolores de la cruz.

+ + + +

Noviembre 27, 1899

La Gracia hace feliz al alma.

Esta mañana mi amado Jesús no venía, pero después de mucho esperar, en cuanto lo he visto me lamenté con Él por su tardanza, diciéndole: “Señor bendito, ¿cómo es que tardas tanto, tal vez te has olvidado que no puedo estar sin Ti? ¿O acaso perdí tu Gracia y por eso no vienes?” Y Él interrumpiendo mis lamentos me ha dicho:

“Hija mía, ¿sabes tú qué cosa hace mi Gracia? Mi Gracia hace feliz el alma de los bienaventurados comprensos, y vuelve feliz el alma de los

viadores, con esta sola diferencia, que los comprensos gozándose y deleitándose, y los viadores trabajando y poniéndola en comercio. Así que quien posee la Gracia tiene en sí misma el paraíso, porque la Gracia no es otra cosa que poseerme a Mí mismo, y siendo Yo sólo el objeto encantador que encanta a todo el paraíso y que formo todos los contenidos de los bienaventurados, el alma, poseyendo la Gracia, dondequiera que se encuentre posee su paraíso.”

+ + + +

Noviembre 28, 1899

Luisa acepta sufrir en el purgatorio para liberar algunas almas.

Mi amado Jesús ha venido todo afabilidad, me parecía como un íntimo amigo que tiene tantas formalidades para otro amigo para demostrarle su amor, y las primeras palabras que me ha dicho han sido:

“Amada mía, si tú supieras cuánto te amo. Me siento atraído grandemente a amarte, mis mismas demoras en venir me fuerzan y son nuevas causas de hacerme venir y colmarte de nuevas gracias y carismas celestiales. Si tú pudieras comprender cuánto te amo, tu amor comparado con el mío apenas lo percibirías.”

Y yo: “Mi dulce Jesús, es verdad lo que dices, pero también yo siento que te amo mucho, y si Tú dices que mi amor comparado con el tuyo apenas se percibe, esto es porque tu poder es sin límites y el mío es limitado, y por tanto, puedo hacer por cuanto de Ti mismo me viene dado; tan es verdad, que cuando tengo voluntad de sufrir más para demostrarte mayormente mi amor, si Tú no me concedes las penas, no está en mi poder el sufrir, y estoy obligada a resignarme aun en esto, y ser ese ser inútil que por mí he sido siempre. En cambio en Ti está en tu poder el mismo sufrir, y en cualquier modo que quieras manifestarme tu Amor lo puedes hacer. Amado mío, dame a mí el poder y te haré ver cuánto sé hacer por amor tuyo, porque en la medida que me das, en esa misma medida te daré.”

Él escuchaba con sumo placer mi hablar disparatado y casi queriéndome poner a prueba me ha transportado fuera de mí misma, cerca de un lugar profundo, lleno de fuego líquido y tenebroso, daba horror y espanto el sólo verlo. Jesús me ha dicho:

“Aquí está el purgatorio, y muchas almas están concentradas en este fuego. Irás tú a ese lugar a sufrir para liberar a aquellas almas que me agradan, y esto lo harás por amor mío.”

Yo inmediatamente, si bien temblando un poco le he dicho: “Todo por amor tuyo, estoy dispuesta, pero debes venir Tú junto conmigo, de otra manera, si me dejas, no te dejas encontrar más, y después me haces llorar mucho.”

Y Él: “Si voy junto contigo, ¿cuál sería tu purgatorio? Esas penas con mi presencia, para ti se cambiarían en alegrías y en contentos.”

Y yo: “Sola no quiero ir; y además, mientras estemos en ese fuego Tú estarás detrás de mis espaldas, así no te veo y aceptaré este sufrimiento.”

Así he ido a ese lugar lleno de densas tinieblas, y Él me seguía por atrás, y yo por temor de que me dejase le he tomado las manos, teniéndolas estrechadas a mis hombros. Habiendo llegado abajo, ¿quién puede decir las penas que sufrían aquellas almas? Ciertamente son inenarrables a personas vestidas de humana carne. Entonces, al ir yo a ese fuego, éste se apagaba y se despejaban las tinieblas, y muchas almas salían, otras quedaban aliviadas. Después de haber estado cerca de un cuarto de hora, hemos salido y Jesús se lamentaba, y yo rápidamente le he dicho: “Dime mi Bien, ¿por qué te lamentas? Amada vida mía, ¿tal vez he sido yo la causa porque no he querido ir sola a ese lugar de penas? Dime, dime, ¿habéis sufrido mucho al ver a esas almas sufrir? ¿Qué cosa sientes?”

Y Jesús: “Amada mía, me siento todo lleno de amarguras, tanto, que no pudiéndolas contener más, estoy por derramarlas sobre la tierra.”

Y yo: “No, no mi dulce amor, las derramarás en mí, ¿no es verdad?” Y acercándome a su boca ha vertido un licor amarguísimo, en tanta abundancia que yo no podía contenerlo y le pedía a Él mismo que me diera la fuerza para sostenerlo, de otra manera, lo que no había dejado hacer a Nuestro Señor lo habría hecho yo, derramarlo sobre la tierra, y hacer esto me molestaba mucho; sin embargo parece que me dio la fuerza, si bien eran tantos los sufrimientos que me sentía desfallecer, pero Jesús tomándome entre sus brazos me sostenía y me decía:

“Contigo hay que ceder por fuerza, te vuelves tan molesta que me siento casi con la necesidad de contentarte.”

+ + + +

Noviembre 30, 1899

Miembros enfermos y miembros sanos en el cuerpo místico de Jesús.

Continúa viniendo mi adorable Jesús, y esta vez lo veía en el momento cuando estaba atado a la columna; Él, desatándose se arrojaba en mis brazos

para ser compadecido por mí. Yo me lo he estrechado y he comenzado a arreglarle los cabellos, todos con coágulos de sangre, a secarle los ojos y el rostro, y al mismo tiempo lo besaba y hacía diversos actos de reparación. Cuando llegué a las manos y le quité la cadena, con suma maravilla vi que la cabeza era de Nuestro Señor, pero los miembros eran de tantas otras personas, especialmente religiosas. ¡Oh! cuántos miembros infectados que daban más tinieblas que luz; en el lado izquierdo estaban los que daban más sufrimiento a Jesús, se veían miembros enfermos, llenos de llagas agusanadas y profundas, otros que apenas quedaban unidos por un nervio a aquel cuerpo; oh, cómo se dolía y vacilaba aquella cabeza divina sobre aquellos miembros. Al lado derecho se veían aquellos que eran más buenos, esto es, miembros sanos, resplandecientes, cubiertos de flores y de rocío celestial, perfumados con fragantes olores, y entre estos miembros se descubría alguno que despedía un perfume apagado.

Esta cabeza divina sobre estos miembros sufría mucho. Es verdad que había miembros resplandecientes, que casi se asemejaban a la luz de aquella cabeza, que la recreaban y le daban grandísima gloria, pero eran en número más grande los miembros infectados. Jesús, abriendo su dulcísima boca me dijo:

“Hija mía, ¡cuántos dolores me dan estos miembros! Este cuerpo que tú ves es el cuerpo místico de mi Iglesia, del cual me glorío de ser su cabeza, ¡pero qué cruel desgarro hacen estos miembros en este cuerpo! Parece que se azuzan entre ellos para ver quien puede darme más tormento.”

Ha dicho otras cosas que no recuerdo bien sobre este cuerpo, por eso pongo punto.

+ + + +

Diciembre 2, 1899

Elocuente elogio de la cruz.

Encontrándome muy afligida por ciertas cosas que no es lícito decir aquí, el amable Jesús, queriéndome aliviar en mi aflicción ha venido con un aspecto todo nuevo, me parecía vestido de color celeste, todo adornado de campanitas pequeñas de oro, que golpeándose entre ellas resonaban con un sonido jamás oído. Ante el aspecto de Jesús y el armonioso sonido me he sentido encantar y aliviar en mi aflicción, que como humo se alejaba de mí. Yo habría permanecido allí, en silencio, tanto me sentía encantar las potencias de mi alma, si el bendito Jesús no hubiese roto mi silencio al decirme:

“Amada hija mía, todas estas campanitas son tantas voces que te hablan de mi amor y que te llaman a amarme. Ahora, déjame ver cuántas campanitas tienes tú que me hablen de tu amor y que me llamen a amarte.”

Y yo, toda llena de vergüenza le dije: “¡Ah Señor! ¿Qué dices? Yo no tengo nada, no tengo otra cosa que defectos.”

Entonces Jesús compadeciendo mi miseria continuó diciéndome:

“Tú no tienes nada, es verdad; pues bien, quiero adornarte Yo con mis mismas campanitas, a fin de que puedas tener tantas voces para llamarme y para demostrarme tu amor.”

Así parecía que como una faja adornada de estas campanitas me ceñía la cintura. Después de esto he quedado en silencio y Él ha agregado:

“Hoy quiero entretenerme contigo, dime alguna cosa.”

Y yo: “Tú sabes que todo mi contento es estar junto contigo, y teniéndote a Ti lo tengo todo, por eso poseyéndote a Ti me parece que no tengo otra cosa que desear, ni que decir.”

Y Jesús: “Hazme oír tu voz que recrea mi oído, conversemos un poco juntos, Yo te he hablado tantas veces de la cruz, hoy déjame oírte hablar a ti de la cruz.”

Yo me sentía toda confundida, no sabía que decir, pero Él me ha mandado un rayo de luz intelectual, y para contentarlo he comenzado a decir: “Amado mío, ¿quién te puede decir qué cosa es la cruz? Sólo tu boca puede hablar dignamente de la sublimidad de la cruz, pero ya que quieres que hable yo, está bien, lo hago: La cruz sufrida por Ti me liberó de la esclavitud del demonio y me desposó con la Divinidad con nudo indisoluble; la cruz es fecunda y me pare la Gracia; la cruz es luz y me desengaña de lo temporal y me descubre lo eterno; la cruz es fuego, y todo lo que no es de Dios lo vuelve cenizas, hasta vaciarme el corazón del más mínimo hilo de hierba que pueda estar en él; la cruz es moneda de inestimable precio, y si yo tengo, Esposo santo, la fortuna de poseerla, me enriqueceré de monedas eternas, hasta volverme la más rica del paraíso, porque la moneda que corre en el Cielo es la cruz sufrida en la tierra; la cruz me hace conocerme más a mí misma, y no sólo eso, sino me da el conocimiento de Dios; la cruz me injerta todas las virtudes; la cruz es la noble cátedra de la Sabiduría increada que me enseña las doctrinas más altas, sutiles y sublimes, así que sólo la cruz me develará los misterios más escondidos, las cosas más recónditas, la perfección más perfecta escondida a los más doctos y sabios del mundo; la cruz es como agua benéfica que me purifica, no sólo eso, sino que me suministra el nutrimento a las virtudes, me las hace crecer y sólo me deja cuando me conduce a la Vida eterna; la cruz es como rocío celeste que me conserva y me embellece el bello lirio de la pureza; la cruz es el alimento de

la Esperanza; la cruz es la antorcha de la Fe obrante; la cruz es aquel leño sólido que conserva y mantiene siempre encendido el fuego de la Caridad; la cruz es aquel leño seco que hace desvanecer y poner en fuga todos los humos de soberbia y de vanagloria, y produce en el alma la humilde violeta de la humildad; la cruz es el arma más potente que hiere a los demonios y me defiende de sus garras. Así que el alma que posee la cruz es de envidia y admiración a los mismos ángeles y santos, y de rabia y desdén a los demonios. La cruz es mi paraíso en la tierra, de modo que si el paraíso de allá, de los bienaventurados, son los gozos, el paraíso de acá son los sufrimientos. La cruz es la cadena de oro purísimo que me une contigo, mi sumo Bien, y forma la unión más íntima que se pueda dar, hasta hacer desaparecer mi ser y me transmuta en Ti, mi objeto amado, tanto, de sentirme perdida en Ti y vivo de tu misma Vida.”

Después que dije esto, (no sé si son desatinos), mi amable Jesús al oírme todo se complacía, y llevado por un entusiasmo de amor toda me besaba y me ha dicho:

“Bravo, bravo a mi amada hija, has dicho bien. Mi Amor es fuego, pero no como el fuego terreno que dondequiera que penetra todo lo vuelve estéril y reduce todo a cenizas; mi fuego es fecundo y sólo esteriliza lo que no es virtud, pero a todo lo demás da vida y hace germinar las bellas flores, hace producir los más exquisitos frutos y convierte al alma en el más delicioso jardín celestial.

La cruz es tan potente y le he comunicado tanta gracia, que la volví más eficaz que los mismos sacramentos, y esto porque al recibir el sacramento de mi cuerpo se necesitan las disposiciones y el libre concurso del alma para recibir mis gracias, que muchas veces pueden faltar, pero la cruz tiene virtud de disponer al alma a la Gracia.”

+ + + +

Diciembre 21, 1899

Luisa habla de la virginidad y de la pureza.

Después de un largo silencio, esta mañana mi amable Jesús interrumpiéndolo me ha dicho:

“Yo soy el receptáculo de las almas puras.”

Y en estas sus palabras tuve una luz intelectual que me hacía comprender muchas cosas sobre la pureza, pero poco o nada sé poner en palabras de lo que oigo en el intelecto. Pero la honorabilísima señora

obediencia quiere que escriba alguna cosa, aun desatinando, y para contentarla diré mis desatinos sobre la pureza.

Me parecía que la pureza fuese la gema más noble que el alma pueda poseer. El alma que posee la pureza está investida de cándida luz, de modo que Dios bendito, mirándola encuentra su misma imagen, se siente atraído a amarla, tanto que llega a enamorarse de ella, y es tomado por tanto amor que le da por ciudad su purísimo corazón, porque sólo lo que es puro y limpísimo entra en Dios, nada entra manchado en aquel seno purísimo. El alma que posee la pureza conserva en sí su primer esplendor que Dios le dio al crearla, nada hay en ella desfigurado, desnoblecido, sino que como reina que aspira a las nupcias del Rey celestial, conserva su nobleza hasta que esta noble flor es transplantada en los jardines celestiales. ¡Oh, cómo esta flor virginal está perfumada con aroma especial! Se eleva siempre sobre todas las demás flores y aun sobre los mismos ángeles. ¡Cómo resalta con variadas bellezas! Así que todos son tomados por estima y amor, y libremente todos le dan el paso hasta hacerla llegar al Esposo divino, de modo que el primer puesto en torno a Nuestro Señor es de estas nobles flores. Entonces Nuestro Señor se deleita grandemente en pasear en medio a estos lirios que perfuman la tierra y el Cielo, y mucho más se complace en estar circundado por estos lirios, porque siendo Él el primer noble lirio y el modelo, es el ejemplar de todos los demás. ¡Oh, cómo es bello ver un alma virgen! Su corazón no emite otro aliento que de pureza y de candor; ni siquiera tiene la sombra de otro amor que no sea Dios, también su cuerpo exhala olor de pureza, todo es puro en ella: Pura en los pasos, pura en el obrar, en el hablar, en el mirar, también en el moverse, así que al solo verla se siente la fragancia y se descubre un alma virgen de verdad. ¡Qué carismas, qué gracias, qué recíproco amor, qué estratagemas amorosas entre esta alma y el esposo Jesús! Sólo quien las siente puede decir alguna cosa, porque ni siquiera se puede narrar todo, y yo no me siento en deber de hablar sobre esto, por eso hago silencio y paso adelante.

+ + + +

Diciembre 22, 1899

**Dios nos atrae a amarlo en tres modos,
y en tres modos se manifiesta al alma.**

Esta mañana mi adorable Jesús no venía. Después de mucho esperar y seguir esperando, apenas, casi como un rayo que huye se dejó ver varias

veces, pero me parecía ver más bien una luz que a Jesús, y en esta luz una voz que decía la primera vez que vino:

“Yo te atraigo a amarme en tres modos: A fuerza de beneficios, a fuerza de atracciones y a fuerza de persuaciones.”

¿Quién puede decir cuántas cosas comprendía en estas tres palabras? Me parecía que Jesús bendito, para atraerse mi amor y también el de las otras criaturas, hace llover beneficios en favor nuestro, y viendo que esta lluvia de beneficios no llega al punto de ganarse nuestro amor, llega a hacerse atrayente. ¿Y cuál es esta atracción? Son sus penas sufridas por amor nuestro, hasta morir chorreando sangre sobre una cruz, donde se volvió tan atrayente que enamoró de Sí a sus mismos verdugos y a sus más fieros enemigos. Además, para atraernos mayormente y volver más fuerte y estable nuestro amor, nos ha dejado la luz de sus santísimos ejemplos, unidos a su celestial doctrina, y que como luz nos despejan las tinieblas de esta vida y nos conducen a la eterna salvación.

La segunda vez que ha venido me ha dicho:

“Yo me manifiesto al alma en tres diversos modos: Con la Potencia, con la noticia y con el Amor. La Potencia es el Padre, la Noticia es el Verbo, el Amor es el Espíritu Santo.”

¡Oh, cuántas otras cosas comprendía! Pero demasiado escaso es lo que sé manifestar. Me parecía que con la Potencia se manifiesta Dios al alma en todo lo creado, desde el primero al último ser es manifestada la omnipotencia de Dios. El cielo, las estrellas y todos los demás seres nos hablan, si bien en mudo lenguaje, de un Ente Supremo, de un Ser Increado, de su omnipotencia, porque el hombre más instruido, con toda su ciencia no puede llegar a crear el más vil mosquito, y esto nos dice que debe haber un Ser Increado potentísimo que ha creado todo y da vida y subsistencia a todos los seres. ¡Oh, cómo todo el universo a claras notas y con caracteres imborrables nos habla de Dios y de su omnipotencia! Así que quien no lo ve es ciego voluntario.

Con la noticia, me parecía que Jesús bendito al descender del Cielo viniera en persona a la tierra a darnos noticia de lo que para nosotros es invisible, ¿y en cuántos modos no se manifestó Él? Creo que cada uno por sí mismo comprenderá todo el resto, por eso no me alargó más.

+ + + +

Diciembre 25, 1899

Jesús quiere de Luisa continua actitud de sacrificio.

Después de haber pasado algunos días casi de privación total de mi sumo y único Bien, acompañados por una dureza de corazón, sin poder ni siquiera llorar mi gran pérdida, si bien ofrecía a Dios también aquella dureza diciéndole: “Señor, acéptala como sacrificio, sólo Tú puedes ablandar este corazón tan duro.” Finalmente, después de un largo penar, ha venido mi amada Mamá Reina trayendo en su regazo al celestial niño envuelto en un pañal, todo tembloroso; me lo ha dado entre mis brazos diciéndome:

“Hija mía, caliéntalo con tus afectos, porque mi Hijo nació en extrema pobreza, en total abandono de los hombres y en suma mortificación.”

¡Oh, cómo era agradable con su celestial belleza! Lo he tomado entre mis brazos y me lo he estrechado para calentarlo, porque estaba casi entumecido por el frío, no teniendo otra cosa que lo cubriera que un sólo pañal. Después de haberlo calentado por cuanto he podido, mi tierno niño, entreabriendo sus purpúreos labios me ha dicho:

“¿Me prometes tú ser siempre víctima por amor mío, como Yo lo soy por amor tuyo?”

Y yo: “Sí tesoro mío, te lo prometo.”

Y Él: “No estoy contento sólo con las palabras, quiero un juramento y también una firma con tu sangre.”

Y yo: “Si quiere la obediencia lo haré.”

Él parecía todo contento y ha agregado:

“Mi corazón desde que nací lo tuve siempre ofrecido en sacrificio para glorificar al Padre, para la conversión de los pecadores y por las personas que me rodeaban y que más me fueron fieles compañeros en mis penas. Así quiero que tu corazón esté en continua actitud, ofrecido en espíritu de sacrificio por estos tres fines.”

Mientras esto decía, la Reina Mamá quería al niño para alimentarlo con su leche dulcísima. Se lo he devuelto y Ella sacó su pecho para ponerlo en la boca del divino niño, y yo astuta, queriendo hacer una broma he puesto mi boca para chupar, he sacado pocas gotas, y en el momento de hacer esto han desaparecido, dejándome contenta y descontenta.

Sea todo para gloria de Dios y para confusión de esta miserable pecadora.

+ + + +

Diciembre 27, 1899

La Caridad debe ser como un manto que debe cubrir las acciones.

Jesús continúa haciéndose ver como sombra y como rayo. Mientras me encontraba en un mar de amargura por su ausencia, en un instante se ha hecho ver diciéndome:

“La Caridad debe ser como un manto que debe cubrir todas tus acciones, de modo que todo debe relucir de perfecta Caridad. ¿Qué significa ese disgustarte cuando no sufres? Que tu Caridad no es perfecta, porque el sufrir por amor mío y el no sufrir por mi amor, sin tu voluntad, todo es lo mismo.”

Y ha desaparecido dejándome más amargada que antes, queriendo tocar una nota muy delicada para mí, y que Él mismo me ha infundido. Entonces, después de haber derramado amargas lágrimas en mi estado miserable y por la ausencia de mi adorable Jesús, ha regresado y me ha dicho:

“Con las almas justas me porto con justicia, las recompenso duplicadamente por su justicia, favoreciéndolas con las gracias más grandes y con hablarles con palabras justas y de santidad.”

Sin embargo yo me encontraba tan confundida y mala, que no me atrevía a decir una sola palabra, es más, continuaba vertiendo lágrimas sobre mi miseria. Y Jesús queriéndome infundir confianza ha puesto su mano bajo mi cabeza para levantarla, porque no la sostenía, y ha agregado:

“No temas, Yo soy el escudo de los atribulados.”

Y ha desaparecido.

+ + + +

Diciembre 30, 1899

Efectos de la humillación y la mortificación.

Esta mañana en cuanto he visto a mi adorable Jesús, como la obediencia me había dicho que rezara por una persona, por eso en cuanto ha venido se la he encomendado, y Él me ha dicho:

“La humillación no sólo se debe aceptar, sino también amarla, tanto como para masticarla como un alimento, y como cuando un alimento es amargo, por cuanto más se mastica tanto más se siente la amargura, así la humillación bien masticada hace nacer la mortificación, y estos son dos

potentísimos medios, esto es, la humillación y la mortificación, para salvar ciertos obstáculos y obtener las gracias que se necesitan. Y mientras parecen dañinos a la naturaleza humana, como el alimento amargo parece que quiera causar más mal que bien, así la humillación y la mortificación, pero no. Cuando el fierro es más golpeado sobre el yunque, tanto más arroja chispas de fuego y queda puro, así el alma, cuanto más es humillada y golpeada bajo el yunque de la mortificación, tanto más arroja chispas de fuego celestial y queda purgada si verdaderamente quiere caminar la vía del bien; pero si es falsa sucede todo lo contrario.”

+ + + +

Enero 1, 1900

Efecto del conocimiento de sí mismo.

Encontrándome muy afligida por la privación de mi sumo y único Bien, después de mucho esperar y esperar, finalmente lo he visto salir llorando de dentro de mi corazón, haciéndome señal con los ojos que le dolía la herida hecha en la circuncisión, y por eso lloraba, y que esperaba de mí que le secara la sangre que corría de la herida y endulzara el dolor del corte. Yo era toda compasión y confusión al mismo tiempo, tanto que no me atrevía a hacerlo, pero atraída por el amor, no sé como me he encontrado un trapo en la mano y he tratado por cuanto he podido de limpiar la sangre al niño Jesús. Mientras esto hacía me sentía toda llena de pecado, y pensaba que yo era la causa de ese dolor de Jesús. ¡Oh, cómo me daba pena, me sentía absorbida en aquella amargura, y el bendito niño compadeciendo mi miserable estado me ha dicho:

“Por cuanto más el alma se humilla y se conoce a sí misma, tanto más se acerca a la verdad, y encontrándose en la verdad busca dirigirse al camino de las virtudes, del cual se ve muy lejana, y si ve que se encuentra en este camino, pronto descubre lo mucho que le queda por hacer, porque las virtudes no tienen término, son infinitas como soy Yo. Entonces el alma encontrándose en la verdad, busca siempre perfeccionarse, pero jamás llegará a verse perfecta, y esto le sirve y hará que el alma esté continuamente trabajando, esforzándose para mayormente perfeccionarse, sin perder el tiempo en ociosidades, y Yo, complaciéndome de este trabajo, poco a poco la voy retocando para pintar en ella mi semejanza. He aquí el por qué quise ser circuncidado, para dar un ejemplo de grandísima humildad, que hizo desconcertar a los mismos ángeles del Cielo.”

+ + + +

Enero 3, 1900

La paz.

Continúo viéndome toda llena de miserias, y no sólo eso, sino también inquieta. Me parece que todo mi interior se ha puesto en armas por la pérdida de Jesús; y estaba pensando entre mí que mis grandes pecados me habían merecido el que mi adorable Jesús me hubiese dejado, y por eso no lo vería más. ¡Oh, qué muerte cruel es este pensamiento para mí! Es más, pensamiento más despiadado que cualquier muerte. ¡No ver más a Jesús! ¡No oír más la suavidad de su voz! ¡Perder a Aquel del cual depende mi vida y del cual me viene todo bien! ¿Cómo poder vivir sin Él? ¡Ah, si pierdo a Jesús para mí todo ha terminado! Con estos pensamientos sentía una agonía de muerte, todo mi interior trastornado porque quería a Jesús, y Él, en un destello de luz se ha manifestado a mi alma diciéndome:

“Paz, paz, no quieras turbarte. Así como una flor olorosísima perfuma el lugar donde se pone, así la paz llena de Dios al alma que la posee.”

Y como relámpago se ha ido. Ah Señor, cuán bueno eres con esta pecadora, y en confianza te digo también, cómo eres impertinente, pues nada menos debo perderte a Ti, y ni siquiera quieres que me turbe o me inquiete, y si lo hago, me haces entender que yo misma me alejo de Ti, porque con la paz me lleno de Dios y con turbarme me lleno de tentaciones diabólicas. ¡Oh mi dulce Jesús, cuánta paciencia se necesita contigo, porque cualquier cosa que me suceda, ni siquiera puedo inquietarme, ni turbarme, sino que quieres que me esté en perfecta calma y paz.

+ + + +

Enero 5, 1900

Efectos del pecado y de la confesión.

Encontrándome en mi habitual estado, me he sentido salir fuera de mí misma y he encontrado a mi adorable Jesús, pero ¡oh, cómo me veía llena de pecados ante su presencia! En mi interior sentía un fuerte deseo de confesarme con Nuestro Señor, por eso dirigiéndome a Él he comenzado a decir mis culpas, y Jesús me escuchaba. Cuando terminé de hablar, dirigiéndose a mí con un rostro lleno de tristeza me dijo:

“Hija mía, el pecado, si es grave, es un abrazo venenoso y mortífero al alma, y no sólo a ella sino también a todas las virtudes que se encuentran en

el alma; si es venial, es un abrazo que hiere, que vuelve al alma muy débil y enferma, y junto con ella se enferman las virtudes que había adquirido. ¡Qué arma mortal es el pecado! ¡Sólo el pecado puede herir y dar muerte al alma! Ninguna otra cosa puede dañarla, ninguna otra cosa la vuelve ignominiosa, odiosa ante Mí, sino sólo el pecado.”

Mientras decía esto, yo comprendía la fealdad del pecado y sentía tal pena, que ni siquiera sé explicarla. Y Jesús viéndome toda compenetrada, alzó su bendita mano derecha y pronunció las palabras de la absolución. Después agregó:

“Así como el pecado hiere y da muerte al alma, así el sacramento de la confesión da la vida y la cura de las heridas, y restituye el vigor a las virtudes, y esto más o menos según las disposiciones del alma, así obra la virtud del sacramento.”

Me pareció que mi alma recibía nueva vida, después de que Jesús me dio la absolución no sentía más aquel fastidio de antes. Sea siempre glorificado el Señor y siempre le sean dadas las gracias.

+ + + +

Enero 6, 1900

La confianza: Escalera para subir a la Divinidad.

Esta mañana he recibido la comunión y me he encontrado con Jesús, estaba también la Mamá Reina, y ¡oh! maravilla, veía a la Madre y veía el corazón de Ella transformado en Jesús niño; miraba al Hijo y veía en el corazón del niño a la Madre. Mientras estaba en esto recordé que hoy es la epifanía, y yo, a ejemplo de los santos magos debía ofrecer alguna cosa al niño Jesús, pero veía que no tenía nada que darle. Entonces, viendo mi miseria, me ha venido el pensamiento de ofrecerle por mirra mi cuerpo con todos los sufrimientos de los doce años que he estado en cama, dispuesta a sufrir y a estar todo el tiempo que Él quisiera; por oro la pena que siento cuando me priva de su presencia, que es la cosa más penosa y dolorosa para mí; por incienso mis pobres oraciones unidas a las de la Reina Mamá, a fin de que fueran más aceptables al niño Jesús. Entonces hice el ofrecimiento con toda la confianza de que el niño aceptaría todo. Parecía que Jesús con mucho gusto aceptaba mis pobres ofrecimientos, pero lo que más le gustaba era la confianza con la que se los había ofrecido. Entonces me ha dicho:

“La confianza tiene dos brazos, con uno se abraza a mi Humanidad y se sirve de Ella como escalera para subir a mi Divinidad, con el otro se abraza a la Divinidad y a torrentes toma las gracias celestiales, así que el

alma queda toda inundada por el Ser Divino. Cuando el alma confía, está segura de obtener lo que pide, Yo me hago atar los brazos, la hago hacer lo que quiere, la hago penetrar hasta dentro de mi corazón y por sí misma le hago tomar lo que me ha pedido. Si no hiciera esto me sentiría en un estado de violencia.”

Mientras esto decía, del pecho del niño y del de la Madre salían tantos ríos de licor (pero no sé decir propiamente como se llamaba eso que digo licor) que me inundaban el alma. Y la Reina Madre ha desaparecido.

Después de esto, junto con el niño hemos salido fuera, en la bóveda de los cielos, su gracioso rostro lo veía triste y he dicho entre mí: “Tal vez quiere leche y por eso está triste.” Entonces le he dicho: “¿Quieres mamar de mí, porque la Reina Mamá no está?” Pero antes de hacer esto he sentido temor de que fuera demonio, entonces para asegurarme lo he persignado varias veces con la cruz y le he dicho: “¿Eres Tú realmente Jesús Nazareno, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de María Virgen Madre de Dios?” El niño aseguraba que sí. Entonces asegurada, lo he puesto a mamar de mí. El niño parecía que se reanimaba tomando un aspecto alegre, y yo veía que chupaba parte de aquellos ríos de los que Él mismo me había inundado. Y mientras esto hacía me sentía jalar el corazón, porque parecía que de él venía aquella leche que Jesús chupaba de mí. ¿Quién puede decir lo que pasaba entre el niño Jesús y yo? No tengo lengua para poderlo manifestar, no tengo palabras para poderlo describir.

+ + + +

Enero 8, 1900

Aun los errores serán útiles.

Estaba pensando entre mí: “Quién sabe cuántos desatinos, cuántos errores contienen estas cosas que escribo.” Entre tanto he sentido que perdía los sentidos y ha venido el bendito Jesús y me ha dicho:

“Hija mía, aun los errores servirán, y esto para hacer conocer que no hay ningún artificio por parte tuya, ni que tú seas algún doctor, porque si esto fuera, tú misma habrías advertido donde te equivocabas, y esto también hará resplandecer de más que soy Yo quien te hablo, si ven las cosas con sencillez; sin embargo te aseguro que no encontrarán ni la sombra del vicio, ni cosa que no hable de virtud, porque mientras tú escribes Yo mismo te estoy guiando la mano; a lo más podrán encontrar algún error a primera vista, pero si lo observan bien, ahí encontrarán la verdad.”

Dicho esto ha desaparecido, pero después de algunas horas ha regresado y yo me sentía toda titubeante y pensativa acerca de las palabras que me había dicho, y Él ha agregado:

“Mi patrimonio es la firmeza y la estabilidad, no estoy sujeto a ningún cambio, y el alma por cuanto más se acerca a Mí y se adentra en el camino de las virtudes, tanto más se siente firme y estable en el obrar el bien, y por cuanto más lejana está de Mí, tanto más estará sujeta a cambiarse y a inclinarse ahora al bien y ahora al mal.”

+ + + +

Enero 12, 1900

Diferencia entre el conocimiento de sí mismo y la humildad.

Encontrándome en mi habitual estado, mi amable Jesús ha venido en un estado que daba compasión, tenía las manos atadas fuertemente y el rostro cubierto de salivazos y algunas personas lo abofeteaban horriblemente, y Él permanecía quieto, plácido, sin hacer ni un movimiento ni emitir un lamento, ni siquiera un movimiento de pestañas, para demostrar que Él quería sufrir estos ultrajes, y esto no sólo externamente, sino también internamente. ¡Qué espectáculo tan conmovedor, de hacer despedazar los corazones más duros! ¡Cuántas cosas decía aquel rostro con los salivazos en él, ensuciado de fango! Yo me sentía horrorizar, temblaba, me veía toda soberbia delante de Jesús. Mientras estaba en este aspecto, Él me ha dicho:

“Hija mía, sólo los pequeños se dejan manejar como se quiere, no aquellos que son pequeños de razón humana, sino aquellos que son pequeños, pero llenos de razón divina. Sólo Yo puedo decir que soy humilde, porque en el hombre lo que se dice humildad, más bien se debe decir conocimiento de sí mismo, y quien no se conoce a sí mismo camina ya en la falsedad.”

Durante algunos minutos Jesús hizo silencio y yo lo contemplaba. Mientras esto hacía he visto una mano que traía una luz, que hurgando en mi interior, en los más íntimos escondites, quería ver si había en mí el conocimiento de mí misma y el amor a las humillaciones, a las confusiones y a los oprobios; aquella luz encontraba un vacío en mi interior, y yo también veía que debía ser llenado con humillaciones y confusiones a ejemplo del bendito Jesús. ¡Oh, cuántas cosas me hacía comprender aquella luz y aquel rostro santo que estaba frente a mí! Decía entre mí: “Un Dios, humillado por amor mío, confundido, y yo, pecadora, sin estas divisas. Un

Dios estable, firme en soportar tantas injurias, tanto que no se mueve ni un poquito para liberarse de esos escupitajos fétidos, – ¡ah! me parece ver su interior ante la Divinidad, y el exterior ante los hombres, – sin embargo si quiere lo puede hacer, porque no son las cadenas las que lo atan, sino su estable Voluntad que a cualquier costo quiere salvar al género humano. ¿Y yo? ¿Y yo? ¿Dónde están mis humillaciones, dónde la firmeza, la constancia en el hacer el bien por amor de mi Jesús y por amor de mi prójimo? ¡Ay, qué diferentes víctimas somos yo y Jesús, porque de hecho no nos parecemos en nada!” Mientras mi pequeño cerebro se perdía en esto, mi adorable Jesús me ha dicho:

“Mi Humanidad estuvo llena solamente de oprobios y humillaciones, tanto, de derramarse fuera, he aquí por qué ante mis virtudes tiembla el Cielo y la tierra, y las almas que me aman se sirven de mi Humanidad como escalera para subir a probar algunas gotitas de mis virtudes. Dime, ante mi humildad, ¿dónde está la tuya? Sólo Yo puedo gloriarme de poseer la verdadera humildad; mi Divinidad unida a mi Humanidad podía obrar prodigios en cada paso, palabra y obra, en cambio voluntariamente me restringía en el cerco de mi Humanidad y me mostraba como el más pobre y llegaba a confundirme con los mismos pecadores.

La obra de la Redención en poquísimo tiempo podía hacerla, aun con una sola palabra, pero quise durante el curso de tantos años, con tantos trabajos y sufrimientos, hacer más las miserias del hombre, quise ejercitarme en tantas diversas acciones para hacer que el hombre fuese todo renovado y divinizado aun en las mínimas obras, porque realizadas por Mí, que era Dios y hombre, recibían nuevo esplendor y quedaban con la marca de obras divinas. Mi Divinidad escondida en mi Humanidad, con descender a tanta bajeza, sujetarse al curso de las acciones humanas mientras que con un solo acto de Voluntad habría podido crear infinitos mundos, con sentir las miserias, las debilidades de otros como si fuesen tuyas, con verse cubierta de todos los pecados de los hombres ante la divina Justicia, y que debía pagar con el precio de penas inauditas y con el desembolso de toda su sangre, ejercitaba continuos actos de profunda y heroica humildad.

He aquí, oh hija mía, la diferencia grandísima de mi humildad con la humildad de las criaturas, que ante la mía apenas es una sombra, aun la de todos mis santos, porque la criatura es siempre criatura y no conoce cuánto pesa la culpa como lo conozco Yo, aunque sean almas heroicas que a mi ejemplo se han ofrecido a sufrir las penas de otros, pero éstas no son diferentes de aquellas, de las otras criaturas, no son cosas nuevas para ellas, porque están formadas del mismo barro. Además, el sólo pensar que esas penas son causa de nuevas adquisiciones y que glorifican a Dios, es un gran

honor para ellas. Además de esto, la criatura está restringida en el cerco donde Dios la ha puesto, y no puede salir de esos límites con los que Dios la rodeó. ¡Oh! si estuviese en su poder el hacer y el deshacer, cuántas otras cosas harían, cada uno llegaría a las estrellas. Pero mi Humanidad divinizada no tenía límites, sino que voluntariamente se restringía en Sí misma, y esto era un entretrejer todas mis obras de heroica humildad. Había sido esta la causa de todos los males que inundan la tierra, esto es, la falta de humildad, y Yo con el ejercicio de esta virtud debía atraer de la divina Justicia todos los bienes. ¡Ah, sí, que no parten de mi trono rescritos de gracias sino por medio de la humildad! Ningún billete puede ser recibido por Mí, si no contiene la firma de la humildad; ninguna oración escuchan mis oídos y mueve a compasión mi corazón, si no está perfumada con el aroma de la humildad. Si la criatura no llega a destruir el germen de honor, de estima, y esto se destruye con llegar a amar el ser despreciada, humillada, confundida, sentirá un entrelazamiento de espinas alrededor de su corazón, advertirá un vacío en su corazón que le dará siempre fastidio y la volverá muy desemejante de mi santísima Humanidad, y si no llega a amar las humillaciones, a lo más podrá conocerse un poco a sí misma, pero no resplandecerá ante Mí vestida por la bella y agradable vestidura de la humildad.”

¿Quién puede decir cuántas cosas comprendía sobre esta virtud y la diferencia entre el conocerse a sí mismo y la humildad? Me parecía tocar con la mano la diferencia de estas dos virtudes, pero no tengo palabras para explicarme. Para decir alguna cosa me sirvo de una idea, por ejemplo: Un pobre dice que es pobre, y aun a personas que no lo conocen y que tal vez pueden creer que posee alguna cosa, él les manifiesta con franqueza su pobreza, se puede decir que se conoce a sí mismo y dice la verdad, y por esto es más amado, mueve a los demás a compasión de su miserable estado y todos lo ayudan; esto es el conocerse a sí mismo. Si después, aquel pobre avergonzándose de manifestar su pobreza se jactara de que él es rico, mientras que todos saben que no tiene ni siquiera vestidos para cubrirse y que se muere de hambre, ¿qué sucedería? Todos lo desprecian, nadie lo ayuda y llega a ser sujeto de burla y de ridiculez a cualquiera que lo conoce, y el miserable, yendo de mal en peor termina con perecer. Tal es la soberbia ante Dios y aun ante los hombres, y he aquí que quien no se conoce a sí mismo, ya está fuera de la verdad y se precipita por el camino de la falsedad.

Ahora, la diferencia con la humildad, si bien me parece que son dos hermanas nacidas en un mismo parto y que jamás se puede ser humilde si no se conoce a sí mismo, es por ejemplo un rico, que despojándose por amor a las humillaciones de sus nobles vestiduras, se cubre con miserables harapos,

vive desconocido, a nadie manifiesta quien es él, se confunde con los más pobres, vive con los pobres como si fuera igual que ellos, hace de los desprecios y confusiones sus delicias, y esta es la bella hermana del conocimiento de sí mismo, esto es la humildad. ¡Ah! sí, la humildad llama a la Gracia; la humildad rompe las cadenas más fuertes, como son el pecado; la humildad supera cualquier muro de división entre el alma y Dios, y a Él la regresa; la humildad es la pequeña planta, pero siempre verde y florida, no sujeta a ser roída por los gusanos, ni los vientos, ni las granizadas, ni el calor podrán hacerle daño ni marchitarla mínimamente; la humildad, si bien es la más pequeña planta, siempre saca ramas altísimas que penetran hasta en el Cielo y se entrelazan entorno al corazón de Nuestro Señor, y sólo las ramas que salen de esta pequeña planta tienen libre la entrada en ese corazón adorable; la humildad es el ancla de la paz en las tempestades de las olas del mar de esta vida; la humildad es sal que condimenta todas las virtudes, y preserva al alma de la corrupción del pecado; la humildad es la hierba que brota en el camino pisado por los caminantes, que mientras es pisoteada desaparece, pero en seguida se ve surgir de nuevo más bella que antes; la humildad es como injerto noble que ennoblece a la planta silvestre; la humildad es el ocaso de la culpa; la humildad es la recién nacida de la Gracia; la humildad es como luna que nos guía en las tinieblas de la noche de esta vida; la humildad es como aquel avaro negociante que sabe negociar bien sus riquezas, y no despilfarra ni siquiera un centavo de la Gracia que le viene dada; la humildad es la llave de la puerta del Cielo, así que ninguno puede entrar en él si no tiene bien custodiada esta llave; finalmente, de otra manera no terminaría nunca y me alargaría demasiado, la humildad es la sonrisa de Dios y de todo el empíreo, y el llanto de todo el infierno.

+ + + +

Enero 17, 1900

La maldad y astucia del hombre.

Esta mañana mi adorable Jesús iba y venía, pero siempre en silencio. Después me he sentido salir fuera de mí misma, y oía a Jesús que desde atrás me decía:

“El hombre dice – porque no hay ya rectitud – : ‘Hasta en tanto que las cosas estén de este modo no podremos tener ningún éxito en nuestros planes, finjamos virtud, finjémonos rectos, mostrémonos verdaderos amigos externamente, porque así será más fácil tejer nuestras redes y atraerlos al engaño, y cuando salgamos para atraparlos y hacerles mal, cada uno,

creyéndonos amigos, los tendremos en nuestras manos.’ Ve hasta donde llega la astucia del hombre.”

Después de esto el bendito Jesús queriendo un acto de reparación especial, parecía que me truncaba la vida ofreciéndome a la divina Justicia. En el momento que esto hacía yo creía que Jesús me hacía terminar esta vida, entonces le he dicho: “Señor, no quiero ir al Cielo sin tus insignias, primero crucifícame y después llévame.”

Así me ha traspasado las manos y los pies con los clavos, y mientras esto hacía, con suma amargura mía Él desapareció y yo me encontré en mí misma, y dije entre mí: “Aquí estoy aún. ¡Ah!, cuántas veces me la haces mi amado Jesús, tienes un arte especial para saberlo hacer, porque me haces creer que debo morir, y entonces yo me río del mundo, de las penas, me río de Ti mismo porque ha terminado el tiempo de estar separados, no habrá más intervalos de separación. Pero apenas comienzo a reír cuando me encuentro otra vez atada por las cadenas de la cárcel de este frágil cuerpo, y olvidando el haber comenzado a reír, continuó el llanto, los gemidos, los suspiros de mi separación de Ti. ¡Ah Señor, hazlo pronto, porque me siento violentada a irme!”

+ + + +

Enero 22, 1900

Correspondencia a la Gracia.

Después de haber pasado días amarguísimos de privación, mi pobre corazón luchaba entre el temor de haberlo perdido y la esperanza de tal vez poderlo ver de nuevo. ¡Oh! Dios, qué guerra sangrienta ha debido sostener este mi pobre corazón; era tanta la pena que ahora se congelaba y ahora era exprimido como bajo una prensa y goteaba sangre. Mientras me encontraba en este estado me he sentido cerca de mi dulce Jesús, que quitándome un velo que me impedía verlo, finalmente pude hacerlo. En seguida le he dicho: “Ah Señor, ¿ya no me amas?”

Y Él: “Sí, sí, lo que te recomiendo es la correspondencia a mi Gracia, y para ser fiel debes ser como aquel eco que resuena dentro de un vacío, que no apenas comienza a emitirse la voz, inmediatamente, sin el mínimo retardo se escucha resonar el eco. Así tú, no apenas empieces a recibir mi Gracia, sin ni siquiera esperar a que la termine de dar, inmediatamente comienza el eco de tu correspondencia.”

+ + + +

Enero 27, 1900

El orden de las virtudes en el alma.

Continúo quedando casi privada de mi dulce Jesús, mi vida desfallece por la pena, siento un tedio, un fastidio, un cansancio de la vida. Iba diciendo en mi interior: “¡Oh, cómo se ha prolongado mi exilio! ¡Qué felicidad sería la mía si pudiera desatar las ataduras de este cuerpo y así mi alma emprendería libre el vuelo hacia mi sumo Bien!” Entonces un pensamiento me ha dicho: “¿Y si tú vas al infierno?” Y yo, para no llamar al demonio a combatirme, en seguida lo rechacé diciendo: “Pues bien, también desde el infierno enviaré mis suspiros a mi dulce Jesús, también ahí quiero amarlo.” Mientras me encontraba en estos y otros pensamientos, que sería demasiada larga la historia si los dijera todos, el amable Jesús por poco tiempo se ha hecho ver, pero con un aspecto serio y me ha dicho:

“No ha llegado aún tu tiempo.”

Después, con una luz intelectual me hacía comprender que en el alma todo debe estar ordenado. El alma posee muchos pequeños apartamentos donde cada virtud toma su lugar, y si bien se puede decir que una sola virtud contiene en sí a todas las demás, y que el alma poseyendo una sola, es cortejada por todas las otras virtudes, pero a pesar de esto todas son distintas entre ellas, tanto, que cada una tiene su lugar en el alma, y he aquí que todas las virtudes tienen su principio en el misterio de la Sacrosanta Trinidad, que mientras es Una, son Tres Personas distintas, y mientras son Tres son Una. Comprendía también que estos apartamentos en el alma, o están llenos de virtud o del vicio opuesto a aquella virtud, y si no está ni la virtud ni el vicio, quedan vacíos. A mí me parecía como una casa que contiene muchas habitaciones, todas vacías, o bien, una llena de serpientes, otra de fango, otra llena de algunos muebles cubiertos de polvo, otra oscura. ¡Ah Señor, sólo Tú puedes poner en orden mi pobre alma!

+ + + +

Enero 28, 1900

La mortificación.

Continúa lo mismo. Esta mañana Jesús me ha transportado fuera de mí misma y después de tanto tiempo parece que he visto a Jesús con claridad, pero me veía tan mala que no me atrevía a decir una sola palabra,

nos mirábamos, pero en silencio; en aquellas mutuas miradas comprendía que mi buen Jesús estaba lleno de amargura, pero no me atrevía a decirle que las derramara en mí. Entonces Él mismo se ha acercado y ha comenzado a derramarlas, y yo no pudiendo contenerlas, conforme las recibía las echaba por tierra. Entonces Él me dijo:

“¿Qué haces? ¿No quieres participar más en mis amarguras? ¿No quieres darme más alivio en mis penas?”

Y yo: “Señor, no es mi voluntad, yo misma no sé qué cosa me ha sucedido, me siento tan llena que no tengo donde contenerlas, sólo un prodigio tuyo puede ensanchar mi interior y así podré recibir tus amarguras.”

Entonces Jesús me ha persignado con una señal grande de cruz y ha derramado de nuevo, así parece que he podido contenerlas, y después ha agregado:

“Hija mía, la mortificación es como el fuego que hace secar todos los humores; así la mortificación seca todos los humores malos que hay en el alma y la inunda de un humor santificante, de modo que hace germinar las más bellas virtudes.”

+ + + +

Enero 31, 1900

Correspondencia a la Gracia.

Después de que Jesús ha venido varias veces, pero siempre en silencio, yo me sentía un vacío y una pena porque no oía la voz dulcísima de mi dulce Jesús y Él, regresando, casi para contentarme me ha dicho:

“La Gracia es la vida del alma. Así como al cuerpo le da vida el alma, así la Gracia da vida al alma. Pero al cuerpo no le basta para tener vida el tener sólo al alma, sino que necesita también de un alimento para nutrirse y crecer a debida estatura; así al alma no le basta tener la Gracia para tener vida, sino que necesita un alimento para nutrirla y conducirla a debida estatura, ¿y cuál es este alimento? Es la correspondencia. Así que la Gracia y la correspondencia forman esa cadena que la conduce al Cielo, y a medida que el alma corresponde a la Gracia, son formados los eslabones de esta cadena.”

Después ha agregado: “¿Cuál es el pasaporte para entrar en el reino de la Gracia? Es la humildad. El alma, mirando siempre su nada y descubriendo que no es otra cosa que polvo, que viento, toda su confianza la pondrá en la Gracia, tanto que la hará dueña, y la Gracia tomando el dominio

sobre toda el alma, la conduce por el sendero de todas las virtudes y la hace llegar a la cima de la perfección.”

¿Qué será el alma sin Gracia? Me parecía como el cuerpo sin el alma, que se vuelve pestilente y se llena de gusanos y podredumbre por todas partes, tanto que se hace objeto de horror a la misma vista humana; así el alma sin la Gracia, se vuelve tan abominable que da horror a la vista, no de los hombres, sino de aquel Dios Tres veces Santo.

¡Ah Señor, líbrame de tanta desgracia y del monstruo abominable del pecado!

+ + + +

Febrero 4, 1900

Desconfianza.

Encontrándome en un estado lleno de desaliento, especialmente por la privación de mi sumo Bien, esta mañana apenas dejándose ver me ha dicho:

“El desaliento es un humor infeccioso que infecta las más bellas flores y los más agradables frutos y penetra hasta el fondo de la raíz, de modo que aquel humor infeccioso, invadiendo todo el árbol lo marchita, lo vuelve escuálido, y si no se le pone remedio regándolo con el humor contrario, como aquel humor malo se ha introducido hasta la raíz, seca la raíz y hace caer por tierra al árbol. Así le sucede al alma que se embebe de este humor infeccioso del desaliento.”

A pesar de todo esto yo me sentía todavía desalentada, toda encogida en mí misma y me veía tan mala que no me atrevía a arrojarme hacia mi dulce Jesús, mi mente estaba ocupada pensando en que para mí era inútil esperar como antes las continuas visitas de Él, sus gracias, sus carismas; todo para mí había terminado. Y Él, casi reprendiéndome ha agregado:

“¿Qué haces? ¿Qué haces? ¿No sabes tú que la desconfianza deja moribunda al alma? Y ésta, pensando en que debe morir no piensa más en nada, ni en adquirir, ni en comerciar, ni en embellecerse más, ni en poner remedio a sus males, no piensa otra cosa sino que para ella todo ha terminado. Y no sólo vuelve al alma moribunda, sino que la desconfianza pone a todas las virtudes en peligro de expirar.”

¡Ah Señor! Me imagino ver a este espectro de la desconfianza, triste, mustio, medroso y todo tembloroso, y toda su maestría, no con otra astucia sino sólo con el temor conduce las almas a la tumba. Pero lo que es peor es que este espectro no se muestra como enemigo, porque entonces el alma podría burlarse de su miedo, sino que se muestra como amigo, y se infiltra

tan dulcemente en el alma, que si el alma no está atenta, pareciéndole que es un amigo fiel que agoniza junto y llega a morir junto con ella, difícilmente se sabrá liberar de su artificiosa maestría.

+ + + +

5 de febrero de 1900

Efectos del conocimiento de la propia nada.

Continuando el mismo estado, con un poco más de ánimo, aunque no perfectamente libre, mi amadísimo Jesús al venir me ha dicho:

“Hija mía, a veces el alma siente una lucha en alguna virtud, y el alma esforzándose supera aquel combate; entonces la virtud queda más resplandeciente y más radicada en el alma. Pero el alma debe estar atenta para evitar que ella misma no suministre la cuerda para hacerse atar por la desconfianza, y esto lo hará al restringirse siempre, sin salir jamás, en el círculo de la verdad, que es el conocimiento de la propia nada.”

+ + + +

Febrero 12, 1900

Los defectos voluntarios forman nubes.

Encontrándome en un estado de abandono por parte de mi adorable Jesús, a mi pobre corazón me lo sentía, por el dolor, exprimir como bajo una prensa. ¡Oh Dios, qué pena inenarrable! Mientras me encontraba en este estado, casi como sombra he visto a mi amado Bien, pero no claramente, sólo he visto claramente una mano que me parecía que llevaba una lámpara encendida, y mojaba el dedo en el aceite de la lámpara y me ungía la parte del corazón, exacerbada a lo sumo por el dolor de su privación. En este momento he oído una voz que decía:

“La verdad es luz, que llevó el Verbo a la tierra. Así como el sol ilumina, vivifica y fecunda la tierra, así la luz de la verdad da vida, luz, y vuelve fecundas de virtud a las almas. Si bien muchas nubes, las cuales son las iniquidades de los hombres, ofuscan esta luz de verdad, pero a pesar de esto no deja, desde atrás de las nubes, de mandar destellos de luz vivificante, y así calentar a las almas, y si estas nubes son nubes de imperfecciones y de defectos involuntarios, esta luz, desgarrándolas con su calor las disipa y libremente se introduce en el alma.”

Entonces comprendía que el alma debe estar atenta a no caer en la sombra del defecto voluntario, porque estos son aquellas nubes peligrosas que impiden la entrada a la luz divina.

Febrero 13, 1900

La mortificación es como la cal.

Esta mañana después de haber recibido la comunión he visto a mi adorable Jesús, pero todo cambiado de aspecto. Me parecía serio, todo reservado, en acto de reprenderme. ¡Qué desgarrador cambio! Mi pobre corazón, en vez de ser aliviado me lo sentía más oprimido, más traspasado ante el aspecto tan insólito de Jesús. Sin embargo sentía toda la necesidad de un alivio por las penas sufridas en los pasados días por su privación, en que me parecía que vivía, pero agonizante y en continua violencia. Pero Jesús bendito, queriendo reprenderme porque iba buscando alivio debido a su presencia, mientras que no debía buscar otra cosa que sufrir, me ha dicho:

“Así como la cal tiene virtud de quemar los objetos que se meten en ella, así la mortificación tiene virtud de quemar todas las imperfecciones y los defectos que se encuentran en el alma, y llega a tanto que espiritualiza aun el cuerpo, y como un cerco se pone alrededor, y ahí sella todas las virtudes. Hasta en tanto que la mortificación no te queme bien, tanto el alma como el cuerpo, hasta deshacerlo, no podré sellar perfectamente en ti la marca de mi crucifixión.”

Después de esto, no sé decir bien quién fuese, pero me parecía que fuese un ángel, me ha traspasado las manos y los pies, y Jesús con una lanza que salía de su corazón, me ha traspasado el mío con extremo dolor y ha desaparecido dejándome más afligida que antes. ¡Oh, cómo comprendía bien la necesidad de la mortificación, como si fuera mi inseparable amiga, y que en mí no existía ni siquiera la sombra de amistad con ella! ¡Ah! Señor, átame Tú con indisoluble amistad a esta buena amiga, porque por mí no sé mostrarme más que toda rudeza, y ella no viéndose acogida por mí con buena cara, usa conmigo todas las consideraciones, me va rehuyendo siempre, temiendo que le vaya a voltear la espalda del todo, y jamás cumple conmigo su bello y majestuoso trabajo, porque debido a que estamos un poco lejanos, sus manos prodigiosas no llegan hasta mí para poderme trabajar y presentarme ante Ti como obra digna de sus santísimas manos.

+ + + +

Febrero 16, 1900

La mortificación debe ser el respiro del alma.

Continúa casi siempre lo mismo. Esta mañana, Jesús, después de haberme renovado las penas de la crucifixión me ha dicho:

“La mortificación debe ser el respiro del alma. Así como al cuerpo le es necesaria la respiración, y del aire bueno o malo que se respira, así queda infectado o purificado, también por la respiración se conoce si está sano o enfermo el interior del hombre, si todas las partes vitales están de acuerdo; así el alma, si respira el aire de la mortificación todo estará en ella purificado, todos sus sentidos sonarán con un mismo sonido concordante, su interior exhalará un respiro balsámico, saludable, fortificante; pero si no respira el aire de la mortificación todo será discordante en ella, exhalará un respiro maloliente y nauseante, mientras está por domar una pasión otra se desenfrena, en suma, su vida no será otra cosa que un juego de niños.”

Me parecía ver a la mortificación como un instrumento musical, en el cual, si todas las cuerdas están buenas y fuertes, produce un sonido armonioso y agradable, pero si las cuerdas no son buenas, ahora hay que reparar una, ahora hay que afinar otra, por lo que todo el tiempo lo usa en ajustarlo pero jamás en tocarlo, a lo más podrá emitir un sonido discordante y desagradable, por eso jamás hará nada de bueno.

+ + + +

Febrero 19, 1900

Amenaza de castigos.

Esta mañana mi adorable Jesús ha venido y me ha transportado fuera de mí misma, veía mucha gente, toda en movimiento, me parecía, pero no estoy segura, como una guerra, o bien una revolución, y a Nuestro Señor no hacían más que tejerle coronas de espinas, tanto que mientras yo estaba toda atenta a quitarle una, otra más dolorosa le ponían. ¡Ah, sí, parece que nuestro siglo será célebre por la soberbia! La más grande desventura es el perder la cabeza, porque habiendo perdido la cabeza con el cerebro, todos los otros miembros se vuelven inhábiles, o se vuelven enemigos de sí mismos y de los demás, por eso sucede que la persona abre un camino a todos los demás vicios.

Mi paciente Jesús toleraba todas esas coronas de espinas, y yo apenas tenía tiempo de quitárselas, entonces se volteó hacia esa gente y les ha dicho:

“Moriréis, quien en la guerra, quien en las cárceles y quien en terremotos, pocos permaneceréis. La soberbia ha formado el curso de las acciones de vuestra vida, y la soberbia os dará la muerte.”

Después de esto el bendito Jesús me ha sacado de en medio de aquella gente, y haciéndose niño yo lo llevaba en mis brazos para hacerlo reposar. Él, pidiéndome un refrigerio quería mamar de mí, yo, temiendo que fuese demonio lo he persignado varias veces con la cruz, y después le dije: “Si verdaderamente eres Jesús, recemos juntos el Ave María a nuestra Reina Mamá.” Y Jesús ha recitado la primera parte, y yo el Santa María. Después, Él mismo ha querido decir el Padre Nuestro, ¡oh! cómo era conmovedora su oración, enternecía tanto, que el corazón parecía que se derretía. Después ha agregado:

“Hija, mi Vida la tuve del corazón, a diferencia de los demás; he aquí una razón por lo que soy todo corazón para las almas, y por qué soy llevado a querer el corazón, y no tolero en él ni siquiera una sombra de lo que no es mío. Entonces entre tú y Yo quiero que todo sea totalmente para Mí, y lo que darás a las criaturas no será otra cosa que el desbordamiento de nuestro amor.”

+ + + +

Febrero 20, 1900

**Jesús es la luz del Cielo, de la cual
todos toman sus pequeñas luces.**

Continua viniendo mi benigno Jesús. Después de haber recibido la comunión me ha renovado las penas de la crucifixión, y yo he quedado tan entumecida que sentía necesidad de un alivio, pero no me atrevía a pedirlo. Después de un poco ha regresado como niño y me besaba toda, y de sus labios corría leche, y yo he bebido a grandes sorbos esa leche dulcísima de sus purísimos labios. Ahora, mientras esto hacía me ha dicho:

“Yo soy la flor del edén celestial, y es tanto el perfume que expando, que ante mi fragancia queda atraído todo el empíreo; y como Yo soy la luz que manda luz a todos, tanto, de tenerlos abismados, todos mis santos toman de Mí sus pequeñas lucecitas, así que no hay luz en el Cielo que no haya sido tomada de esta Luz.”

¡Ah sí! no hay ni siquiera olor de virtud sin Jesús, y no hay luz, aunque se fuera a lo más alto de los Cielos, sin Él.

+ + + +

Febrero 21, 1900

**El don de la pureza es gracia conseguida,
y esta se obtiene con la mortificación.**

Esta mañana mi amable Jesús ha comenzado a hacer sus acostumbradas demoras. Sea siempre bendito; de verdad que se necesita una paciencia de santo para soportarlo, y hay que tratar con Jesús para saber cuánta paciencia se necesita. Quien no lo experimenta no puede creerlo y es casi imposible no tener algún pequeño disgusto con Él. Entonces, después de haber usado la paciencia al esperarlo y esperarlo, finalmente ha venido y me ha dicho:

“Hija mía, el don de la pureza no es don natural, sino que es gracia conseguida, y esta se obtiene con volverse atractiva, y el alma se hace tal con la mortificación y los sufrimientos. ¡Oh, cómo se vuelve atractiva el alma mortificada y sufriente, cómo es hermosa, y Yo siento tal atracción hacia ella que enloquezco por esta alma y todo lo que quiere le doy. Tú, cuando estés privada de Mí, sufre mi privación, que es la pena más dolorosa para ti, por amor mío, y Yo sentiré más atracción que antes y te concederé nuevos dones.”

+ + + +

Febrero 23, 1900

**La señal más cierta para conocer
si un estado es Voluntad de Dios.**

Esta mañana después de haber perdido casi la esperanza de que el bendito Jesús viniera, de improviso ha venido y me ha renovado las penas de la crucifixión y me ha dicho:

“El tiempo ha llegado, el fin se acerca, pero la hora es incierta.”

Y yo, sin poner atención al significado de las palabras que decía, quedé en duda si debía atribuirlo a mi completa crucifixión o bien a los castigos, y le dije: “Señor, cuánto temo que mi estado no sea Voluntad de Dios.”

Y Él: “La señal más cierta para conocer si es Voluntad mía un estado, es que uno siente la fuerza para sostener ese estado.”

Y yo: “Si fuese tu Voluntad no sucedería este cambio, que no vienes como antes.”

Y Él: “Cuando una persona se vuelve familiar en una familia, no se usan tanto esas ceremonias, esas consideraciones que se usaban antes cuando era extraña. Así hago Yo. Sin embargo, esto no es señal que sea voluntad de esa familia no quererla tener con ellos, ni que no la amen más que antes. Por eso estate quieta, déjame hacer a Mí, no quieras atormentarte el cerebro ni turbar la paz del corazón; cuando llegue el tiempo oportuno conocerás mi obrar.”

+ + + +

Febrero 24, 1900

Luisa resiste a la obediencia.

Esta mañana me encontraba toda llena de temor, creía que todo era fantasía, o sea, demonio que quería ilusionarme. Entonces todo lo que veía lo despreciaba y me disgustaba: Veía al confesor que ponía la intención de que Jesús me renovara los dolores de la crucifixión, y yo trataba de resistir; el bendito Jesús al principio me toleraba, pero como el confesor renovaba la intención, entonces Jesús me ha dicho:

“Hija mía, parece que esta vez faltaremos a la obediencia. ¿No sabes tú que la obediencia debe sellar al alma, y que la obediencia debe hacer al alma como blanda cera, de modo que el confesor pueda darle la forma que quiera?”

Así, no tomando en cuenta mis resistencias me ha participado los dolores de la crucifixión, y yo, no pudiendo resistir más a todo esto, porque no quería por el temor de que no fuese Jesús, he debido sucumbir bajo el peso de los dolores. Sea siempre bendito y todo sea para glorificarlo en todo y siempre.

+ + + +

Febrero 26, 1900

La Divina Voluntad es felicidad de todos.

Después de haber pasado algunos días de privación, cuando a lo más venía alguna vez como sombra y huía, yo sentía tal pena que me deshacía en

lágrimas, y el bendito Jesús teniendo compasión de mi dolor ha venido, y me veía y me veía, y después me ha dicho:

“Hija mía, no temas, que no te dejo; ahora, cuando estés sin mi presencia no quiero que te desanimes, más bien, de hoy en adelante cuando estés privada de Mí, quiero que tomes mi Voluntad y que en Ella te deleites, amándome y glorificándome en Ella y teniendo a mi Voluntad como si fuese mi misma Persona; haciéndolo así tú me tendrás en tus mismas manos. ¿Qué cosa forma la bienaventuranza del paraíso? Ciertamente mi Divinidad. Ahora, ¿qué formará la bienaventuranza de mis amados en la tierra? Con certeza mi Voluntad. Ella no te podrá huir jamás, la tendrás siempre en tu posesión, y si tú permaneces en el círculo de mi Voluntad, ahí sentirás las alegrías más inefables y los placeres más puros. El alma, no saliendo jamás del círculo de mi Voluntad, se vuelve noble, se diviniza y todas sus obras repercuten en el centro del Sol divino, así como los rayos del sol repercuten en la superficie de la tierra, y ni uno solo sale del centro que es Dios. El alma que hace mi Voluntad es la única noble reina que se nutre de mi aliento, porque su alimento y su bebida no las toma más que de mi Voluntad y nutriéndose de mi Voluntad toda santa, en sus venas correrá una sangre purísima, su aliento exhalará un fragante perfume que me recreará, porque será producido por mi mismo aliento. Por eso no quiero otra cosa de ti, sino que formes tu bienaventuranza en el giro de mi Voluntad, sin salir jamás, ni siquiera por un breve instante.”

Mientras esto decía, en mi interior sentía una inquietud y un temor, porque el hablar de Jesús indicaba que no iba a venir, y que yo debía aquietarme en su Voluntad. ¡Oh Dios, qué pena mortal! ¡Qué estrechuras de corazón! Pero Jesús siempre benigno ha agregado:

“¿Cómo puedo dejarte si tú eres víctima? Sólo dejaré de venir cuando tú dejes de ser víctima, pero mientras seas víctima me sentiré siempre atraído a venir.”

Así parece que quedé tranquila, pero me siento como circundada por la adorable Voluntad de Dios, de modo que no encuentro ninguna abertura por la cual salir. Espero que me quiera tener siempre en este cerco que me une toda a Dios.

+ + + +

Febrero 27, 1900

**La Divina Voluntad ata a Jesús al alma.
El gran mal de la murmuración.**

Habiéndome abandonado toda en la amable Voluntad de Nuestro Señor, yo me veía toda circundada por mi dulce Jesús, por fuera y por dentro. Con el haberme abandonado en Él me veía como si mi ser se hubiera vuelto transparente y a cualquier parte que volteaba veía a mi sumo Bien, pero lo que me hacía maravillar era que mientras me veía rodeada por dentro y por fuera por Jesús, así yo, mi pobre ser, mi voluntad, circundaba a Jesús como dentro de un círculo, de modo que Él no encontraba la abertura para poderse salir, porque mi voluntad unida a la suya lo tenía encadenado, sin que me pudiera huir. ¡Oh, admirable secreto de la Voluntad de mi Señor, indescriptible es tu felicidad! Ahora, mientras me encontraba en este estado, el bendito Jesús me ha dicho:

“Hija mía, en el alma toda transformada en mi Querer Yo encuentro un dulce reposo. El alma se convierte para Mí como aquellos objetos suaves que no dan ninguna molestia a quien quiere reposarse en ellos, es más, aunque fueran personas cansadas y adoloridas, es tanta la suavidad y el placer que toman al reposarse sobre estos objetos, que al despertarse se encuentran fuertes y sanos. Así es para Mí el alma conformada a mi Querer, y Yo en recompensa me hago atar por su voluntad y en ella hago resplandecer el Sol divino como en el pleno mediodía.”

Dicho esto ha desaparecido. Poco después, habiendo recibido la comunión ha regresado y me ha transportado fuera de mí misma. Veía mucha gente y Jesús me decía:

“Diles, diles qué grande es el mal que hacen con murmurar uno del otro, porque atraen mi indignación, y esto con justicia, porque veo que mientras están sujetos a las mismas miserias y debilidades, no hacen otra cosa que erigir tribunales uno en contra del otro. Si así hacen entre ellos, ¿qué haré Yo, que soy santo y puro, con ellos? De acuerdo a la caridad que ejerciten unos con otros, así Yo me siento atraído a usar misericordia con ellos.”

Jesús me lo decía a mí y yo lo repetía a esa gente, y después nos hemos retirado.

+ + + +

Marzo 2, 1900

La unión de los quererres ata el alma a Jesús.

Esta mañana habiendo recibido la santa comunión, mi dulce Jesús se hacía ver crucificado, e internamente me sentía atraída a mirarme en Él, para poder semejarle a Él, y Jesús se reflejaba en mí para atraerme a su

semejanza. Mientras esto hacía yo me sentía infundir en mí los dolores de mi crucificado Señor, que con toda bondad me ha dicho:

“Quiero que tu alimento sea el sufrir, no por sufrir solamente, sino como fruto de mi Voluntad. El beso más sincero que ata más fuerte nuestra amistad, es la unión de nuestros querer, y el nudo indisoluble que nos estrechará en continuos abrazos será el continuo sufrir.”

Mientras esto decía, el bendito Jesús se ha desclavado y ha tomado su cruz y la extendió en el interior de mi cuerpo, y yo quedaba tan extendida en ella que me sentía dislocar los huesos, además, una mano que no sé decir con certeza de quién era, me traspasaba las manos y los pies, y Jesús que estaba sentado sobre la cruz que estaba distendida en mi interior, todo se complacía en mi sufrir y en quien me traspasaba las manos, y ha agregado:

“Ahora puedo reposar tranquilamente, no tengo que tomar ni siquiera la molestia de crucificarte, porque la obediencia quiere hacerlo todo, y Yo libremente te dejo en las manos de la obediencia.”

Y levantándose de la cruz se ha puesto sobre mi corazón para reposarse. ¿Quién puede decir cómo he quedado sufriente estando en esa posición? Después de haber estado largo tiempo, Jesús no se apresuraba en aliviarme como las otras veces, para hacerme regresar a mi estado natural, y a aquella mano que me había puesto sobre la cruz no la veía más, esto se lo decía a Jesús, quien me respondía:

“¿Quién te ha puesto sobre la cruz? ¿Tal vez he sido Yo? Ha sido la obediencia, y la obediencia te debe quitar de ahí.”

Parece que esta vez tenía ganas de jugar, y como suma gracia he obtenido que me liberara el bendito Jesús.

+ + + +

Marzo 7, 1900

El alma conformada al Divino Querer, llega a atar a Dios.

Esta mañana encontrándome fuera de mí misma, he tenido que girar y girar para encontrar al bendito Jesús. Por fortuna he entrado a una iglesia y lo he encontrado sobre un altar donde se celebraba el divino sacrificio. Súbitamente he corrido y me lo he abrazado diciéndole: “¡Finalmente te he encontrado! Me has hecho girar tanto hasta cansarme, y Tú estabas aquí.” Y Él mirándome serio, no con su acostumbrada benignidad me ha dicho:

“Esta mañana me siento muy amargado y siento toda la necesidad de poner mano a los castigos para desagraviarme.”

Yo, en seguida: “Amado mío, no es nada, remediaremos esto ahora mismo, derramarás en mí tus amarguras y así quedarás desagraviado, ¿no es verdad?”

Y Él condescendiendo a mi petición ha derramado en mí sus amarguras. Después, estrechándome a Él, como si se hubiera liberado de un grave peso, ha agregado:

“El alma conformada a mi Querer se sabe infiltrar tanto en mi Potencia, que llega a atarme todo y a su gusto me desarma como quiere. ¡Ah,, tú, tú, cuántas veces me atas!”

Y mientras esto decía ha tomado su acostumbrado aspecto dulce y benigno.

+ + + +

Marzo 9, 1900

La gracia es como el sol.

Encontrándome un poco turbada por una cosa que no es necesario decir aquí, mi mente quería andar vagando para cerciorarse sobre mi turbación y así quedar en paz, pero el bendito Jesús queriendo contradecir mi querer, me impedía que yo pudiera ver lo que quería, y como yo insistía en querer ver me ha dicho:

“¿Por qué quieres ir vagando? ¿No sabes tú que quien sale de mi Voluntad sale de la luz y se confina en las tinieblas?”

Y queriéndome casi distraer de lo que yo quería, me ha transportado fuera de mí misma y cambiando tema ha agregado:

“Mira un poco cómo me son ingratos los hombres. Así como la luz del sol llena toda la tierra, desde un punto al otro, de modo que no hay tierra que no goce el beneficio de su luz, ni hay persona que pueda lamentarse de estar privada de sus benéficos influjos, tan es verdad, que el sol, invistiendo a todo el universo para poder dar luz a todos, lo toma como en su mano, sólo puede lamentarse de no gozar de su luz quien huyendo de su mano va a esconderse en lugares tenebrosos, sin embargo el sol continuando su caritativo oficio no deja de enviarle algún rayo de luz de entre sus dedos; así mi Gracia es una imagen del sol, que por todas partes inunda a las gentes, pobres y ricos, ignorantes y doctos, cristianos e infieles, ninguno, ninguno puede decir que está privado de ella, porque la luz de la verdad y el influjo de mi Gracia llena la tierra, y más que el sol en su pleno mediodía. ¿Pero cuál no es mi pena al ver a las gentes, que cruzando esta luz a ojos cerrados y afrontando mi Gracia con el torrente pestífero de sus iniquidades, se

desvían de esta luz y voluntariamente viven en lugares tenebrosos, en medio de crueles enemigos? Ellas están expuestas a mil peligros, porque no teniendo luz no pueden conocer claramente si se encuentran en medio de amigos o de enemigos, ni huir de los peligros que los rodean.

¡Ah, si el sol tuviera razón y los hombres pudieran hacerle esta afrenta a su luz, y que algunos llegando a tal ingratitud, que para despreciar y no ver su resplandor se arrancaran los ojos, y así quedan más seguros de vivir en las tinieblas, ay, el sol en vez de mandar luz mandaría lamentos y lágrimas de dolor, hasta trastornar toda la naturaleza! No obstante, lo que los hombres tendrían horror de hacer a la luz natural, llegan a tal exceso de afrontar de ese modo a mi Gracia, pero mi Gracia siempre benigna con ellos, en medio de las mismas tinieblas y de la locura de su ceguera, manda siempre resplandores de luz, porque mi Gracia jamás deja a ninguno, sino que el hombre voluntariamente se sale de ella, y la Gracia no teniéndolo en sí trata de seguirlo con el fulgor de su luz.”

Mientras esto decía, el dulce Jesús estaba extremadamente afligido y yo hacía cuanto más podía para consolarlo, pidiéndole que derramara en mí sus amarguras, y Él ha agregado:

“Compadéceme si te soy causa de aflicción, porque de vez en cuando siento toda la necesidad de desahogar en palabras, con mis almas dilectas, mi dolor sobre la ingratitud de los hombres, para mover sus corazones a repararme en tantos excesos y a compasión de los mismos hombres.”

Y yo: “Señor, lo que quisiera es que no me evitaras participar en tus penas.” Y queriendo yo decir más, ha desaparecido y he regresado en mí misma.

+ + + +

Marzo 10, 1900

Efectos del sufrimiento.

Esta mañana habiendo recibido la santa comunión, veía a mi amado Jesús como niño, con una lanza en la mano, en actitud de quererme traspasar el corazón, y como le había dicho una cosa al confesor, Jesús, queriéndome reprender me ha dicho:

“Tú quieres alejar el sufrir, y Yo quiero que comiences una nueva vida de sufrimientos y de obediencia.”

Y mientras esto decía me ha traspasado el corazón con la lanza y después ha agregado:

“Así como el fuego arde según la leña que se le pone, y así tiene mayor actividad en quemar y consumir los objetos que se arrojan en él, y por cuanto mayor es el fuego, otro tanto es mayor el calor y la luz que contiene, así el sufrimiento y la obediencia, por cuanto es mayor, tanto más el alma se hace hábil para destruir lo que es material, y la obediencia, como a blanda cera le da la forma que quiere.”

+ + + +

Marzo 11, 1900

Encuentro con un alma del purgatorio.

Continúa casi siempre lo mismo. Esta mañana veía al buen Jesús más afligido que de costumbre, amenazando con una mortandad de gente, y veía en ciertos lugares que muchos morían. Después he pasado por el purgatorio y reconociendo a una amiga difunta le preguntaba varias cosas sobre mi estado, especialmente si es Voluntad de Dios este estado, si es verdad que es Jesús el que viene, o bien el demonio, porque le decía: “Como tú te encuentras delante de la Verdad y conoces con claridad las cosas, sin que te puedas engañar, puedes decirme la verdad acerca de mis circunstancias.”

Y ella me ha dicho: “No temas, tu estado es Voluntad de Dios y Jesús te ama mucho, por eso se manifiesta a ti.”

Y yo, diciéndole algunas de mis dudas, le he pedido que viera ante la luz de la Verdad si eran verdaderas o falsas y me hiciera la caridad de venírmelo a decir, y que si esto hacía, yo en recompensa le mandaría celebrar una misa en sufragio, y ella ha agregado:

“Si lo quiere el Señor, porque nosotros estamos tan inmersos en Dios, que no podemos ni siquiera mover las pestañas si no concurre Él; nosotros habitamos en Dios como una persona que habitara en otro cuerpo, que tanto puede pensar, hablar, ver, obrar, caminar, por cuanto le viene dado por aquel cuerpo que la circunda por fuera, porque en nosotros no es como en vosotros que tenéis el libre albedrío, la propia voluntad, para nosotros toda voluntad ha terminado, nuestra voluntad es sólo la Voluntad de Dios, de Ella vivimos, en Ella encontramos todo nuestro contento y Ella forma todo nuestro bien y nuestra gloria.”

Y mostrando un contento indecible por esta Voluntad de Dios, nos hemos separado.

+ + + +

Marzo 14, 1900

Modo para atraer a las almas al catolicismo.

Habiéndome dado el confesor la obediencia de pedirle al Señor que me manifestara el modo cómo hacer para atraer a las almas al catolicismo, y para quitar tanta incredulidad, yo se lo he pedido varios días y el Señor no se dignaba manifestarse sobre este punto. Finalmente, esta mañana me he encontrado fuera de mí misma, transportada dentro de un jardín que me parecía que fuera el jardín de la Iglesia, y ahí estaban muchos sacerdotes y otras dignidades que discutían sobre este tema, y mientras discutían salía un perro de desmesurado tamaño y fuerza, y la mayor parte de esas personas quedaban tan asustados y debilitados, que llegaban a hacerse morder por aquella bestia, y después se retiraban como cobardes de la empresa. Aquel perro enfurecido no tenía fuerza de morder a aquellos que tenían como centro a Jesús, en el propio corazón, que por lo tanto venía a formar el centro de todas sus acciones, pensamientos y deseos. ¡Ah sí! Jesús formaba el sello de estas personas y aquella bestia quedaba tan débil que no tenía fuerza ni siquiera de respirar.

Ahora, mientras discutían, yo oía a Jesús que desde atrás de mi espalda decía:

“Todas las demás sociedades conocen quien pertenece a su partido, sólo mi Iglesia no conoce quienes son sus hijos. El primer paso es conocer quienes son aquellos que le pertenecen, y a éstos los podéis conocer, al establecer un día una reunión en la que invitaréis a los que son católicos a que vayan al lugar destinado para tal reunión, y ahí con la ayuda de los católicos seculares, establecer lo que conviene hacer. El segundo paso es obligar a la confesión a aquellos católicos que intervengan en esto, pues esta es la cosa principal que renueva al hombre y forma los verdaderos católicos, y esto no sólo a aquellos que se encuentren presentes, sino obligar a los que son patronos a que obliguen a sus súbditos a la confesión, y si no lo logran por las buenas, aun con despedirlos de su servicio. Cuando cada sacerdote haya formado el cuerpo de sus católicos, entonces podrán encaminarse a otros pasos superiores, porque el reconocer la oportunidad del tiempo, cómo meterse en los partidos y la prudencia en exponerse, es como la poda a los árboles que hace producir frutos grandes y maduros, pero si el árbol no es podado, produce, sí, un bello conjunto de follaje y de flores, pero apenas cae una helada, sopla un viento, no teniendo el árbol humor suficiente y fuerza para sostener tantas flores para cambiarlas en frutos, las flores se caen y el

árbol queda desnudo. Así sucede en las cosas de religión. Primero debéis formaros un conveniente cuerpo de católicos para poder hacer frente a los otros partidos, y después podéis llegar a introducirnos en los otros partidos para formar uno solo.”

Dicho esto, no lo he oído más, y sin ni siquiera verlo me he encontrado en mí misma. ¿Quién puede decir mi pena por no haber visto al bendito Jesús durante todo el día, y las lágrimas que tuve que derramar?

+ + + +

Marzo 15, 1900

Jesús se siente desarmado por las almas victimas.

Jesús continúa sin venir, yo me consumía en dolor y sentía una fiebre que me hacía delirar. Ahora, como el confesor ha venido a celebrar el divino sacrificio, he comulgado, pero no veía, según lo acostumbrado, a mi amado Jesús, por eso he comenzado a decir mis disparates: “Dime mi Bien, ¿por qué no te haces ver? Esta vez me parece que no te he dado ocasión para que te ocultes. ¿Cómo, a la buena, a la buena me dejas? Ay, ni siquiera los amigos de esta tierra actúan de esta manera; cuando deben alejarse al menos dicen adiós, ¿y Tú ni siquiera me dices adiós? Cómo, ¿así se hace? Perdóname si así hablo, es la fiebre que me hace delirar y me hace llegar a la locura.” ¿Quién puede decir todos mis desatinos que le he dicho? Sería querer perder el tiempo. Ahora, mientras estaba delirando y llorando, Jesús hacía ver ahora una mano, ahora un brazo, entonces vi al confesor que me daba la obediencia de sufrir la crucifixión, y Jesús como obligado por la obediencia se ha hecho ver y yo en seguida le dije: “¿Por qué no te hacías ver?” Y Él, mostrando un aspecto serio ha dicho:

“No es nada, no es nada, es que quiero castigar a la tierra, y Yo, estando bien aun con una sola criatura, me siento desarmado y no tengo fuerza para echar mano de los castigos, y al hacerme ver tú empiezas a decirme, si ves que debo mandar castigos: “Derrama en mí, hazme sufrir a mí.” Y Yo me siento vencer por ti y jamás echo mano de los castigos, y los hombres no hacen otra cosa que ensoberbecerse de más.”

Ahora, repitiendo el confesor la obediencia de hacerme sufrir la crucifixión, Jesús se mostraba lento en hacerme hacer esta obediencia, no como las otras veces que en seguida quería que me sometiera, y me ha dicho:

“Y tú ¿qué quieres hacer?”

Y yo: “Señor, lo que Tú quieras.”

Entonces, dirigiéndose al confesor con aspecto serio le ha dicho:

“¿También tú quieres atarme con darle esta obediencia de hacerla sufrir?”

Y mientras esto decía ha comenzado a participarme los dolores de la cruz, y después, mostrándose más calmado ha vertido sus amarguras, luego ha agregado:

“El confesor, ¿dónde está?”

Y yo: “Señor, no sé a donde ha ido, es cierto que no lo veo más con nosotros.”

Y Él: “Lo quiero, porque como él me ha confortado a Mí, así Yo lo quiero confortar a él.”

+ + + +

Marzo 17, 1900

Dolor del Papa. La humildad.

Esta mañana el bendito Jesús me hacía ver al santo Padre con las alas abiertas, que iba en busca de sus hijos para recogerlos bajo sus alas, y oía sus lamentos que decían: “Hijos míos, hijos míos, cuántas veces he buscado reuniros bajo mis alas y ustedes me huís! ¡Ah, escuchen mis lamentos y tengan compasión de mi dolor!” Y mientras esto decía lloraba amargamente, y parecía que no eran sólo los seglares los que se apartaban del Papa, sino también los sacerdotes, y éstos daban más dolor al santo Padre. ¡Cuánta pena daba ver al Papa en esta posición! Después de esto he visto a Jesús que hacía eco a los lamentos del santo Padre y añadía:

“Pocos son los que han permanecido fieles, y estos pocos viven como zorros ocultos en sus propias cuevas, tienen temor de exponerse para arrancar a sus propios hijos de la boca de los lobos; hablan, proponen, pero todas son palabras dichas al viento, jamás llegan a los hechos.”

Dicho esto ha desaparecido. Después de poco tiempo ha regresado y yo me sentía toda aniquilada en mí misma ante la presencia de Jesús, y Él, viéndome así me ha dicho:

“Hija mía, cuanto más te abajas en ti misma, tanto más me siento atraído a abajarme hacia ti y llenarte de mi gracia, he aquí por qué la humildad es precursora de la luz.”

+ + + +

Marzo 20, 1900

Advertencia de castigos.

Habiendo recibido la comunión, veía a mi dulce Jesús que me invitaba a salir con Él, pero con el pacto de que al ir junto con Él, donde veía que Jesús estaba obligado a mandar castigos por los pecados, no debía discutir con Él para que no los mandara. Con esta condición hemos salido, recorriendo la tierra. En primer lugar he comenzado a ver, no muy lejos de nosotros, especialmente en ciertos puntos, todo seco, entonces dirigiéndome a Él he dicho: “Señor, ¿cómo harán estas pobres gentes si les falta el alimento para nutrirse? ¡Ah! Tú puedes todo, así como lo has hecho secar, así haz que reverdezca.” Y como tenía la corona de espinas he extendido la mano diciéndole: “Mi Bien, ¿qué cosa te han hecho estas gentes? Quizá te han puesto esta corona de espinas; pues bien, dámela a mí, así quedarás aplacado y les darás el alimento para no dejarlas morir.” Y quitándosela la he puesto sobre mi cabeza. Mientras esto hacía Jesús me ha dicho:

“Se ve que no puedo llevarte junto conmigo, porque llevarte y no poder hacer nada es lo mismo.”

Y yo: “Señor, no he hecho nada, perdóname si crees que he hecho mal, pero llévame junto contigo.”

Y Él: “Tu modo de obrar me ata por todas partes.”

Y yo: “No soy yo quien hago así, eres Tú mismo que me haces obrar de este modo, porque encontrándome contigo veo que todas las cosas son tuyas, y si no tomara cuidado de tus cosas, me parece que vendría a no tomara cuidado de Ti mismo. Por eso debes perdonarme si obro de esta manera, ya que lo hago por amor tuyo y no debes alejarme por esto.”

Después, hemos continuado girando. Yo hacía cuanto más podía para no decirle nada de que no castigara en algunos puntos, para no darle ocasión que me mandara retirarme y así perder su amable presencia; pero donde no podía empezaba a discutir con Él. Hemos llegado a un punto de Italia donde estaban haciendo un convenio que debía causar un gran desorden, pero no he entendido qué cosa fuera, porque habiendo empezado a decir, Señor, no lo permitas, pobre gente, ¿cómo harán? Viendo Jesús que yo me afanaba y quería impedirselo, me ha dicho con imperio:

“Retírate, retírate.”

Y quitándose una cinta de clavos, de alfileres que tenía encajada en su cuerpo, que lo hacía sufrir mucho, ha agregado:

“Retírate y llévate esta cinta contigo, así me aliviarás mucho.”

Y yo: “Sí, me la pondré yo en lugar tuyo, pero déjame estar contigo.”

Y Él: “No, retírate.”

Y lo ha dicho con tal imperio, que no pudiendo resistir, en un instante me he encontrado en mí misma y no he podido entender cuál era aquel convenio.

+ + + +

Marzo 25, 1900

El Verbo de Dios al encarnarse se vuelve luz de las almas.

Esta mañana mi adorable Jesús al venir me ha dicho:

“Así como el sol es la luz del mundo, así el Verbo de Dios al encarnarse se hizo luz de las almas, y así como el sol material da luz a todos en general y a cada uno en particular, tanto que cada uno lo puede gozar como si fuera propio, así el Verbo, mientras da luz en general, es Sol para cada uno en particular, tan es verdad, que a este Sol divino cada uno lo puede tener consigo como si fuera para él solo.”

¿Quién puede decir lo que comprendía acerca de esta luz y los benéficos efectos que produce en las almas que tienen este Sol como si fuera propio? Me parecía que el alma poseyendo esta luz pone en fuga las tinieblas, como el sol material al surgir sobre nuestro horizonte pone en fuga las tinieblas de la noche. Esta luz divina, si el alma es fría la calienta, si está desnuda de virtudes la hace fecunda, si está inundada por la dañina enfermedad de la tibieza, con su calor absorbe aquel humor malo, en una palabra, para no alargarme demasiado, este Sol divino introduciendo al alma en el centro de su esfera, la cubre con todos sus rayos y llega a transformarla en su misma luz.

Después de esto, como yo me sentía toda abatida, Jesús queriéndome aliviar me ha dicho:

“Esta mañana quiero deleitarme en ti.”

Y ha comenzado a hacer sus acostumbradas estratagemas amorosas.

+ + + +

Abril 1, 1900

Las pasiones cambiadas en virtudes.

Después de esperar y esperar, mi dulce Jesús se hacía ver dentro de mi corazón. Me parecía ver un Sol que expandía rayos, y mirando en el centro

de este Sol descubría el rostro de Nuestro Señor, pero lo que me hizo asombrar es que veía en mi corazón muchas doncellas vestidas de blanco, con coronas en la cabeza que rodeaban a este Sol divino, nutriéndose de aquellos rayos que expandía este Sol. ¡Oh, cómo eran bellas, modestas, humildes y todas atentas, y deleitándose en Jesús! Entonces, no conociendo el significado de esto, con un poco de temor he pedido a Jesús que me hiciera saber quienes eran aquellas doncellas, y Él me ha dicho:

“Estas doncellas eran tus pasiones, que ahora con mi Gracia he cambiado en otras tantas virtudes que me hacen noble cortejo, estando todas a mi disposición, y Yo en recompensa las voy nutriendo con mi continua Gracia.”

¡Ah Señor, sin embargo me siento tan mala que me avergüenzo de mí misma!

+ + + +

Abril 2, 1900

**Jesús juzga no según las obras que se hacen,
sino según la voluntad con que se obra.**

Esta mañana he sufrido mucho por la ausencia de mi amado Jesús, pero Él recompensó mis penas satisfaciendo un deseo mío, el querer saber una cosa que desde hace mucho tiempo deseaba. Entonces, después de haber girado y girado en busca de Jesús, y que ahora lo llamaba con la oración, ahora con las lágrimas, ahora con el canto, pues tal vez pudiera quedar herido por mi voz y se dejara encontrar, pero todo en vano; a quien encontraba le preguntaba sobre Él, finalmente cuando mi corazón se sentía despedazar y que no podía más, lo he encontrado, pero lo veía de espaldas, y acordándome de una resistencia que le hice, la que diré en el libro del confesor, le he pedido perdón y así parece que nos hemos puesto de acuerdo, tanto que Él mismo me preguntó qué cosa quería, y yo le dije: “Dígnate hacerme conocer tu Voluntad acerca de mi estado, especialmente que debo hacer cuando me encuentro con pocos sufrimientos y Tú no vienes, y si vienes es casi como sombra, y entonces no viéndote, mis sentidos los siento en mí misma, y encontrándome en esta posición siento como si pusiera de lo mío y no fuese necesario esperar la venida del confesor para salir de aquel estado.”

Y Jesús: “Sufras o no sufras, venga Yo o no venga, tu estado es siempre de víctima, mucho más que esta es mi Voluntad y la tuya, y Yo

juzgo no según las obras que se hacen, sino según la voluntad con que se obra.”

Y yo: “Señor mío, está bien como dices, pero me parece que estoy inútil y se pierde mucho tiempo, y siento un fastidio, un temor, y además hacer venir al confesor, me atormenta el alma que no fuera Voluntad tuya.”

Y Él: “¿Piensas tú que sea pecado hacer venir al confesor?”

Y yo: “No, pero temo que no sea tu Voluntad.”

Y Él: “Debes huir del pecado, aun de la sombra de éste, pero de lo demás no debes preocuparte.”

Y yo: “Y si no fuera tu Voluntad, ¿en qué aprovecharía estar así?”

Y Él: “Ah, me parece que mi hija quiere rehuir el estado de víctima, ¿no es verdad?”

Y yo enrojando toda he dicho: “No Señor, digo esto por las veces que no me haces sufrir y no vienes, por lo demás hazme sufrir y yo no me preocuparé.”

Y Jesús: “Y a Mí me parece que quieres rehuirlo. Además, ¿acaso sabes tú qué hora he reservado para venir y comunicarte mis penas, si la primera, la segunda, la tercera, o quizá la última hora? Por lo que distrayéndote de Mí y esforzándote por salir te ocuparás en otra cosa, y Yo viniendo no te encontraré preparada, daré la vuelta y me iré a otra parte.”

Y yo toda espantada: “Jamás sea, oh Señor. No quiero saber otra cosa que tu Santísima Voluntad.”

Y Él: “Permanece calmada y espera al confesor.”

Dicho esto ha desaparecido. Parece que me siento aliviada de un gran peso por este hablar de Jesús, pero con todo esto no ha disminuido en mí la pena dolorosa cuando Jesús me priva de Él.

+ + + +

Abril 9, 1900

Abandono en Dios.

Habiendo recibido la comunión esta mañana, me encontraba en un mar de amarguras porque no veía a mi sumo Bien Jesús, todo mi interior me lo sentía inquieto, cuando en un instante se ha hecho ver y me ha dicho casi reprendiéndome:

“¿No sabes tú que el no abandonarse en Mí es un querer usurpar los derechos de mi Divinidad, haciéndome una gran afrenta? Por eso abandónate y aquieta tu interior todo en Mí y encontrarás la paz, y encontrando la paz me encontrarás a Mí mismo.”

Dicho esto, como relámpago ha desaparecido sin hacerse ver más. ¡Ah Señor, tenme Tú toda abandonada y bien estrechada en tus brazos, de modo que no pueda huir jamás, de otra manera haré siempre mis escapaditas!

+ + + +

Abril 10, 1900

Los deseos de ver a Jesús lo atraen al alma.

Continúa el bendito Jesús sin venir. ¡Oh Dios, qué pena indecible es su privación! Buscaba cuanto más podía el estarme en paz y toda abandonada en Él, pero qué, mi pobre corazón no podía más, hacía lo más que podía para calmarlo, le decía: “Corazón mío, esperemos otro poco, a lo mejor viene, usemos alguna estratagema de amor para atraerlo a que venga.” Y dirigiéndome a Él le decía: “Señor, ven, se hace tarde y Tú no vienes aún. Esta mañana busco por cuanto puedo el estarme calmada, no obstante no te haces encontrar. Señor, te ofrezco el martirio de tu privación como testimonio de amor, y para hacerte un presente para atraerte a venir. Es verdad que no soy digna, pero no es porque sea digna que te busco, sino por amor, y porque sin Ti me siento faltar la vida.” Y como no venía le decía: “Señor, o vienes o te cansaré con mis palabras, y cuando estés cansado, ¿ni siquiera entonces vendrás?” ¿Pero quién puede decir todos mis desatinos? Le decía tantos que me alargaría demasiado si quisiera decirlos todos.

Después de esto veía a mi dulce Jesús que se movía dentro de mi interior, como si se despertase de un sueño, luego se ha hecho ver más claro y transportándome fuera de mí misma me ha dicho:

“Así como el pájaro cuando debe volar mueve las alas, así el alma en los vuelos de los deseos mueve las alas de la humildad, y en esos movimientos envía un imán que me atrae, de modo que mientras ella emprende su vuelo para venir a Mí, Yo emprendo el mío para ir a ella.”

¡Ah Señor, se ve que me falta el imán de la humildad! Si yo en mi camino expandiera por doquier el imán de la humildad, no sufriría tanto en esperar y esperar tu venida!

+ + + +

Abril 16, 1900

Las tres firmas del pasaporte de la bienaventuranza en la tierra.

Después de haber pasado días amargos de privación y de reproches del bendito Jesús por mis ingratitudes y resistencias a su Querer y a sus gracias, esta mañana al venir me ha dicho:

“Hija mía, el pasaporte para entrar en la felicidad que el alma puede poseer sobre esta tierra, debe ser firmado con tres firmas, y estas son: la resignación, la humildad y la obediencia.

La resignación perfecta a mi Querer es cera que funde nuestros quereres y de ellos forma uno solo, es azúcar y miel, pero si hay una pequeña resistencia a mi Querer la cera se desune, la azúcar se vuelve amarga y la miel se convierte en veneno. Ahora, no basta estar resignada, sino que el alma debe estar convencida que el mayor bien para sí misma y el mayor modo de glorificarme es el hacer siempre mi Voluntad; he aquí la necesidad de la firma de la humildad, porque la humildad produce este conocimiento. ¿Pero quién ennoblece estas dos virtudes? ¿Quién las fortifica? ¿Quién las hace perseverantes? ¿Quién las encadena juntas en modo de no poderse separar? ¿Quién las corona? La obediencia. ¡Ah sí! La obediencia destruyendo del todo el propio querer y todo lo que es material, espiritualiza todo, y como corona se pone alrededor, así que la resignación y la humildad sin la obediencia estarán sujetas a inestabilidad, pero con la obediencia serán firmes y estables, y he aquí la estrecha necesidad de la firma de la obediencia para hacer que este pasaporte pueda correr para pasar al reino de la bienaventuranza espiritual que el alma puede gozar desde aquí. Sin estas tres firmas el pasaporte no tendrá valor, y el alma será siempre rechazada del reino de la bienaventuranza y estará obligada a estar en el reino de la inquietud, de los temores y de los peligros, y para su desgracia tendrá por dios a su propio yo, y este yo estará cortejado por la soberbia y por la rebelión.”

Después de esto me ha transportado fuera de mí misma, dentro de un jardín que parecía que era el jardín de la Iglesia, en el cual veía que se desviaban, a causa de cinco o seis personas, sacerdotes y seglares, que uniéndose con los enemigos de la Iglesia movían una revolución. ¡Qué pena daba ver a Jesús bendito llorar el triste estado de estas personas! Después he visto en el aire y veía una nube de agua llena de grandes pedazos de hielo que caían sobre la tierra. ¡Oh, cuánto destrozo hacían sobre las cosechas y sobre la humanidad. Pero espero que quiera aplacarse. Entonces más afligida que antes he regresado en mí misma.

Abril 20, 1900

La cruz nos da los lineamientos y la semejanza de Jesús.

Continúa mi adorable Jesús viniendo apenas y como sombra, y al venir no dice nada. Esta mañana después de haberme renovado los dolores de la cruz por dos veces, mirándome con ternura mientras estaba sufriendo el dolor de las perforaciones de los clavos, me ha dicho:

“La cruz es un espejo donde el alma ve la Divinidad, y contemplándose en él adquiere los lineamientos, la semejanza más perfecta con Dios. La cruz no sólo se debe amar, desear, sino tener como honor y gloria a la misma cruz, y esto es obrar como Dios y llegar a ser como Dios por participación, porque sólo Yo me glorié de la cruz y consideré como un honor el sufrir, y la amé tanto que en toda mi Vida no quise estar un momento sin la cruz.”

¿Quién puede decir lo que comprendía de la cruz por este hablar del bendito Jesús? Pero me siento muda para expresarlo con palabras. ¡Ah! Señor, te pido que me tengas siempre clavada en la cruz, a fin de que teniendo siempre delante este espejo divino, pueda limpiar todas mis manchas y embellecerme siempre más a tu semejanza.

+ + + +

Abril 21, 1921

Más que el sacramento, la cruz sella a Dios en el alma.

Encontrándome en mi mismo estado, es más, con un poco de temor por una cosa que no es necesario decir aquí, mi dulce Jesús al venir me ha dicho:

“Y aun siendo vasos sagrados, es necesario de vez en cuando sacudirlos; vuestros cuerpos son tantos vasos sagrados en los cuales hago mi morada, por eso es necesario que de vez en cuando les de una sacudidita, esto es, que los visite con alguna tribulación para hacer que Yo esté en ellos con más decoro. Por eso estate tranquila.”

Después de esto, habiendo recibido la comunión y habiéndome renovado los dolores de la crucifixión, ha agregado:

“Hija mía, cómo es preciosa la cruz, mira un poco: El sacramento de mi cuerpo al darse al alma la une conmigo, la transforma hasta volverla una misma cosa conmigo, pero al consumirse las especies se desune la unión

realmente contraída; pero la cruz no, ella toma a Dios y lo une con el alma para siempre, y para mayor seguridad ella se pone como sello. Por lo tanto la cruz sella a Dios en el alma, de modo que jamás hay separación entre Dios y el alma crucificada.”

+ + + +

Abril 23, 1900

La resignación es aceite que unge.

Esta mañana encontrándome fuera de mí misma, veía a mi dulce Jesús que sufría mucho, y le he pedido que me diera parte de sus penas, y Él me ha dicho:

“También tú sufres, mejor Yo me pongo en tu lugar y tú me haces el oficio de enfermera.”

Entonces parecía que Jesús se metía en mi cama, y yo a su lado comenzaba a examinarle la cabeza, y una a una le he quitado las espinas que estaban clavadas. Después he seguido con su cuerpo y he recorrido todas sus llagas, les secaba la sangre, las besaba, pero no tenía con qué ungiólas para mitigar el dolor; entonces vi que de mí salía un aceite y yo lo tomaba y unguía las llagas de Jesús, pero con cierto temor porque no comprendía qué cosa significaba aquel aceite que salía de mí. Pero Jesús bendito me ha hecho entender que la resignación al Querer Divino es aceite, que mientras unge y mitiga nuestras penas, al mismo tiempo es aceite que unge y mitiga el dolor de las llagas de Jesús. Entonces, después de haber estado por un buen tiempo haciendo este oficio a mi amado Jesús, ha desaparecido y yo he regresado en mí misma.

+ + + +

Abril 24, 1900

La Eucaristía y el sufrimiento.

Esta mañana, habiendo recibido la comunión me parecía que el confesor ponía la intención de hacerme sufrir la crucifixión, y al instante he visto al ángel custodio que me extendía sobre la cruz para hacérmela sufrir. Después de esto he visto a mi dulce Jesús que me compadecía toda y me ha dicho:

“Tu refrigerio soy Yo, mi refrigerio es tu sufrir.”

Y mostraba un contento indecible por mi sufrir y por el confesor, porque con la obediencia que me había dado de sufrir le había procurado aquel alivio. Después ha agregado:

“Como el sacramento de la Eucaristía es fruto de la cruz, por eso me siento más dispuesto a concederte el sufrir cuando recibes mi cuerpo, porque viéndote sufrir, me parece que no místicamente, sino realmente continúo en ti mi Pasión en provecho de las almas, y esto es para Mí un gran alivio, porque recojo el verdadero fruto de mi cruz y de la Eucaristía.”

Después de esto ha dicho: “Hasta ahora ha sido la obediencia quien te ha hecho sufrir, ¿quieres tú que me divierta Yo un poco con renovarte de nuevo la crucifixión con mis propias manos?”

Y yo, si bien me sentía muy sufriente y aun frescos los dolores de la cruz participados, he dicho: “Señor, estoy en tus manos, haz de mí lo que quieras.”

Entonces Jesús todo contento ha comenzado a clavarme de nuevo los calvos en las manos y en los pies, sentía tal intensidad de dolor que yo misma no sé como he quedado viva, sin embargo estaba contenta porque contentaba a Jesús. Después de que remachó los clavos, poniéndose junto a mí empezó a decir:

“¡Cómo eres bella! ¡Pero cuánto más crece tu belleza con tu sufrir! ¡Oh, cómo me eres amada, mis ojos quedan heridos al verte porque descubren en ti mi misma imagen!”

Y decía tantas otras cosas que sería inútil decirlas, primero porque soy mala, y segundo porque no viéndome como el Señor me dice siento una confusión y una vergüenza al decir estas cosas, por eso espero que el Señor me haga verdaderamente buena y bella, y entonces, disminuyendo mi vergüenza podré describirlas, por eso pongo punto.

+ + + +

Abril 25, 1900

La pureza en el obrar es luz.

Encontrándome fuera de mí misma y no encontrando a mi dulce Jesús, tuve que girar mucho para ir en busca de Él. Al final lo he encontrado en brazos de la Reina Mamá tomando la leche de sus pechos, y por cuanto yo le decía y hacía, parecía que no me prestaba atención, es más, ni siquiera me miraba. ¿Quién puede decir la pena de mi pobre corazón al ver que Jesús no me hacía caso? Después de haber dado rienda suelta a las lágrimas, teniendo

compasión de mí ha venido entre mis brazos y ha derramado en mi boca un poco de esa leche que había chupado de la Mamá Reina.

Después de esto he mirado su pecho, y tenía una pequeña perla, tan resplandeciente que investía de luz la Humanidad Santísima de Nuestro Señor. Entonces, queriendo saber el significado le he preguntado a Jesús qué cosa era esa perla, que mientras parecía tan pequeña expandía tanta luz. Y Jesús:

“Es la pureza de tu sufrir. Porque aunque es pequeño, pero como sufres sólo por amor mío y estarías dispuesta a sufrir más si Yo te lo concediera, esta es la causa de tanta luz. Hija mía, la pureza en el obrar es tan grande, que quien obra con el único fin de agradarme a Mí solo, no hace otra cosa que mandar luz en todo su obrar. Quien no obra rectamente, aun el bien, no hace otra cosa que esparcir tinieblas.”

Entonces he visto en el pecho de Nuestro Señor que tenía un espejo tersísimo y parecía que quien caminaba rectamente quedaba todo absorbido en ese espejo, quien no, quedaba fuera, sin que pudieran recibir ninguna marca de la imagen del bendito Jesús. ¡Ah Señor! tenme toda absorbida en este espejo divino a fin de que ninguna otra sombra de intención tenga yo en mi obrar.

+ + + +

Mayo 1, 1900

Frutos de la cruz.

Habiendo recibido la comunión, mi dulce Jesús se ha hecho ver todo afabilidad, y como parecía que el confesor ponía la intención de la crucifixión, mi naturaleza sentía casi repugnancia de someterse. Entonces mi dulce Jesús para animarme me ha dicho:

“Hija mía, si la Eucaristía es prenda de la futura gloria, la cruz es desembolso para comprarla; si la Eucaristía es semilla que impide la corrupción, y es como esas hierbas aromáticas con las que ungiéndose los cadáveres no se corrompen, y dona la inmortalidad al alma y al cuerpo, la cruz la embellece y es tan potente, que si hay deudas contraídas ella se hace fiadora y con mayor seguridad hace que se le restituya la escritura de la deuda contraída, y después de que ha satisfecho todo adeudo, con ello forma al alma el trono más deslumbrante en la futura gloria. ¡Ah! sí, la cruz y la Eucaristía se alternan juntas, y una obra más potentemente que la otra.”

Después ha agregado: “La cruz es mi lecho florido, no porque no sufriera dolores atroces, sino porque por medio de la cruz daba a luz a tantas

almas a la Gracia, veía brotar tantas bellas flores que producían tantos frutos celestiales, así que viendo tanto bien, tenía para delicia mía aquel lecho de dolor y me deleitaba de la cruz y del sufrir. También tú hija mía, toma como delicias las penas y deléitate de estarte crucificada en mi cruz. No, no quiero que temas el sufrir, como si quisieras obrar como holgazana, ánimo, obra con animosidad y exponte por ti misma al sufrir.”

Mientras esto decía veía a mi buen ángel que estaba preparado para crucificarme, y yo por mí misma he extendido los brazos y el ángel me crucificaba. ¡Oh, cómo gozaba el buen Jesús de mi sufrir, y cómo estaba yo contenta, porque podía dar gusto a Jesús siendo un alma tan miserable! Me parecía que fuera un gran honor para mí el sufrir por amor suyo.

+ + + +

Mayo 3, 1900

Fiesta a la cruz en el Cielo.

Esta mañana me he encontrado fuera de mí misma y veía todo el cielo sembrado de cruces, pequeñas, grandes, medianas. Las más grandes, más resplandor daban; era un encanto dulcísimo el ver tantas cruces que embellecían el firmamento, más resplandecientes que el sol. Después de esto pareció que se abría el Cielo y se veía y oía la fiesta que los bienaventurados hacían a la cruz. Quien más había sufrido, era más festejado en este día. Se distinguían en modo especial los mártires y quienes habían sufrido ocultamente. ¡Oh, cómo se estimaba en esa bienaventurada morada la cruz y a quien más había sufrido! Mientras esto veía, una voz ha resonado por todo el empíreo que decía:

“Si el Señor no mandase las cruces sobre la tierra, sería como aquel padre que no tiene amor por los propios hijos, que en vez de querer verlos honrados y ricos, los quiere ver pobres y deshonrados.”

El resto que vi de esta fiesta no tengo palabras para explicarlo, lo siento en mí pero no sé manifestarlo, por eso hago silencio.

+ + + +

Mayo 9, 1900

Luisa ve el misterio de la Santísima Trinidad en la forma de tres soles.

Después de haber pasado días de privación, y no sólo eso, sino también de turbación, esta mañana, encontrándome más turbada sobre mi miserable estado, el adorable Jesús al venir me ha dicho:

“Tú, con estar inquieta, haz turbado mi dulce reposo, ¡ah! sí, no me dejas reposar más.”

¿Quién puede decir cómo he quedado mortificada al oír que le había quitado el reposo a Jesucristo? A pesar de todo esto, por algunas horas me he calmado, pero después me he encontrado más inquieta que antes, tanto que yo misma no sé esta vez donde iré a terminar.

Después de aquellas pocas palabras que ha dicho Jesús, me he encontrado fuera de mí misma, y mirando la bóveda de los cielos, en ella descubría tres soles: Uno parecía que se posaba en el oriente, otro en el occidente, el tercero en medio día. Era tanto el esplendor de los rayos que emanaban, que se unían unos con otros, de modo que formaban uno solo. Me parecía ver el misterio de la Santísima Trinidad, y el hombre formado con las tres potencias a imagen de Ella; comprendía también que quien estaba en aquella luz, su voluntad quedaba transformada en el Padre, la inteligencia en el Hijo y la memoria en el Espíritu Santo. ¡Cuántas cosas comprendía, pero no sé manifestarlo!

+ + + +

Mayo 13, 1900

Privación de Jesús.

Continúa el mismo estado y tal vez aun peor, si bien hago cuanto puedo para estarme quieta sin turbarme, porque así quiere la obediencia, pero con todo esto no dejo de sentir el peso del abandono que me oprime y llega hasta aplastarme. ¡Oh Dios! ¿qué estado es este? ¿Dime al menos en qué te he ofendido? ¿Cuál es la causa? ¡Ah Señor, si quieres continuar en este modo creo que no podré resistir más!

Por eso, en cuanto se ha hecho ver, poniéndome una mano bajo la barbilla en actitud de compadecerme me ha dicho:

“¡Pobre hija, a qué estado te has reducido!”

Y haciéndome partícipe de sus penas, como rayo ha desaparecido dejándome más afligida que antes, como si no hubiese venido, es más, me siento como si no hubiese venido desde hace mucho tiempo, y siento tal aflicción por esto, que vivo, pero mi vivir es un continuo agonizar. ¡Ah Señor, dame ayuda y no me dejes en el abandono, si bien lo merezco!

+ + + +

Mayo 17, 1900

Potencia de las almas víctimas.

Continúa el mismo estado de privación y de abandono. Entonces, encontrándome fuera de mí misma veía una inundación de agua mezclada con granizo, parecía que varias ciudades quedaban inundadas con notables daños. Mientras esto veía, me encontraba en gran consternación porque quería impedir aquella inundación, pero como me encontraba sola y sobre todo no tenía conmigo a Jesús, mis pobres brazos los sentía débiles para poder hacerlo. Entonces, con gran sorpresa he visto venir una virgen (me parecía que era de América), y ella de un punto y yo del otro hemos logrado impedir en gran parte el flagelo que nos amenazaba. Después de esto, habiéndonos reunido, veía aquella virgen con las insignias de la pasión y coronada con corona de espinas, como también me encontraba yo, y a una persona que me parecía que fuese un ángel que decía:

“¡Oh potencia de las almas víctimas! Lo que no nos es dado hacer a nosotros, ángeles, ellas con sus sufrimientos lo pueden hacer. ¡Oh! si los hombres supieran el bien que les viene de ellas, porque están para el bien público y particular, no harían otra cosa que implorar a Dios que multiplique estas almas sobre la tierra.”

Después de esto, habiéndonos dicho que nos encomendáramos mutuamente al Señor, nos hemos separado.

+ + + +

Mayo 18, 1900

Llenar el interior de Dios.

Me encuentro aún privada de mi adorable Jesús, a lo más alguna sombra veo, ¡oh cuánto me cuestaamarlo, cuántas lágrimas debo derramar! Esta mañana, después de haberlo buscado y esperado mucho, lo he encontrado en mi misma cama, todo afligido, con la corona de espinas que le traspasaba la cabeza; se la he quitado poco a poco y la he puesto sobre la mía. ¡Oh, cuán mala me veía ante su presencia! No tenía fuerza para decir una sola palabra. Jesús, teniendo compasión de mí me ha dicho:

“Ten valor, no temas, procura llenar tu interior de Mí y enriquecerlo con todas las virtudes, hasta que se desborden fuera, y cuando llegues a

desbordarlas, entonces te llevaré al Cielo y terminarán todas tus privaciones.”

Después de esto, ha agregado tomando un aire afligido: “Hija mía, reza, porque están preparados tres diferentes días, uno lejos del otro, de tempestades, granizadas, rayos, inundaciones, que causarán gran daño a los hombres y a las plantas.”

Dicho esto ha desaparecido, dejándome un poco más aliviada en el estado en el que me encuentro, pero con un pensamiento: “Quién sabe cuándo llegaré a desbordarme, y si no lo hago, tal vez me tocará estarme siempre lejana de Él.”

+ + + +

Mayo 20, 1900

**Todas las cosas tienen principio de la nada.
Necesidad del reposo y del silencio interior.**

Encontrándome fuera de mí misma, me parecía que fuese de noche y veía todo el universo, todo el orden de la naturaleza, el cielo estrellado, el silencio nocturno, en suma me parecía que todo tenía un significado. Mientras esto miraba, me parecía que veía a Nuestro Señor que tomando la palabra acerca de lo que veía ha dicho:

“Toda la naturaleza invita al reposo, ¿pero cuál es el verdadero reposo? Es el reposo interior y el silencio de todo lo que no es Dios. Mira, las estrellas centelleantes de luz moderada, no deslumbrante como el sol; el sueño y el silencio de toda la naturaleza, de los hombres y hasta de los animales, y que todos buscan un lugar, una cueva donde estarse en silencio y reposarse del cansancio de la vida. Si esto es necesario para el cuerpo, mucho más para el alma es necesario reposarse en su propio centro que es Dios. Pero para poderse reposar en Dios es necesario el silencio interior, como al cuerpo le es necesario el silencio exterior para poderse plácidamente adormecer. ¿Pero cuál es este silencio interior? Es hacer callar las propias pasiones teniéndolas en su lugar, es imponer silencio a los deseos, a las inclinaciones, a los afectos, en suma, a todo lo que no llama a Dios. Ahora, ¿cuál es el medio para llegar a esto? El único medio y de absoluta necesidad es deshacer el propio ser y reducirse a la nada, como era antes de que fuera creada, y cuando haya reducido a la nada su ser, retomarlo en Dios.

Hija mía, todas las cosas tienen principio de la nada, esta misma máquina del universo que tú ves con tanto orden, si antes de crearla hubiera estado llena de otras cosas, no habría podido poner mi mano creadora para

hacerla con tanta maestría y dejarla tan espléndida y adornada. A lo más habría podido deshacer todo lo que podía estar, y después rehacerla como a Mí me agradaba; pero estamos siempre ahí, en que todas mis obras tienen principio de la nada, y cuando hay mezcla de otras cosas, no es decoroso para mi Majestad descender y obrar en el alma, pero cuando el alma se reduce a la nada y sube a Mí, y toma su ser en el mío, entonces Yo obro como el Dios que soy, y el alma ahí encuentra el verdadero reposo. He aquí cómo todas las virtudes tienen principio en la humildad y en el aniquilamiento de sí mismo.”

¿Quién puede decir cuánto comprendía sobre lo que me decía el bendito Jesús? ¡Oh, cómo sería feliz mi alma si pudiese llegar a deshacer mi pobre ser, para poder recibir de mi Dios su Ser Divino! ¡Oh, cómo me ennoblecería, cómo quedaría santificada! ¿Pero qué tontería es la mía, dónde tengo el cerebro si aún no lo hago? ¡Qué miseria humana, que en vez de buscar su verdadero bien y de emprender su vuelo a lo alto, se contenta con arrastrarse por tierra y vivir en el fango y en la podredumbre!

Después de esto mi amado Jesús me ha transportado dentro de un jardín en el que había mucha gente que se preparaba para asistir a una fiesta, pero sólo aquellos que recibían una divisa podían asistir, pero eran pocos los que recibían esta divisa; a mí me vino un gran deseo de recibirla, y tanto hice que logré mi propósito. Después, habiendo llegado al punto donde los recibían, una matrona venerable primero me vistió de blanco, después me puso una banda celestial de la cual pendía una medalla marcada con el rostro de Jesús, y que mientras era rostro al mismo tiempo era espejo, que al contemplarse en él se descubrían las más pequeñas manchas, y que el alma con la ayuda de una luz que venía de dentro de aquel rostro, fácilmente se podía quitar. Me parecía que esa medalla encerraba un significado misterioso. Después ha tomado un manto de oro finísimo y me cubrió toda. Me parecía que vestida así podía competir con las vírgenes bienaventuradas. Mientras esto sucedía Jesús me ha dicho:

“Hija mía, volvamos a ver lo que hacen los hombres, por ahora basta con que estés vestida, cuando sea la fiesta entonces te llevaré para asistir.”

Así, después de haber girado un poco, me ha transportado a mi cama.

+ + + +

Mayo 21, 1900

**El estado más sublime es deshacer
nuestro querer en el Querer de
Dios y vivir de su Voluntad.**

Esta mañana mi adorable Jesús no venía; después de mucho esperar vino y acariciándome me ha dicho:

“Hija mía, ¿sabes cuál es mi mira sobre ti, y el estado que quiero de ti?”

Y deteniéndose un poco ha agregado: “La mira que tengo sobre ti no es de cosas prodigiosas, y de tantas otras cosas que podría obrar en ti para mostrar mi obra, sino que mi mira es absorberte en mi Voluntad y hacerte una sola cosa con Ella, y hacer de ti un ejemplar perfecto de uniformidad de tu querer con el mío. Este es el estado más sublime, es el prodigio más grande, es el milagro de los milagros lo que de ti quiero hacer.

Hija mía, para llegar perfectamente a hacer uno nuestro querer, el alma debe volverse invisible, debe imitarme a Mí, que mientras lleno el mundo con tenerlo absorbido en Mí y con no quedar absorbido en él, me vuelvo invisible y de ninguno me dejo ver. Esto significa que no hay ninguna materia en Mí, sino que todo es purísimo espíritu, y si en mi Humanidad asumida tomé la materia, fue para semejarme en todo al hombre y darle un ejemplar perfectísimo de cómo espiritualizar esta misma materia. Entonces el alma debe espiritualizar todo y llegar a volverse invisible para poder hacer fácilmente una su voluntad con mi Voluntad, porque lo que es invisible puede ser absorbido en otro objeto. De dos objetos con los que se quiere formar uno solo, es necesario que uno pierda la propia forma, de otra manera jamás se llegaría a formar un solo ser.

¡Qué fortuna sería la tuya si destruyéndote a ti misma, hasta hacerte invisible, pudieras recibir una forma toda divina! Es más, tú con quedar absorbida en Mí y Yo en ti, formando un solo ser, vendrías a retener en ti la fuente divina, y como mi Voluntad contiene todo el bien que puede existir, vendrías a retener todos los bienes, todos los dones, todas las gracias, y no tendrías que buscarlos en otra parte sino en ti misma. Y si las virtudes no tienen confines, estando en mi Voluntad según la criatura pueda llegar, encontrará su término, porque mi Voluntad hace llegar a adquirir las virtudes más heroicas y más sublimes que la criatura por sí sola no puede superar.

Es tanta la altura de la perfección del alma deshecha en mi Querer, que llega a obrar como Dios, y esto no es de asombrar, porque como no vive más su voluntad en ella, sino la Voluntad de Dios mismo, cesa todo asombro si viviendo con esta Voluntad posee la Potencia, la Sabiduría, la Santidad y todas las otras virtudes que contiene el mismo Dios. Basta decirte, para hacer que tú te enamores y cooperes cuanto puedas por parte tuya para llegar a tanto, que el alma que llega a vivir sólo de mi Querer es reina de todas las reinas y su trono es tan alto, que llega hasta el trono del Eterno, y entra en

los secretos de la Augustísima Trinidad y participa en el amor recíproco del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Oh, cómo todos los ángeles y santos la honran, los hombres la admiran y los demonios la temen, descubriendo en ella al Ser Divino!”

¡Ah Señor! ¿Cuándo me harás llegar a esto, porque por mí nada puedo? Ahora, ¿quién puede decir lo que el Señor infundía en mí con luz intelectual sobre esta uniformidad de querer? Es tanta la altura de los conceptos, que mi lengua no bien adiestrada no tiene palabras para expresarlos, apenas he podido decir esto poco, si bien disparatando, de lo que el Señor con luz vivísima me ha hecho comprender.

+ + + +

Mayo 26, 1900

El querer de Luisa es uno con el de Jesús.

Encontrándome muy afligida por la privación de mi adorable Jesús, que a lo más viene como sombra y relámpago, siento que no puedo seguir adelante si Él quiere continuar así. Entonces, encontrándome en lo sumo de la aflicción, por poco se ha hecho ver, todo cansado, como si tuviera necesidad de un alivio, y poniendo sus brazos a mi cuello me ha dicho:

“Amada mía, tráeme flores y circúndame todo, porque me siento languidecer de amor. Hija mía, el oloroso perfume de tus flores me será de alivio y pondrá un remedio a mis males, porque languidezco y desfallezco.”

Yo en seguida he agregado: “Y Tú, amado Jesús mío, dame frutos, porque el ocio y el escaso sufrir aumentan de tal manera mi languidecer, que desfallezco hasta sentirme morir; y entonces no sólo flores, sino que podré darte frutos para poder consolar mayormente tu languidecer.” Y Jesús ha vuelto a hablar y me ha dicho:

“¡Oh, cómo nos ajustamos bien, ¿no es verdad? Parece que tu querer es uno con el mío.”

Por un momento parecía que quedaba aliviada, como si quisiera cesar el estado en el cual me encontraba, pero después de un poco me he encontrado inmersa en el mismo letargo de antes, privada de mi sumo Bien, abandonada y sola.

+ + + +

Mayo 27, 1900

El Amor y la Gracia penetran en las más íntimas partes del hombre.

Esta mañana sintiéndome más que nunca afligida por la privación de mi sumo Bien, en cuanto se ha hecho ver me ha dicho:

“Así como un viento impetuoso inviste a las personas y penetra hasta en las vísceras, de modo de sacudir a toda la persona, así mi Amor y mi Gracia volando sobre las alas de los vientos, invisten y penetran en el corazón, en la mente y en las más íntimas partes del hombre. Con todo esto, el hombre ingrato rechaza mi gracia y me ofende, ¡oh! ¿cuál no es mi acerbo dolor?”

Yo estaba toda confundida y aniquilada en mí misma y no osaba decir una sola palabra, sólo pensaba: “¿Como es que no viene? Y también: Si viene no lo veo claro, parece que he perdido la claridad, ¿quién sabe si veré develado su hermoso rostro como antes?” Mientras así pensaba, mi benigno Jesús ha agregado:

“Hija mía, ¿por qué temes, si tu estado está en los Cielos por la unión de nuestros quererres?”

Y queriéndome animar y compadecer mi estado doloroso me ha dicho:

“Tú eres mi nuevo Job. No te oprimas demasiado si no me ves con claridad, te lo dije desde el otro día, que no vengo según lo acostumbrado porque quiero castigar a las gentes, y si tú me vieras con claridad comprenderías lo que Yo estoy haciendo, y tu corazón, como ha recibido el injerto del mío, por eso conozco lo que tú vendrías a sufrir, como está sufriendo mi corazón porque me veo obligado a castigar a mis criaturas. Así que para ahorrarte estas penas no me hago ver con claridad.”

¿Quién puede decir las heridas que ha dejado a mi pobre corazón?
¡Ah Señor, dame la fuerza para sostener el dolor!

+ + + +

Mayo 29, 1900

Amenaza de castigos.

Continuo estando en el mismo estado, me sentía toda oprimida y tenía toda la necesidad de un apoyo para poder soportar la privación de mi sumo Bien. El bendito Jesús, teniendo compasión de mí, por algunos minutos ha

mostrado su rostro desde dentro de mi corazón, pero no con claridad, y haciéndome oír su suavísima voz me ha dicho:

“Ten ánimo otro poco hija mía, déjame terminar de castigar y después vendré como antes.”

Mientras decía esto, en mi mente pensaba: “¿Cuáles son los castigos que ha comenzado a mandar?” Y Él ha agregado:

“La lluvia continuada es más que granizada, que está haciendo y traerá tristes consecuencias sobre las gentes.”

Dicho esto ha desaparecido y yo me he encontrado fuera de mí misma, dentro de un jardín, y desde ahí dentro se veían las cosechas y las viñas secas, y dentro de mí iba diciendo: “Pobres gentes, pobres gentes, ¿cómo harán?” Mientras esto decía, dentro de aquel jardín estaba un niño que lloraba y gritaba tan fuerte que ensordecía Cielo y tierra, pero ninguno tenía compasión de él, si bien todos lo oían que lloraba tanto, no lo tomaban en cuenta y lo dejaban solo y abandonado. Un pensamiento me ha pasado por la mente: “¿Quién sabe? A lo mejor es Jesús.” Pero no estaba segura. Entonces, acercándome a Él le dije: “¿Qué tienes que lloras, niño amado? ¿Quieres venir conmigo, ya que todos te han dejado abandonado a tus lágrimas y al dolor que te oprime tanto que te hace gritar tan fuerte?” Pero qué, ¿quién podía calmarlo? Apenas entre sollozos ha respondido que sí, que quería venir. Entonces lo he tomado de la mano para conducirlo junto conmigo, y en el momento mismo de hacer esto me he encontrado en mí misma.

+ + + +

Junio 3, 1900

La falta de estima hacia las personas es falta de verdadera humildad.

Encontrándome en el mismo estado, esta mañana por un poco he visto a mi adorable Jesús, que estaba dentro de mi corazón y dormía, y su sueño atraía a mi alma a adormecerse junto con Él, tanto que sentía todas las potencias interiores adormecidas, sin obrar más. A veces me esforzaba en salir de aquel sueño, pero no podía, cuando por un poco se ha despertado el bendito Jesús y ha mandado por tres veces su aliento dentro de mí, y me parecía que Él quedaba todo absorbido en mí. Después me parecía que Jesús atrajera otra vez dentro de Él esos tres alientos que me había enviado, y yo me he encontrado toda transformada en Él. ¿Quién puede decir lo que sucedía en mí por estos soplos divinos? De aquella unión inseparable entre

Jesús y yo, no tengo palabras para expresarla. Después de esto parece que me pude despertar y Jesús, rompiendo el silencio me ha dicho:

“Hija mía, he mirado y he vuelto a mirar, he buscado y he vuelto a buscar, recorriendo toda la tierra, pero en ti he fijado mis miradas y he encontrado mis complacencias, y te he elegido entre miles.”

Después, dirigiéndose a ciertas personas que veía, las ha reprendido diciéndoles:

“La falta de estima por las demás personas es falta de verdadera humildad cristiana y de dulzura, porque un espíritu humilde y dulce sabe respetar a todos e interpreta siempre bien los actos de los demás.”

Dicho esto ha desaparecido sin decirle ni siquiera una palabra. Sea siempre bendito que así quiere, y todo sea para su gloria.

+ + + +

Junio 6, 1900

Luisa crucificada evita algunos castigos sobre Corato.

Como mi adorable Jesús continuaba sin hacerse ver con claridad, esta mañana habiendo recibido la comunión, el confesor puso la intención de la crucifixión; mientras me encontraba en esos sufrimientos, el bendito Jesús, casi atraído por mis penas se ha mostrado con claridad. ¡Oh Dios! ¿quién puede decir los sufrimientos que sufría Jesús y el estado violento en el cuál se encontraba, porque mientras estaba obligado a mandar los castigos, sentía tal violencia que no quería mandarlos? Daba tanta compasión verlo en este estado, que si los hombres lo pudiesen ver, aunque sus corazones fueran de diamante se romperían como frágil vidrio por la ternura. Entonces he comenzado a rogarle que se aplacara y que se contentara en hacerme sufrir a mí, y que perdonara al pueblo. Después he añadido: “Señor, si no quieres escuchar mis oraciones, sé que lo merezco; si no quieres tener compasión de los pueblos, tienes razón, porque grandes son nuestras iniquidades, pero te pido en gracia que tengas compasión de Ti mismo, ten piedad de la violencia que te haces al castigar a tus imágenes. ¡Ah! sí, te lo pido por amor de Ti mismo, que no mandes castigos hasta llegar a quitar el pan a tus hijos y hacerlos perecer. ¡Ah! no, no es de la naturaleza de tu corazón obrar de este modo, por eso es la violencia que sientes, que si pudiera te daría la muerte.” Y Él, todo afligido me ha dicho:

“Hija mía, es la Justicia que me hace violencia, y el Amor que tengo hacia los hombres me hace violencia más fuerte, tanto, de poner a mi corazón en angustias de muerte al castigar a las criaturas.”

Y yo: “Por eso Señor descarga sobre mí la Justicia, y tu Amor no será más violentado por la Justicia y no se encontrará en conflicto por castigar a las gentes, porque en verdad, ¿cómo harán si Tú actúas, como me haces comprender, secando todo lo que sirve de alimento al hombre? Ah, te pido, déjame sufrir a mí y perdónalos a ellos, si no en todo al menos en parte.”

Y Jesús, como si se viera obligado por mis oraciones se ha acercado a mi boca y ha derramado de la suya un poco de amargura, densa y nauseante, que en cuanto la tragué me produjo tales y tantas especies de penas que me sentía morir. Entonces el bendito Jesús, sosteniéndome en esas penas, de lo contrario hubiera quedado víctima, (y sin embargo no había derramado más que un poco, ¿que será de su corazón adorable que tanta contenía?), ha suspirado como si se hubiera aliviado de un peso y me ha dicho:

“Hija mía, mi Justicia había decidido destruir todo, pero ahora descargándose un poco sobre ti, por amor tuyo concede un tercio de lo que sirve de alimento al hombre.”

Y yo: “¡Ah Señor, es muy poco, al menos la mitad!”

Y Él: “No hija mía, conténtate.”

Y yo: “No Señor, si no me quieres contentar por todos, al menos conténtame por Corato y por aquellos que me pertenecen.”

Y Jesús: “Hoy está preparada una granizada que debe hacer gran daño, tú estás con los dolores de la cruz, sal fuera de ti misma y en forma crucificada ve en el aire y pon en fuga los demonios de encima de Corato, porque ante tu forma crucificada no podrán resistir y se irán a otra parte.”

Así he salido fuera de mí misma, crucificada, y he visto la granizada y los rayos que estaban por desencadenarse sobre Corato. ¿Quién puede decir el espanto de los demonios, cómo a la vista de mi forma crucificada corrían, se mordían los dedos de rabia y llegaban a tomarla contra el confesor que esta mañana me había dado la obediencia de sufrir la crucifixión, ya que contra mí no se la podían tomar, es más, eran obligados a huir de mí por la señal de la Redención que advertían? Entonces, después de haberlos puesto en fuga he regresado en mí misma, encontrándome con una buena dosis de sufrimientos. Sea todo para la gloria de Dios.

+ + + +

Junio 7, 1900

Jesús le entrega las llaves de la Justicia y una luz para descubrirla.

Como me encontraba en algún modo sufriente, me parecía que aquellos sufrimientos eran una dulce cadena que atraía a mi buen Jesús a hacerlo venir casi de continuo, y me parecía que aquellas penas llamaban a Jesús para hacerlo derramar en mí otras amarguras. Entonces, al venir, ahora me sostenía en sus brazos para darme fuerza, y ahora derramaba de nuevo. Yo de vez en cuando le decía: “Señor, ahora siento en mí parte de tus penas, te ruego que me contentes como te dije ayer de darme al menos la mitad de lo que sirve para alimento del hombre.”

Y Él: “Hija mía, para contentarte te entrego las llaves de la Justicia y el conocimiento de cuánto es necesario absolutamente castigar al hombre, y con esto harás lo que te plazca, ¿no estás contenta por ello?”

Al oírme decir esto me consolé y decía en mi interior: “Si está en mí, de hecho no castigaré a ninguno.” Pero cómo quedé desengañada cuando el bendito Jesús me dio una llave y me puso en medio de una luz, y mirando desde en medio de aquella luz descubría todos los atributos de Dios y también los de la Justicia. ¡Oh, cómo todo está ordenado en Dios! Y si la Justicia castiga, es orden; y si no castiga no estaría en orden con los demás atributos. Ahora me veía como miserable gusano en medio de aquella luz, y que si quisiera impedir el curso a la Justicia estropearía el orden e iría en contra de los mismos hombres, porque comprendía que la misma Justicia es Amor purísimo hacia ellos. Entonces me he encontrado toda confundida y molesta, por eso para desentenderme he dicho a nuestro Señor: “Con esta luz de la cual me habéis rodeado entiendo las cosas diversamente, y si me dejaras obrar a mí lo haría peor que Tú, por eso no acepto este conocimiento y renuncio a las llaves de la Justicia; lo que acepto y quiero es que me hagas sufrir a mí y que liberes a las gentes; del resto no quiero saber nada.”

Y Jesús sonriendo ante mi hablar me ha dicho:

“¿Cómo! ¿Tan pronto quieres desentenderte, no queriendo conocer ninguna razón y queriéndome hacer violencia más fuerte te quieres salir con dos palabras: Hazme sufrir a mí y libéralos?”

Y yo: “Señor, no es que no quiera saber ninguna razón, sino que no es oficio mío, sino tuyo. Mi oficio es el de ser víctima, por eso Tú haz tu oficio y yo hago el mío; ¿no es verdad mi amado Jesús?”

Y Él, mostrando como una aprobación ha desaparecido.

+ + + +

Junio 10, 1900

Oficio de víctima. Castigos.

Me parece que mi adorable Jesús continúa dividiendo en dos a la Justicia al derramar un poco en mí y el resto en las gentes. Esta mañana, especialmente cuando me he encontrado con Jesús, se me desgarraba el alma al ver la tortura de su dulcísimo corazón al castigar a las criaturas. Era tanto el estado sufriente en el cual se encontraba, que no hacía otra cosa que emitir continuos gemidos, tenía en la cabeza una tupida corona de espinas, toda encarnada, tanto que la cabeza parecía un conjunto de espinas. Entonces para aliviarlo un poco le he dicho: “Dime Bien mío, ¿qué tienes que estás tan sufriente? Permíteme que te quite estas espinas que no poco te atormentan.” Pero Jesús no me respondía, es más, ni siquiera escuchaba lo que yo decía. Entonces me he puesto a quitar aquellas espinas, una por una, y después las he puesto sobre mi cabeza. Ahora, mientras esto hacía, he visto que en lugares lejanos debía suceder un terremoto que haría matanza de gente. Después Jesús ha desaparecido y yo he regresado en mí misma, pero con suma aflicción mía al pensar en el estado sufriente de Jesús y en las desgracias de la miserable humanidad.

+ + + +

Junio 12, 1900

La obediencia la hace pedir a Jesús que la haga sufrir para impedir los castigos.

Esta mañana al venir mi amable Jesús he comenzado a decir: “Señor, ¿qué haces? Parece que te adentras demasiado con la Justicia.” Y mientras quería continuar hablando para excusar las miserias humanas, Jesús me ha impuesto silencio diciéndome:

“Calla, si quieres que me entretenga contigo ven a besarme y a sanar con tus acostumbradas adoraciones todos mis miembros sufrientes.”

Así he comenzado por la cabeza, y después, poco a poco por los otros miembros. ¡Oh, cuántas llagas profundas tenía aquel cuerpo sacrosanto, que el sólo mirarlas daba horror! Entonces, no apenas había terminado ha desaparecido, dejándome con poquísimo sufrimiento y con un temor:

¿Quién sabe cómo se derramará sobre las gentes, porque no se ha dignado derramar sobre mí sus amarguras?

Poco después ha venido el confesor y le he dicho lo anterior, y él me dijo que hoy, por obediencia absoluta, cuando haga la meditación debes pedirle que te haga sufrir la crucifixión y que deje de mandar los flagelos. Entonces, cuando hice la meditación, en cuanto se hizo ver le he rogado de acuerdo a la obediencia recibida, pero no me puso atención, es más, ahora se hacía ver que volteaba la espalda a la gente, ahora que dormía para no ser importunado por mí, y que sé yo, me sentía morir porque no se preocupaba por hacerme hacer la obediencia; entonces he tomado valor y poniendo toda la confianza en la santa obediencia lo he tomado por un brazo, y moviéndolo para despertarlo le he dicho: “Señor, ¿qué haces? ¿Este es el amor que le tienes a tu virtud predilecta de la obediencia? ¿Estos son los elogios que tantas veces le habéis dado? ¿Estos son los honores que le habéis prodigado, hasta decir que te sientes sacudido y no puedes resistir a la virtud de la obediencia y te sientes cautivar por el alma que se dona a esta virtud, que ahora parece que no te importa el hacerme obedecer? Mientras esto y otras cosas decía, y que me alargaría demasiado si quisiera escribirlas, el bendito Jesús se ha sacudido, y como golpeado por un vivísimo dolor ha roto en abundante llanto, y sollozando ha dicho:

“Tampoco Yo quiero mandar flagelos, es la Justicia que me obliga casi a fuerza, pero tú con este hablar me quieres herir a lo vivo y tocarme una fibra muy delicada para Mí y muy amada por Mí, tanto que no quise otro honor ni otro título que el de obediente. Y para hacerte ver que no es que no me importe hacerte obedecer, con todo lo que la Justicia me obliga a no hacerlo, te participo en parte los dolores de la cruz.”

Mientras esto hacía ha desaparecido, dejándome contenta porque me ha hecho obedecer y con un disgusto en el alma, como si hubiese sido causa de hacer llorar al Señor con mi hablar. ¡Ah Señor, te pido que me perdones!

+ + + +

Junio 14, 1900

Efectos de la cruz.

Encontrándome no poco sufriente, mi adorable Jesús al venir toda me compadecía y me ha dicho:

“Hija mía, ¿qué tienes que sufres tanto? Déjame aliviarte un poco.”

Y (pero Jesús estaba más sufriente que yo.) así me ha dado un beso, y como estaba crucificado me atrajo fuera de mí misma y ha puesto mis manos

en las tuyas, mis pies en los tuyos, mi cabeza apoyaba sobre la tuya y la tuya sobre la mía. ¡Cómo estaba contenta al encontrarme en esta posición! Si bien los clavos y las espinas de Jesús me causaban dolor, eran dolores que me daban alegría porque eran sufridos por amor a mi amado Bien; es más, hubiera querido que aumentaran. También Jesús parecía contento de mí porque me tenía en aquel modo atraída a Él. Me parecía que Jesús me consolaba y yo era consuelo para Él.

Entonces, en esta posición hemos salido fuera y habiendo encontrado al confesor, en seguida pedí por sus necesidades y le he dicho al Señor que se dignara hacer oír al confesor cómo es dulce y suave su voz. Jesús para contentarme se dirigió a él y le habló de la cruz diciéndole:

“La cruz absorbe en el alma mi Divinidad, la asemeja a mi Humanidad y copia en sí misma mis mismas obras.”

Después hemos continuado girando otro poco y, ¡oh, cuántas escenas dolorosas que traspasaban el alma de lado a lado! Las graves iniquidades de los hombres, que ni siquiera se doblegan ante la Justicia, al contrario, se arrojan con mayor furor como si quisieran dar dobles heridas por cada herida, y la gran miseria que ellos mismos se están preparando. Entonces, con suma amargura nuestra nos hemos retirado, Jesús ha desaparecido y yo me he encontrado en mí misma.

+ + + +

Junio 17, 1900

Ponerse en Dios y no salir de los confines de la paz, es lo mismo.

Como esta mañana el bendito Jesús no venía, en mi interior me sentía suscitar alguna sombra de turbación sobre el por qué no venía. Entonces al venir me ha dicho:

“Hija mía, contenerse en Dios y no salir de los confines de la paz es todo lo mismo. Así que si tú adviertes un poco de turbación, es señal de que sales un poco de dentro de Dios, porque contenerse en Él y no tener perfecta paz es imposible, mucho más que los confines de la paz son interminables, es más, todo lo que pertenece a Dios, todo es paz.”

Después ha agregado: “¿No sabes tú que las privaciones al alma sirven como el invierno a las plantas, que hace que profundicen más las raíces, las fortifica y las hace reverdecer y florecer en mayo?”

Después de esto me ha transportado fuera de mí misma, y habiéndole encomendado varias necesidades desapareció, y yo me he encontrado en mí

misma, con el deseo de mantenerme siempre dentro de Dios, a fin de que me pudiera encontrar dentro de los confines de la paz.

+ + + +

Junio 18, 1900

Todo lo creado nos enseña el amor de Dios, el cuerpo llagado de Jesús, el amor del prójimo.

Jesús sigue sin venir, y yo trataba de ocuparme en considerar el misterio de la flagelación. Mientras esto hacía he visto al bendito Jesús todo llagado y chorreando sangre y me ha dicho:

“Hija mía, el cielo con todo lo creado te enseña el amor de Dios; mi cuerpo llagado te enseña el amor del prójimo, tanto, que mi Humanidad unida a mi Divinidad, de dos naturalezas hice una sola y las volví inseparables, porque no sólo satisfice a la divina Justicia sino realicé la salvación de los hombres. Y para hacer que todos asumieran esta obligación de amar a Dios y al prójimo, no sólo hice de esto una sola obligación, sino que llegué a hacer de esta obligación un precepto divino. Así que mis llagas y mi sangre son tantas lenguas que enseñan a cada quien el modo de amarse, y la obligación que todos tienen de poner atención a la salvación de los demás.”

Después, tomando un aspecto más afligido ha agregado:

“Qué despiadado tirano es para mí el amor, porque no sólo empleé todo el curso de mi Vida mortal en continuos sacrificios, hasta morir desangrado sobre una cruz, sino que me dejé como víctima perenne en el sacramento de la Eucaristía. Y no sólo esto, sino que a todos mis miembros predilectos los tengo víctimas vivientes en continuos sufrimientos, empeñados en la salvación de los hombres, como entre tantos te elegí a ti para tenerte sacrificada por amor mío y por los hombres. ¡Ah sí! Mi corazón no encuentra descanso ni reposo si no encuentra al hombre, y el hombre, ¿cómo me corresponde? ¡Con ingratitudes enormísimas!”

Dicho esto ha desaparecido.

+ + + +

Junio 20, 1900

La humildad más perfecta produce en el alma la unión más íntima con Dios.

Esta mañana, estando fuera de mí misma y no encontrando a mi sumo Bien, he debido girar y girar en busca de Él; cuando me he cansado hasta sentirme desfallecer lo sentí detrás de mi espalda que me sostenía, entonces estiré el brazo y lo jalé hacia el frente diciéndole: “Amado mío, sabes que no puedo estar sin Ti, no obstante me haces esperar tanto, hasta hacerme desfallecer; dime al menos, ¿cuál es la causa, en qué te he ofendido que me sometes a desgarros tan crueles, a martirios tan dolorosos como es tu privación?” Y Jesús interrumpiendo mi hablar me ha dicho:

“Hija mía, hija mía, no agregues más desgarros a mi corazón exacerbado a lo sumo, pues se encuentra en continua lucha por las violencias que constantemente todos me hacen: Violencia me hacen las iniquidades de los hombres, que atrayendo sobre ellos la Justicia me fuerzan a castigarlos, y la Justicia poniéndose en continua lucha con el amor que tengo hacia los hombres, me desgarran el corazón en modo tan doloroso, de hacerme morir continuamente; violencia me haces tú, porque viniendo Yo y conociendo tú los castigos que estoy enviando, no te estás quieta, no, sino que me fuerzas, me haces violencia y no quieres que castigue, y sabiendo Yo que tú no puedes hacer de otra manera ante mi presencia, para no exponer mi corazón a una lucha más fiera, me abstengo de venir. Por eso no quieras violentarme en hacerme venir ahora, déjame desahogar mi furor y no quieras acrecentar mis penas con tus palabras. En lo demás no quiero que pienses, porque la humildad más perfecta, más sublime, es la de perder toda razón y no discurrir acerca del por qué y del cómo, sino deshacerse en la propia nada, y mientras el alma hace esto, sin advertirlo se encuentra perdida en Dios, y esto produce en ella la unión más íntima, el amor más perfecto hacia el sumo Bien. Esto con sumo provecho del alma, porque perdiendo la propia razón adquiere la razón divina, y perdiendo todo pensamiento sobre sí misma, esto es, si está fría o caliente, si son favorables o adversas las cosas que le suceden, se interesará y adquirirá un lenguaje todo celestial y divino.

Además de esto, la humildad produce en el alma una vestidura de seguridad, por lo que envuelta en este vestido de seguridad el alma se está en la calma más profunda, embelleciéndose toda para agradar a su querido y amado Jesús.”

¿Quién puede decir cómo he quedado sorprendida por este hablar de Jesús? No tuve ni una palabra para responderle. Poco después desapareció y yo me he encontrado en mí misma, quieta, sí, pero afligida a lo sumo, primero por las aflicciones y las luchas en las cuales se encontraba mi amado Jesús, y después por el temor de que no viniera. ¿Quién podrá resistir? ¿Cómo haré para soportarme a mí misma por su ausencia? ¡Ah Señor, dame la fuerza para soportar tan duro martirio, tan insoportable a mi pobre alma!

Por lo demás, di lo que quieras, porque por mí no dejaré ningún medio, intentaré todos los caminos, usaré todas las estratagemas para atraerte a que vengas.

+ + + +

Junio 24, 1900

La cruz es el alimento de la humildad.

Después de haber pasado algunos días de privación, en que a lo más se hacía ver como sombra, como un relámpago, mis potencias las sentía todas adormecidas, de modo que yo misma no entendía lo que sucedía en mi interior. En este adormecimiento una sola pena se despertaba en mi interior, y era que me parecía que me había pasado como a uno que mientras duerme pierde la vista, o bien es despojado de todas sus riquezas, por lo que el miserable no puede ni dolerse, ni defenderse, ni usar algún medio para liberarse de sus infortunios. ¡Pobrecito, en qué estado tan desastroso se encuentra! Pero, ¿cuál es la causa? El sueño, porque si estuviera despierto ciertamente se sabría defender de sus desventuras. Así es mi mísero estado, no me es dado ni siquiera dar un gemido, un suspiro, derramar una lágrima, porque he perdido de vista a Aquel que es todo mi amor, todo mi bien y que forma todo mi contento. Parece que para que yo no sufra por su privación me ha adormecido y me ha dejado. ¡Ah! Señor, despiértame Tú, a fin de que pueda ver mis miserias y conocer al menos de qué estoy privada.

Ahora, mientras me encontraba en este estado, desde dentro de mi interior he oído al bendito Jesús que se lamentaba continuamente. Aquellos lamentos han herido mis oídos y despertándome un poco he dicho: “Mi solo y único Bien, por tus lamentos advierto el estado tan sufriente en el cual te encuentras, esto te sucede porque quieres sufrir solo y no quieres hacerme partícipe de tus penas, es más, para no tenerme en tu compañía me has adormecido y me has dejado sin hacerme entender más nada. Entiendo el por qué de todo esto, para estar más libre en castigar, pero ¡ah! ten compasión de mí, pues sin Ti estoy ciega, y ten compasión de Ti, porque siempre es bueno en todas las circunstancias tener quien te haga compañía, que te consuele y que de algún modo mitigue tu furor, porque por ahora estás firme en mandar flagelos, pero cuando veas a tus imágenes perecer por la miseria, te lamentarás más que ahora y tal vez me dirás: “¡Ah, si tú te hubieras empeñado más en aplacarme, si hubieras tomado sobre ti las penas de las criaturas, no vería tan destrozados a mis mismos miembros!” ¿No es

verdad mi pacientísimo Jesús? ¡Ah, consuélate un poco y déjame sufrir en lugar tuyo!”

Mientras esto decía, Él se lamentaba continuamente, casi en acto de querer ser compadecido y aliviado, pero quería que le arrancara casi por fuerza este mismo alivio, por lo que tras mis ruegos ha extendido en mi interior sus manos y pies clavados y me ha participado un poco sus penas. Después de esto, dando un poco de tregua a sus lamentos me ha dicho:

“Hija mía, son los tristes tiempos que a esto me obligan, porque los hombres se han fortalecido y ensoberbecido tanto, que cada uno cree ser dios para sí mismo, y si Yo no pongo mano a los flagelos haría un daño a sus almas, porque sólo la cruz es el alimento de la humildad. Entonces, si no hiciera esto, Yo mismo les haría faltar el medio para humillarlos y rendirlos de su extraña locura, si bien la mayor parte me ofenden más, pero Yo hago como un padre que reparte a todos el pan para alimentarlos; que algunos hijos no lo quieran tomar, es más, que se sirvan de él para arrojarlo en la cara al padre, ¿qué culpa tiene de ello el pobre padre? Así soy Yo. Por eso compadéceme en mis aflicciones.”

Dicho esto ha desaparecido dejándome medio despierta y medio adormecida, no sabiendo yo misma ni si debo despertarme perfectamente, ni si debo dormirme otra vez.

+ + + +

Junio 27, 1900

El alma debe reconocerse en Jesús, no en sí misma.

Continúo estando adormecida. Esta mañana por pocos minutos me he encontrado despierta y comprendía mi estado miserable, sentía la amargura de la privación de mi sumo y único Bien; apenas pude derramar dos lágrimas diciéndole: “Mi siempre buen Jesús, ¿cómo es que no vienes? Estas son cosas que no se hacen, herir a un alma de Ti y después dejarla. Y además, para no hacerle conocer lo que haces la dejas en poder del sueño. ¡Ah, ven, no me hagas esperar tanto!” Mientras esto y otros desatinos más decía, en un instante ha venido y me ha transportado fuera de mí misma, y como yo quería decirle mi pobre estado, Jesús imponiéndome silencio me ha dicho:

“Hija mía, lo que quiero de ti es que no te reconozcas más en ti misma, sino que te reconozcas solamente en Mí, así que de ti no te recordarás más, ni tendrás más reconocimiento de ti, sino te recordarás de Mí, y desconociéndote a ti misma adquirirás sólo mi reconocimiento, y a medida que te olvides y te destruyas a ti misma, así avanzarás en mi conocimiento y

te reconocerás solamente en Mí; cuando hayas hecho esto, no más pensarás con tu mente sino con la mía, no mirarás con tus ojos, no más hablarás con tu boca, ni palpitarás con tu corazón, ni obrarás con tus manos, ni caminarás con tus pies, sino todo con lo mío, porque para reconocerse solamente en Dios, el alma tiene necesidad de ir a su origen y regresar a su principio: Dios, esto es, de donde salió, y que se uniforme toda sí misma a su Creador; y que todo lo que retiene de sí misma y que no es conforme a su principio, lo debe deshacer y reducirse a la nada. Sólo en este modo, desnuda, deshecha, puede regresar a su origen y reconocerse sólo en Dios, y obrar según el fin para el cual ha sido creada. He aquí entonces que para uniformarse toda en Mí, el alma debe volverse indivisible conmigo.”

Mientras esto decía yo veía el castigo terrible de las plantas secas y como debe avanzar más. Apenas he podido decir: “¡Ah! Señor, ¿cómo harán las pobres gentes?” Y Él, para no prestarme atención, como un relámpago ha huido y desapareció. ¿Quién puede decir la amargura de mi alma al encontrarme en mí misma, por no haberle podido decir ni siquiera una palabra por mí y por mi prójimo, y por la tendencia al sueño, porque de nuevo estoy en ese estado?

+ + + +

Junio 28, 1900

Los castigos presentes no son otra cosa que una preparación a los castigos futuros.

Esta mañana, encontrándome sumamente afligida por la privación de mi amante Jesús, en cuanto lo he visto me ha dicho:

“Hija mía, cuántas máscaras se quitarán en estos tiempos de castigos, porque estos castigos presentes no son otra cosa que una preparación a todos los castigos que te manifesté en el curso del año pasado.”

Mientras esto decía, yo en mi interior pensaba: “Si el Señor continúa haciendo en el mismo modo en que está haciendo, esto es, que como quiere mandar castigos no viene, no me participa sus penas, me trata con modos insólitos, ¿quién podrá resistir? ¿Quién me dará la fuerza para permanecer en este estado?” Y Jesús respondiendo a mi pensamiento ha agregado en actitud de compadecerme:

“Y entonces, ¿quieres tú que suspenda por un poco el estado de víctima y después te lo haga retomar?”

Mientras esto decía he sentido confusión y amargura, veía que el Señor con esa propuesta me arrojaba de Sí, porque no he sabido decir ni sí,

ni no, o bien para oír qué cosa decide la obediencia. Entonces, sin esperar mi respuesta ha desaparecido, dejándome como un clavo fijo en el corazón al pensar que Jesús me arrojaba de Sí. Era tanto el dolor que no hice otra cosa que derramar lágrimas amargas.

+ + + +

Junio 29, 1900

Jesús y Luisa se reconfortan recíprocamente.

Estando aún amargada, mi adorable Jesús teniendo compasión de mí ha venido, y parecía que me sostenía entre sus brazos. Después, transportándome fuera de mí misma veía que reinaba un profundo silencio, una tristeza, un luto por todas partes. Era tanta la impresión que causaba en el ánimo el ver en aquel modo a las gentes, que se sentía una estrechura en el corazón. Entonces el bendito Jesús llevándome aparte me ha dicho:

“Hija mía, alejemos por poco lo que nos aflige y reconfortémonos mutuamente.”

Mientras esto decía ha comenzado a acariciarme y a besarme, pero era tanta mi confusión que no me atrevía a devolverle los besos y las caricias, y Él ha agregado:

“¡Cómo! Yo te reconforto a ti con besos y con caricias, ¿y tú no quieres reconfortarme a Mí dándome tus besos y tus caricias?”

Así me he sentido con la confianza de pagarle con la misma moneda, y mientras esto hacía ha desaparecido.

+ + + +

Julio 2, 1900

Con sus sufrimientos Luisa evita un castigo.

Continúo estando amargada y afligida, como una tonta. Esta mañana no había venido Jesús, pero vino el confesor y ha puesto la intención de la crucifixión, pero el bendito Jesús no concurría, y después de haberle rogado que se dignara hacerme obedecer, en cuanto se hizo ver me ha dicho:

“¿Qué quieres? ¿Por qué me quieren hacer violencia a la fuerza una vez que es necesario castigar a los pueblos?”

Y yo: “Señor, no soy yo, es la obediencia que así lo quiere.”

Y Él: “Si es la obediencia, está bien, quiero participarte mi crucifixión y a la vez quiero reconfortarme un poco.”

Mientras esto decía me participó los dolores de la cruz, y mientras yo sufría, Jesús se ha puesto junto a mí y parecía que se reconfortaba un poco. Ahora, mientras me encontraba en esta posición junto con Él, me ha hecho ver en el aire, que por una parte venía una nube negra, negra, que al sólo verla daba terror y espanto, y todos decían: “Esta vez morimos.” Mientras todos estaban aterrados, se ha levantado en medio de Jesús y yo una cruz resplandeciente, que poniéndose contra aquella borrasca la puso en fuga en gran parte, tanto que parecía que las gentes se calmaban. No sé decirlo ciertamente, pero me parece que era un huracán acompañado de rayos y de granizadas tan fuertes, que tenía fuerza de arrancar las construcciones; y la cruz que la puso en fuga en gran parte, me parecía que era mi pequeño sufrir que Jesús me ha participado. Sea bendito el Señor y todo sea para su gloria y honor.

+ + + +

Julio 3, 1900

Castigos con enfermedades contagiosas.

Esta mañana, habiendo recibido la comunión, en cuanto vi a mi adorable Jesús le he dicho: “Mi amado Señor, ¿cómo es que mandas tantos castigos? ¿Por qué esta vez no quieres a ningún costo aplacarte? Parece que todos los medios son inútiles, ni el rogar, ni el decir ‘Señor, derrama en mí tus amarguras.’ ¡Ay, no ha sido tu costumbre obrar en este modo!” Mientras esto decía, Jesús bendito interrumpiendo mi hablar ha respondido:

“Sin embargo hija mía, los castigos que estoy mandando son nada aún en comparación de aquellos que están preparados. Por eso no quieras afligirte por esto, porque no son materia de gran aflicción.”

Mientras esto decía, delante de mí veía a muchas personas infectadas con enfermedades contagiosas, que morían por ellas, entonces, presa de espanto le he dicho: “¡Ah Señor! ¿Se necesita también esto? ¿Qué haces? ¿Qué haces? Si esto quieres hacer, sácame de esta tierra, pues no me resiste el ánimo ver espectáculos tan funestos. Y además, ¿quién podrá resistir continuar en este estado en el que me has puesto, de que no vienes, o vienes como sombra, y no sólo eso, sino que me dejas atontada, adormecida, que no me haces entender más nada? Sin embargo me dijiste que me habrías dejado así hasta que de algún modo desahogaras tu furor. Ahora quieres agregar furor a furor, parece que no terminarás por ahora, así que, ¡pobre de mí, pobre de mí! ¿Quién me dará la fuerza para estar en este estado? ¿Quién podrá resistir?”

Mientras desahogaba mi aflicción, Jesús, compadeciéndome me ha dicho:

“Hija mía, no temas de tu estado de adormecimiento; esto dice que así como Yo estoy con las gentes, como si durmiera, como si no las oyese y viese, así te he puesto a ti en el mismo estado. Por lo demás, si te disgusta, te lo dije la otra vez, ¿quieres que te suspenda el estado de víctima?”

Y yo: “Señor, la obediencia no quiere que acepte la suspensión.”

Y Él: “Y bien, ¿qué quieres de Mí? Estate quieta y obedece.”

¿Quién puede decir qué tan afligida quedé? Y no sólo esto, sino que me parece que quedaron tan adormecidas mis potencias internas, que vivo como si no viviera. ¡Ah Señor, ten piedad de mí, no me dejes en abandono, en un estado tan lamentable y doloroso!

+ + + +

Julio 9, 1900

Vivir no sólo para Dios, sino en Dios.

Continúa el mismo estado y tal vez aún peor, y si alguna vez se hace ver es como sombra y rayo, y casi siempre en silencio. Esta mañana, encontrándome en lo sumo de la aflicción y de la torpeza por el sueño continuo, en cuanto se ha hecho ver me ha dicho:

“Ánimo hija mía, el alma verdaderamente mía no sólo debe vivir para Dios, sino en Dios. Tú busca vivir en Mí, porque en Mí encontrarás el receptáculo de todas las virtudes, y paseando en medio de ellas te alimentarás de su perfume, tanto, de quedar llena de ellas, y tú misma no harás otra cosa que enviar luz y perfume celestial, porque el vivir en Mí es la verdadera virtud, y tiene virtud de dar al alma la misma forma de la Divina Persona en la cual hace su morada, y de transformarla en las mismas virtudes divinas de las cuales se nutre.”

Después de esto como relámpago ha desaparecido, y mi alma corriendo detrás de aquel relámpago se ha encontrado fuera de mí misma, pero ya había huido y no me ha sido dado el encontrarlo de nuevo, y sufrí la amargura de ver granizadas terribles que habían hecho grandes estragos, rayos que habían producido incendios y otras cosas que estaban preparadas. Después de haber visto esto, me he reencontrado en mí misma más afligida que antes.

+ + + +

Julio 10, 1900

Diferencia entre vivir para Dios y vivir en Dios.

Encontrándome en la misma confusión, como un relámpago se ha hecho ver y me ha hecho entender que no había escrito todo lo que Él me había dicho ayer, esto es, que el alma no sólo debe vivir para Dios, sino en Dios. Entonces el bendito Jesús me repitió la diferencia que hay entre el vivir para Dios y el vivir en Dios diciéndome:

“En el vivir para Dios, el alma puede estar sujeta a las turbaciones, a las amarguras, a ser inconstante, a sentir el peso de las pasiones, a mezclarse en las cosas terrenas. Pero en el vivir en Dios no, todo es diferente, porque la cosa principal para hacer que una persona pueda entrar a habitar en otra persona, es dejar todo lo que es suyo, esto es, despojarse de todo, dejar las propias pasiones, en una palabra, dejar todo para encontrar todo en Dios. Ahora, cuando el alma no sólo se ha despojado, sino se ha reducido muy bien, entonces podrá entrar por la puerta estrecha de mi corazón a vivir en Mí, a mi modo y de mi misma Vida, porque si bien mi corazón es grandísimo, tanto que no hay termino a sus confines, pero la puerta es estrechísima y sólo puede entrar quien está despojado de todo; y esto con razón, porque siendo Yo santísimo no admitiría jamás a vivir en Mí algo que fuese extraño a mi Santidad. Por eso hija mía, busca vivir en Mí y poseerás el paraíso anticipado.”

¿Quién puede decir cuánto comprendía sobre este vivir en Dios? Pero después ha desaparecido y he quedado en mi mismo estado.

+ + + +

Julio 11, 1900

**Los sufrimientos de Luisa
hacen menos rigurosos los castigos.**

Esta mañana, habiendo recibido la comunión y continuando el mismo estado de confusión, estaba toda recogida en mí misma, cuando vi a mi adorable Jesús que venía de prisa hacia mí diciéndome:

“¡Hija mía, mitiga un poco mi furor, de otra manera...!”

Y yo, toda asustada he dicho: “¿Qué quieres que haga para calmar tu furor?”

Y Él: “Con llamar en ti mis sufrimientos vendrás a aplacar mi furor.”

Mientras estaba en esto veía como si llamara al confesor, mandando un rayo de luz, y él en seguida ha puesto la intención de hacerme sufrir la crucifixión. El Señor bendito prontamente ha concurrido y yo me he encontrado en tantos sufrimientos, que por la fuerza de los dolores me sentí salir el alma del cuerpo; cuando creí que estaba a punto de expirar, y yo contenta de que Jesús recibiera mi alma, vi al confesor que con decir ‘basta, basta’, me llamaba nuevamente en mí misma.

Entonces Jesús me ha dicho: “La obediencia te llama.”

Y yo: “¡Ah Señor, me quiero venir!”

Y Jesús: “¿Qué quieres de Mí? La obediencia continúa llamándote.”

Y así parece que esta nueva obediencia no dejó ir más allá los sufrimientos, pero obediencia ciertamente cruel para mí, porque mientras me parecía llegar al puerto, he sido arrojada fuera a navegar el camino. Después, si bien quedé sufriente, pero ya no me sentía morir, y mi benigno Señor ha continuado diciéndome:

“Hija mía, si tú hoy no hubieras calmado mi furor, habría llegado al colmo, que no sólo habría destruido las plantas, sino también a los hombres. Y si el mismo confesor no se hubiese interpuesto con llamar nuevamente en ti mis sufrimientos, no habría ni siquiera tenido consideración de él. Es verdad que son necesarios los castigos, pero es necesario que de vez en cuando, cuando mi furor avance tú me lo calmes, de lo contrario hija mía, ¡cuántos flagelos de más mandaré!”

Y mientras esto decía me parecía verlo todo cansado, que lamentándose, ahora decía: “¡Hija mía!”, y ahora: “¡Hijos míos! ¡Pobres hijos míos, cómo os veo reducidos!” Y con mi sorpresa me ha hecho entender que después de haberse calmado un poco debía volver a tomar el furor para continuar los castigos, y que esto había servido sólo para hacer que no castigara demasiado a las gentes. ¡Ah Señor, aplácate y ten piedad de aquellos que Tú mismo llamas hijos míos!

+ + + +

Julio 14, 1900

El decreto de los castigos está firmado.

Parece que he pasado varios días sin estar sumergida en el letargo del sueño, y estando un poco junto a Jesús bendito, dándonos mutuamente un poco de alivio. Pero cuánto temo que me tenga que arrojar otra vez en aquel sueño tan profundo. Entonces esta mañana, después de haberme reconfortado con la leche que escurría de su boca al derramarla en mí, y yo

lo reconforté quitándole la corona de espinas para clavarla en mi cabeza, todo afligido me ha dicho:

“Hija mía, el decreto de los castigos está firmado, no queda más que decidir el tiempo de su ejecución.”

+ + + +

Julio 16, 1900

Los castigos son para bien de las criaturas.

Esta mañana mi adorable Jesús no venía. Después de mucho esperar ha venido y me ha dicho:

“Hija mía, la mejor cosa es ponerte en Mí y en mi Querer, entonces, poniéndote en Mí y siendo Yo paz, aunque vieras mandar castigos quedarías en paz, sin sentir turbación.”

Y yo: “¡Ah Señor, siempre estás en eso, en los castigos! Aplácate de una vez y no castigues más! Además, no puedo abandonarme en tu Querer en esto.”

Y Él ha agregado: “No puedo aplacarme. ¿Qué dirías tú si vieras a una persona desnuda, que en vez de cubrir su desnudez pusiera atención a adornarse con bagatelas, dejando las partes más íntimas expuestas a la desnudez?”

Y yo: “Me daría horror verla y ciertamente la desaprobaría.”

Y Él: “Pues bien, así son las almas, desnudas del todo, no tienen más virtudes que las cubran. Por eso es necesario que las golpee, las castigue, las despoje, para hacerlas entrar en ellas mismas y que se fijen en la desnudez de sus almas, cosa más necesaria que la del cuerpo. Y si esto no hiciera, pondría más atención a las bagatelas, como la persona desaprobada por tí, las cuales son cosas que se refieren al cuerpo y no pondría atención a la cosa más esencial, cual es el alma, a la que han vuelto tan monstruosa que no se reconoce más.”

Después de esto me parecía que tuviera en la mano una cuerdecita, que pasándola por detrás del cuello me ataba y después ataba el suyo a esa misma cuerda, y así ha hecho al corazón y a las manos, y con esto parecía que me ataba toda a su Querer. Habiendo hecho esto ha desaparecido.

+ + + +

Julio 17, 1900

Luisa da un alivio a Jesús. Él le hace considerar los castigos que evita.

Habiendo recibido la comunión, no veía según la costumbre al bendito Jesús. Después de haber esperado mucho me he sentido salir fuera de mí misma y lo he encontrado. En cuanto lo he visto me ha dicho:

“Hija, estaba esperándote para poderme reposar un poco en ti porque no puedo más. ¡Ah, dame un alivio!”

Inmediatamente lo he tomado entre mis brazos para contentarlo, y vi que tenía una llaga profunda en el hombro, que daba compasión y horror mirarla. Entonces por pocos minutos se ha reposado; después de ese breve reposo vi y la llaga había casi sanado, y entre la maravilla y el asombro y viéndolo más aliviado, he tomado valor y le he dicho: “Señor bendito, mi pobre corazón está desgarrado por el temor de que ya no me ames, temo que haya incurrido en tu indignación y por eso ya no vienes como antes y no derramas más en mí tus amarguras, y no me das más mi bien, cual es el sufrir, y negándome esto vienes a negarme a Ti mismo. ¡Ah, da la paz a un pobre corazón! Dime, asegúrame, júrame, ¿me amas? ¿Continúas amándome?”

Y Él: “Si, sí, sí, te amo.”

Y yo: “¿Cómo puedo estar segura de esto, si cuando a una persona se le ama en verdad todo lo que quiere se le da? Yo te digo no castigues a las gentes, y Tú las castigas; te digo, derrama en mí tus amarguras, y no las derramas, es más, parece que esta vez avanzas demasiado en los castigos. Entonces, ¿en dónde puedo apoyarme para saber que me amas?”

Y Él: “Hija mía, tú tomas en cuenta los castigos que mando, pero los que ahorro no los tomas en cuenta. ¿Cuántos otros castigos habría mandado, cuántas más matanzas y más sangre habría hecho derramar si no tomara en consideración a aquellos pocos que me aman, y a los que Yo amo con un amor especial?”

Después de esto parecía que Jesús tomaba el camino para ir a donde sucedían destrozos de carne humana, y yo queriendo seguirlo no me fue dado hacerlo, y con suma amargura mía me he encontrado en mí misma.

+ + + +

Julio 18, 1900

**Los pecados de las gentes caen sobre
ellas mismas, formando su ruina.**

Encontrándome en mi habitual estado vi a mi adorable Jesús todo afligido dentro de mi corazón, y al mismo tiempo he visto mucha gente que cometían muchos pecados, estos pecados tomaban el vuelo hacia mí para venir a herir a mi amado Señor hasta dentro de mi corazón, pero Jesús los rechazaba de Sí y caían sobre las mismas gentes, y cayendo sobre ellas formaban su misma ruina, cambiándose en tantas especies de flagelos sobre los pueblos, que daba horror aun a los corazones más duros. Entonces Jesús, afligiéndose todo me ha dicho:

“Hija mía, hasta donde llega la ceguera de los hombres, pues mientras tratan de herirme a Mí se hieren ellos mismos con sus propias manos.”

+ + + +

Julio 19, 1900

**Luisa se ofrece a sufrir para
evitar el sufrimiento a las gentes.**

Esta mañana, después de haber estado toda la noche y gran parte de la mañana esperando a mi adorable Jesús, Él no se dignaba venir. Entonces, cansada de esperarlo me esforzaba por salir de mi habitual estado, pensando que no era más Voluntad de Dios. Mientras me esforzaba por salir, estando casi impaciente, mi benigno Jesús se ha movido dentro de mi corazón, haciéndose ver apenas y mirándome en silencio. Impaciente como estaba le he dicho: “Mi buen Jesús, ¡cómo eres cruel! ¿Se puede dar crueldad más grande que esta de abandonar a un alma en poder del despiadado tirano del amor que la hace vivir en continua agonía? ¡Oh, cómo has cambiado, de amante a cruel!” Mientras esto decía, ante mí veía muchos miembros de gente mutilada, y por eso agregué: “¡Ah Señor, cuánta carne humana mutilada! ¡Cuántas amarguras y penas! ¡Ay! ¿No habría sido menor crueldad si te hubieras satisfecho en este cuerpo mío y lo hubieras reducido a tantos pedazos por cuantos pedazos hiciste estos miembros? ¿No era menor mal ver sufrir a una sola que a tantos pobres pueblos?”

Mientras esto decía, Jesús continuaba viéndome fijamente, como si quedara herido, no sé decir si también disgustado, y me ha dicho:

“Sin embargo es el principio del juego, aún es nada en comparación de lo que vendrá.”

Dicho esto se ha escondido a mi vista, sin poderlo ver más, dejándome en un mar de amarguras.

+ + + +

Julio 21, 1900

Necesidad de la purgación.

Después de haber pasado un día adormecida y tan somnolienta que no sabía de mí misma, y habiendo recibido la comunión, me he sentido salir fuera de mí misma, y no encontrando a mi sumo y único Bien, he comenzado a girar y girar, llegando al delirio. Mientras esto hacía, he sentido a una persona entre los brazos, toda velada, sin poder ver quién era, entonces, no pudiendo resistir más desgarré aquel velo y vi a mi suspirado Todo. Al verlo sentí que quería prorrumpir en quejas y desatinos, pero Jesús para terminar con mi impaciencia y mi delirio me ha dado un beso. Ese beso me infundió la vida, la calma, acabó con mi impaciencia, tanto que no supe decir nada más. Entonces, olvidando todas mis miserias, y tengo muchas, me acordé de las pobres gentes y le dije a Jesús: “Aplácate, libra a tantos pueblos de destrozos tan crueles; vayamos juntos a aquellos lugares donde suceden tales cosas, a fin de que reanimemos y consolemos a aquellos pobres cristianos que se encuentran en estado tan triste.”

Y Él: “Hija mía, no quiero llevarte porque tu corazón no resistiría ver matanza tan desgarradora.”

Y yo: “Ah Señor, ¿cómo ha sido que permitiste esto?”

Y Él: “Es necesario, absolutamente, por la purgación en todas las partes, porque en el campo sembrado por Mí han crecido tanto las malas hierbas, las espinas, que se han hecho árboles, y estos árboles espinosos no hacen otra cosa que inundar mi campo de aguas venenosas y pestíferas, que si alguna espiga se mantiene intacta, no recibe otra cosa que pinchazos y fetidez, tanto que no pueden germinar otras espigas, primero porque les falta el terreno, ocupado por tantas plantas nocivas; segundo, por los continuos pinchazos que reciben que no les dan paz. He aquí la necesidad de la matanza, para extirpar tantas plantas malas, y el derramamiento de sangre para purgar mi campo de las aguas venenosas y pestíferas. Por eso no te quieras entristecer al principio, porque no sólo allá donde he mandado ya los flagelos, sino en todas las otras partes se necesita la purgación.”

¿Quién puede decir la consternación de mi corazón al oír este hablar de Jesús? Entonces de nuevo he insistido que quería ir a ver, pero Jesús no prestándome atención ha desaparecido, y yo quedándome sola he tomado el camino para ir, pero ahora encontraba a un ángel que me hacía retroceder, y ahora a almas purgantes, tanto que he sido obligada a regresar en mí misma.

+ + + +

Julio 25, 1900

En Jesús no hay crueldad alguna, sino que todo es amor.

Esta mañana mi adorable Jesús ha venido y me ha hecho ver una máquina donde parecía que se trituraran muchos miembros humanos, y en el aire como dos señales de castigos que daban terror. ¿Quién puede decir la consternación de mi corazón al ver todo esto? Pero el bendito Jesús viéndome tan amargada me ha dicho:

“Hija mía, alejemos por un poco lo que tanto nos aflige y reconfortémonos con jugar un poco juntos.”

¿Quién puede decir lo que ha pasado entre Jesús y yo en este juego, las finezas de amor, las estratagemas, los besos, las caricias que recíprocamente nos dábamos? Si bien me sobrepasaba mi amado Jesús, porque yo, siendo débil, me sentía desfallecer, tan es verdad, que no pudiendo contener en mí lo que Él me daba he dicho: “Amado mío, basta, basta, que no puedo más, yo desfallezco, mi pobre corazón no es tan grande para ser capaz de recibir tanto, por eso basta por ahora.”

Entonces, queriéndome reprochar mi hablar del otro día, dulcemente me ha dicho:

“Dime tus querellas, dilo, dilo, ¿soy cruel? ¿Mi Amor hacia ti se ha cambiado en crueldad?”

Y yo avergonzándome toda he dicho: “No Señor, no eres cruel cuando vienes, pero cuando no vienes, entonces diré que eres cruel.”

Y Él sonriendo ante mis palabras ha agregado:

“Sin embargo continuas diciendo que cuando no vengo soy cruel, no, no, en Mí no puede haber ninguna crueldad, sino que todo es amor; y debes saber que si es como tú dices, entonces el mismo ser cruel, es amor más grande.”

+ + + +

Julio 27, 1900

Ve los ataques a la Iglesia en la guerra de China.

Me encontraba toda preocupada por mi miserable estado, especialmente de que éste no fuera más Voluntad de Dios, considerando como indicio cierto el escaso sufrir y sus continuas privaciones. Mientras estaba consumiendo mi pequeño cerebro en esto y esforzándome en salir de este estado, mi siempre buen Jesús, como relámpago se ha hecho ver diciéndome:

“Hija mía, ¿qué quieres tú que haga? Dime, Yo haré lo que tú quieres.”

Ante esta propuesta tan inesperada no supe qué decir, sentía tal confusión de que el bendito Jesús debiese hacer lo que yo quería, mientras que soy yo la que debe hacer lo que Él quiere, que he quedado muda. Entonces, al ver que yo no decía nada, como relámpago ha huido, y yo corriendo tras esa luz me he encontrado fuera de mí misma, pero no lo he encontrado, y he girado por la tierra, por el cielo, por las estrellas, y ahora lo llamaba con la voz y ahora con el canto, pensando entre mí que el bendito Jesús al oír mi voz y mi canto quedaría herido y con seguridad lo encontraría. Ahora, mientras giraba, he visto la matanza cruel que se continua haciendo en la guerra de China, las iglesias demolidas, las imágenes de Nuestro Señor arrojadas por tierra, y esto es nada aún, lo que me ha dado más espanto ha sido el ver que si ahora lo hacen los bárbaros, los seglares, después lo harán los fingidos religiosos, que desenmascarándose y haciéndose conocer quienes son, uniéndose con los enemigos abiertos de la Iglesia darán tal asalto, que parece increíble a mente humana. ¡Oh, cuántas matanzas más crueles aún! Parece que han jurado entre ellos terminar con la Iglesia. Pero el Señor tomará venganza de ellos destruyéndolos, por eso, sangre por una parte y sangre por la otra. Entonces me he encontrado dentro de un jardín que me parecía que era la Iglesia, y dentro había una multitud de gente bajo aspecto de dragones, de víboras y de otras bestias enfurecidas, que devastando aquel jardín y luego saliendo de él, formaban la ruina de las gentes. Mientras esto veía he encontrado en mis brazos a mi amado Señor y le he dicho: “Finalmente te has dejado encontrar, ¿eres Tú verdaderamente mi amado Jesús?”

Y Él: “Sí, sí, soy tu Jesús.”

Yo quería decirle que librara a tantas gentes, pero Él no haciéndome caso, todo afligido ha agregado:

“Hija mía, estoy bastante cansado, vamos al lecho a reposar si quieres que me entretenga contigo.”

Y yo temiendo que se fuera hice silencio, haciéndole conciliar el sueño. Poco después ha reentrado en mi interior, dejándome reanimada, sí, pero sumamente afligida.

+ + + +

Julio 30, 1900

Luisa detiene la espada de la Justicia.

He pasado una noche y un día inquieta. Desde el principio me sentía salir fuera de mí misma sin que pudiese encontrar a mi adorable Jesús, no veía más que cosas que me daban terror y espanto. Veía que en Italia se levantaba un fuego y otro que se estaba levantando en China, que poco a poco, uniéndose se confundían en uno solo. En este fuego veía al rey de Italia, muerto repentinamente por engaño, y esto era como medio para avivar y engrandecer el incendio. En suma, veía una rebelión, un tumulto, una matanza de gentes. Habiendo visto estas cosas me sentí en mí misma, y sentía desgarrármeme el alma hasta sentirme morir, mucho más que no veía a mi adorable Jesús. Después de mucho esperar se ha hecho ver con una espada en la mano, en acto de usarla sobre las gentes. Yo, toda espantada y siendo un poco atrevida cogí la espada con la mano diciéndole: “Señor, ¿qué haces? ¿No ves cuántas aflicciones sucederán si usas esta espada? Lo que más me aflige es que veo que tomas en medio a Italia. ¡Ah Señor, aplácate! ¡Ten piedad de tus imágenes! Y si dices que me amas, evítame este acerbo dolor.” Y mientras esto decía detenía la espada con toda la fuerza que podía. Jesús, dando un suspiro, todo afligido me ha dicho:

“Hija mía, déjala, déjala caer sobre las gentes, porque no puedo más.”

Y yo tomándola más fuerte: “No puedo dejarla, no tengo valor para hacerlo.”

Y Él: “No te lo he dicho muchas veces, que estoy obligado a no hacerte ver nada, de otra manera no soy libre de hacer lo que quiero.”

Y mientras esto decía bajó el brazo con la espada y se puso en actitud de calmarse de su furor. Poco después ha desaparecido y yo he quedado con un cierto temor, quién sabe y a lo mejor sin dejarme ver me jalara la espada y la usara sobre las gentes. ¡Oh Dios, qué angustia al solo acordarme!

+ + + +

Agosto 1, 1900

La Humanidad de Jesús es el espejo de la Divinidad. Castigos.

Continúa mi adorable Jesús viniendo poquísimas veces y por poco tiempo. Esta mañana me sentía toda aniquilada y casi no me atrevía a ir en busca de mi sumo Bien, pero Él siempre benigno ha venido, y queriéndome infundir confianza me ha dicho:

“Hija mía, ante mi Majestad y pureza no hay quien pueda estar de frente, más bien todos están obligados a estar por tierra y golpeados por el fulgor de mi Santidad. El hombre quisiera casi huir de Mí, porque es tal y tanta su miseria, que no tiene valor para sostenerse delante del Ser Divino. Entonces haciendo uso de mi Misericordia asumí mi Humanidad, la que atenuando los rayos de la Divinidad, es medio para infundir confianza y ánimo al hombre para venir a Mí, el cual poniéndose de frente a mi Humanidad, que expande rayos atenuados de la Divinidad, tiene el bien de poderse purificar, santificar y hasta divinizar en mi misma Humanidad deificada. Por eso tú estate siempre de frente a mi Humanidad, teniéndola como espejo en el cual limpiarás todas tus manchas, y no sólo esto, sino como espejo en el cual reflejándote adquirirás la belleza, y poco a poco irás adornándote a semejanza de Mí mismo, porque es propiedad del espejo hacer aparecer dentro de sí la imagen similar a aquella de quien se mira en él; si así es el espejo material, mucho más es el divino, porque mi Humanidad sirve al hombre como espejo para mirar mi Divinidad. He aquí por esto que todos los bienes para el hombre derivan de mi Humanidad.”

Mientras esto decía me sentía infundir tal confianza, que me ha venido el pensamiento de quererle hablar de los castigos, tal vez me escuchara y haría el intento de aplacarlo del todo; pero mientras me disponía a esto como rayo ha desaparecido, y mi alma corriendo detrás de Él se ha encontrado fuera de mí misma, pero no lo he podido reencontrar más, y con suma amargura mía he visto muchas personas que iban a las cárceles, a otros sectarios que salían para atentar contra otras vidas de reyes y de otros jefes; veía que se carcomían de rabia porque les falta el medio para salir entre los pueblos y hacer matazón, sin embargo llegará su tiempo. Después de esto me he encontrado en mí misma, toda oprimida y afligida.

+ + + +

Agosto 3, 1900

Dios obra sólo sobre la nada.

Encontrándome en mi habitual estado, estaba deseando y buscando a mi amante Jesús. Después de haberlo esperado largamente, ha venido y me ha dicho:

“Hija mía, ¿por qué me buscas fuera de ti, mientras que podrías encontrarme más fácilmente dentro de ti? Cuando tú me quieras encontrar entra en ti, llega hasta tu nada y ahí, sin ti, en el brevísimo giro de tu nada descubrirás los cimientos que ha puesto en ti y las construcciones que ha levantado en ti el Ser Divino. Esfuérzate y ve.”

Yo he mirado y he visto los sólidos cimientos y los muros altísimos que llegaban hasta el Cielo, pero lo que más me asombraba era que veía que el Señor había hecho este gran trabajo sobre mi nada, y los muros estaban todos cerrados, sin ninguna abertura. Se veía sólo en el techo una abertura que correspondía al Cielo, y en esta abertura residía nuestro Señor, sobre de una columna estable que sobresalía de los cimientos formados sobre la nada. Ahora, mientras estaba toda asombrada mirando, el bendito Jesús ha agregado:

“Los cimientos formados en la nada significan que la mano divina obra ahí, donde está la nada, y jamás mezcla sus obras con las obras materiales. Los muros sin abertura alrededor, significan que el alma no debe tener ninguna correspondencia con las cosas terrenas, tanto, que no haya ningún peligro que pueda entrar ni siquiera un poco de polvo, porque todo está bien cerrado. La única correspondencia que dan estos muros es para el Cielo, esto es, de la nada al Cielo y del Cielo a la nada, este es el significado de la abertura hecha en el techo. La estabilidad de la columna significa que el alma está tan estable en el bien, que no hay viento contrario que la pueda mover. Y Yo que resido sobre ésta, es indicio cierto que la obra hecha es toda divina.”

¿Quién puede decir lo que comprendía sobre esto? Pero mi mente se pierde y no sabe decir nada, sea siempre bendito el Señor y sea todo para su gloria y honor.

+ + + +